

JENNIFER PALAU

*Amar
será
suficiente*

TRILOGÍA
OSDE VOL. 2

Lel
EDITORIAL
LynBooks

Amar será suficiente

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Jennifer Palau 2020
© Editorial LxL 2020
www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: febrero 2020
Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17763-47-3

Amar será
suficiente

Trilogía OSDE VOL.2

Jennifer Palau

*A mi querida tía Loli,
a quien concedí el final de esta historia en el oído después de que me dijese «Mi princesa» y
te marchases
dejando un vacío en nuestras
vidas imposible de olvidar.
Te dedico cada palabra de esta historia.
Te querré siempre.*

Índice

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

MALAS DECISIONES

NINA

IZAN

CAPÍTULO 2

PERSEGUIDOS

NINA

IZAN

CAPÍTULO 3

CASTIGO

IZAN

NINA

CAPÍTULO 4

CAMBIO DE PLANES

NINA

IZAN

CAPÍTULO 5

SOLAS EN LA GRAN REBEL

NINA

IZAN

NINA

IZAN

CAPÍTULO 6

LA HUIDA

NINA

IZAN

CAPÍTULO 7

MI HOGAR

NINA

[IZAN](#)
[NINA](#)
[IZAN](#)

CAPÍTULO 8

CUESTIÓN DE SEGUNDOS

[NINA](#)
[IZAN](#)
[NINA](#)

CAPÍTULO 9

CONSECUENCIAS

[NINA](#)
[IZAN](#)
[NINA](#)

CAPÍTULO 10

GIRO INESPERADO

[NINA](#)
[IZAN](#)
[NINA](#)
[IZAN](#)

CAPÍTULO 11

DE VUELTA AL PUNTO DE PARTIDA

[NINA](#)
[IZAN](#)
[NINA](#)

CAPÍTULO 12

RECUERDOS PERDIDOS

[IZAN](#)
[IZAN](#)

CAPÍTULO 13

UN DÉBIL RECUERDO

[NINA](#)

CAPÍTULO 14

LA FUERZA DEL DESTINO

[IZAN](#)
[NINA](#)
[IZAN](#)

CAPÍTULO 15

EMOCIONES INCONTROLABLES

NINA

IZAN

CAPÍTULO 16

INFILTRADA

IZAN

NINA

CAPÍTULO 17

ODIOSA ATRACCIÓN

IZAN

NINA

IZAN

CAPÍTULO 18

RENCUENTRO

IZAN

CAPÍTULO 19

AMAR EN SILENCIO

IZAN

CONTINUARÁ...

Agradecimientos

Cuando era una niña soñaba con mencionar a las personas más importantes de mi vida en este apartado tan solo porque en ese momento pensaba que tendría espacio suficiente para hacerlo, pero era demasiado pequeña para darme cuenta de que la vida de cada uno se construye alrededor de esas personas que pasan por tu vida y se quedan para formar parte de ti. Por ello voy a intentar resumir a esas personas en estos agradecimientos.

Empezando por ti, marido, que desde hace once años siempre ha sido la pieza que ha completado mi felicidad, la parte que me falta a mí misma cuando siento que estoy empezando a perder la razón. Tú siempre serás parte de mi vida por ser quien me enseñó a dejar de ser una niña y quien me dio fuerzas para enfrentarme a nuevos retos.

A ti, mi querida madre, a quien acudo cuando todo se complica. Sin saberlo fuiste mi hombro para llorar en cualquier etapa de mi vida, solo que no me di cuenta antes, pues un niño no entiende hasta que crece que una madre siempre tendrá sus brazos abiertos para un hijo. En cualquier circunstancia.

A mi querido padre, que me enseñó demasiadas cosas sin saberlo. Tú eras el hombre a quién siempre quería sorprender para que se sintiera orgulloso de mi. Sin duda siempre serás mi motivación para llegar a cada vez más lejos. Siempre desearé mostrarte mis logros para que me mires con esa maravillosa sonrisa tuya de admiración.

A mis hermanas Susana y Eli, que han sido y siguen siendo mis compañeras de viaje. Para ambas fui vuestro pequeño juguete que ahora ya ha crecido y que os dedica esta página porque os quiere con todo su corazón.

Sin olvidar a mis cuñados, que con el tiempo se convirtieron en mis hermanos, y que junto con mis hermanas me habéis regalado a mis cuatro sobrinos, que han crecido conmigo como si fueran mis propios hijos y de los que estoy tan orgullosa. Os quiero mucho a todos.

A mis abuelos, que en paz descansan, que nos regalasteis a la familia Palau, la mejor que puede tenerse.

A todos mis primos y primas que con emoción me han apoyado tanto en mi sueño. Pues os hago saber que casi sabías más que yo cuanto era de importante esto para a mí.

Igual que a mis tíos, que sois como mis segundos padres. Se me llena la boca de orgullo cuando hablo de vosotros.

Sin embargo, este año quiero dedicar mis palabras especialmente a mi familia López, por toda la fuerza que hemos tenido que sacar. Os diré que si algo me ha enseñado mi tía Loli es a que nunca he dejado de quereros. Querida tía, gracias por enseñarnos lo que significa ser una familia.

Y gracias a ti, yaya Carmen, por traer al mundo tres mujeres tan maravillosas.

A toda mi familia, en general. No sabéis lo mucho que os doy las gracias por vuestro apoyo incondicional.

A mi mejor amiga Sara, que ya celebramos diecinueve años juntas. Tienes constancia de lo mucho que te quiero. Soy pesada diciéndotelo cada día. Gracias por seguir caminando junto a mí, Tat.

A vosotros, amigos míos, a quienes busco cuando necesito un momento de tranquilidad. Os pido perdón por mi ausencia en el tiempo en que esta historia me tuvo absorbida y lo respetasteis. Ya

sabéis cómo soy. Os quiero muchísimo.

A mi Andrea, que nunca dejaré de mencionarte porque por todo lo que haces y por todo lo que hiciste te lo mereces. La mujer que siempre acierta. Te admiro, mi Andre.

Concluyo agradeciendo sin duda a la Editorial LxL y a todos los que han formado parte de esta segunda entrega. En especial a Noelia y a Angy, por su entusiasmo con esta historia y por su apoyo durante este camino.

A los lectores que han querido seguir esta historia, solo espero que disfrutéis tanto como yo cuando me agarraba a la silla cada vez que leía esas escenas tan arriesgadas, esas que tanto me ha encantado hacer durante muchas noches de inspiración.

Mis más sinceros agradecimientos por volver a leer mis letras después de Nunca será suficiente.

Bienvenidos a la rebelión contra la Ley OSDE.

Prólogo

La poca belleza que empezaba a quedar de aquel maravilloso lugar me provocaba una profunda desolación. Agotada, necesité coger impulso para saltar los cuerpos que yacían muertos sobre la arena. Las plantas de mis pies manchados de sangre se hundían, haciendo que cada vez fuese más difícil correr.

Avancé con pasos acelerados, apartando con fuerza las hojas de las palmeras que se interponían en mi frenética huida; esas hojas que seguían cayendo por las agresivas y abrasadoras llamas del fuego que rodeaba todo aquel paraíso en el que, probablemente, pocos seguirían vivos. De repente, paré y me miré las piernas durante los únicos segundos de los que disponía para cerciorarme de dónde pisaba. Pude ver que las anteriores heridas seguían infectadas por culpa de los granos de arena de la playa y que la piel de mis rodillas estaba en carne viva, además de que la sangre no se detenía.

Tuve suerte de no tropezar, pues en una ocasión, mientras corría entre gritos y el color anaranjado intenso de las llamas, uno de mis pies se sumergió en la arena y se hundió en un baño de sangre. Ese mismo hecho fue el que me provocó un grito ahogado. Inmediatamente, apoyé mi mano derecha en un árbol que me quedaba cerca. Reposé allí unos segundos, en los que mi pecho le reclamó al resto de mi cuerpo que se detuviese, pero era evidente que no podía hacerlo. No en ese momento.

Decidí que seguiría, que avanzaría con rapidez y cargaría la pistola en nombre de todos los que habían caído en aquella playa por mi culpa. Tomé el valor de continuar, de quitarme el cabello manchado y mojado de la cara y de intentar salvar mi casi derrotado cuerpo mientras buscaba un refugio. Seguí corriendo pese a sentirme cansada, ahogada y muerta de frío por la brisa del mar que arrastraba el humo negro consigo. Los pasos de aquel desconocido continuaban persiguiéndome y acechándome con más rapidez.

Distinguí una pequeña cueva en el acantilado que tenía frente a mí. Me dije entonces que aquel era el mejor lugar para ocultarme durante un rato. Casi desnuda, herida y con un hambre odiosa en mi estómago, agaché la cabeza y me adentré en la gruta descubierta por mis fatigados ojos. El lugar era pequeño, oscuro y frío, pero podía servir para refugiarme de aquella catástrofe que, al final, había sido inevitable: la isla ardía ante los pocos supervivientes y lloraba en medio del océano.

Me senté en un gran tronco que encontré frente a lo que parecía una fogata apagada recientemente. Pude por fin esconder la cara entre mis rodillas y llorar durante un instante, tras el que acabé desgarrándome la voz. Sin embargo, no pude descansar por mucho tiempo. No podía pensar en los que había perdido. Por suerte o por desgracia, mi lucha aún no había acabado. Tuve los segundos justos para colocar la última bala en el revólver instantes después de entrar en pánico debido a un crujido cercano de hojas. Elevé la mirada y me quedé atónita contemplando al acosador desconocido.

En el silencio, las palabras me salieron solas:

—¿Cómo he podido ser tan estúpida?...

Y aunque su aspecto luciera mucho más espantoso que el mío —con sus brazos totalmente ensangrentados a causa de varias escalofriantes heridas en las que la piel estaba salida y podía apreciarse el hueso—, algo me dijo que podría conmigo. Por fin supe quién había estado acosándome todo el tiempo. Su rostro era inconfundible.

Automáticamente, temblé de pavor. Vi cómo sujetaba con fuerza la pistola en su mano derecha.

—Hola, Nina. —Se limpió el labio partido con el dorso de la mano y sonrió, con los dientes manchados de su propia sangre—. Volvemos a vernos, princesa.

En ese instante, supe que unos meses atrás había sido una ilusa.

Capítulo 1

Malas decisiones

Nina

Tenía los dedos manchados de sangre, las venas de las manos hinchadas y el corazón desencajado; un órgano que parecía haber parado de latir para darle paso a una ira que recorría mi cuerpo totalmente inexperto.

Estaba sintiendo una rabia imposible de gestionar a causa de aquel fatídico y trágico suceso que ocurría frente a mis ojos. Podía sentir el vacío en mi interior ante la oscuridad que empezaba a transformar todo mi ser; mi cuerpo, allí parado, mi pobre saco de huesos que, ante ese espectáculo de sangre, se convirtió de pronto en el protagonista mientras todos lo miraban asustados. Me tomé unos segundos para visualizar el arma del crimen, que hacía unos segundos se había deslizado poco a poco de mis dedos, justo antes de que yo intentase volver a la realidad que me apresaba.

Mis pies, calzados con unas botas que se habían manchado de barro y sangre de manera accidental durante aquel horrible día que no parecía terminar nunca. Jon no me había dejado opción: era él o yo.

Los gritos de Izan intentaron hacer que despertara:

—¡Nina! —Forzó la voz—. ¡Nina!

Tampoco el ruido de las cadenas de las que Izan estaba colgado me hizo salir de aquel estado de *shock*. Me miré las manos y descubrí que temblaban. Al mismo tiempo, mis lágrimas diluían la sangre reciente sobre ellas y mis palmas se tornaban borrosas. El recuerdo volvió a mi mente, horrorizando mis pensamientos. Había cometido un error. Me lo remarqué una y otra vez, reconstruyendo en mi cabeza justo el momento en el que el gatillo de la pistola estaba húmedo por el sudor de mis manos. Recordaba el miedo que había sentido cuando pensé que se me resbalaría de mis inexpertos dedos. En realidad, podría haber muerto por un posible fallo de inexperiencia, pero por fortuna no lo hice, a pesar de lo mucho que había pesado el arma en ese instante en el que mi decisión estuvo clara en mi cabeza. Era, oficialmente, una asesina. Eso era en lo que me había convertido.

Por suerte, como no podía permitirme el lujo de seguir analizando lo que acababa de suceder, unos pasos agresivos consiguieron despertar mi mente del agujero negro en el que había caído.

—¡Nina! —Capté la voz de Fernando—. ¡Reacciona!

Lo observé desplazarse lo que le permitieron sus piernas mientras dejaba un rastro de sangre sobre el suelo de yeso. Yo intentaba averiguar qué estaba pasando a mi alrededor, pero era casi imposible entender lo que ocurría porque estaba en absoluto estado de *shock*, además de con la mísera culpa en mis manos.

Cuando ya pensaba que moriríamos todos por los francotiradores que se habían quedado parados y estupefactos por mi disparo, varios hombres armados y vestidos de negro de la cabeza a los pies entraron de pronto en el almacén. Eran unos tipos sin rostro que invadieron el espantoso lugar en aquel momento tan apropiado. Acto seguido, los cuerpos de los diez francotiradores que nos apuntaban empezaron a caer como las hojas de los árboles en pleno otoño. Los huesos

crujieron contra el suelo, la sangre pintó el suelo gris y se escucharon unos gritos ahogados. Ya eran cadáveres a nuestros pies. Unos fueron asesinados por las débiles manos de Fernando y muchos otros por los hombres de negro, los cuales llegaban en ese momento a nuestra posición.

A Izan no le gustó aquella escena. De hecho, gritó mi nombre muchas veces para que lo mirase y me pidió que huyera del lugar aunque fuese sin él:

—¡Nina! —Se ahogó en su propia saliva—. ¡Corre! —Enloqueció allí colgado, sin poder hacer nada—. ¡Huye!

Pero no iba a dejarlo allí ni por asomo. Tuve unos segundos para despertar del trance en el que había caído. Me agaché y cogí la pistola de Izan; aquella con la que había cometido el crimen. De repente, tomándonos por sorpresa, otro grupo de hombres entró por la puerta de emergencia del almacén. Estábamos rodeados. No obstante, había algo que no llegábamos a entender: la cara de sorpresa de aquellos primeros hombres que habían entrado y que parecían simplemente protegernos.

Aquel grupo nuevo de diez —con una apariencia totalmente distinta, trajeados y con la cara descubierta— se abalanzó sobre los otros. A juzgar por las reacciones en sus rostros, para nada parecían saber que se encontrarían con sus enemigos. Ninguno de nosotros entendía nada mientras presenciábamos una pelea que poco sabíamos de qué iba. Entretanto, el cuerpo de Jon seguía desangrándose en el suelo, igual que el de Fernando. Desesperado, Izan esperaba poder hacer algo por nosotros, pero las cadenas seguían incapacitándolo para huir o participar en la pelea.

Los balazos no cesaban. Sin embargo, a pesar de que Izan colgaba en medio a causa de la sujeción al techo, no era un blanco para ninguno de los dos bandos. Nadie le disparaba directamente a él ni a mí. De nuevo, parecía que no nos querían muertos.

—¡Nina! —gritó horrorizado Izan otra vez, y no tardé en saber el motivo: estaba siendo amenazada por uno de los hombres trajeados.

No tuve más remedio que coger fuerzas y, sin pensar, dispararle al primero que quiso atraparme, logrando tiempo para que Fernando gastara sus últimas dos balas y su poca fuerza en las cadenas que sostenían a Izan en el aire. Para cuando pude pensar en la posibilidad de huir con él, aprovechando la inesperada pelea entre los dos bandos —a los que no conseguía distinguir con claridad—, tres de ellos asieron mis brazos muertos y empezaron a arrastrar mi cuerpo en contra de mi voluntad.

Chillé con agresividad e intenté golpearlos como pude. Busqué al resto de los míos. Vi cómo Juliet, asustada, arrastraba el cuerpo de Fernando. Escuché cómo le gritaba a uno de los hombres encapuchados que la ayudara a sacar a su marido de la pelea. Los ojos de mi verdadera madre captaron mi posición. Horrorizada por la escena en la que me encontraba, empezó a vociferar mi nombre:

—¡Nina! —En ese momento, fue agarrada igual que yo. Sin embargo, a ella solo la retuvieron para detener sus intenciones de protegerme—. ¡¿Adónde os la lleváis?! —Consiguió dar unos pasos, pero la pararon justo cuando estaba a punto de llegar hasta mí—. ¡Dejadla!

Uno de los hombres que la retenían le informó para hacerla callar:

—Son órdenes, Juliet.

Fernando se quedó agotado en el suelo, al lado de su mujer. Ella no pudo evitar agacharse y sostenerlo entre sus brazos detrás de una viga para evitar los disparos del enemigo. El hombre que la retenía los cubrió de inmediato y disparó a varios que intentaron agredirla. Fernando parecía darse por vencido en cuanto su cuerpo no pudo resistirlo. De soslayo, logró ver cómo Izan era liberado por las únicas balas que le habían quedado. De nuevo, para él, la protección de Izan era

su prioridad.

Agotado, Izan cayó con un golpe seco al suelo. Pese a ello, no pudo permitirse ni un segundo de debilidad. Rápidamente, se arrastró, intentando volver a sentir sus brazos mientras repetía mi nombre al ver cómo me llevaban. Yo solo podía ser testigo de toda la escena sin ser capaz de liberarme de los brazos de los tres encapuchados.

De manera inesperada, en los escasos segundos que tenía Izan para poder llegar hasta mi posición, un tipo trajeado le rodeó el cuello con la misma cadena con la que había estado atado y tiró hacia atrás, ahogándolo y alejándolo de mí. Apretó las cadenas frente a mis ojos desesperados. Pero Izan no pararía hasta impedir que me llevaran con ellos. No tardó mucho en seguir luchando y lograr coger la fuerza suficiente para golpear el estómago de su agresor y conseguir así que se desequilibrara y lo soltara. Ganó la batalla. Lo ahogó con la cadena mientras yo mordía el brazo de uno de los hombres que intentaba cogerme de la cintura para elevarme del suelo, pero no lo conseguí. Maldije en cuanto la pistola de Izan, la cual había logrado coger minutos antes, se me cayó. Desistí de la idea de recuperarla.

—¡Soltadla!

Con sus ojos verdes inyectados en sangre, corrió hasta los tres hombres e inició un plan. Estaba hecho para aquellas situaciones, mucho más de lo que yo había creído nunca. Su mente iba a una velocidad mayor que la de cualquiera que estuviera allí luchando.

—¡Nina!

Con la mirada, me indicó la única opción que teníamos: la pistola que había tenido en mis manos hacía unos segundos. La suya estaba en el suelo, así que solo debía patearla con fuerza para que él lograra cogerla. Así fue como nos volvimos cómplices. Solo con su señal, nos entendimos y lo logramos. Cogió su maravillosa pistola plateada y apuntó a las cabezas de quienes impedían mi libertad.

Tres disparos sin pestañear. Su prioridad era, de nuevo, yo.

Acto seguido, corrió hasta mí y me rodeó con su brazo la cintura, con decisión. Me sostuvo en el aire unos segundos con una fuerza sobrehumana mientras me protegía con su maravilloso cuerpo y disparaba a la vez a varios que se acercaban. Los balazos no cesaban. De inmediato, tuvo que cubrirme con su otro brazo la cabeza y empujarme hacia el suelo para evitar que recibiera un disparo.

La orden de Juliet nos impresionó:

—¡Corred!

Su posición era demasiado tranquila; allí, tras la viga, con el cuerpo de Fernando en su regazo. Izan le preguntó a gritos:

—¡¿Quiénes son?! ¡¿Qué está pasando, Juliet?!

Corrimos agachados hasta parapetarnos detrás de unos bidones. Ambos estábamos desconcertados. Él esperó a la información que parecía manejar mi verdadera madre. Juliet salió corriendo hacia nosotros en cuanto todos escuchamos más motores fuera del almacén. Se agachó a nuestro lado y nos miró muy preocupada a ambos. No había tiempo para más. Las manos de Juliet nos empujaron hacia el lado contrario de los motores, forzándonos a correr hacia la salida de emergencia.

La pelea se concentró en el exterior cuando uno de los bandos intentó huir yendo hacia los coches. El almacén quedó despejado durante unos segundos, vacío por completo. La cara de preocupación de Izan descartaba la posibilidad de dejar a Fernando allí tirado. Sus ojos lo decían todo. No obstante, en aquel momento no fue necesario que lo comentáramos. Era inviable que lo

lleváramos con nosotros. Teníamos que ser capaces de encontrar una solución para salir de allí todos juntos, pero Juliet no nos lo permitió. Ya había un plan. Y, por alguna razón, ella lo sabía con certeza.

Izan la cogió del brazo para que huyera con nosotros ahora que se había despejado la zona. En cambio, le pidió con seriedad que parase:

—¡Basta, Izan! —Rompió a llorar—. No podremos salir todos de aquí. ¡Confía en mí! ¡Llévatela lejos antes de que la cojan!

Izan protestó ante una Juliet con mucha confianza en su mirada:

—Pero...

—¡No me desobedezcas! ¡Dijiste que confiarías en mí! ¡Hazlo de una vez, cabezota! ¡Tienes que sacar a Nina de aquí ahora! —Juliet fue firme. Lo empujó fuerte y contundente mientras la pelea seguía su curso y parecía estar más cerca—. ¡Corred!

No contento con irse sin zanjar algo que tenía en mente, esquivó los cadáveres para no pisarlos y anduvo hacia el cuerpo de Jon, que se encontraba bastante lejos de la batalla que seguía librándose en la calle. Con el pecho desnudo, sudoroso y las piernas débiles, se quedó de pie frente a la cabeza. Supe que quería rematarlo. La dureza de mi mirada fue cruel al contemplar el rostro de Izan, que parecía mostrar la alegría que albergaba su interior en cuanto su intención fue la de acabar con él. El dolor que me produjo ese gesto de Izan hacia alguien que había sido un amigo para mí, no fue para nada agradable. De nuevo, estaba ante aquellos ojos verdes oscuros que me hicieron sentir que estaba frente a un desconocido.

Izan no se cortó en decir claramente lo que pensaba en respuesta a la fuerza de mi prejuiciosa mirada:

—No te atrevas a mirarme de esa manera —escupió sin tapujos, con ojos oscuros—. Debería rematarlo. Pero, por ti, voy a dejar que termine por desangrarse.

Me mordí los labios. No supe qué debería hacer en aquella situación.

—Es suficiente.

Su cara mostró decepción.

—No lo es. No para mí, niña.

No le rebatí si aquella manera de dejarlo morir era suficiente, pues me podía el lado honesto de mi corazón.

Se alejó, dejando la idea de acabar con todas sus fuerzas con Jon. Totalmente congelada, retiré la vista y me mordí los labios de nuevo, angustiada y temerosa. Probablemente, ya era hora de que dejara de ser la pequeña e inofensiva Nina.

Mi mano se agarró a la de Izan en cuanto tuvimos que seguir corriendo, pero una voz grave e inesperada nos detuvo: la voz de mi padre. Al parecer, era uno de los que peleaba con todos los presentes. Cuando tuvo la oportunidad de quedarse cubierto, llegó hasta Juliet y la tomó entre sus débiles brazos. Fue un abrazo que no duró demasiado, aunque sí fue muy intenso. Tuvieron ganas de besarse, se notó en el ambiente, pero ninguno de los dos lo hizo. Se distanciaron para hablarse con la mirada. Gregorio se volvió hacia Fernando y evaluó su estado en unos segundos.

—¿Qué estás haciendo aquí, papá?! —le grité, reclamando una explicación—. ¡Papá!

No me miró, ni tan siquiera unos segundos me dedicó. Agachó la cabeza y habló con Juliet. No me dio explicaciones. Venían de nuevo, y mi padre le ordenó a mi madre que hiciera lo que él decía. Ambos sabían de qué hablaban.

—¡Vienen más! —anunció entre gritos Gregorio—. ¡Muchos más!

La empujó hacia la salida antigua de emergencia de aquel lugar. Corrió tras la viga para

cubrirse y empezó a disparar de nuevo. Uno tras otro, comenzaron a caer al suelo. Eran más hombres trajeados apuntándonos.

Gregorio volvió a imponer su mandato:

—¡Por la parte de atrás! ¡Coged el coche de Fernando y largaos! —Juliet le hizo caso al instante y le lanzó las llaves a Izan—. ¡Juliet, diles que corran! —le exigió—. ¡Vamos, vamos!

Ninguno de los dos quisimos salir corriendo de allí sin la posibilidad de salvarnos todos juntos, pero lo hicimos en cuanto nos vimos totalmente desprotegidos, cansados e incapacitados para pelear.

Gregorio vio a su amada demasiado desprotegida, así que le sugirió que se largase:

—¡Ve con ellos! ¡No puedo protegerte ahora mismo! ¡Por favor!

Ante aquella cara angustiada de Gregorio, Juliet lo miró con ojos furiosos.

—¡No me iré! ¡Volveré contigo!

—¿Nunca me harás caso?!

—No.

—¡Corred!

La situación empeoró. Ganaban los hombres de traje, que entraban otra vez para proseguir con la batalla. No nos quedó otra que salir los tres corriendo. Seguimos a Juliet hasta la salida trasera. Tuvimos que correr, subir escalones y volver a bajar para salir al exterior. Cuando pudimos respirar, nos vimos con la oscura noche encima. Era de madrugada. A las estrellas las acompañaban disparos cercanos. Quise negarme de nuevo. Ellos se quedarían a su suerte allí en aquel almacén. No estuve de acuerdo.

—Debo volver dentro con Greg, pero vosotros tenéis que marcharos. Irán a por vosotros. Es hora de poner en marcha el plan B, Izan.

—De acuerdo —aceptó Izan.

—Confía en mí.

—¿Cuál es el plan B? —pregunté ante una Juliet que era incapaz de mirarme a la cara.

No nos dio tiempo a despedirnos con normalidad ni a que me dijeran cuál era ese plan, porque, para cuando lo intenté, un hombre había llegado hasta nuestra posición. Y aunque Izan consiguió dispararle y quitárselo de encima, no pararían hasta lograr cazarnos a los dos.

—Idos.

Asentimos y nos subimos al coche como dos niños obedientes. En las manos, Juliet me dejó un fajo de billetes. A continuación, le robó el arma al tipo que se desangraba en el suelo por el disparo anterior de Izan.

—Hablaremos cuando todo esto se calme. —Me apretó la mano—. Cogedlo y descansad en el hostel que hay a una hora de aquí. Tenemos a gente de confianza allí. Luego sigue a Izan. Él tiene la última posibilidad para tu libertad, Nina. Por favor, haz lo que te ordene. —Miró hacia atrás. Los disparos se incrementaron—. ¡Ahora, huid!

Izan no tardó en acelerar. Nos alejamos de Juliet, que volvió al interior del almacén de inmediato empuñando el arma.

Sentados en el coche en absoluto silencio y conduciendo por la carretera hacia la autopista, me tomé un segundo para echar la cabeza hacia atrás y descansar la vista. Noté cómo me dolía el brazo a la altura del hombro. Comprobé que tenía la herida del disparo de Jon, que me había rozado. Había tenido suerte en aquel momento. Jon no había llegado o no calculó el disparo en mi dirección, y además me libré gracias a que pude dispararle segundos después para evitar que me devolviera el disparo a mí o al resto de mis seres queridos. No obstante, aquella inofensiva herida

escocía una barbaridad.

De golpe, después de unos cuantos kilómetros, Izan detuvo el coche en el arcén. Me hizo saltar del susto cuando golpeó con rabia el volante. Salió del vehículo corriendo y vino directo hacia mi puerta. La abrió de manera brusca, algo que me impresionó. Tocó mi brazo y analizó todo mi cuerpo.

—¿Ha sido el disparo de Jon?

A medida que analizaba mi herida, iba poniéndose cada vez más rabioso debido a los nervios.

—Sí.

Solté un pequeño grito al notar cómo toqueteaba mi brazo desnudo, manchado de polvo y sangre.

—No podemos quedarnos aquí, así que tendrás que apretar la herida. La desinfectaremos en cuanto llegemos al hostel. Sé que puedes hacerlo. —Cogió el pañuelo de Juliet, que se encontraba en el reposacabezas—. Deja que te ayude. —Enredó la prenda alrededor de la herida, apretó con fuerza el pañuelo y sonrió, apenado—. Te prometo que la curaremos. Dime que aguantarás.

Asentí, sabiendo que acabaría quejándome en algún momento. Siempre había sido una niña temerosa con las heridas o las roturas. Básicamente, tenía miedo a casi todo, pero era evidente que ahora tocaba callar y ser fuerte.

—Eh... —Con su mano derecha, levantó mi mentón para lograr mirarme fijamente—. Todo va a salir bien, ¿de acuerdo?

Nuestros ojos se encontraron por fin, pero siguieron sintiéndose distantes, desconocidos. Se mordió los labios. Con esa fuerza y esa disposición tan suyas, volvió a su asiento y arrancó el coche para hacernos desaparecer de aquella calle en pocos segundos, aunque ninguno de los dos supiésemos muy bien nuestro siguiente paso.

—¿Adónde vamos? —le pregunté, totalmente desorientada. Como respuesta, solo hubo silencio—. ¿Izan?...

Pero él iba inmerso en sus pensamientos y no contestó. En ese instante, en el que su mirada estaba inmersa en la carretera, dudé si seguía allí conmigo. Decidí tomar la iniciativa por el bien de los dos. Presioné con delicadeza la palma de mi mano sobre la suya intranquila, que no dejaba de cambiar de marcha con agresividad, y me atreví a preguntarle:

—¿Cómo vamos a salir de esta?

—Estoy pensando.

Sumido aún en la carretera, de pronto, una sola lágrima recorrió su mejilla; una gota que pareció ser realmente de mentira en su cansado rostro. Sin embargo, tuve muy claro que era el sentimiento más real que estaba contemplando desde que empezó todo aquel desafortunado error.

—Aún siento que no me he vengado lo suficiente, que no he hecho lo que debía. Todo es culpa mía. Incluso que tú hayas pasado una línea que no quería que pasaras. Te he hecho hacer algo que no deberías haber hecho. Nunca dejaré de sentirme culpable. —Se llevó una mano a la cabeza—. Y mi madre está muerta por mi culpa.

Mi cara cambió en cuanto escuché que la información que tenía en su cabeza era errónea. La mirada de Izan buscó saber el motivo de mi desconcierto ante sus palabras.

—¿Qué? —Sentí mucha pena por él. Estaba cargando con todas las culpas, y no era justo—. No. Tu madre no ha muerto.

—¿Cómo? —No le encajaba lo que le decía, así que volvió a preguntármelo—: ¿Cómo lo sabes?

Noté su cambio de humor al girar bruscamente la cabeza para mirarme. En ese instante, deseé que sus dedos apretaran los míos, pero no lo hizo. Tampoco se lo reproché. Ambos debíamos aclarar muchas cosas que nos atormentaban. Esperaba el momento adecuado para hablar de todo lo sucedido.

—Yo la saqué de allí... —Miré hacia la ventana. El paisaje era borroso por la velocidad a la que iba conduciendo—. Ella está bien.

Consiguió sonreír durante un breve segundo.

—¿Tú estabas en el ayuntamiento en aquel momento? —Bufó por la rabia—. Ese cabronazo me mintió sobre mi madre.

—Sí... —Mis ojos volvieron a los suyos, confusos—. Supe que el ayuntamiento iba a explotar por la llamada de mi padre. Luego, se me pasó por la cabeza que a lo mejor tu madre sería capaz de decirle a Hans que yo estuve allí. Pueden acusarme. Está claro que no podremos volver.

—No lo creo. Confío en ella —me aseguró—. Aunque, de todas maneras, veo improbable que alguno de nosotros pueda regresar. Sé que mi padre me tendió una trampa. Lo sé.

—No tendríamos que haberlos dejado allí luchando solos. —Cerré los ojos, sintiendo dolor por la posible pérdida de estos—. Si Fernando muere, si le pasara algo a Juliet...

—Nina —cogió fuerte mi mano—, eso no va a pasar, porque ambos estarán bien. Todo saldrá bien. Sabían perfectamente lo que hacían. Tu padre lo tiene controlado. Lleva años luchando contra Hans. No está todo perdido. —Se puso muy serio—. Ahora tenemos que pensar en nosotros. Tú eres mi prioridad. Debo confiar en que están haciendo lo correcto.

—Pues dime qué pasará conmigo ahora —le exigí, descontrolada y aterrada por lo que acababa de hacer. Acababa de matar.

—Ambos seremos los más buscados del país, y no tengo ni idea de qué cojones vamos a hacer, pero sé con certeza que algo idearemos. Te lo prometo. Tengo ese plan B.

—¿De verdad? —Tragué saliva, intentando creer en sus palabras—. ¿Y cuál es tu plan B?

Se hizo un silencio un poco largo.

—Aún no lo tengo del todo zanjado, pero lo tendré.

—Menudo plan B.

Su divertida mirada y su media sonrisa me hicieron saber que seguíamos siendo nosotros y que, de nuevo, lo habíamos logrado. Estábamos vivos. Cerré la boca y pensé en ello repetidas veces, pero seguía sin llegar a otra solución que me convenciera más. Pasaban por mi cabeza muchas cosas, demasiadas. Pensaba en Yina, en Gisel y en Diego, en la madre de Izan y en todas las personas que dejábamos atrás y que no tenían —o no habían querido tener— nada que ver con nuestra historia.

—Supongo que ese hostel será seguro.

—No puedo seguir si no dejas de juzgarme con esa mirada azulada que va a tragarme en cualquier momento. Deja de hacerlo, por favor. Intento protegernos.

—No me protejas, no me hace falta.

Volvió a molestarse por mi arrogancia.

—A juzgar por tus gestos, me temo que sí. Estoy más acostumbrado a pasar esa línea. Aunque, si te soy sincero, no estoy orgulloso de ello, por si quieres aclararte ese prejuicio que tienes contra mí.

—Quisiste rematarlo —le recriminé juiciosamente.

—Te maltrató. —Se enfureció en cuestión de segundos.

—Él ya estaba... —Recosté la cabeza contra el cristal de la ventana—. En fin, él ya estaba

muerto.

—Iba a matarte, Nina.

Sentí que tenía su mirada fija en mi nuca, pues no le permití que encontrara mis ojos. Había, por desgracia, demasiadas cosas que reprocharle.

—¡Qué cojones! ¡Iba a matarnos, Nina! ¡Por favor! ¿Y me juzgas a mí?

—Deberías ser mejor que él. Y, ahora, calla y conduce adonde sea que vayamos.

Renegó con fuerza:

—Eres insufrible, niña.

Se acomodó en el asiento, enderezó el espejo trasero, por hacer algo, y se aclaró la garganta; todo sin conseguir mi atención. Lo único que gané fue que pusiera el coche a doscientos por la autopista y me acobardara, aunque algo me decía que lo ha había hecho cien mil veces más.

—¡Para! —le ladré. Apreté su brazo con algo de fuerza.

—¡Vaya! ¡La niña ha despertado! —Se llevó otra mirada furiosa de las mías que tanto lo divertían. Empezaba a pensar que lo hacía aposta para no dormirse en la carretera—. ¿Qué? —Elevó una ceja ante mi mirada—. Estoy en autopista y tenemos que alejarnos lo más rápido posible. Doscientos es poco.

—¡Por favor, Izan! ¡Vuelve a la carretera! —le supliqué angustiada—. ¡Estás desviándote y tenemos que ir a por Yina!

—¿Estás loca? ¿Desde cuándo ese ha sido el plan? ¡No puedo retroceder! Dormiremos en el hostel y viajaremos al puerto en unas horas.

—¡Me da igual qué plan tengas, Izan! ¡Tenemos que volver a por Yina! ¡Estará desprotegida mientras mi padre intenta acabar con los secuaces de Hans! ¡Merinda y ella... estarán... asustadas!

Rechazó mi mano, que seguía sujetando su brazo en un claro intento de convencerlo para que saliera en la siguiente salida que llevara al centro de la ciudad. Cuando no conseguí hacer entrar en razón al cabezón del Tauro, lágrimas invadieron mi rostro. De hecho, la tardanza de aquellas lágrimas me sorprendió. Entonces, recordé a Yina bajo las sábanas cuando tan solo era un bebé. Su rostro, muy cercano a la lamparilla, hacía sombra sobre aquellos animales de tela que daban vueltas por el techo. Lo que más recordaba era su mano tocando mi mejilla a la vez que decía: «No me dejes solita, no me dejes solita... Tú eres mi mamá».

—¡Por favor! ¡Tenemos que volver! ¡Por favor, Izan! ¡Te lo suplico! —Zarandé su brazo con más fuerza.

—Niña... —conseguí poco a poco ablandar su decisión—, vas a hacer que nos maten. Nos pones en peligro. ¿No lo ves?

—¿Acaso crees que no lo sé? Pero debo hacerlo, Izan. Al menos necesito saber que está bien antes de marcharnos adonde sea que esté el destino de tu plan.

Sus ojos verdes apagados se centraron en la carretera, pensativos y distantes, pero acabó saliendo en el primer desvío hacia la ciudad. Cogimos la carretera mientras era incapaz de sostener mi cabeza para no dormirme. Noté que para él era incluso más difícil.

—Debemos descansar en el hostel que nos ha dicho Juliet. Es el único lugar seguro. Tenemos que pensar muy bien los pasos que vamos a dar ahora, Nina. Mañana iremos a por Yina. Pero así es una locura ir a proteger a nadie. Averiguaremos dónde está y volveremos al plan.

—Lo sé. De acuerdo.

Condujo por la arboleda hasta el hostel escondido en medio del bosque. Fue curioso encontrar un lugar tan oculto. Nunca había llegado a ver aquella parte de la ciudad, y me produjo cierta inseguridad.

Nos miramos en cuanto paró el coche debajo de unos árboles muy frondosos. El lugar se encontraba casi abandonado. Nadie había recogido el montón de hojas del suelo o las ramas caídas y secas.

—¿Entramos?

Izan empezó a analizar el lugar.

—No lo sé.

Nos bajamos inseguros del coche y anduvimos en dirección al edificio de tres plantas que parecía abandonado. Nos detuvimos en la puerta, separados a una distancia prudencial.

—Será mejor que tú pidas una habitación para ti. —Examinó todo a su alrededor con la pistola preparada—. Yo cogeré otra habitación. —Cuando vio mi cara desencajada porque me había dejado claramente fuera de su habitación, bromeó—: Tranquila, solo será parte de un teatro. No te librarás de mí esta noche. Iré a tu habitación después.

Me hizo reír y desapareció al girar la esquina del edificio. Llamé al timbre y una mujer mayor me abrió.

—Buenas noches, querida. ¿Necesita una habitación?

—Buenas noches. Sí.

La mujer se escandalizó cuando vio mi estado.

—¡Madre mía, si estás sangrando! ¡Entra, cielo!

—Muchas gracias, señora.

La mujer, de pelo largo, pelirrojo y canoso, hizo que pasara a la recepción y allí me obligó a sentarse en un sillón bastante antiguo. La entrada era pequeña pero muy acogedora. A la vuelta, después de perderla de vista durante unos segundos, trajo consigo un té y la llave de una de las habitaciones. Regresó al pasillo largo que parecía llevar a la cocina y me trajo algo de comer en una bandeja. No se detuvo y, seguidamente, puso una bata blanca de algodón por encima de mi cuerpo semidesnudo, que temblaba de frío. En el exterior empezó a llover, y el olor a bosque despertó mis sentidos olfativos.

—¿Cuál es su nombre, buena mujer?

—Me llamo Clarisa. —La sorpresa en mi rostro fue tan notable que ella supo de inmediato que la identifiqué—. Oh, cielo..., tienes los mismos ojos que tu madre y la misma cara cuando tenía tu edad.

Aquella sonrisa tan peculiar y familiar me llamó demasiado la atención. Incluso las pecas de la cara y sus marcas de expresión llevaron a mis pensamientos a un territorio conocido. Me atreví con lo primero que se me pasó por la cabeza cuando Clarisa me tocó la mejilla con su mano huesuda.

—¿Abuela?... ¿Eres tú?

Asintió ante mis ojos llorosos.

—Hola, querida nieta.

—Pero si tú estabas...

—¿Muerta? —Sonrió con indiferencia—. ¿Quizá... desaparecida? No recuerdo qué fue lo que me hizo inventar ese diablo de Hans.

Izan

Después de peinar el recinto para nuestra seguridad, volví al coche y cogí una americana que

había en los asientos traseros; seguramente, de Fernando. Me coloqué la prenda para tapar mi pecho desnudo y lleno de heridas y caminé de nuevo hacia la entrada. Era suficiente margen para que no pensaran que ella y yo estábamos juntos.

Cuando entré en la recepción, no vi nada fuera de lo normal. Como cualquier otro hostel, tenía las mismas normas y el mismo aspecto: habitaciones independientes en diferentes espacios por sexos opuestos, baños separados a una distancia impresionante y recepcionistas que solo se limitaban a hablar con el otro género por un motivo exclusivamente profesional. Las limitaciones eran visibles, pero algo me decía que aquello solo era puro teatro para el tipo de gente como yo. No iba a traerme nada bueno estar allí, pero era evidente que no me quedaba otra. Habría sido una idiotez dormir en el coche a merced de cualquiera que estuviera siguiéndonos. Pensé que tendría que utilizar mis viejos métodos para conseguir subir con Nina a esa misma habitación.

Apoyado en el mostrador de la recepción, carraspeé para captar la atención de la mujer mayor, quien hablaba por teléfono en ese momento.

—Buenas noches.

A mi derecha vi a Nina. Estaba sentada y tomando un té, con una bata blanca por encima de sus hombros. No pude evitar fijarme en que se la veía pensativa y triste.

—Buenas noches. ¿Desea una habitación para esta noche?

Volví la vista a la mujer.

—Sí.

Colgó de golpe el teléfono, asustada, se giró con lentitud hacia mí y me inspeccionó de arriba abajo. Impresionada, su rostro cambió drásticamente y se llevó una mano a la boca.

—Madre mía...

No supe cuál era el motivo de la alteración en el estado de ánimo de aquella mujer, quien rondaría los setenta años y caminaba lentamente hacia mí con una mirada poco agradable.

—¿Qué ocurre?

Desvió la mirada hacia Nina.

—¿No había otro chico, hija mía?

Hubo un silencio muy largo mientras pasaba una inspección por parte de aquellos maduros ojos que no estaban nada contentos.

La voz de Nina tomó protagonismo y cortó el silencio:

—No. Resulta que no había otro.

La media sonrisa de Nina me desconcertó tanto que arrugué el entrecejo. De repente, no entendía nada.

—Vais a tener que perdonarme, pero no comprendo qué está pasando aquí.

—Izan Blake...

En cuanto aquella mujer dijo mi nombre, asustado, caminé hacia Nina con la intención de llevármela de allí. Sabía que no era bueno que supiera quién era.

—Será mejor que nos vayamos, Nina.

Con la bata que le cubría ese precioso cuerpo, se levantó y fue hacia mí. Me dirigió una mirada despreocupada y negó con la cabeza. Al parecer, no era momento de huir. Sus ojos me dijeron que estábamos en casa. No supe cómo me hablaba con la mirada, pero nos comunicábamos de aquella manera sin saber cuándo habíamos empezado a hacerlo.

—¿Quién es ella? —Miré a ambas, que se sonreían con tristeza y una pizca de alegría.

—Es mi abuela Clarisa.

La abuela de Nina estaba ante mis ojos. La viva imagen de Juliet con aquel rostro más sabio.

—Mi hija os ha traído hasta aquí porque es donde ella viene con... Y nunca los... cogieron...
Le costó confesar que su hija cometía un delito desde, probablemente, hacía mucho tiempo.

—Traía a mi padre.

Apenada, asintió.

—Sí.

Creí experimentar la tristeza que sentimos por Juliet y Gregorio.

—Espero poder fiarme de ti, Blake.

—No se preocupe, no soy mi padre.

—Espero que así sea. Como comprenderás, no estoy aquí oculta por gusto. Ya me entiendes.

Al escuchar la preocupación de su abuela, Nina quiso entregarle una parte del dinero que Juliet le dio antes de separarnos en el almacén. Pero era evidente que Clarisa no iba aceptarlo. Aseguraba que estábamos en su casa.

—Ahora os subiré un botiquín para que podáis sanar esas heridas. Parece que la noche va a ser fresca. Os llevaré mantas y algo de ropa. No tengo mucha cosa, pero os servirá. Descansad lo que necesitéis. Mi hija me dijo que estaríais solo una noche.

No supimos qué contestar, así que solo nos ceñimos a un formalismo:

—Gracias.

Clarisa puso su mano en el hombro de su nieta.

—Deja que hable con Izan a solas, cielo.

—De acuerdo.

Nina subió las escaleras mientras ambos la observábamos. Los dos estábamos muy preocupados por ella, tanto que la seguimos con la vista hasta que desapareció de nuestro alcance.

Bajé la cabeza, agotado y sintiendo demasiada tristeza por ella como para expresar lo que sentía. Vi en ella algo que yo ya había tenido que gestionar. Solo pensaba en lo duro que iba a resultarle seguir adelante después de lo que había hecho para protegernos a todos. Nunca se lo perdonaría a sí misma. Igual que tampoco lo hice yo en muchas ocasiones.

El rostro de Clarisa, envejecido pero bello a la vez, se tornó serio. Quiso que escuchara y que recordara muy bien lo que iba a decirme. Fue muy directa:

—Presta atención, Blake. —Esperé, sin dejar de mirarla a los ojos—. Como tu naturaleza aflore y le hagas daño a mi nieta o seas una estafa para todos, el pueblo jamás te lo perdonará. Ahora, los Larson son el pueblo que empieza a hablar. Gregorio ha trabajado mucho para iniciar esta rebelión, por eso te pido que no te detengas. Lucha por mi nieta y por esa sociedad justa que todos anhelamos. Y no dejes caer a Nina en la oscuridad, o te harán pedazos y te arrepentirás día y noche de haberla conocido. ¿Ha quedado claro?

La mujer, que parecía inofensiva a primera vista, consiguió que aquellas palabras llegaran muy nítidas a mi mente. Supe que lo decía muy en serio. Era una versión muy adulta de Juliet.

—Solo confío en ti porque mi hija me ha dicho que lo haga, pero debes demostrarle a la gente que no eres como tu padre. Hazlo y tendrás a todo el mundo a tus pies. Acuérdate de estas palabras, hijo.

Puse mi mano sobre la suya. La miré, transmitiéndole todo mi cariño a aquella mujer que solo se preocupaba por el futuro de su familia. Cada día veía más claro lo bien que encajaba que Nina realmente era la hija de Juliet. Todas tenían esa fuerza tan particular.

—Lo haré, Clarisa. Lo prometo. Quiero a su nieta y lucharé por ella hasta que no me queden fuerzas. Lo juro.

Sonrió, ya más relajada.

—Bien. Ahora ve con ella. Te necesita.

—Gracias.

Me entregó la misma llave que a Nina: la habitación número diez, hacia donde se había dirigido minutos antes.

Entré despacio, inspeccionando cada rincón de la pequeña y rústica habitación. Olía a bosque y entraba aire por varios huecos de las ventanas de madera rústica. Al fondo, encontré a Nina sentada encima de la repisa de una de las ventanas. Miraba hacia el exterior a la vez que sujetaba su brazo como si fuera a partirsele. Sus manos temblaban. Lloraba en silencio, con los ojos puestos en la arboleda de la entrada del hostel.

Era agradable contemplar el perfil de su rostro, el cabello dorado y despeinado, el pecho tapado por solo ese sujetador negro y el pañuelo que le apretaba la herida, completamente manchado de su sangre. Se la veía derrotada, pero, sin lugar a dudas, seguía siendo hermosa. Eso nunca cambiaría en ella, y menos para mis ojos, que parecían estar locamente enamorados de su cuerpo.

—Hola, niña.

Se giró poco a poco y me miró con reproche. Supe que había llegado el momento de enfrentarme a la realidad. Ocultarle que Juliet era su madre no había sido fácil, pero más complicado iba a ser tratar de explicarle el motivo por el que lo hice.

Ella fue quien inició la complicada conversación:

—Lo sabías.

No iba a negárselo ni a irme por las ramas. Lo sabía. Sí. No pude hacer otra cosa que desviar la mirada y asentir como un capullo.

—Sí.

—Me lo ocultaste.

—Sí.

Volvió la vista al bosque. ¿Eso quería decir que no me perdonaba? Dolió escuchar sus llantos bajo mis pasos mientras me acercaba lentamente para intentar que el posible contacto entre nosotros la relajase con el fin de que me diese opción de explicarme.

—¿Cuándo lo supiste? —me preguntó sin mirarme.

—Desde que sellé tu enlace matrimonial.

Hubo un silencio sepulcral.

—Todo este tiempo hasta ahora me has mentido...

—Sí. Pero lo hice para protegeros, Nina. Principalmente por eso.

—Y yo confiaba en ti.

—Lo sé. No supe qué hacer, Nina.

Me apresuré a acortar la distancia entre nosotros. Asustado, la abracé, sintiendo que ese podría ser nuestro final. Y si así ella lo decidía, yo no sabría qué hacer. Porque ya no me quedaba duda alguna: la quería, la deseaba.

—Ella me pidió que no dijese nada, por vuestra protección. Me dijo que ella te lo contaría. Necesitaba hacerlo ella. Lo siento.

Se bajó de la repisa en la que estaba sentada. Vi la rabia en su mirada. Se acercó hasta mi pecho y me golpeó con las palmas de las manos. Dolida, decepcionada y con lágrimas en los ojos, me gritó y se desahogó. Le permití que hiciera lo que tenía que hacer. Me lo merecía.

—Lo siento, lo siento.

—¡Confiaba en ti!

—Perdóname.

Sujeté sus brazos, que, alterados, no paraban de moverse. La miré a los ojos y la llevé con fuerza hasta mi pecho. Entonces descargó todo su dolor. Lloró con fuerza y desesperación. No paró de gritar que era una asesina. Y cada vez que lo repetía, mi corazón se encogía. Era mi culpa. Constantemente me lo decía a mí mismo. Yo la había llevado hasta allí. Estábamos en aquella situación por mi maldita culpa, y no podía arreglarlo. No tenía las herramientas que creí tener entonces. Todo había salido tan diferente a lo planeado...

Nina se separó de golpe en cuanto llamaron a la puerta. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano cuando Clarisa entró en la habitación para dejarnos el botiquín encima de la cama. También nos obsequió con algo de comer y de ropa. Con una sonrisa llena de preocupación, la mujer se alejó y cerró la puerta.

—Necesito un momento.

—De acuerdo.

Mientras se dirigía al baño, busqué sus ojos con la intención de toparme con ellos por lo menos de manera accidental, pero su mirada no dejaba de ser baja y esquiva. De inmediato, mis manos empezaron a actuar. Abrí el botiquín en busca de lo que necesitaría para curarle la herida, sin importarme la mía en absoluto.

Minutos después, el olor a jabón despertó mi mente cuando salió del baño con el cabello mojado e intentando secarlo con la toalla. Volvía de la ducha con un apenado rostro. Decidió sentarse en el mismo lugar de la ventana, y no dejó de mirar el cielo durante el tiempo que necesité para preparar todo lo necesario con el escaso material que Clarisa nos había dejado. El silencio había sido nuestra compañía durante casi todo el viaje, y de nuevo lo fue en aquel instante, en el que nuestros pensamientos eran, sin atisbo de duda, muy negativos.

Mostró dolor en su precioso rostro y se quejó en cuanto empecé a desinfectarle la herida, pero solo eso le escuché decir. Cuando acabé y rodeé el corte con un vendaje nuevo, optó por huir de mis palabras, que intentaban encontrar una manera de arreglar aquel desastre. Me dirigí a la cama para dejarle ese espacio que necesitaba tener en aquel momento. Me quedé solo, sentado sobre el colchón y pensativo. ¿Cómo demostrárselo? ¿Cómo decirle que solo fue para protegerlas a las dos? Los puñeteros remordimientos me comían por dentro mientras, tumbado, miraba el techo y manipulaba mi arma plateada para hacer tiempo. Comprobé que quedaban pocas balas. Maldije, sabiendo que en aquella situación teníamos pocos recursos. Una y otra vez, pensé en cómo coger a Yina y llevarla hasta Nina, cómo encajar a las dos en mi plan B.

Volví a intentar hablar con ella. Me levanté y le ofrecí una de aquellas camisas que Clarisa, al parecer, también había dejado junto al botiquín. Eran tallas de hombre; probablemente, lo único que pudo encontrar.

—Yo te habría dejado en sujetador mucho más tiempo, pero está visto que tu abuela no va a dejarme disfrutar de ese precioso cuerpo que tienes. Es capaz de cortarme las pelotas.

Sus mejillas se sonrojaron. No pudo evitar una sonrisa que nació de su interior de manera impulsiva.

—Eso parece. Estoy segura de que lo haría.

Al querer acercarme a ella, pensando que teníamos alguna posibilidad de hablar de nuevo, se alejó, lo cual me molestó.

—Ahora soy yo quien necesita un momento —bufé mosqueado. Si bien podía llegar a querer a esa mujer tanto como para morir por ella, también podía llegar a enloquecer.

Entré en el baño y me miré en el espejo. En el reflejo pude contemplarme agotado, herido y con

la piel sumamente sucia. El muy capullo de Jon me había tirado cubos de agua congelada, y el polvo del almacén podía apreciarse perfectamente enganchado a mi piel. Me di asco. Era momento de pasar a la ducha. Así que, una vez bajo ella, dejé caer el agua por mi cuerpo y más tarde intentaría arreglar mi imagen como fuera.

Salí, y allí seguía ella, sentada en la repisa de la ventana. Aunque tuviese el ceño fruncido y sus ojos estuviesen medio cerrados, podía ver lo hermosa que era. Empecé a desinfectarme yo solo la herida que Jon me había provocado en el almacén con aquel primer disparo. Me dolía a la altura de la cadera. Escoció una barbaridad, pero lo hice. Logré que los ojos de Nina me miraran con preocupación. Cuando acabé con la herida, me levanté en busca de aquellos ojos azules que me necesitaban.

—¿Cómo te sientes?

Cogí la camisa negra, me la puse y me sentí un poco mejor. Fue como ponerme una capa de protección. Si había una cosa que echaba de menos de mi vida anterior, era mi propia ropa. Sabía que era estúpido pensar en algo como eso en aquel momento, pero no me quedaba otra mientras el silencio y el tiempo pasaban sin lograr sacarle ni una palabra a Nina.

La herida me escocía mientras miraba al techo. No paraba de darle vueltas a qué decirle en cuanto quisiera contestarme.

—Por lo menos estoy viva.

—Nunca será suficiente, ¿no?

—Eso dijimos. Sí.

—¿Solo «Eso dijimos»? ¿Ya no sigues pensando eso?

Caminé hasta ella y me quedé detrás de su espalda, muy cerca de tener de nuevo contacto con su cuerpo. Peiné su cabello y despejé su cuello echando los mechones al hombro contrario para dejarlo así totalmente desnudo. Aquella camisa le iba tan grande que le caía por la clavícula. Su piel blanca quedó al descubierto ante mis ojos, que de inmediato llamaron desesperados a mi boca. Tuve serios problemas para evitar que notara qué cosas pedía mi cuerpo hacerle al suyo. No obstante, no me corté ni un momento en darle lo que anhelaba mi ser: besar con delicadeza la zona de la clavícula.

Inspiró de manera relajada en cuanto mis labios tocaron su piel.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué hacemos con Yina?

—Piénsalo bien. ¿Estás segura de hacer eso? Recuerda que no tienes su custodia. Estarías secuestrando a tu hermana.

—No me importa. Quiero llevármela lejos de mi familia y de la tuya. No soportaría que fuera una moneda de cambio. Tengo miedo de que la usen.

—Iremos a buscarla.

—Confío en mi padre. Podemos ir a buscarlo al sendero y reencontrarnos con ellos. Estoy segura de que mi padre ha tenido que poner bajo protección a Yina después de todo lo que ha pasado. Dudo que esté en casa con Merinda.

Pensativo, opté por sentarme en la repisa frente a ella. Nuestros pies descalzos se tocaron. Ambos nos miramos agotados, cansados y con ganas de huir, aunque nuestras piernas ya no pudieran más y los párpados no aguantaran lo suficiente como para hablarnos con la mirada.

La luna iluminó el oscuro cielo y por fin nos contemplamos más de tres segundos. Le sonreí, y ella, tensa por la presión de mis ojos, parpadeó varias veces, intentando evitar que mi mirada la atrapara.

—No quise hacerte daño. Nunca he querido ocultarte nada. Juliet me lo pidió. Era peligroso

para vosotras. Debes creerme.

Desvió sus ojos. Lágrimas volvieron a caer por sus preciosas mejillas.

—Lo sé.

—Para que sigamos con todo esto, debes perdonarme, o juro que no me moveré de aquí hasta que lo hagas.

—Eres un engreído.

Se me fue la vista a la apertura de la camisa, donde podía apreciarse la perfecta curva de sus pechos.

—Y tú una belleza.

—Deja de intentar que te perdone de esa manera.

No conseguí ocultar la sonrisa que ensanchaba mi boca. Lo vi claro: era mi momento para avanzar. Tenía medio camino hecho. Me atreví con el contacto físico. Mi mano derecha acarició su muslo desnudo y recorrió toda su pierna hasta la cadera, levantando así la camisa, que le venía tan larga como si fuera un vestido. No hice otra cosa que volver loco a mi miembro.

—¿De qué manera? —Elevé una ceja—. ¿A qué te refieres?

Decidí seguir sin dejar ningún momento de pausa. Despacio, me dispuse a abrir sus piernas para ponerme allí, en medio, con la intención de que mi mano llegara hasta su nalga. Noté el bulto en mi pantalón. Ya me había pasado de la raya. Respiré profundamente cerca de sus labios inquietos. Sus mejillas se sonrojaron y se le erizó la piel de los brazos. Cerré los ojos al oler su cabello y su piel justo cuando mis labios tocaron su mejilla ardiente.

—Lo que estás haciendo.

Le hablé a milímetros de sus labios:

—¿Qué estoy haciendo?

No pudo vocalizar con claridad. Jadeó ante mi tacto.

—Lo que hace que te perdone todo.

Arrastré con fuerza hacia mí sus nalgas, provocando que su espalda se desestabilizara y tuviera que poner sus manos encima de mis hombros para equilibrarse. Logré sacarle una carcajada silenciosa. Media sonrisa se pintó en mi rostro por ello.

—Entonces, estoy haciendo bien mi trabajo.

Tan cerca, fue inevitable que no nos besáramos. Lo había conseguido. Podía decir que me divertía ver cómo cambiaba su cara y sonreía de manera natural. Por mucho que su enfado conmigo siguiera ahí, las ganas de besarme habían sido más fuertes, y eso lo supe desde el principio. Debía confesar que en muchos casos jugaba con eso, pero era lo único que me quedaba si quería que aquella situación se calmara, por el bien de los dos. No obstante, se relajó tanto que, de un beso, pasó a ser algo más intenso.

—Yo también sé jugar a eso.

—No te lo discuto. Haces conmigo lo que quieres.

—Y tú conmigo.

—Corrígeme si no es cierto que desde que te conocí he ido detrás de ti como un perrito en celo.

Por suerte o por desgracia, ella tenía mucho más poder sobre mí que yo sobre ella. Era muy débil a su tacto. Me ponía claramente enfermo con esos labios carnosos que me deseaban tanto como los míos a los suyos.

—Eso es cierto. Has sido un buen perrito.

Abrí los ojos con intensidad, haciéndome el sorprendido. Ella no pudo evitar las carcajadas que le venían sin control.

—Eres hermosa cuando te ríes.

Volví a besarla tras esa pausa, durante la que la contemplé como quien observa un lienzo recién pintado.

—Vamos, te ayudaré a dormir.

La cogí de la mano y la ayudé a bajar.

—¿Tú vas a ayudarme a dormir? —Elevó una ceja y me brindó esa medio sonrisa torcida que me volvía loco en cualquier situación. No dudé en decirle claramente lo que sentí en ese momento; no habría más secretos entre nosotros:

—Oh, Nina —jadeé—. Deja de retarme, porque te juro que te tiro a la cama y te hago de todo sin pensármelo dos veces.

Su sonrisa me confirmó que estaba pasándoselo muy bien y que había logrado desconectar de lo que había pasado en el almacén.

Deshizo la cama y se tumbó sobre ella con los ojos medio cerrados. La contemplé allí estirada mientras caminaba hacia ella. Era una chica preciosa, y no solo por su belleza, sino por la manera en la que hablaba, por cómo gesticulaba y cómo se movía. Todo su cuerpo era un puñetero imán para el mío.

Dejé la pistola en la mesita, levanté las sábanas y acogí su cuerpo en mi pecho. El ambiente cambió. Era el momento de hablar de aquello que la atormentaba.

—¿Qué he hecho, Izan?

Sabía que hablaba de Jon.

—Lo que habría hecho cualquiera para protegerse. —Acaricié su frente mientras lloraba en mi pecho—. Yo lo habría hecho igual, niña. Nunca quise que pasara esto. Tendría que haber sido más listo y haber visto que era una trampa. Jon me dijo que estabas allí, y eso hizo que cayera como un necio.

—¿Qué va a pasar conmigo?

—Huiremos lejos en cuanto tengamos o sepamos qué ha pasado con Yina. Cogemos a Yina y nos largaremos. Tengo un lugar adonde ir. Estaremos a salvo.

—Dejarás tu vida atrás.

—Ya no tengo mi vida aquí, Nina. Mi vida ahora eres tú. Iré donde tú vayas, me equivoque o no. Lo haré.

—No me iré sin Yina.

—Lo sé. Iremos a por ella en unas horas. Haremos lo que haga falta. No lo olvides nunca, niña.

Como si una muñeca delicada estuviese en mis brazos, la acaricié y besé su piel. Me prometí a mí mismo que no invadiría su cuerpo, que no tendría unas ganas enormes de hacerle de todo en aquella cama. La razón me hacía frenar, pero sus labios se sintieron tan carnosos cuando se posaron tan delicadamente en mi cuello que algo me atrajo y me hizo perder la poca sensatez respecto a que aquel no era el momento adecuado. Realmente, tener sexo aquella noche fue por su maldita culpa. Tenía que quitarle esas ideas negativas. Nosotros siempre lo lográbamos, estábamos destinados a estar juntos, por mucho que nos lo negaran.

—¿Y si no lo logramos?

—Tengo que quitarte esas ideas tan malas que tienes sobre nosotros.

—¿Cómo vas a quitarme eso, Izan?

—Creo que de la mejor manera que sé, niña.

Y ocurrió. Claro que ocurrió. Habría sido muy raro que no pasara. Éramos pura química. Cuando ella estaba cerca de mí, era un imán para mi cuerpo, y sabía que en cuanto dijese un

simple sí con la cabeza, ya no tendría ningún impedimento en mi mente para la siguiente acción.

—Entonces, hazlo.

—¿Estás segura?

—Más que nunca.

—No es un buen lugar...

—¿Y cuándo lo será, Izan?

—También es verdad.

Empecé a besarla, sintiendo que, solo con unas palabras, ya la tenía dura y estaba preparado para lo que tenía que ocurrir. Sin embargo, noté que algo era diferente. Había estado con mujeres que mi padre me pagaba y nunca me había faltado, eso era cierto, pero lo de hacer aquello con Nina... Incluso me puse nervioso, como si fuera yo quien lo hacía por primera vez. Pero, en este caso, era ella.

Acaricié con mi mano el contorno de su precioso cuerpo. Retiré poco a poco los botones de aquella camisa que desvelaban un cuerpo espectacular. Besé sus senos despacio, hasta que no pude aguantar más la presión en mi pantalón. Sus manos en mi cremallera me pusieron realmente alterado. Si ella no hubiera tenido ese rostro tan angelical, puede que no hubiese notado esa sensación de que necesitaba que jugara conmigo como quisiera. Pero era ella; era su manera de mover los labios, su intensa mirada azul...

—Vas a hacer que me vuelva loco.

—Puede que sea lo que quiero.

En ese instante, cuando me quité los pantalones y vi su sonrisa traviesa, no pude aguantar mis ganas de coger su cuerpo y meter mi pene dentro de ella. Estaba poniéndomelo fácil.

Como un sueño que jamás pensé contemplar, la vi debajo de mí, totalmente desnuda. Agarró mi cuello y me atrajo hasta sus labios. Yo solo había podido mirar sus pechos y divagar sobre ellos. Pero ya no era solo un sueño. Éramos el uno del otro aquella noche, tal y como habíamos querido desde hacía mucho tiempo.

—Tendrás que ir despacio.

—Sí, pero solo al principio.

—Izan...

No pude evitar una carcajada. Aquella mujer hacía que mi cuerpo se comportase de una manera que nunca había experimentado con nadie.

—Que sí, niña.

Tomé su cuerpo en cuanto sus ojos se cerraron a causa de mis labios, que descendieron desde su cuello hasta sus preciosos pezones rosados. Su piel vibraba bajo mis manos, las cuales no se detuvieron y abrieron poco a poco sus piernas, lo que provocó que le hiciera sentir placer y, sobre todo, que consiguiera lo que siempre había querido con ella.

Nos besamos una y otra vez hasta que nuestros labios estuvieron hinchados y ella se quedó totalmente relajada. Cuando se mordió los suyos por tenerme casi totalmente en su interior, continué sin detenerme. Se agarró a mi cuello y jadeó una y otra vez sin parar. Sentí un placer enorme dentro de ella, y más cuando cambié de postura y la tuve encima de mí, introduciéndose mi miembro ella sola. Con la exudación recorriendo mi nuca, la contemplé, y un placer incontrolable me abrasó cuando mordió mi boca. Como siempre, la competición entre nosotros no cesaba. Ella no era menos que yo y viceversa. Eso hacía que nos pusiéramos tan cachondos que no controlaríamos lo que haríamos a partir de ese momento, hasta el punto de estar los dos bañados en sudor tras haberlo hecho por toda la habitación.

Fue en la repisa de la ventana cuando, teniendo a Nina pegada a mí totalmente debido al orgasmo y agarrándose a lo que fuera para no caerse, tuve que salir de ella rápido para no cometer una locura. Durante todo ese tiempo, en el que no había pensado en nada y aquella mujer me había tenido absorbido, los dos no pudimos terminar de creérnoslo. La miré desnudo, allí de pie, y contemplé su cuerpo recostado en la repisa. Aún intentaba aguantarse por la fuerza del orgasmo. Me acerqué a ella despacio y acuné su rostro en mis manos. Besé sus labios hinchados y le mostré una ancha sonrisa.

—Ahora es cuando un hombre como tú me deja.

No pude reprimir las carcajadas que me invadieron. Puede que en otra circunstancia tuviera razón, pero en aquella...

—Qué fe tienes. Esto tan solo acaba de empezar, niña.

Agarré sus nalgas con ambas manos y la elevé hasta la altura de mi pelvis mientras le permitía besarme como ella quería y deseaba. Yo me dejaba hacer, como un adolescente que anhela un beso por primera vez de la mujer más guapa que han visto sus ojos.

La tumbé sobre la cama de nuevo y hablamos entre besos:

—¿Crees que habría hecho todo lo que he hecho solo por tener sexo contigo? —Se mordió el labio—. Estoy como un loco enamorado de ti, niña.

Poco a poco, cerré los ojos y me dormí junto a ella durante a saber cuántas horas.

Capítulo 2

Perseguidos

Nina

El clic del gatillo era muy real en mi sueño, tanto que me desvelé por el susto. De pronto, supe que no se trataba de un sueño. Un hombre vestido de negro nos apuntaba con una pistola a los dos en aquella cama.

—¡Izan!

A mi lado, abrió sus ojos asustado a la vez que reaccionaba muy rápido. Su mano izquierda cogió su pistola y le apuntó a la cabeza. Encogí mis piernas y me senté, pegada al cabezal de la cama. Se quitó la sábana de encima y se levantó mientras ambos continuaban apuntándose mutuamente.

—¿Quién eres?

—Dame a Larson y todo acabará.

—¿Quién la quiere?

—Dame a Larson.

—Te he hecho una maldita pregunta.

—Dame a Larson.

Intuí que iba a apretar el gatillo. Puede que estuviese traumatizada, pero lo percibí. O tal vez lo creí así. Así que me levanté de la cama y fui directa a la espalda de aquel hombre. Cogí un cuchillo del plato de comida y le clavé la punta por detrás. Él se sorprendió. Cuando casi había cometido una locura, sin esperar a que dijese nada, Izan golpeó la cabeza de aquel tipo con la empuñadura de la pistola. Empecé a hiperventilar cuando el hombre cayó a mis pies. De nuevo, sentí pánico. Me llevé las manos al pecho.

—Niña.

El amanecer nos iluminaba allí de pie, uno frente al otro. Me miró preocupado. Cogió mis manos y nos dirigió lejos de nuestro agresor, que sangraba por la cabeza.

—Tranquila, tranquila.

Atrapó mi cuerpo entre sus brazos con la intención de tranquilizarme. Y lo consiguió.

Clarisa entró en la habitación.

—¿¿Qué ha ocurrido?! ¡He escuchado ruidos!

Izan habló por mí:

—Tranquila. Está todo bien, pero tenemos que irnos ya. Nos han encontrado. Si contactas con tu hija Juliet, avisa de que estamos siendo perseguidos. Te recomiendo que te vayas de aquí, Clarisa.

Se puso en marcha para coger todas las cosas que Clarisa había preparado para nosotros aquella mañana y ató a aquel tipo a una de las sillas de la habitación; todo ante nuestros ojos asustados. Mi abuela no podía creer lo que estaba pasando.

—Si nos quedamos aquí, tú no estarás a salvo. No llames a la policía. Hans la tiene comprada. Contacta solo con tu hija, ¿de acuerdo? —Cogió con fuerza mi mano—. Tenemos que marcharnos, Nina.

—Está bien. Lo siento, abuela.

—Idos. Haré lo que decís. —Mi abuela me abrazó por primera vez en mi vida—. Fuera de aquí, chicos. Yo me encargaré.

Sin mucho tiempo, bajamos corriendo las escaleras con la preocupación en nuestros cuerpos. Corrimos hasta el coche y nos pusimos en marcha por la carretera en dirección a la ciudad. Tras mucho tiempo conduciendo, Izan vio que tenía la posibilidad de parar en una gasolinera. Optó por no aparcar cerca de la entrada, sino en la parte de atrás. No quiso arriesgarse a que nos vieran juntos y nos pidieran algún tipo de identificación. Golpeó la guantera y sacó unas gafas de sol. Desde allí podían escucharse los motores de los coches que circulaban por la autopista a toda velocidad.

Le eché un vistazo al área de servicio, algo desierta, ya que no había mucha gente en el restaurante. La mayoría eran camioneros que dormían dentro del vehículo o tomaban café para descansar. Por descontado, todos eran hombres. Volví la vista a las manos de Izan, que buscaba algo en la cartera. Las manchas de sangre en el cuero me devolvieron a la realidad. Sus manos llenas de cortes y heridas hicieron que cerrara los ojos por un segundo y recordase el motivo de nuestra lucha y lo que nos jugábamos estando desamparados en aquella zona de descanso donde, probablemente, ya estarían buscándonos. Ante todo eso, me vino el recuerdo de la noche anterior y mi cuerpo se aceleró. Sentí cómo mi piel reaccionaba diferente cuando me tocaba. Solo podía imaginarme una y otra vez el sexo que habíamos tenido.

Él se dio cuenta de que lo miraba con ojos perdidos.

—Deja de mirarme así, niña. Te juro que solo pienso en una cosa si me miras así.

—Eso es lo que me pasa a mí.

No pudo evitar acercarse para besarme, sin pensar que estaríamos llamando la atención. ¿Por qué nuestras mentes no pensaban en el peligro que corríamos cuando nos besábamos? ¿Por qué no nos deteníamos?

Despejó su mente cuando se tocó sus partes íntimas para serenarse. No podíamos hacerlo allí mismo, así que empezó a trazar un plan con una sonrisa traviesa en su cara:

—Esta es la idea: serás tú la que entre en el establecimiento. Es más seguro que vayas tú en lugar de yo porque me conocen en todas partes. Deberíamos sacar el máximo dinero del cajero, y debemos hacerlo rápido. Toma. —Me sonrió cuando dejó su tarjeta de crédito en mi mano—. Han pasado solo unas horas, así que dudo que hayan llegado a cancelarlas todas. Prométeme que serás lista y que te marcharás muy lejos de mí en cuanto saques ese dinero.

Elevé ambas cejas cuando él se quedó embobado mirando mis labios.

—No tienes fe —le contesté con seriedad.

Se encogió de hombros.

—Había que intentarlo.

Tras una sonrisa de complicidad, se bajó del coche y comenzó a rebuscar entre las cosas de Fernando. Abrió el maletero y me hizo meter la mano en la guantera mientras él revisaba los bolsillos de los asientos delanteros por la parte de atrás. Manipuló los asientos traseros y acabó plegándolos para descubrir si realmente estaba en lo cierto de algo que imaginaba que habría. Por el gesto de triunfo que hizo, parecía haberlo encontrado.

—Lo sabía. Esto me lo enseñó él mismo.

Sacó dos pistolas de un hueco de debajo de la alfombra. Me sonrió tras lanzarme una de las armas. La sostuve entre mis manos nerviosas mientras lo observaba hacer. Lo admiraba. Estaba claro que sabía moverse en situaciones así.

Sin embargo, había cosas que ni él mismo podía llegar a saber que pasarían. Como, por

ejemplo, que en ese momento saliese un hombre de un coche recién aparcado y caminase en nuestra dirección. Tuve poco margen para avisarlo, por lo que, con el miedo en el cuerpo, preparé el arma.

—¡Izan! —Él seguía rebuscando en el maletero—. ¡Viene alguien!

—¿Cómo?

El individuo comenzó a correr hacia él.

—¡Izan!

No me quedó otra que salir del vehículo para interceptarlo antes de que lograra atacarlo por la espalda. Lo apunté con la pistola mientras se acercaba.

—¡Detente! —lo advertí con firmeza.

Al no esperar mi presencia, se detuvo, dándole a Izan el tiempo suficiente para percatarse de la poca distancia entre el atacante y él. Sacó su pistola del dobladillo del pantalón y le apuntó. El hombre, flaco, alto y con poca pinta de alguien del Gobierno, no se detuvo. Se aproximó tanto a nosotros que ninguno sabíamos lo que quería realmente.

Izan optó por preguntar. Le regaló el beneficio de la duda al no verlo empuñar ningún arma, a pesar de que sí habíamos atisbado que la poseía.

—¿Quién eres?

Las manos de Izan me indicaron con disimulo que me metiera en el coche.

—No soy del Gobierno si es lo que quieres saber. Vengo a por Nina por orden del Destructor. Solo soy un mandado. Me pagan por ello.

Se notó que quise creerle cuando no me metí en el coche. Desobedecí la orden de Izan.

—No te fíes, Nina.

El tipo levantó las manos, rogando unos segundos más para explicarse.

—Él la esconderá y la chica podrá seguir con su vida. Me pagan por traerla a ella con vida. Por favor. No llevo ningún arma, ya lo ves.

Fue acercándose cada vez más, pero Izan tomó otra decisión diferente a la mía.

—No. Lo siento. Ella no se va contigo. O te largas ahora mismo o te pego un tiro. Tú mismo. Decide.

La mano de Izan presionó mi abdomen para que fuera de nuevo hacia el coche. En décimas de segundo, me exigió preocupado que me metiera corriendo mientras él seguía apuntando al cazarrecompensas, que no parecía contento por la decisión que estábamos tomando.

—¡Ahora!

Con la palma de su mano libre, azotó mi trasero a la vez que lo empujó para que me introdujera en el coche. En cuanto cerré la puerta y miré hacia atrás, Izan le disparó al hombre en la pierna y se subió corriendo al asiento del conductor para salir a toda velocidad de allí.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡¿Quién coño era ese?! ¡¿Tu padre pagando a gente para que te lleven con él?! ¡¿Quiere que te mate el cabrón de Ezequiel?! ¡Has matado a su hijo! ¡¿Qué pasará cuando se entere?! ¡Tengo que llevarte lejos de aquí! ¡Ese era el plan! ¡Juliet me lo confirmó!

Enfureciéndose cada vez más, giró el volante hacia la derecha con agresividad y se incorporó a la autopista tras tomar la segunda curva.

—Creo que tenemos que escucharle.

—¿Cómo dices? —De golpe, me miró con un deje de incompreensión—. Nina, ¿qué parte no entiendes? Has matado a Jon. Ezequiel acabará contigo. Está con mi padre. Ha traicionado al tuyo. Incluso, probablemente, Gregorio ni sepa que no están de su lado. Jon y Ezequiel estaban todo el tiempo contra tu padre. ¿Qué te hace pensar que no es una trampa?

—Mi padre debe saber la traición de ellos desde la explosión en el ayuntamiento.

—Me niego a pensar que ir con tu padre sea una buena opción. Algo no encaja, Nina. Deja que siga con el plan que ya teníamos zanjado. Debemos averiguar el paradero de Yina e irnos al puerto. Ese es el objetivo.

—¡Es mi padre, Izan! Quizá ha enviado a alguien para encontrarnos porque él está ocupado con tanto lío.

—¡Y el mío también es mi padre y ahora ha decidido matar a gente por robar un chicle! Las personas no son lo que parecen, Nina. No quiero que corramos ese riesgo. Rotundamente, no. Seguiremos el plan que teníamos en marcha si todo salía mal.

Horrorizada por la presión respecto a la poca libertad de la que disponíamos, me peiné el cabello enredado y cerré los ojos durante unos segundos tras cerrar la boca en busca de paz. Entretanto, Izan seguía buscando una explicación mientras conducía agresivamente pasando de un carril a otro y adelantando a todos los que podía para ganar tiempo.

En los minutos que tuve de silencio, intenté ordenar mis ideas. Mi padre, en principio, no había planeado esa explosión del ayuntamiento. Fui avisada con poca antelación. Estaba segura de que fue afortunado en aquel momento por saber la traición de ambos. Gracias a ello, pudo salvarme a mí. Mi padre jamás habría matado a tantos inocentes por el simple de hecho de tener ese plan contra Hans.

Las ideas que viajaban por mi mente se ordenaron.

—¡Estaba todo planeado!

Abrí los ojos por completo, enderecé la espalda y lo miré, sabiendo que mi teoría encajaba con una única verdad posible. Él analizó mi estado de inmediato cuando me vio tan segura de ello.

—¿De qué estás hablando? —Volvió la vista a la carretera.

—Mi padre no tuvo nada que ver con esa explosión. Por eso me avisó en el último momento y no antes. Lo supo en cuanto se enteró de la traición de Ezequiel. Piénsalo, Izan. Si Hans organizaba un atentado contra el ayuntamiento, conseguiría crear el caos en la sociedad, en la capital que quiere lograr liderar por completo más adelante. Las elecciones en las que la gente de clase alta vota están cerca. Con Brian Roc, las cosas no marchan, e, inmediatamente, Hans ganaría en cuanto la gente pensara que el desorden en la sociedad vuelve por culpa de la organización que se ha creado durante el mandato de Roc a causa de los que no creen en la Ley OSDE. La estrategia de Hans ha sido siempre destruirnos con el pueblo. Ezequiel y Jon fueron comprados en el momento en el que Hans se vio apurado y decidió tomar la estrategia de utilizarnos. Estábamos pisándole los talones. Necesitaba a gente de confianza de mi padre para saber qué planeaban. Entonces, lo supo todo. Supo de tu traición en cuanto acudiste al almacén para protegerme. Estoy segura, Izan.

—Sí —afirmó tras unos segundos pensativo—. Tiene sentido. Así son los movimientos de mi puñetero padre. Ni se le ve cómo se mueve por el puto tablero de ajedrez.

Observó el espejo que enfocaba la parte de atrás del coche y se volvió para mirarme cuando se aseguró de que nadie nos seguía.

—Ese es Hans. —Golpeé la palma contra mi muslo como un gesto de logro—. Su estrategia era destruirnos y destruir la organización de mi padre, que empezaba a llegar muy lejos. Le bastaba con una mala reputación. Nosotros somos los malos de nuevo, y él es quien arregla la ciudad. Siempre ha sido ese su mecanismo.

—Y nosotros hemos vuelto a caer en su trampa. Cómo no.

—Tenemos que conseguir volver a ver a mi padre para verificar todo esto, Izan. Confío en que

es así.

Tomó mi mano, se la llevó a sus labios y la besó con cariño y firmeza.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera, niña.

—Gracias.

Nos sonreímos, sintiéndonos de nuevo atraídos el uno por el otro. Al parecer, le gustaba tanto como a mí la complicidad que notábamos entre nosotros.

Conseguimos llegar a una gasolinera. Allí empezamos a trazar de nuevo el mismo plan anterior antes de que el cazarrecompensas nos lo rompiera. Bajé del coche con las gigantescas gafas de sol y con la americana de Fernando que había en el reposacabezas, que me venía enorme. Izan también salió y se quedó a la espera, apoyado en el capó, observando todo a su alrededor y con la pistola escondida en el dobladillo del pantalón de aquellos tejanos rotos. Noté sus ojos puestos en mi espalda desde su posición, hasta que perdí esa sensación en cuanto entré en la tienda.

En el interior de la gasolinera, una mujer atendía de manera formal a dos hombres que estaban en la cola de la caja registradora. Pasé por al lado con la cabeza agachada. Los hombres, junto con la dependienta, no fueron más allá de un contacto entre trabajador y cliente, como la ley exigía. Como si fueran dos andróides o dos simples máquinas, cada uno cogió su tique y su cambio y se marcharon.

Anduve por los pasillos en busca del cajero que había logrado visualizar desde fuera. Se ubicaba al fondo del establecimiento, bastante retirado de donde se encontraba la dependienta, con una gorra grabada con el logotipo de la gasolinera. Introduje la tarjeta con los dedos temblorosos. Indiqué en la pantalla la petición de querer retirar la máxima cantidad de la tarjeta, pero denegó el movimiento.

—Mierda... —susurré en soledad frente al cajero automático—. No puede ser...

La cuenta se encontraba totalmente congelada. Pude ver todo el dineral que Izan tenía, pero no podía hacer absolutamente nada. El mensaje en la pantalla fue bastante claro: «Movimiento denegado temporalmente. Consulte con su banco».

Había estado tan pendiente de la pantalla que no me había dado cuenta de la presencia de la mujer detrás mí. Me llevé la mano al pecho, asustada.

—¡Qué susto! —Disimulé lo que pude ante su mirada sospechosa.

—¿Puedo ayudarle, señorita? —Su sonrisa no fue sincera.

—No, gracias. —Me retiré hacia atrás unos centímetros—. Cogeré algo de comer, gracias.

—Lo siento, señorita. Tiene que quedarse aquí.

—¿Cómo dice?

La mujer señaló su teléfono móvil.

—Órdenes del Gobierno. Lo siento. He llamado a la policía. Le han captado por la cámara de este cajero intentando retirar una cantidad indecente de una cuenta de la alta sociedad. Lo siento.

—¿Cómo han...?

—Si intenta huir de la justicia, no podrá. Créame, muchos lo han intentado. Estarán aquí en unos minutos. Es mi deber, lo siento.

—Lo sé.

La empujé para que me dejara espacio y la tiré al suelo. La mujer supo que lo haría. Corrí después de robar varios artículos de comida y medicinas. Salí huyendo como una ladrona tras escuchar el grito de la dependienta y llevarme varias miradas de los hombres que entraban en el establecimiento.

Izan seguía apoyado en el capó, sufriendo por mi retraso. Cuando vio mi apresurada huida, se

encargó rápidamente de meterse en el coche, bajar el freno de mano y arrancar. Sin detenerme ni un segundo, abrí la puerta tras golpearme el brazo con el canto de esta. Grité de dolor por rasparme la herida aún abierta, y de inmediato le ordené gritando que se pusiese en marcha; algo que ya sabía que debía hacer, pero no pude evitar bramarlo sin más. Solté todo lo robado entre mis piernas y le comuniqué con gran preocupación lo que acababa de ocurrir dentro con su tarjeta.

Izan

Sabía que mi padre era rápido en actuar para quitarse de en medio casos de alta traición, pero poco estaba gustándome ser el «afortunado» en aquel instante, y mucho menos si Nina salía la más perjudicaba.

En todo momento, la querían a ella. Nadie me había buscado a mí. Ningún hombre había mencionado mi nombre. Nadie. Ni siquiera en aquel periódico que había encontrado al lado de un coche en el suelo estaba yo en primera página. Habría sido lo más normal: «El hijo del alcalde traiciona a su pueblo y comete un delito contra la Ley OSDE». Era muy extraño. Mi padre no fallaba. No dejaba cabos sueltos en sus casos. Movía cielo y tierra para desterrar al cabrón que lo había traicionado y, si le era posible, acababa matándolo. ¿Por qué aún no había venido a por mí?

Yo era ahora para él la pieza que no le encajaba en el tablero.

Decidí parar por tercera vez en un área de descanso, solitaria y sin ningún coche más que el nuestro. No recordaba haber viajado tanto tiempo cuando iba en busca de Nina al almacén. Sin embargo, ya estábamos bastante cerca del centro. Estábamos jodidos.

Al parar el coche, los dos nos mantuvimos en silencio mientras masticábamos lo único que podíamos llevarnos a la boca después de muchas horas. Estaba hambriento, y no podía agradecerle más a Nina que hubiera robado algo de comida. Aún tenía resentidas las muñecas de las puñeteras cadenas que ese cabrón me había puesto tras colgarme medio dormido, y seguía pensando en la teoría de Nina, que encajaba a la perfección. Había estado todo planeado. El mismo Jon me lo había dicho. Hans y él estaban cooperando juntos desde aquella conversación en el establo: «Me casaré con ella. Ya está todo planeado». Jon estuvo aquella noche en la que los cuatro cenamos en el restaurante, con el triunfo brillando en sus ojos. Sabía lo de mi boda; lo sabía. Y era algo que ni la misma Juliet pudo imaginar. Pero, en cambio, él me miró de aquella manera, victorioso, a pesar de mis desdenes y arrogancias. Cuando fui a por él, estaba seguro de que él sabía que mi padre ya seguía mis pasos. Estaba donde él quería que estuviese; para cazarme, para ver de qué era capaz.

Maldito cabrón.

La distancia entre Nina y yo me hacía pensar que nada por lo que habíamos luchado era real. Por un momento, creí que me despertaría de aquella puñetera pesadilla. Ni yo era el mismo ni ella era la misma. Habíamos cambiado desde el instante en el que caímos en el juego de Hans. ¿Cuál iba a ser su próximo movimiento?

—Al parecer, te buscan por ambas partes. Si vamos a por Yina, nos encontrarán. Tú decides qué camino seguir. Es el momento de determinar qué hacer realmente.

—Lo sé.

—¿Confías en tu padre?

—Confío en él.

Cuando terminé de engullir como un desesperado y beber la suficiente agua, la observé desde la distancia. Ella comía pensativa mientras su entrecejo se arrugaba. No paraba ni un segundo de organizarse, de preguntarse cuál era la salida. Además, al verla así, sabía que se echaba todas las culpas, igual que yo.

Recordé la herida de su brazo y reparé en que estaba sangrando. Podía verse la sangre por fuera del vendaje. Tomé las cosas necesarias para curarla de nuevo. Me bajé del coche, abrí la puerta del copiloto y empecé a desinfectarla, totalmente concentrado. Solo me distrajo su preciosa sonrisa llena de tristeza.

—¿Cómo te encuentras?

Cogí una gasa nueva y el bote de alcohol. Como sabía lo miedica que era con aquello, no le di tiempo y, sin avisar, le eché bastante líquido sobre la herida. De golpe, se mordió el labio con fuerza, echó la espalda hacia atrás y pronunció algún que otro insulto. Obviamente, entendí el motivo de sus palabras incontroladas, pero era la única manera de curarle de una forma rápida.

La observé cuando sus ojos se entreabrieron para buscarme. Me había quedado en silencio, admirando su bonito rostro. Sus mejillas se habían tornado rojizas cuando la miré fijamente. Le sonreí, en pos de una de sus espectaculares sonrisas. Esos labios carnosos y rosados en aquella piel blanquecina me llevarían al mismísimo infierno, sin duda. Le confesé que odiaba estar lejos de ellos.

—Siento estar distante, niña. Yo...

En un acto de no saber pronunciar las mejores palabras ante ella, me eché el flequillo hacia atrás y me miré la herida de la pierna, pero no me importó, a pesar de que aún seguía cojeando algo.

—Creí que moriríamos en ese almacén. Que tú morirías por mi culpa por no haber visto la jugada de mi padre. Y me siento tan culpable... Lo siento mucho, de verdad.

Una de sus delicadas manos se puso en mi hombro y volví a sentirme persona cuando noté su cariño. Tenía el poder de hacerme cambiar, de hacerme sentir humano. Siempre había tenido esa sensación con ella desde el principio. La honestidad de aquella niña de la que estaba como un loco enamorado era su lado más bonito.

—Pero no hemos muerto. Estamos juntos, de nuevo. Unidos en la causa.

No importaba a cuántos matara si era para preservar a aquella mujer. A cada minuto que la miraba, más me gustaba tenerla conmigo.

—Pero has tenido que matar a una persona por mi culpa, por mi error. Nunca habría querido que eso pasara.

—No podía hacer otra cosa. Tú mismo lo dijiste anoche.

—Lo sé.

Tras el incidente en el almacén, pensé que ella no volvería a ser la misma, de la misma manera que yo no volví a ser el mismo el día que apreté por primera vez el gatillo. Todas las noches me lo preguntaba constantemente: «¿Estoy tan lejos de ser como mi padre?, ¿de ser un asesino frío y calculador como me ha enseñado? ¿En qué punto nos diferenciamos mi padre y yo?». Al fin y al cabo, yo hacía lo mismo, ¿no?

Después de miles de pensamientos y habiendo conducido hasta la que creímos que sería la ubicación de Gregorio, paré el coche en aquel sendero.

Nina abrió la puerta, decidida a hablar con su padre.

—Voy yo. Si no vienes, lo entenderé.

Solté una risa sarcástica.

—Niña, te diré una cosa. He nacido en una sociedad de mierda en la que no nos dejan mantener una conversación desde niños con el sexo opuesto. —Esbozó una sonrisa por mi entonación—. Pero si algo me han enseñado, es la clave básica de las mujeres. —Salí del coche—. Y no voy a caer en la trampa. —Me dirigí a la puerta de Nina y la abrí de par en par—. Voy contigo sin dudar, porque no lo entenderás, cariño.

—Ja. —Cerró la puerta con descaro y me miró con deseo la boca—. No te cansas nunca de chulear, ¿verdad?

—Nunca, mi niña.

De golpe, decidió besarme justo cuando tenía pensado hacerlo yo primero, pero se adelantó a mi acción y sus labios me evadieron durante unos largos segundos de la realidad de estar en un sendero bastante abandonado. Su maldita cercanía hizo que volviera a sentir que tenía un miembro entre las piernas. En ese momento era un pensamiento inapropiado, pero la deseaba como un loco. Cuando dejó de besarme, volví a recordar lo poco que había sufrido el cabrón de Jon.

Nina caminó en dirección al edificio de Gregorio, donde supuestamente deberíamos encontrar a alguien para que nos llevara hasta su padre. Escogió entrar por la parte de atrás. La seguí hasta la salida de emergencia. Subimos las escaleras que llevaban a la planta que recordaba de la última vez que estuve allí, cuando acordé que su hija sería mía en cuanto lográramos retirar a Hans de su mandato.

Una vez arriba, nos encontramos con un pasillo vacío y solitario. No había gente trabajando para Gregorio. Parecían haber dejado aquel lugar. Mi suposición se confirmaba. Estaba seguro de que Gregorio no había sido quien había enviado a aquel tipo a por Nina. Empezaba a no gustarme la decisión que habíamos tomado.

Nina abrió la puerta del despacho de su padre. Esperé encontrarlo allí recogiendo las últimas cosas para huir, pero yo sabía que era una estupidez. Los locos éramos nosotros por presentarnos allí después de lo que habíamos hecho.

Nos percatamos del eco que había cuando Nina me habló:

—No hay nadie. Se han ido.

—Te lo dije. Uno a cero, niña.

Rebusqué por el escritorio mientras renegaba por la decisión de Nina de llevarnos hasta allí con el fin de que algo pudiera indicarnos el motivo de su marcha o de que nos hubiera dejado alguna información de dónde podría estar en aquel momento; aunque sabía de sobra que Gregorio no era tan inepto como para escribirnos una nota por si acudíamos a él. Ya habíamos quedado en que iríamos hacia el puerto para viajar a la Gran Rebel; algo que por aquel entonces no le había comunicado a Nina, para protegerla. Desvelar ese secreto solo nos haría padecer si gente del Gobierno averiguaba que sabíamos acerca de una isla en la que habitaba gente que no encajaba en esa sociedad. Había sido informado por mi gran amigo Noel, que me había entregado aquel plan para proteger a Nina a toda costa.

Era evidente que no había nada del paradero de Gregorio. También me fijé en que todo estaba demasiado ordenado. No parecía que se hubiera marchado de allí con prisas.

—Ya tenía planeado irse. Han dejado todo ordenado.

—¿Crees que ya sabían que debían marcharse? ¿Dónde crees que habrán ido?

—A un sitio donde no lo encuentre Hans. Probablemente, tras saber la traición de Ezequiel y Jon, tuvieron que dejar este lugar.

—Entonces se confirma mi suposición.

—Sí. Al parecer, sí.

Abrí algunos cajones, revisé las estanterías y busqué por los otros despachos. Nada de nada. Se lo habían llevado todo de manera ordenada. No había restos de forcejeos, nada por el suelo o cosas rotas. Todo limpio.

—Tuvieron tiempo de marcharse —aseguró Nina, bastante preocupada de que su decisión hubiera sido inadecuada.

—Eso parece.

—Deberíamos irnos. Tenías razón.

Corrí las cortinas de una pequeña ventana, y justo cuando iba a sonreír tras escuchar a la cabezota de Nina dándome la razón por primera vez, me sorprendí cuando vi cómo venían cuatro coches hacia el edificio. De inmediato, identifiqué aquellos vehículos como parte de la flota del Gobierno. Entonces, lo vi en uno de ellos. Era mi padre.

Unos pasos nos pusieron alertas de inmediato. Me aproximé a Nina, la cogí del brazo e hice que se escondiera conmigo detrás de la puerta. Comprobé que llevaba el arma en el dobladillo del pantalón y recordé que quedaban pocas balas. Siete, para ser exactos.

Alguien paseaba tranquilamente por la planta.

—¿Tienes la pistola que te di? —le susurré al oído, con mis labios rozando su oreja.

—La tengo.

—Estate atenta. Hans está abajo y trae refuerzos.

En cuanto asintió y se preparó, salí para descubrir de quién eran los pasos.

—¿Quién anda ahí?

La voz de una mujer nos sacó del estado de alerta en el que habíamos entrado. Curioso, miré en dirección al pasillo. Los ojos de la mujer captaron mi cuerpo rígido y armado. Se asustó.

—Izan Blake... —Su voz se volvió un murmullo sin motivo—. ¿Qué estás haciendo aquí?!

Los brazos de la mujer se elevaron cuando le apunté con el arma. Podía notarse el miedo en su cuerpo. Nina quiso hacer que bajara la pistola, pero no le hice caso. Ya no podía fiarme de nadie solo por su aspecto físico.

—¿Quién eres? Y lo más importante, ¿dónde está Gregorio?

—Soy la mujer de la limpieza. Limpio el lugar, como me ordenó el señor Gregorio, nada más. Pero te conozco. Tu padre está buscándote, muy preocupado.

Se me escapó una fuerte risa sarcástica.

—¿Solo buscando? No creo que sea esa la palabra adecuada.

Me acerqué poco a poco a fin de dejarle un espacio a Nina para que pasara detrás de mí mientras apuntaba a la mujer.

—Ya lo creo. Está muy intranquilo. Los medios de comunicación dicen que la organización terrorista te apresó contra tu voluntad.

—Espera... ¿Qué?

Miré a Nina por el rabillo del ojo. Su cara cambió drásticamente. Ninguno de los dos entendíamos esa información.

—Está en todos los medios de comunicación.

Bajé la pistola, rendido. De nuevo, comprobé cómo Hans había estado jugando al ajedrez, y otra vez ganaba él. La teoría de Nina se confirmaba. Pero es que, además, yo estaba metido en ella. Al parecer, pasó de traición a ser una víctima de Gregorio y su gente.

—Tenías razón, niña —le confesé a Nina, quien se mantenía a mi espalda.

La mujer la vio y cambió la cara. Su preocupación se intensificó.

—Señorita Nina... Tu padre está buscándote también. Quiere protegerte.

La preciosa joven que tenía detrás de mí salió de su escondite, se pegó a mi espalda y me susurró al oído:

—Deja que hable yo. —Se puso delante de mí y se dirigió a la mujer—: Dime adónde se dirigen y yo misma iré a verlo. Necesitamos saberlo.

—Imposible. Nadie puede saberlo. Ya no lo permite. Ha decidido llevarse a todo el mundo con los ojos cerrados hasta el lugar. Solo confía en unos pocos que se han encargado de llevar al resto. No podrás ir por ti sola a la nueva zona de la organización.

Con la pistola en la mano, me rasqué la nuca, nervioso. Volví a mirar por la ventana y los vi casi a punto de aparcar. Estábamos perdidos.

—Entonces, ¿cómo puedo localizarlo?

—No debes preocuparte por eso. Él te encontrará a ti. Siempre está pendiente de tu seguridad. Tranqu...

—Basta de charla —la interrumpí—. Ya están aquí.

Los nervios de la mujer se hicieron palpables. Miraba de lado a lado, con la escoba en la mano. Se veía que quería irse lo más rápido posible de allí. En cuanto me percaté del micrófono que llevaba colgando en el pecho, supe que su aparición no había sido mera casualidad.

—Lo siento, me pagaron para avisar si venías tú por aquí —confesó su infiltración mientras sus pies la llevaban a territorio protegido.

Maldije tantas veces que Nina empezó a sentirse culpable. La mujer desapareció escaleras abajo.

—Tenemos que irnos ya. Tú también tenías razón.

Asentí mientras ya me ponía en marcha. Corrimos por el pasillo y bajamos las escaleras hacia la salida de emergencia sin perder un segundo. Nuestra intención era volver al coche, ya que en la otra parte del edificio estaban ellos.

En el transcurso de la huida, Nina tropezó. La ayudé a enderezarse y seguimos corriendo hasta llegar al vehículo. Cuando nos disponíamos a entrar en el interior, supimos de inmediato que nos habíamos quedado sin tiempo al vernos rodeados.

La voz de Hans nos heló la sangre en aquel momento, justo cuando el silencio estaba siendo un privilegio:

—Se os acabó el tiempo. Ya podéis parar. —El cañón de la pistola que empuñaba uno de los escoltas de Hans presionó mi nuca—. ¿Creías que ibas a vacilarme así, hijo mío? ¿De verdad?

Rodearon a Nina, le quitaron la pistola y la retuvieron frente a mí. Acto seguido, Hans empezó rápidamente a darles órdenes a los suyos:

—Coged a mi hijo sin hacerle ningún rasguño y matad a la chica. Vamos.

—Pero..., señor..., estamos a la espera de...

—¡Es una orden!

Los ojos de Nina se agrandaron, se pusieron tensos y, seguidamente, empezaron a volverse borrosos por las agresivas lágrimas que comenzaron a caer por sus mejillas. Tras un forcejeo con el tipo que intentaba llevarme lejos de Nina por órdenes de su jefe, intentaron cogerme entre dos hombres, pero no lo consiguieron. Impedí que me agarraran de los brazos y me puse frente a Hans. Lo cogí del cuello y lo estampé contra el coche. La desesperación no me amilanó.

—¡Ni se te ocurra!

Hans se quedó allí de pie, observando la escena con diversión como si de una película se tratara, satisfecho por ver a su hijo moverse con tanta facilidad. En vez de causarle algún tipo de miedo por mi fuerte reacción, empezó a reírse en mi cara.

—Eres igual que yo, hijo. —Pareció que me miraba con orgullo.

—Yo no soy igual que tú.

—No puedes escapar de lo que eres realmente, hijo.

En ese momento, los gritos de Nina me hicieron retomar la intensidad de mi rabia. La cogieron entre dos hombres y empezaron a llevársela ante mis ojos hacia uno de los coches. Solté a Hans, corrí hacia ellos y disparé. A los tres, sin ningún tipo de miramiento. Uno, dos y tres. Descargué sin más. Me importaba bien poco qué castigo tendría por eliminar a los mejores hombres de aquel diablo. Nina quedó al fin libre y corrió a mis brazos. Nos bastaba con unos segundos más. Avancé hasta ella y la sostuve en mi pecho todo el tiempo que pude hasta que Hans volvió a aparecer delante de nosotros. Entre risas, aplaudió por todo lo sucedido. Le pareció entretenido.

—Tranquila, niña, tranquila. Encontraremos la manera de salir de esta. —Tomé su pequeño y delicado rostro entre mis manos—. Siempre la encontramos.

Ella me miró con esos ojos tan bellos pero muy asustados. Con su mirada azulada, me hizo saber que aquella situación era diferente. Ambos sabíamos que estábamos rodeados, y cada vez eran más los que acudían a la llamada del diablo para presenciar la escena. Más coches llegaron, dejándonos sin la posibilidad de encontrar una maldita salida. Nos cercaron, formando un círculo a nuestro alrededor. Los focos iluminaban nuestras caras, lo que hizo que pudieran vernos perfectamente a pesar de que ya estaba anocheciendo.

Hans se acercó a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja. Le encantaba ganar batallas y derribar a su enemigo haciéndolo pedazos en su punto débil. Era evidente cuál era el mío. Lo supo en cuanto lo traicioné. Disfrutaba con ello más de lo que llegué a imaginar.

Inició de nuevo esa orden clara y precisa:

—Coged a la chica y matadla.

Fue lo peor que mis oídos pudieron volver a escuchar, pese a que sabía que llegaría ese momento y que sería incapaz de sobrellevarlo. La puse detrás de mi espalda para protegerla y apunté a Hans con la pistola, quien era perfectamente consciente de que seguía teniéndola. Nadie me la había quitado, cosa que sabía que era otro deseo de Hans para divertirse. Pero si él la mataba, yo lo mataría allí mismo, aunque me condenasen a una muerte por asesinarlo. Visto así, ya no me quedaban más opciones. Debía disparar. Igual que decidió Nina en aquel almacén.

—Mi hijo se viene conmigo.

No le importó que le apuntase con la pistola.

—¡No! ¡Basta! ¡Que nadie la toque o lo mato ahora mismo!

Hans continuó hablando incluso siendo apuntado:

—Tres muertes sin miramientos, hijo. Eres como yo. —Quiso hacer que me enfureciese por sus comentarios.

—No soy como tú.

—Lo eres. Siempre lo has sido, pero te has atrevido a jugar en mi contra, y esa chica va a morir por tu culpa. Te dije que estuvieses centrado en tu vida. No me hiciste caso y seguiste con alguien como ella: una puta de barrio.

—¡No te dirijas a ella de esa manera!

—No puedes dispararme, hijo. Soy tu padre.

—¡Eso nunca ha sido un problema para desear hacerlo!

Con los nervios a flor de piel y llevado por una malsana impulsividad, tuve que tomar una decisión en cuanto dio otro paso y la misma orden de asesinar a Nina. Mi intención era llevarla lejos de allí y que ya nadie más la tocara. Nadie más volvería a amenazarla o a hacerle daño. Si

mataba a Hans, me llevaría a Nina a la Gran Rebel y viviríamos a escondidas allí, como todas las personas que estaban en esa isla. Era la mejor opción. O al menos para mí lo era en aquel corto periodo de tiempo en el que mi cabeza funcionaba por mandado de mi corazón. No me quedó mucho tiempo para pensarlo, así que actué tal y como mi corazón me lo impuso.

Disparé.

—¡Izan! —La mano de Nina acarició con fuerza mi antebrazo con el único objetivo de calmar aquella provocación tan bien llevada por parte de Hans. Lo había conseguido. Le había disparado—. ¡Detente! —Volví a apretar el gatillo—. ¡Izan, no!

Hans fue golpeado con fuerza en el pecho por la primera bala. Luego, cuando no me detuve, la segunda fue a parar al torso del hombre que lo cubrió. La tercera se introdujo en su cadera. Disparé a bocajarro la cuarta vez. Pero tras ese último impacto, cuando la bala le agujereó la americana y descubrió la protección del chaleco antibalas, supe que había sido un puñetero iluso durante todo el tiempo en el que las manos de Nina habían intentado detenerme.

—Mi amor... Tranquilo... —me susurró al oído—. Todo irá bien. Detente. Sé más listo.

El gesto de súplica de Nina, con su frente pegada a mi espalda y sus manos acariciando mis brazos, fue lo que hizo que abandonara la posibilidad de ganar aquella batalla. Dejé caer la pistola de mis manos al suelo, agotado. Todo había sido una locura, estando rodeados de tantas armas y frente a la mano derecha del presidente y de la Junta Directiva. No fue la mejor opción. Desde luego, que me saliera de mis casillas había sido un error. Habíamos perdido. Si lo pensábamos detenidamente, no habíamos ganado nada con ello.

Sus manos rodearon mi cintura y calmaron mi cuerpo rabioso con ganas de venganza. Cuando dejé de sentir su calor en mi espalda, me giré con brusquedad.

Ya no había más balas.

—¡Nina!

En cuanto mi reacción fue pelear con quienes volvían a cogerla, fui agarrado por la espalda al mismo tiempo que la forzaban ante mis ojos inyectados en sangre. Mis manos no supieron qué hacer para evitar que la sujetaran igual que a mí. Iba a matarlo si le ponía una puñetera mano encima. Habían vuelto a quitármela. Otra vez. Ya eran demasiadas.

—¡Suéltala! ¡Dejadla en paz, joder! ¡Cogedme a mí! ¡Soy yo el puto problema!

Los gritos de Nina me helaron la sangre, y su llanto hizo que me doliese el corazón. El pecho me dio un golpe impetuoso cuando la obligaron a sentarse de rodillas y la forzaron a mirarme desde el suelo. Hans se sacudió la americana destrozada por las balas. Inició de nuevo otra onda de carcajadas y se quitó el chaleco delante de mí, rodeado de aliados muertos en el suelo. Pero no importaba, venían más. Su ejército no se acababa. Claro que no. Qué iluso había sido.

Me pusieron a Nina muy cerca mientras nos cogían tres hombres a cada uno. Nos presionó para que nos miráramos de frente. No pude siquiera tragar saliva. Jadeé tantísimas veces que me quedé sin respiración. Supe por una vez en la vida qué era lo que decía la gente sobre la ansiedad. Mi cuerpo experimentó mi peor miedo: ver morir a Nina.

Le ataron las manos a la espalda ante mis ojos rojizos por las lágrimas que empezaban a salir. ¿Qué había hecho? Había llevado a una muerte segura a Nina. No quisieron arriesgarse y de inmediato ataron también mis manos al casi lograr soltarme, pero ya eran demasiados sujetándome. Cuando me vi en la necesidad de reclamar la libertad de la mujer a la que deseaba, no me importó implorar por su vida. Solo quería intercambiarle por ella, proteger a esa niña a toda costa. Nada había cambiado. Siempre la protegería con mi vida si hacía falta.

Cuando uno de los hombres de Hans le puso una mano encima, me desgarré la voz. Pedí

demasiadas veces que el diablo que tenía a mi espalda acabara con todo aquello. Pero sabía que su venganza se serviría muy fría. Por desgracia, lo conocía.

¡Joder!

Hans dio de nuevo la misma orden que las veces anteriores:

—Matadla.

—¡Basta! ¡No! ¡Nina!

Capítulo 3

Castigo

Izan

No me importó arañarme la piel de las rodillas por el suelo para quedarme más cerca de Nina mientras intentaba soltarme del agarre de las esposas y de aquellos tipos que seguían sujetándome. No me importó en absoluto luchar hasta el último maldito segundo. Supliqué ante la cucaracha de Hans, que estaba disfrutando al ver cómo mi corazón se rompía en mil pedazos y cómo Nina lloraba en silencio con los ojos cerrados. Incluso supe que ella quiso que yo no la viera sufrir. Tenía coraje. Por eso me gustaba tanto mirarla. Por eso la deseaba. Había descubierto que aquella niña tenía algo que me encantaba. Y era su fuerza, su valor.

Durante un solo segundo, nuestras miradas conectaron de nuevo, y fue entonces cuando le pedí que no dejara de mirarme. Lo vi todo perdido, pero la necesitaba. Sus ojos me habían dado la fuerza necesaria hasta el momento para seguir adelante en todas las situaciones en las que había podido contemplarlos. Después de aquello, solo me quedaría matar a Hans en cuanto me dejaran un minuto solo. Sin Nina, nuestra causa también estaba muerta.

—No dejes de mirarme, mi amor —le rogué, con toda la cara mojada por las malditas y ardientes lágrimas.

No podía dejar de observar sus labios, que temblaban levemente por el pánico. Estaba orgulloso de ella porque no suplicó ni una vez. En cambio, yo no podía dejar de hacerlo por ella. Necesitaba tiempo. Más tiempo. Aún podría arreglar todo ese desastre. Aún podría salvarla. Siempre había una opción.

—Niña, por favor. No dejes de mirarme.

Jamás me lo perdonaría a mí mismo si no le suplicaba a Hans. La única herramienta que me quedaba era que seguía siendo su hijo y que, al parecer, no me quería muerto.

Me giré y le grité, implorándole que parase aquella locura:

—¡Por favor, haz lo que quieras conmigo, pero no le hagas daño! Hazlo por los que aún tenemos esperanza de que seas persona. Por favor...

El tipo que la sujetaba llevó a cabo la orden de Hans. La cogió del cabello y la forzó a mirar en mi dirección. Con sus asquerosas manos, despejó su atractivo y esbelto cuello que tanto adoraba besar y le apuntó a la altura de las sienes. Bramé cuando la vi en esa posición. Iba a matarlos en cuanto tuviese ocasión. Juré que lo haría.

—Yo no soy persona, hijo. Eso es lo que debes entender. Estar en este puesto no te deja opción a los sentimientos. En esta sociedad es mejor que no existan. Tenemos que trabajar duro para hacértelo entender. Sé que no estuve contigo en tu infancia para inculcartelo, y puede que fuera mi error. Es cierto. Te doy la razón en ello. Me merecía esos balazos, pero ahora tenemos que ponernos las pilas. Tenemos que trabajar en tu educación, hijo. En nuestra relación de padre e hijo.

—Te daré lo que quieras. Pero, por favor, no le hagas daño.

Me arrastré como un gusano hasta él, que me vigilaba de pie y con los brazos cruzados, observando toda la situación. Nina estaba a mi espalda, obligada a mirar cómo suplicaba por su vida como un perro mientras él disfrutaba. El resto de sus secuaces esperaban el mandato

definitivo.

—¡Suéltala, joder! —Mi frente tocó el suelo. Ya no sabía cómo pedirselo más veces.

Hans dio una nueva orden:

—Hazlo con la navaja.

Nina intentó zafarse del agarre en cuanto escuchó aquellas palabras. Yo no pude aguantar las ganas de morirme allí mismo si llegaba a ver eso. Tenía el pecho tan contraído y mis pulsaciones estaban tan alteradas que sentía los latidos en la boca y la salada sangre en mis labios debido a la fuerza con la que los mordí.

—¡No! ¡No, por favor! ¡Joder! ¡Maldita sea! ¡No, por favor! ¡No! ¡No!

Me levanté de golpe y corrí hasta él con los dos tipos agarrando mi cuerpo enloquecido. Nina gritó en cuanto quiso ponerse de pie para detenerme. Me apuntaban tantas pistolas que nunca pensé que me movería sin pensar en una amenaza semejante. Me importaba una mierda lo que me hicieran, pero a ella no. Mi cuerpo no soportaría aquello.

—¡Izan! —Nina gritó para que parase de hacerme daño a mí mismo.

—Nina...

Mi frente estaba sudorosa y tenía la piel arañada por haber estado arrastrándome por el suelo, rogando por la vida de la mujer a la que amaba. La hoja afilada de la navaja cortó su piel. Empezó a sangrar y gritó mi nombre. Cerré los ojos. La sensación era horrorosa. No podía hacer nada por ella. Solo podía arrastrarme hasta que ya no pudiera más, pedir mi muerte para no ver cómo le hacían tanto daño.

Y allí estaba yo, literalmente a los pies de Hans, calzados con esos zapatos negros de piel manchados por el polvo de la tierra que se había levantado a causa de mis agresivos movimientos para llegar hasta él; de rodillas y con la cabeza agachada, tal y como me quería. Estaba seguro.

—No lo hagas. Te lo pido. Te lo suplico. Te lo imploro. Por favor. No lo hagas... Deja que viva. Haré todo lo que me pidas, por favor... Por favor...

Me mordí los labios empapados y lloré ante los ojos de un padre que no sentía nada en absoluto viéndome allí, suplicándole como un absoluto perro.

Cuando uno de sus secuaces le comentó algo al oído, detuvo al hombre de la navaja. Hans escuchó a aquel tipo. Y fuera lo que fuese lo que le hubiese dicho, tras un largo silencio, alzó la mano y le indicó al hombre que tenía a Nina agarrada por el pelo que cesase. Acto seguido, me obligaron a levantarme y a ponerme frente a él.

—Querido hijo, ¿vas a acceder a mis peticiones? ¿Tendrás una buena imagen para la sociedad que estamos creando y vas a ayudar a tu padre a ser el nuevo presidente de este país?

Se hizo un silencio. Esperé una contestación contundente por mi parte. Como bien sabía yo, él no me daría más de unos segundos, o la mataría. Las lágrimas dejaron de derramarse por mis mejillas. Por alguna extraña razón, alguien había salvado a Nina.

—Lo haré.

—Bien, de acuerdo. Tienes otra oportunidad. De lo contrario, ella morirá. Estás avisado. Simplemente, haz lo que se te ordene y todo irá bien, hijo mío.

—Mientras la mantengas a salvo, lo haré. Pero debes darme tu palabra.

—No estás en condiciones de andar pidiendo, hijo. Pero tienes mi palabra, siempre y cuando tú obedezcas mis órdenes. No hay más condiciones.

Se giró para largarse hacia el coche e indicó que a Nina la metieran en el interior de otro. Lo hice detenerse con otra petición que sabía que estaría muy lejos de aceptar:

—Deja que me despida, por favor.

Sin embargo, sorprendentemente y sintiendo algo de empatía por su parte, asintió con una media sonrisa.

—Acercadla.

La miré cuando la traían hacia mí.

—No te atrevas a cometer otra semejante estupidez como la anterior. No me detendré a la siguiente que hagas, hijo.

Era algo que ya sabía. No hacía falta que me lo dijese. No iba a arriesgarme a volver a ver a Nina en aquella circunstancia tan horrible. Estaba agotada, miedosa, y todo su cuerpo temblaba. Solo dejó de hacerlo cuando llegó hasta mí y pude abrazarla en cuanto me quitaron las esposas. No podía cometer ninguna locura más. Estaba desarmado, rodeado y destrozado emocionalmente. No iba a ponerla en peligro otra vez. Estaba hecho. Decidido. Asumiría el error de haberla metido en esa situación. Todo había sido culpa mía. Jamás tendría que haber seguido viéndola. Debí dejarla marcharse cuando tuve ocasión. La protegería hasta el fin de mis días, haciendo lo que hiciese falta. Volvería a ser el hombre frío y calculador. Todo por saber que aquellos ojos azules seguirían viendo el mundo sin importar si yo estaba allí para contemplarlos.

Cuando pude tenerla entre mis brazos, ella aprovechó para susurrarme unas palabras con una entonación muy seria y llena de rabia en mi oído:

—Volveré a por ti. Lo juro. Nunca será suficiente, ¿recuerdas?

—No lo hagas. Prométeme que no lo harás. Vete lejos, niña. Haz lo que te pedí desde el principio. Por favor, mi amor...

—Volveré a por ti.

—Niña..., no lo hagas.

Negó con la cabeza, tan segura de sí misma y con una fuerza en su voz que pocas veces le había visto. Era cabezota, como yo. Sin embargo, no quise perder los últimos segundos que me dejaron con ella para pelear su decisión de volver a enfrentarse con ese maldito diablo más adelante. Alguien le quitaría esa idea. Y esperaba que fuera su padre quien lo hiciera.

Tomé su rostro entre mis manos y la besé con todas mis fuerzas por si aquella era la última vez que lo haría. Notar sus labios fue un aliento de esperanza. Qué bien sabía el besarla. Pero llegó la hora de que me la quitaran y se la llevaran de mi lado. No obstante, no estaba tranquilo sin saber adónde. Cuando la perdí de vista, seguí preocupándome por su seguridad:

—Solo quiero que ella esté a salvo.

Hans se quedó pensativo un buen rato.

—Has tomado la misma decisión que yo tomé una vez.

Supe que hablaba de su vida antes de presentar su proyecto de la Ley OSDE para la Junta Directiva.

—Sí, la misma que tomaste respecto a Merinda, ¿verdad?

Sus ojos se abrieron con intensidad. Había conseguido despertar en Hans algún tipo de sentimiento lleno de dolor o rabia. No sabía bien qué había descubierto, pero por un momento volví a ver a un hombre normal. Se puso nervioso y enloqueció porque, probablemente, sintió cómo su yo interior afloraba y casi se quedaba sin su escudo invisible ante mí. Por eso, de inmediato hizo que me llevaran al coche. Pero vi que se quedó allí parado, mirando cómo todos se replegaban ante sus órdenes. Había descubierto una debilidad, y no se me olvidaría con facilidad. No, por supuesto que no. Él también se había aprovechado de mi punto más sensible: mi amor por Nina.

Fue lo último que captaron mis ojos, ya que en cuanto dejé de hablar con Hans, cubrieron mi

cabeza con una bolsa de basura y los labios se me pegaron al plástico. Estuve a punto de ahogarme, pero lo despegaron de mi boca cuando se dieron cuenta de que me asfixiaba. Acabé apoyado en el asiento de uno de los coches del Gobierno, intentando memorizar el camino, pero me fue imposible una vez que los párpados empezaron a pesarme.

El trayecto fue muy largo; demasiado. En más de una ocasión, introduje una pregunta sin saber a quién se la hacía, pero no obtuve respuesta. Estaba solo en los asientos traseros, y no dejé de pensar en una idea que me horrorizaba: ¿Dónde llevarían a Nina?

Desperté en una cama de hospital. Como si de un *déjà vu* se tratase, volvía a estar tumbado en aquel incómodo y tétrico colchón, sobre el que levanté la pierna y vi el perfecto vendaje casi a la altura de la cadera donde Jon me disparó. Pensar en ese cabrón hizo que mi ira se elevara a un nivel extremo y me doliera todo el cuerpo. Recordaba a ese malnacido arreararme con aquel cinturón y lanzarme aquellos cubos de agua congelada. Me volvía loco pensar que no podría vengarme una vez más de él.

Moví mi cuerpo y me bajé de la cama, examinando al mismo tiempo mi alrededor. Fui cojeando un poco hasta la ventana, retiré las cortinas y observé la calle. Si estaba en lo cierto, me encontraba en pleno centro de la ciudad, sin saber cómo había llegado hasta allí. Cerré los ojos, los abrí y volví a cerrarlos. Nada de lo que hiciera me devolvería a Nina. No podía volver atrás.

Contemplé a la gente caminando por las calles sin mirarse ni hablarse. Algunas parejas iban de la mano, pero era distinto, sin duda. Había miedo en sus rostros a pesar de llevar sus anillos correspondientes y, seguramente, su certificado matrimonial. Lo vi todo distinto.

Tomé el periódico que había en aquella mesa frente a las ventanas y ojeé las primeras páginas, donde podía leerse: «Actualmente, el alcalde Hans Blake ha activado una alerta antiterrorista con el fin de evitar sucesos como los del Ayuntamiento General, que en estos momentos se encuentra en reconstrucción. Se dice que la organización terrorista reivindicó este ataque hace pocos días».

—Maldita sea...

La puerta se abrió de par en par. El olor a puro me resultó tan familiar que hizo que se me encogiese el maldito cuerpo. Quise buscar algo con lo que protegerme. Sabía quién entraría por esa puerta, pero la maldita pistola se había quedado allí, vacía y tirada en el suelo tras el intento de proteger a Nina. Sí, estaba teniendo una pesadilla, sin duda. No podía ser cierto. Ese hombre no dejaba de tocarme las narices.

Hans apareció ante mí como si tal cosa, con su puro, su americana azul marino, su pelo canoso y su reloj de oro.

—Hola, hijo.

En el silencio, el sonido de las manecillas de aquel reloj tomó protagonismo. Cerró la puerta despacio y avanzó para aproximarse a mí.

Yo estaba allí de pie, con solo una bata simple de hospital, indefenso, buscando como un loco algo con lo que protegerme de él. No estaba muy seguro de qué quería de mí realmente después de todas las traiciones que cometí. Habíamos acordado que haría lo que él quisiese, pero siempre podía acabar matándonos a los dos.

Inspeccionó mi estado durante unos segundos con aquellos ojos de color carbón.

—¿Cómo te encuentras? —Casi pareció que se preocupaba de verdad. Ni siquiera contesté a aquella tonta pregunta—. Ha tenido que ser horrible lo que te he hecho pasar.

No entendí nada de lo que me dijo. No supe qué quiso decir o conseguir. Estaba desconcertado,

callado ante las palabras de semejante estratega. Nada de lo que dijera podría cambiar lo que le había hecho a Nina. No podía fiarme de su decisión. Eran demasiadas oportunidades viniendo de un hombre como él. ¿Por qué había aceptado no matarla? ¿Cuál era el motivo real? Dudaba que la pena de verme en aquel estado le hubiese hecho cambiar de opinión. Hans siempre tenía un motivo. Y mucho me temía que ese motivo era Gregorio.

Opté por coger la maceta que tenía al alcance y la tiré al suelo. Me armé con un trozo roto de cerámica para avanzar con seguridad, descalzo, con rapidez hasta él. Sin miramientos, le puse la punta afilada en el cuello y lo amenacé una vez más:

—¿Dónde está ella?! —Él se echó hacia atrás, pero no vi miedo en sus ojos. Observaban los míos de una manera que no me gustó. Era el ganador—. ¡Joder! ¿Dónde está Nina?! ¡No te lo repetiré más veces! —Apreté la punta en su cuello—. ¡Jodido cabrón! Como vuelvas a hacerle algo parecido...

Aun teniendo unas ganas horribles de arrancarle la cabeza, supe que no ganaría nada con aquello. No averiguaría nada del paradero de Nina si lo mataba.

Dos de sus escoltas entraron al escuchar los ruidos.

—¿Todo bien, señor?

Empujaron mi cuerpo lejos de él. Hans se puso bien la americana, la corbata y enderezó la espalda después de mostrarles una sonrisa tranquilizadora a sus escoltas. Luego, su media sonrisa añadida me retorció el estómago.

—No. Tranquilos. Solo necesita descansar.

Sentí el fuego que corría por mis puñeteras venas, y las ganas de acabar con su vida incrementaron. Sin embargo, debía ser cauto. Si Nina estaba en sus manos, me tendría como una cobaya el tiempo que quisiera.

—¿Dónde está? —repetí, dándole la espalda. Apoyé mis manos en la repisa de la ventana—. ¿Qué le habéis hecho? —No pude preguntárselo más apenado—. Juro que si le habéis hecho algo...

Nada me cuadraba en aquella historia. Una semana antes había sido secuestrado por Jon, quien había trabajado para mi padre gran parte del tiempo. Luego estaba allí, ante un hombre que sabía que lo traicionaba y aceptaba no matar a Nina. No tenía sentido.

Empezó a andar, escoltado por las miradas de aquellos tipos que eran pagados para callar todo lo que veían de ese mal hombre. Manipulaciones y más manipulaciones.

—Te pondré al día porque has estado ausente mucho tiempo, querido hijo —dijo de manera arrogante—. El secuestro es una de las cosas que hace falta superar con mucho tiempo de terapia.

—¿Tú le dijiste a Jon que me secuestrara?

—En realidad, no. —Se aclaró la garganta—. Contraté a Jon y a Ezequiel cuando Gregorio me pisaba demasiado los talones. Ese jodido cabrón es un estratega. Quiere quitarme todo lo que he conseguido durante años. No podía permitírselo.

—Y los compraste.

—Por supuesto. Así funciona, hijo. Ya lo sabes.

—Mamá estaba dentro del ayuntamiento. ¡Ibas a matarla! ¡Porque fuiste tú, ¿verdad?! —

—Era todo teatro. Tu madre solo era una pieza más para que la gente pudiera comprobar la crueldad de la organización terrorista. Luego resultó que caíste en la trampa que Jon me propuso hacerte. Él me decía que estabas enamorado de su futura esposa. Debía creerle. Le dije que lo premiaría con mucho dinero si me lo demostraba. Te secuestró y te torturó. Nos pasó videos de las torturas a las que fuiste sometido durante los días que te retuvo. Una pena. Tu madre está

destrozada.

—Pedazo de mentiroso. —Me abalancé sobre él, pero me empujaron de nuevo—. ¡Te mereces que terminen con tu puñetera carrera!

Caminó de lado a lado, pausadamente, con una gran sonrisa en sus labios mientras sus escoltas no dejaban de vigilarme ni un segundo. Cogieron a la fuerza el trozo de maceta y me obligaron a sentarme en el borde de la cama.

—Lo que ninguno imaginó es que Nina dispararía. He de decir que eso me impresionó. Después de todo, algo bueno puedo decir de ella.

—Todo era una mentira. Me llevaste hasta allí para montar tu propia película para el mundo. Me ataste y me torturaste con el fin de ganar reputación. Lograste tu venganza.

Se sentó en el sillón tras pedir que le trajeran un *whisky*. Y aunque fuera un hospital, para Hans había de todo en cualquier sitio. Chasquearía los dedos y conseguiría lo que quisiera. Así era él.

—Por supuesto. No iba a dejar de vengarme por tu traición. De hecho, aún no me he vengado suficiente. Aunque creo que harás exactamente lo que te diga después de lo de ayer.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Cómo has podido hacerle eso a la hija de tu ex mejor amigo?

—No considero que ese hombre sea mi amigo o lo haya sido anteriormente. Me traicionó. Tiene suerte de que aún no lo haya matado. Lo tiene muy bien montado. Tengo la mala suerte de que sea mi mejor enemigo. Sigo tanteando cómo puedo acabar con él. Sin embargo, ahora mismo me viene mejor que siga acechándome. Está haciéndome un favor.

Se levantó y empezó a caminar de arriba abajo de la habitación con el vaso en la mano, riéndose y maldiciendo en su cabeza. Por primera vez, lo vi afectado por algo. Puede que consiguiera que dijese algo de la verdad, algo real de ese hombre que perdimos hacía ya tantos años.

—Arruinó mi...

—¿Tu carrera?

—Jamás arruinará mi carrera. Nunca se lo permití.

—En cambio, sí que se la jodiste a él.

—Se lo merecía.

—¿Por qué no lo has matado aún?

—No puedo matar a diestro y siniestro sin pensar en lo que eso conlleva. Gregorio es un hombre con muchos contactos. Esa es su suerte. Tiene relaciones con la Junta Directiva. Vínculos que nos hacen la vida imposible, que luchan por retirar la Ley OSDE. Afortunadamente, por ahora no es un problema, pero no puedo matarlo. De poder hacerlo, ya lo habría hecho.

Se sentó de nuevo y miró al techo tras darle un gran trago a su *whisky*. Los hombres se quedaron de brazos cruzados, observándonos como dos fantasmas. No lo dejarían solo.

Volvió a ser el frío Hans:

—Olvidando eso, que no es de tu incumbencia, te hago saber la versión que se le ha dado al pueblo. La gente ya está informada de que la bomba en el ayuntamiento fue reivindicada por la organización terrorista. Están asustados. De nuevo, confían en mí, en que soy el mejor para estabilizar la sociedad. Los resultados de mi estrategia han salido según lo esperado: salvo a mi hijo y mato a los terroristas que querían acabar con la paz de este maravilloso país. Soy el héroe otra vez. Premio para el partido.

—Eres un jodido desgraciado. Para tu mala suerte, Gregorio sigue vivo y no descansará hasta verte bajo los escombros, te lo aseguro.

Como era evidente, hizo caso omiso de mis amenazas.

—Te equivocas. Ahora estará callado durante mucho tiempo. La pequeña Yina se encargará de recordárselo.

Se me cerró el estómago.

—¿Qué le has hecho?!

—Nada en absoluto. Bastó con atemorizarlos un poco con la seguridad de la niña. Los niños en sí sirven mucho para estas situaciones de chantaje. Fue una simple amenaza la que nos llevó a un entendimiento. Gracias a Jon, que me dio toda la información de la familia antes de recibir un balazo de su futura esposa.

Caminó un tiempo en silencio, pensativo y divirtiéndose con mi desesperación. Me daba igual su jugada, solo quería conocer el paradero de Nina, y a eso se sumaba saber cómo se encontraba Yina. Porque si la respuesta era que les había hecho algo, lo mataría allí mismo.

—Supe que me traicionaste cuando descubrí quién era el Destructor. Todo cobró sentido. Gregorio queriendo acabar con mi carrera. ¡Menuda novedad!

Sacó un puro del bolsillo y lo encendió. El humo denso cubrió mi cara.

—Nunca aceptó mi posición. Pobre infeliz.

—Lo que no entiendo es por qué no nos has matado ya a los dos. ¿Qué quieres que haga yo por ti?

Abrió sus ojos negros, impresionado.

—¿Por qué no maté a tu hermana cuando se rebeló ante mí? —Sonrió—. La respuesta a tu pregunta es la respuesta que estás buscando.

—Por la prensa, por tu mísera reputación, tu necesidad de tener una buena imagen...

—No puedo ir matando a mis hijos. ¿Te imaginas? No puedo permitirme ese lujo. Bastante me has ensuciado la imagen ya. Admito que habéis intentado una buena jugada, pero no habéis tenido en cuenta que no podéis conmigo.

Lo miré desafiante.

—Volveré a preguntártelo. Deja de darme largas, porque no me importa nada más. ¿Dónde está Nina? Solo así haré lo que quieras de aquí en adelante. —Enderecé la espalda. No quise darle el gusto ni el lujo de verme destruido.

—Desde ayer, ya tendrías que haberte olvidado de ella. Está bien cuidada, y solo depende de ti que siga así. Depende de tus acciones. Si tú me ayudas, yo la mantendré con vida. Soy un hombre de palabra. Es simple de entender. Permanecerá con vida siempre que hagas lo que se te pida.

Corrí hasta él, lo empujé y lo señalé con el dedo índice.

—¡Nunca estaré de tu lado! —Forcejeé con su cuello—. Quiero que te quede claro que solo lo hago por ella. Nada me unirá jamás a ti. Eres un jodido desgraciado que merece recibir lo mismo que nos has hecho a Nina y a mí.

Paró la intención de sus escoltas cuando quisieron protegerlo.

—La diferencia entre tú y yo es que tú tienes esas debilidades que no puedes permitirte, hijo. No sirvieron de nada los años que te enseñé a protegerte para llegar a ser como yo.

Los dos escoltas me cogieron cada uno de un brazo y me alejaron de Hans. Iba a matarlo, y lo sabían. No podía permitirse ese posible error.

Se dirigió a sus hombres:

—Aún tiene mucha terapia por delante. —Volvió a mirarme, despreocupado—. Necesitas solo un poco más de tiempo para adaptarte de nuevo a tu vida. Atadlo a la cama. Volveremos a intentarlo en unos días.

Esa fue su última petición. Me sujetaron a la cama. Maldije durante horas. A ratos, les suplicaba a las enfermeras que me desataran, pero nadie lo hizo. Me suministraron medicación y acabé drogado, a saber cuánto tiempo.

Nina

No sabía dónde estaba o cuántas horas había dormido antes de coger fuerzas para despertarme. Me hallaba en una solitaria habitación que parecía una enfermería, con escaso material, sencilla y fría. Retiré las sábanas de mi cuerpo semidesnudo y me llevé las palmas de mis manos a mis brazos con la intención de calentar mi piel arrecida. Presioné los dedos de mis pies sobre el suelo frío y decidí levantarme. Busqué una salida, pero la única puerta que había frente a mí estaba cerrada.

—¡Ayuda! —Fue absurdo—. ¡Por favor! —Me inundó un sentimiento claustrofóbico—. ¡Sacadme de aquí! —Me abracé a mí misma con desesperación—. ¡Izan!

Toqueteé mi cuello; me escocía. Recordé una y otra vez cómo Izan suplicó por mi vida. No pude dejar de llorar por ello. Jamás olvidaría la venganza que le debía a Hans por hacerme pasar aquel martirio. No podía imaginar qué era lo que llevaba a un padre a hacerle eso a un hijo. Era inhumano.

Había salvado mi vida arrastrándose ante un diablo, y se lo habían concedido, por un motivo que no sabía. Por un instante, allí de rodillas, estuve segura de que moriría y que lo último que vería serían los ojos de Izan puestos en mí, rogándome que lo mirase. Una y otra vez pasé ansiedad al recordar ese momento. Mi corazón se encogía y se apretaba contra mi pecho. Sentí una presión horrible.

Agotada por tantos pensamientos dañinos, dejé caer mi espalda sobre la puerta mientras mis propias lágrimas, que habían mojado el suelo, hicieron que las plantas de mis pies resbalaran. Y allí estaba, sola en una habitación, retenida por amar a alguien, por desear con todas mis fuerzas que me dejaran besar sus labios. Una vez más quise luchar, pero ya no me quedaba coraje. Aunque hubiese dormido a saber cuántas horas, aún me sentía cansada, afectada mentalmente por estar allí sin saber nada de mis seres queridos.

Uno de los techos era blanco; las paredes, marfil, y el suelo, gris. Solo podía intuir que mi derrotado cuerpo se encontraba preso en un manicomio. Pensé en tantas cosas mientras las horas pasaban extremadamente lentas que ya no me quedaban lágrimas. Me sentía absorta, en todos los sentidos. Tenía el corazón desencajado, el cuerpo vacío y la mente sobrecargada de tantas veces darle vueltas a lo mismo: cómo salvar a Izan. Se lo debía. Lo quería. Necesitaba decirle que no estaba enfadada con él, que lo comprendía, que no le guardaba rencor, que estaba orgullosa. Sentí que le había fallado, que debería haber hecho algo cuando me quitaron de su cuerpo. Habría podido resistirme y luchar, pero era algo imposible.

Por primera vez, la puerta se abrió tras muchas horas de soledad. Me entró pánico porque, por lo menos, mientras se había mantenido cerrada, creí estar a salvo. Quienes fueran los secuestradores, me habían proporcionado comida durante las horas en las que permanecí dormida. Sin saber por qué, no me sentí sedienta en ningún momento.

Una cosa estaba clara: me querían viva.

Noté cómo mis ojos se abrían de manera exagerada, tanto que empezó a dolerme la cabeza.

—Hola, hija.

Mi reacción fue pestañear varias veces para comprender qué hacía allí mi padre, sobre todo después de lo que había pasado con Hans hacía unas horas.

Lo observé caminar hacia mí. Seguía siendo ese hombre de mediana edad, con algunas canas en su corto cabello caramelo, ojos empuñados del mismo color que los míos y la piel blanquecina. Era un hombre atractivo, sobre todo por su propia naturalidad, pero desgastado por el empeño que había puesto en derribar a su mayor enemigo que un día fue para él como un hermano.

No pude pronunciar de otra manera esa tonta pregunta de la que ya sabía la respuesta. Era mi padre el que se encontraba frente a mí, pero me salió sin pensar:

—¿Papá?...

Gregorio se acercó con cautela a mi cuerpo, el cual, automáticamente, lo rechazó echándose hacia atrás como si tuviese opción a ocultarse en algún tipo de refugio en aquella pequeña y tétrica habitación.

—¿Cómo te encuentras?

Con una simple y enfurecida mirada, no le permití avanzar. No le di la esperanza que esperaba. Solo pude preguntar lo evidente mientras mi espalda quedaba pegada a la pared:

—¿Dónde está Izan?

Lo acusé con los ojos entrecerrados, cansados de aquella lámpara que proyectaba una tonalidad ámbar sobre mi cabeza. Solo podía recordar a Izan gritando mi nombre. Vio que mis manos buscaban algo que coger para protegerme, pero antes de que pudiese hacer cualquier movimiento, se acercó rápidamente, agarró mis brazos y me suplicó con su mejor mirada que me relajase. Segundos más tarde, se atrevió a avanzar.

—Él está bien, tranquila. Está con su familia.

Mi corazón me dolió con fuerza por el impacto de sus palabras tan despreocupadas: «Está con su familia».

—¿Y eso es estar bien?!

Descalza y sintiendo el suelo congelado en las plantas de mis pies, anduve enloquecida de un lado a otro de aquella caja de cerillas en la que me encontraba. Él no pudo hacer otra cosa que volver a intentar sujetarme como fuese. Me llevé las manos a la cabeza en cuanto lo rechacé por segunda vez.

—¡Hans ha hecho algo horrible! ¡No me imagino qué puede estar haciendo con él ahora mismo! ¡¿No te das cuenta?! ¡Izan no es como él! ¡Lo has traicionado y me has traicionado a mí! —Contuvo su impaciencia ante la histeria que veía en su hija. Volvió a buscar una manera de pararme, pero no la obtuvo—. ¡Quería matarme! —seguí gritando sin sentido, por los nervios.

—Tienes que escucharme, hija.

—¡No! ¡No quiero escucharte!

Logró coger mi antebrazo, delgado y lleno de marcas azules, y trató de explicarse de nuevo ante su hija enloquecida:

—Escúchame. Lo hemos hecho todo por nuestra familia. ¡Hija! Nuestra familia es lo más importante. ¡Tuve que hacerlo! —Sus ojos se humedecieron. Intentó detener su voz elevada, que no nos haría llegar a nada—. Hans me amenazó con hacerle daño a Yina. No podía permitirlo. Por favor, solo te pido que lo entiendas. La vida de Yina vale más que un simple romance que duraría a saber cuánto tiempo. No merece la pena arriesgar la vida de tu hermana o la tuya. Esto que está pasándoos no es bueno para vosotros. Tenía que parar esto.

Anduve, meditando sus palabras. Hablé conmigo misma sin escuchar lo que repetía

constantemente, y me cabreeé aún más. Lo conocía. Sabía que podría haber tenido otras opciones.

—¡Hans es el diablo! ¡Y tú no estás muy lejos de serlo! ¡Me vendiste! —Lo miré apenada—. Te rendiste y me vendiste. ¿Desde cuándo te importa la vida de Yina? —Volví a soltarme de su agarre, que dejó de ser firme cuando le repetí—: Me vendiste.

—No te vendí, hija. —Agachó la cabeza y se miró las palmas de las manos—. Considero que te he protegido. De verdad. Era por el bien de todos. Necesitábamos más tiempo y una jugada nueva. Era la única manera de que os dejara vivo a los dos y a Yina.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, padre? ¡Lo has sentenciado a muerte!

—Tenían a Yina, Nina. No podía hacer otra cosa. Fui engañado por Ezequiel y Jon. Tenías razón, hija. ¿Qué más quieres que te diga? Después tocaba actuar con rapidez en cuanto Hans me propuso otro trato. Yo me quedaba callado durante la campaña de las elecciones y dejaba a mis dos hijas libres. Ya está. Ese era el acuerdo. A su hijo lo quiere por su cara bonita. La prensa y la clase alta le tienen cariño y admiración. Al parecer, tu amado se ganó con su imagen a varias clases sociales. —Lágrimas empezaron a caer por sus mejillas—. Y admito que a Ezequiel solo le interesaba lo que Hans le daba a cambio, y yo fui un idiota que no lo vio venir. Nos engañó a todos los miembros de la organización. Pero no podrá conmigo. Encontraré la manera en algún momento. No podemos dejar que se haga con la presidencia.

—Y yo he matado a Jon. Dios mío...

—Lo sé. Has hecho justo lo que Hans esperaba: que cometieras un error por culpa de un sentimiento; lo mejor para demostrar que los sentimientos no nos llevan a una sociedad sana. La gente sigue de acuerdo con él. Un punto a su favor. No sabes lo que ha llegado a inventar sobre lo que pasó en el almacén. La prensa ha publicado una buena mentira. Nosotros somos los malos, claro.

Sin ser realmente consciente de ello, necesitaba que alguien me sostuviera y me dijera que todo aquello saldría bien aunque no fuera así. No obstante, no evité el abrazo que quiso darme. Lloré en su hombro como una niña. Probablemente, era una de las únicas veces que me había abrazado con tantas ganas. Sentí que estaba de nuevo con aquel padre de hacía diez años.

—Lo siento, hija. Tendría que haber estado allí para haberlo evitado. Lo siento muchísimo. Aún estábamos recuperándonos de las bajas que habíamos tenido en el almacén. Quise protegeros, de verdad. Os dije que os fuerais. Luchamos para que Izan tuviese tiempo para iniciar el plan B. Cometiste el error de ir al sendero. ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo dejó Izan que te acercaras a un lugar donde sabíais que Hans iría en algún momento?

Volví a la realidad. Lo había abandonado tras recobrar el sentido, dejándolo con los brazos en jarras y observando cómo me alejaba de él una vez más. No estaba lista para perdonar.

—No fue Izan. Fui yo quien lo decidió así tras el ataque de uno de los tuyos que quería llevarme con él. Un cazarrecompensas. ¡¿Desde cuándo envías a un tipo a buscarme apuntándome con una pistola?! Le dijo a Izan que todo se acabaría si me entregabas. Me asusté. Quise acudir a ti..., a buscar a mi hermana, papá.

—¿Cómo? —Fruunció el ceño.

—Ahora es cuando me dices que no enviaste a nadie. Que, de nuevo, Izan tenía razón...

—Claro que no. Nunca haría eso. Te buscaría yo mismo, como hice ayer noche. Supe que Izan no había iniciado el plan.

—Maldita sea...

—Tranquila. Tu hermana está conmigo. Os recuperé. Es lo más importante. Izan habría querido lo mismo, Nina. Quiere tu protección tanto como yo. Se sacrificó para que vivieras una vida lejos

de él.

Descartando esa posibilidad de alejarme de él como ambos querían, opté por seguir preguntando por mis seres queridos:

—¿Dónde están los demás?

Se tomó la libertad de sentarse en la cama y hablarme pausadamente:

—A Fernando lo hemos curado en una clínica privada para no levantar sospechas. Luego eliminamos sus huellas del escenario del crimen. Está recuperándose, así que no creo que tarde mucho en despertar. Por suerte, nadie se percató de su presencia allí. Hemos conseguido crearle una coartada que encaja a la perfección con los planes de Hans. No sospechará. —Se me revolvió el estómago—. A Juliet... —su voz se entrecortó; su preocupación se notó en la manera de tragar saliva— también la sacamos de la escena del crimen. Ella debía volver rápido para que no se notase nada. Ahora mismo, ya estará con Hans debatiendo qué hacer contra nosotros. Por suerte, son los únicos de los que Hans aún no puede probar su traición. Pero dudo que no acabe averiguando que Juliet está conmigo. Todo ha quedado bien encajado en sus coartadas. Hemos podido cubrirlos. Lo que ha quedado de los hechos es que solo estabais los dos contra Jon y esos diez hombres. Una estrategia muy buena por parte de Hans. Estaba desesperado, y tuvo que recurrir a la clásica artimaña de corromper a mi gente. Menos mal que nunca le hablé a Ezequiel de Juliet ni de Fernando.

—Todo ha sido una gran trampa que le metió a su hijo. ¿Qué quiere de él, ahora que sabe que lo traicionó?

—Evidente. Te lo dije. Hans no es idiota, tiene demasiados ojos. Vosotros no podéis solos contra él. Se lo avisé al joven e idiota de Blake. Nunca me hizo caso. Estaba ciego. —Cogió mi mano y la besó con cariño—. Ciego por ti, claro. Créeme que sé cómo os sentís, pero no pude hacer nada. Siempre te dije que lo dejaras, porque esto solo nos hará daño, hija. A todos.

—Igual que no has podido hacer nada por amar libremente a Juliet —le reproché la mentira de ambos.

—¿Por qué crees que lucho, hija? Lucho cada día por Juliet y por mí. Llevo años haciéndolo. Llevo años construyendo una imagen y una reputación, una base sólida con la que ganarle la partida. Haré justicia.

Fui directa a sentarme en la cama y rompí a llorar al recordarlo. Sabía que lo matarían, que Hans se vengaría y acabaría con él. Podía sentir cómo mi cuerpo se contraía y se sumergía en una lava ardiente.

—Lo hará sangrar —continuó mi padre—. No se atreverá a matarlo, pero acabará quemándolo emocionalmente. Por ahora tengo constancia de que está apresado en el hospital. Es lo único que sé.

—Tienes que ayudarlo. Tú le has hecho esto.

Se negó rotundamente.

—No, hija. Eso se acabó. He hecho un trato muy claro con Hans: dejaba de atacar, permitía a Izan ser libre y a ti te sacaba del país. No habrá más tratos. Demasiado me ha dejado tratar con él. Es mejor quedarse atrás y armar otra estrategia. Tenemos que ser inteligentes. Ahora quiero que te alejes lo más lejos posible para cuidar de Yina. Desaparecer con ella. Merinda y yo lo hemos decidido. Te irás en el próximo barco a una isla muy lejos de la capital. Allí estaréis a salvo.

Esa vez fui yo la que me levanté de la cama y me negué a su petición con una agresiva mirada. Bastaba con mirarme para saber cuál era mi intención, y no era otra que ir a por Izan. No lo dejaría en la estacada.

—No pienso irme a ninguna isla.

Aunque mi padre y yo no hubiésemos tenido ningún tipo de relación desde hacía muchos años, su petición me conmocionaba. Tenía que ser justa y aceptar que solo quería mi seguridad y la de Yina. Pero si aún no había huido con mi hermana y con Izan, había sido por una mala decisión. Yo lo metí en esa situación. No me iría de allí sin él.

—Lo harás. Te obligaré. Lo siento, cielo. No hay otra manera. Has matado a un chico. Tus manos ya están manchadas, y todo el mundo lo sabe. Nina..., estás en busca y captura.

—Puedo cuidarme sola, papá. Ya lo has visto. Me preparabas para ello. —A zancadas, llegué a la puerta, cerrada por un buen mecanismo.

—Tengo que ir a buscar a Izan.

Mi padre negó de nuevo con la cabeza.

—Te preparaba para que supieses defenderte cuando te quedaras sola con Yina, no para la locura que quieres hacer. Estás completamente loca. No piensas con la cabeza, hija.

Mis ojos captaron el movimiento de mi padre y se centraron en cómo metía la mano en el bolsillo. Acto seguido, sacó una jeringuilla, que en segundos acabó inyectada en mi cuello.

—Lo siento, cariño. Esto ya ha llegado demasiado lejos.

Capítulo 4

Cambio de planes

Nina

Desperté desorientada, sintiendo cómo mi cuerpo iba de lado a lado en la parte de atrás de un vehículo. Notaba mis brazos amarrados con algo más que el simple cinturón de seguridad. El dolor de mis muñecas apretadas me desveló del sueño tan azorado que había tenido.

Forzando mi despertar, abrí los ojos intensamente y miré por la ventana que tenía a mi izquierda. Estaba tintada. Solo yo podía observar lo que pasaba fuera, por lo que nadie me vería allí atada y con los ojos hinchados. Por mucho que gritara, ninguna persona sería capaz de oír mis peticiones.

Pude visualizar a una marabunta paseando por la calle mientras el coche me transportaba al puerto como destino. Para llegar hasta donde sabía que mi padre me llevaría, el chófer tuvo que pasar por la plaza central de la ciudad. Para mi sorpresa, la calle estaba llena de gente; ciudadanos que miraban un punto fijo del centro de la plaza. Jamás había sido consciente de la opresión en todos nosotros, pero cuando observé a toda esa ciudad sin mirarse unos a otros y solo centrados en una sola persona, me di cuenta de la gravedad del problema de la sociedad en la que estábamos viviendo.

Le pregunté al conductor lo primero que se me pasó por la cabeza:

—¿Qué ocurre ahí fuera?

No me hizo falta ninguna respuesta del aquel desconocido. En cuanto vi cómo subía al estrado Hans, lo tuve claro. Pero no fue eso lo que más me hizo daño. Tuve que contener mis nervios cuando entre el gentío capté la figura de Celia Blake bajando de uno de los Audi negros del Gobierno.

—Hans está dando los primeros pasos con el Anexo de la Ley OSDE. La Junta Directiva le ha dado permiso para utilizarlo para su campaña contra Roc.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué Anexo?

No me importó con quién estaba hablando en aquel coche, solo quería saber cuáles eran las intenciones actuales de Hans.

—Ahora, toda la gente confía en él. Ha conseguido que nuestras malas acciones beneficien a su partido. Una organización terrorista quiere cambiar la sociedad en la que todo el mundo ha estado tranquilo durante veinte años. Los ricos quieren la tranquilidad que les proporciona la Ley OSDE y la ciudadanía es ignorante. De la misma manera, también han asociado este mismo hecho. Hans ha jugado muy bien sus cartas. El Anexo se llevará a cabo debido a nuestro error.

Parados en una zona de tráfico por el ajetreo que había montado en la ciudad, el embotellamiento de coches era descomunal. Observé la imagen de Celia destrozada emocionalmente. Sin embargo, eso solo lo sabíamos los que no teníamos la versión adornada de ella. La mujer rubia, cautivadora y bella estaba seria mientras caminaba, seguida tan de cerca por los escoltas que dio la sensación de que la obligaban a cruzar la calle. Se puso parte del cabello detrás de la oreja y, nerviosa, le entregó su mano a la que le ofreció el diablo de su marido. Si Izan hubiera visto a su madre en ese estado...

A unos pocos metros de la llegada de Celia al estrado, otros escoltas de Hans cogieron a una

mujer a la fuerza por los brazos. Nadie evitó la decisión de que el Gobierno quisiese llevársela. Me estremecí cuando vi la agresividad con la que lo hicieron. Empecé a temer lo peor.

—Abre la ventanilla.

—No puedo hacer eso. Podrían verla, señorita Nina.

—¡Abre la puñetera ventanilla!

Indignado, resopló.

—De acuerdo.

La ventanilla se bajó unos centímetros, dejando un hueco por el que ver lo que ocurría y escuchar el discurso del maldito alcalde. Todos presenciábamos una escena que nadie debería ver con sus propios ojos. Al parecer, me perdí gran parte del discurso.

Se llevaron a aquella mujer arrastrando su cuerpo a uno de los coches de policía tras sentenciarla a muerte mientras Blake anunciaba la peor noticia que podrían escuchar mis oídos. El Anexo de la Ley OSDE fue puesto en marcha con su primera víctima. Aquella mujer moriría tras la sentencia en el juicio ante un poder judicial vendido totalmente al Gobierno; todo controlado y ordenado para no cometer ningún error. A cambio, a la gente se le daría seguridad ante las guerras en otros continentes. La gente adinerada aceptaba el Anexo. No les importaba perder a algunos, pues en su ambiente lo conseguían todo.

Y así, con el corazón en un puño, el vehículo en el que me encontraba se puso en marcha retomando su destino. Apoyé la cabeza en la ventana y cerré los ojos. Me sentí sola, pero el recuerdo de Izan me llenó algún rincón del corazón. Quise hundirme en sus brazos, donde me asegurase que nunca sería suficiente lo que quisieran hacernos, que lucharíamos juntos de nuevo.

De repente, lo sentí entre la gente.

—¡Para el coche! —grité tras percatarme de una conocida figura masculina que caminaba entre la masa de personas. El coche no se detuvo—. ¡Para el maldito coche! —Nerviosa, moví las piernas en el asiento e intenté quitarme todo lo que me limitaba—. ¡Por favor!

Pero el hombre siguió avanzando y la figura de Izan desapareció entre el gentío. Solo pude ver cómo Hans le ponía una mano en la nuca en plan cariñoso una vez que había subido al estrado —cosa que me dio una arcada— y cómo le ofrecía a la gente su imagen como si fuese un trofeo.

—Resulta que los medios de comunicación explican que fue la organización terrorista la que lo retuvo en aquel almacén durante una semana. Esa es la versión de Hans y la que ha querido que el mundo sepa. Solo nosotros sabemos la verdad.

—¿Por qué? —Noté las lágrimas calientes en mis mejillas.

—Primero se vengará, utilizando tu persona para amenazarlo constantemente. Por eso no puedes caer en su trampa. Si haces algo que no esté en el acuerdo que tiene con tu padre, la cosa se pondrá mucho peor. Tenemos que hacer tiempo, Nina. Debes marcharte hasta que todo se calme.

—¡No! ¡No vas a llevarme adonde sea que me lleves!

—Son órdenes, señorita Nina.

—Pues incumple esa orden. Por favor.

—No.

No tendría más oportunidad que aquella de salir de allí. Aunque, pensándolo bien, tampoco es que tuviese algún plan. ¿Qué iba a hacer?, ¿correr como una loca hasta su posición y arrancarlo de las manos de Hans? ¿Así como así? No. Por una parte, tenían razón: no era el momento. Aunque mis entrañas se retorciesen de ira, no era el momento adecuado. Me juré a mí misma que de una manera u otra destronaría a Hans.

—Ya hemos llegado. Te bajaré del coche. Compórtate ante la gente que nos rodea. Camina

hacia el barco y no mires atrás. Sube y busca a tu hermana pequeña en uno de los camarotes del pasillo de abajo. Si huyes, dejarás a tu hermana indefensa. Es hora de que te marches.

—¿Cómo ha podido hacerme esto?

—Tú padre quiere lo mejor para ti, y hará lo que sea para protegerte. No se lo tengas en cuenta.

—No quiero alejarme... ¡Es mi decisión!

Repetía una y otra vez la misma frase. Estaba abandonando a Izan en manos del diablo mientras mi hermana de casi seis años se encontraba sola en el camarote que me había indicado aquel compañero de mi padre. Jamás le perdonaría a Gregorio por lo que estaba haciéndome pasar.

Indignada, me bajé del coche, sola, sin tener que recibir ni una sola orden más. Caminé a paso moderado hacia el barco. Delante de mí había personas ya entrando en él. No miré ni una sola vez hacia atrás, solo avancé temerosa. El hombre que se encargaba de la seguridad de aquel próximo destino me cogió del brazo disimuladamente y me metió en el interior del barco sin que nadie se diese cuenta de que yo no quería entrar. Sin embargo, tampoco me resistí. Me empujó suavemente por la espalda para que caminase por el pasillo.

—La llevo al camarote. Allí encontrará lo necesario para su próximo destino. Que tenga un buen viaje, señorita Nina.

Me giré, absorta por la información que tenía sobre mí.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Pero no me contestó. Lo seguí obligada mientras mi mente golpeaba intensamente mi corazón por abandonar a Izan en aquella emboscada que Hans había preparado. Me preguntaba si Izan habría querido lo mismo que mi padre, y estaba segura de que él también me habría enviado lejos de allí. Me había convertido en una fugitiva, y no tenía otra cosa que hacer que huir de la capital, por el momento.

La puerta del camarote se abrió cuando la arrastré con suavidad, y allí estaba mi hermana con sus trenzas despeinadas mientras dormía plácidamente en una de las dos camas. El camarote era pequeño, pero para Yina debía ser de agradecer.

Se me saltaron las lágrimas cuando se despertó. Vi alivio en su rostro infantil. La abracé con intensidad y me uní a su llanto.

—¡Tata! —Se enganchó a mi débil cuerpo—. ¡Estás aquí!

Acuné su pequeña cabeza en mi pecho y aproveché para sollozar sin que me viese. No podía permitirme el lujo de llorar lo que quería por Izan, pero por lo menos podía hacer que se sintiera mejor.

—Estoy aquí, cielo —le aseguré con fuerza y seguridad en la voz.

—Papá me dijo que vendrías y que nos iríamos a un lugar muy bonito.

—Sí. Papá tiene razón, cariño.

Su sonrisa se desvaneció.

—Pero no quiero ir, tata.

—¿Cómo? —No pude evitar sentir curiosidad por ese sentimiento.

—Quiero estar con mamá, contigo, con papá y con Izan.

Costó que mi corazón no se parase.

—Yo también, cielo. Pero ahora no podemos volver. Lo haremos en otra ocasión, te lo prometo. Estaremos todos juntos de nuevo cuando todo se calme. Te lo prometo —repetí.

No le quedó otra que asentir. No obstante, aunque intentara calmar a mi hermana pequeña, probablemente no estuviese consiguiéndolo. Solo estaba pasándole el miedo que mi cuerpo sentía en aquel instante.

Cuando el barco zarpó, empecé a sentir la distancia entre él y yo.

Izan

Tuve los ojos cerrados durante mucho tiempo; tiempo en el que estuve siendo arrastrado de mala manera hasta que me sentaron en la parte de atrás de un coche. Luego me quitaron la venda y me dejaron con las manos atadas. Mientras intentaba abrir los ojos y adaptarme a la luz solar, una conversación entre Hans y otra persona me llamó la atención. Quien hablaba con Hans no era otro que Alexander, el padre de Wen.

—Traedlo en mitad del discurso. Solo unos minutos. No podemos arriesgarnos mucho tiempo. No me fío de él.

—¿Estás seguro?

—Sí. Tenemos que hacerlo así.

—Bien. Así lo haremos.

Me produjo una gran sorpresa que Alexander entrara en el coche y se sentara en el asiento del copiloto. Intentaba encajar qué estaba haciendo ese hombre allí ayudando a Hans, pues nunca me había imaginado que esa bellísima persona fuese a estar de su lado. Aunque, pensándolo bien, nunca se había llevado bien con las ideas de su hija Wen. Pensé en mi mejor amiga y me preocupé por ella.

—¿Qué haces aquí, Alexander? —Se me hincharon los pulmones por la ira—. ¿Cómo puedes estar en su bando?

—¿De qué hablas?

No me miró ni un solo segundo. Tampoco contestó. Se hizo el ocupado buscando unos papeles en el maletín.

—Ni siquiera sabes quién es realmente Hans.

—Solo quiero la seguridad de todos y la de mi hija.

Se subieron dos hombres más a los que no conocía. Uno de ellos se sentó a mi lado, con una pistola en la mano. Me apuntó en cuanto su trasero se acomodó en el asiento. Como era evidente, no podía hacer gran cosa ante esa amenaza.

Alexander le ordenó al conductor que se pusiese en marcha mientras Hans se subía a otro coche, el cual se situó delante del nuestro. Suspiré, sabiendo que aquello no pintaba nada bien.

—Bien, voy a explicarte lo que tienes que hacer y las consecuencias de si no lo haces.

Odiaba cuando tenían la sartén por el mango y yo no contaba con ninguna posibilidad, por poca que fuera, de salir de aquella amenaza constante. Me recriminaba a mí mismo cómo había podido caer en tantas trampas a la vez. Pero, sobre todo, me odiaba por no haber protegido a Nina. Eso me mataba. Y ya la echaba de menos.

Alexander sacó unas hojas de dentro de una carpeta que llevaba en su maletín y empezó a leerme lo que ponía en ellas, punto por punto, con cierta soberbia:

—Lo primero que haremos será ir a tu casa para vestirme de manera decente, como solías ser tú antes. Debemos mantener tu imagen. Después iremos a buscar a tu esposa y avanzareis juntos como una pareja feliz hacia el estrado, el cual tendrá montado tu padre en la plaza central. Todo el mundo os adorará cuando os vean: una pareja creada por la Ley OSDE que es feliz a pesar del secuestro tan traumático por el que han pasado. Por eso subirás allí con una sonrisa, aunque no

demasiado, pues estás recuperándote del trauma que la organización terrorista te ha provocado después de estar una semana entera colgado de unas cadenas en un almacén húmedo y solitario.

—No voy a decir ni una palabra de esas que pone Hans con tanto arte.

—No te lo dice exactamente él. Yo soy su asesor.

—¿Cómo?

Si creía que el padre de Wen me había fallado, ahora era evidente que a todo el santísimo mundo se le había ido la cabeza. Volví a arrepentirme de haber metido a mi mejor amiga en aquel asunto. Ahora estaba totalmente preocupado por mi querida rubia flacucha. Aunque quise meterla en la conversación para decirle el clásico «¿Qué pensaría tu hija de esto?», no lo hice. Opté por protegerla, así que me limité a hablar por mí:

—¿Qué ha ocurrido contigo? Tú no eras así, Alexander.

No me hizo caso alguno; siguió leyéndome el maldito papel:

—Al lado tendrás a tu madre, sonriente y feliz de que su hijo haya vuelto a casa. El objetivo está en que ha de verse una buena unión familiar. ¿Queda claro?

—No tengo deficiencia auditiva, Alexander. —Noté cómo esa vacilada lo puso rabioso—. Te he escuchado perfectamente, pero no voy a hacerlo.

Alterado por mi falta de implicación, se giró en el asiento y, con una mirada agresiva, me cogió del cuello de la bata del hospital, la cual aún llevaba.

—¡¡¡Harás lo que se te pida!!! —Puso su cara casi pegada a la mía—. Tenemos a tu querida Nina. También está tu madre y tu hermana, y todos tus amigos. Uno de ellos es mi hija, y como no hagas lo que se te pide, le harán daño. Y juro que si eso pasa, te mataré yo mismo.

Entonces lo supe, lo entendí todo.

—Miedo.

Me soltó, volvió a sentarse y enderezó la espalda después de colocarse bien la corbata. Las venas de su cuello aún se veían hinchadas y las manos le temblaban. Me fijé en que en poco tiempo le habían salido más canas. Quedaba claro qué era lo que pasaba entre mi padre y ese pobre hombre.

—¿Qué has dicho? —Me contempló por el rabillo del ojo.

—Que te has unido a mi padre por miedo. —Miré por la ventana. Estábamos llegando a casa de Fernando, la que teóricamente iba a ser mi casa cuando mi padre me casó con Carolina.

Alejandro protestó. Pero en cuanto el coche se detuvo, no me dio más cancha. Entonces, entre los tres me cogieron y, vestido, me arrastraron por toda la calle hacia la entrada de la casa. Focos de cámaras de la prensa captaron mi horrible llegada. Por un momento pensé que se descubriría todo. Pero no fue eso lo que captaron, sino a un joven destrozado por culpa de la organización terrorista que quería acabar con la estructura política.

—Agacha la cabeza —me exigió Alejandro. No lo hice—. Maldito terco.

—No agacharé nunca la puta cabeza. Ya puedes matarme aquí mismo.

—No serás tan chulo cuando...

—¿Cuando qué?

Las cámaras llegaron a estar más cerca de nosotros. Un periodista se acercó e intentó ponerme el micro en la boca, pero Alexander no se lo permitió.

—¡Por favor, tengan respeto! ¡Acaba de salir de una situación muy dura! Retírense.

Los dos secuaces que nos acompañaban quitaron de alrededor a los periodistas y por primera vez hablaron entre ellos:

—¿Hans no ha pagado a la puta prensa para que solo saquen lo que queremos? ¿Qué coño están

haciendo aquí?

El otro también se quejó por ese imprevisto:

—No sé qué cojones pasa, pero metamos a este dentro de una vez.

Como en ningún momento había agachado la cabeza, mis ojos, afortunadamente, pudieron captar lo necesario para coger fuerzas y seguir adelante. Entre los periodistas, un chico alto, fuerte y con un aspecto inconfundible para mí sostenía una cámara en su hombro. Mi hermano Noel estaba allí. En el momento en el que nuestras miradas conectaron, se subió las gafas de sol para desvelarme sus ojos. Su ojo derecho parecía algo hinchado y azulado, y sus manos estaban llenas de heridas, pero consiguió tranquilizarme con aquella idiota sonrisa. Le dio tiempo a decirme un par de cosas con la mirada y unos cuantos gestos: «Estamos contigo».

Oculté la sonrisa que apareció en mi rostro. Por lo menos sabía que Noel seguía vivo y que, evidentemente, Wen también, gracias a que su padre había pasado a trabajar con Hans.

Entramos al salón. Segundos después, el grito de Carolina acompañado de una falsa emoción me asustó:

—¡Querido! —Se abalanzó sobre mi pecho y me contempló con una mirada llena de pena. No me convencía, todo era ficción de nuevo—. ¡Amor, mío! ¿Qué te han hecho?

—Estoy bien —le contesté, apartando la vista.

Alexander examinó a Carolina de arriba abajo.

—Veo que ya estás lista. Ahora pídele a tu sirvienta que disponga la ropa de tu marido —le ordenó—. Tenemos poco tiempo.

Preparada para todo. Esa chica siempre había sido así. No había evento que se perdiera aquella muñeca, y mucho menos con el que más tenía poder. En esa ocasión, iba ataviada con un vestido negro y ajustado. No le quedaba mal, pero daba la sensación de que iba de luto.

—De negro, como me pedisteis —dijo, totalmente orgullosa de seguir las órdenes de Hans—. Voy a pedir que le busquen ropa. Un segundo.

Alexander se cruzó de brazos.

—Gracias, querida.

En ese momento, sí que agaché la cabeza, pensativo, con unas ganas horribles de pegarle varios puñetazos a Alexander y salir corriendo de allí. Lo había perdido todo. Ya no podría volver a la mujer que más me había gustado en toda mi vida, además de que ya no vivía una vida real. Y a cada paso que daba, más loco me volvía.

Con una pistola en mi espalda, los hombres que acompañaban a Alexander me hicieron avanzar hasta el baño. Allí solo tuve unos minutos para disfrutar de una ducha caliente; minutos que utilicé para aclarar mis ideas, aunque no pude hacer mucho con la imagen de Nina en mi mente. Golpeé la pared y mi cabeza se quedó apoyada en ella. Lloré en silencio. Estaba jodido, destrozado hasta el último rincón de mi cuerpo. Era evidente que estaba enamorado de esa niña, de quien no sabía absolutamente nada desde hacía ya unos días.

—Venga, ¡sal ya! —me exigieron desde el otro lado de la puerta.

Salí de la ducha y me vestí con lo que me habían dado: un traje negro, una camisa blanca y unos zapatos oscuros. Estaba clara la impresión que querían dar. Me miré en el espejo empañado y me peiné, teniendo como única compañía a un Izan borroso reflejado. No tuve más tiempo para pensar, pero sí actué con previsión. Cogí un objeto punzante del baño, me lo metí en el bolsillo de los pantalones y salí como un niño bueno.

—Venga, que llegamos tarde.

Me apuntó de nuevo con la pistola y me hizo bajar las escaleras para llegar hasta Carolina.

Alexander esperaba allí con su traje y su maletín. Tras observarnos, me ordenó una última cosa antes de salir:

—Cógela del brazo. Los periodistas siguen fuera.

Negué con rabia.

—No voy a cogerla del puto brazo.

Carolina sonrió, sabiendo que finalmente lo haría.

—¡Hazlo de una puta vez!

—¿Qué me harás si no lo hago?

Se acercó y me golpeó en el estómago, justo en las heridas, por lo que me costó enderezarme tras el impacto. Escupí en su cara y quise golpearlo, pero los dos secuaces estaban atentos y me apuntaron con la pistola.

—El siguiente será más fuerte, y no irá dirigido a ti precisamente, sino a quien tú ya sabes. ¿Ha quedado claro?

Me llevé una mano al estómago. Dolía una barbaridad. No me habían dejado ni recuperarme para asistir a aquel maldito evento.

—Que te jodan.

—Están jodiéndote a ti, no a mí.

—Llegará el día, no te preocupes.

Después de sus palabras, pude acabar de enderezarme. Abrí ampliamente los ojos cuando sentí cómo mi cuerpo volvía a derrumbarse. Joder, lo que sentí fue impotencia.

—Tienes suerte de que, por el momento, estás en el bando ganador —le espeté—. Solo por ahora. —Pude resistir, así que no se dieron cuenta de que estaba sufriendo.

—Yo de ti no vacilaría tanto —contratacó con rabia—. Hans te hará ver y hacer cosas que jamás habrías imaginado. Y, entonces, desearás estar muerto. —Lo dijo con tanto sentimiento que pude intuir que eso lo había vivido él.

—Ya lo hizo. Quería estar muerto, pero ella está viva ahora. Eso me mantiene vivo a mí.

Sabía que Carolina estaba escuchándolo todo, y me sorprendió que no dijese nada.

—Hasta el momento en que ya no le sirva y la mate.

Me erguí y le ofrecí el brazo a Carolina. Alexander sonrió.

—Bien, y ahora, ¿qué cojones queréis de mí?

—Ya sabes lo que debes hacer.

La ciudad estaba alterada. Hans había convocado un acto en la plaza y era obligatorio acudir por zonas. La capital se paralizó durante unas horas. Todos debían escuchar al alcalde.

En cuanto el coche se detuvo, nos indicaron cómo debíamos actuar. Carolina y yo caminamos unidos entre la gente, quienes miraban en dirección a Hans, hasta que nosotros pasamos a ser los protagonistas cuando nos dejaron paso. Poco a poco, fuimos acompañados hasta el estrado, donde Hans estaba recibiendo a mi preciosa madre. Se me revolvieron las tripas, pero continué avanzando con aquella mujer que me miraba de reojo, contenta de tenerme de nuevo en sus manos, sabiendo que aquel plan que habíamos ingeniado había resultado ser un uno inservible ante la jugada de Hans.

Celia Blake tenía un rostro falso ante las cámaras y ante los ciudadanos. Y quien la conocía de verdad sabía que así era. Si Juliet hubiera estado allí, lo habría visto igual que yo. Por supuesto, la relación que yo tenía con mi madre era sagrada, y no soportaba la idea de que aquello le hiciera

daño.

Con la cabeza alta y la espalda rígida, subí las pequeñas escaleras del estrado. Las personas allí presentes no dijeron nada, pero sus miradas estaban llenas de terror por lo que me había hecho la organización terrorista de la que tanto habían hablado los medios de comunicación. Mi imagen no era otra que unas oscuras ojeras bajo mis ojos y varias heridas en la cara y en los brazos, así como en las manos, además de lo que no podía verse a simple vista. Sin embargo, algo sí quedaba claramente reflejado en mi rostro: estaba hundido, esa era la palabra. Me habían hundido.

—Como todos saben, mi querido hijo ha sido secuestrado durante siete días por los miembros de la organización terrorista que amenaza este país, quienes atentaron contra el ayuntamiento y quienes intentan desestabilizar esta sociedad; nuestra sociedad, no lo olviden. Elegimos la Ley OSDE por estos mismos motivos. Nos protege de los actos incontrolados que solemos tener los seres humanos. Nos ayuda a proteger este país de las guerras de otros continentes. No queremos más sufrimiento, ninguna masacre más como la que ocurrió hace veinte años en esta capital y los alrededores. Perdimos a muchos seres queridos por culpa de la libertad, de las enfermedades y de las rebeliones que muchos ciudadanos no quisieron acatar. Por ello, la Junta Directiva y el presidente del Gobierno, Brian Roc, han decidido adjuntar un Anexo a esta querida ley que hoy nos protege. Es tan solo la implantación de un ajuste, un apunte, un pequeño cambio ante la gente que no quiere ser protegida o no sigue las normas. Hoy somos un país envidiable; no olviden eso. Somos el país más importante del mundo y debemos dar ejemplo.

Unas palabras magníficas de Hans que no dejaron indiferente. De nuevo, el señor volvió a conseguir que la gente se alzara y sonriera, gritando a favor de un Anexo que — sin ellos saberlo, porque nadie les abría los ojos— nos llevaba a una dictadura extrema. Los ciudadanos no lograban ver con los mismos ojos de los que si veíamos la realidad. La gente prefería aceptar las leyes a cambio de estar cobijada ante lo que pasaba en el resto del mundo si solo se trataba de un simple cambio en sus vidas. Sin embargo, todo era paja, adornos y buenas palabras. Nada más.

—Gracias, hijo. Estoy muy contento de que estés de vuelta.

Me encontraba allí arriba, con mi mujer oficial a mi izquierda, mi madre detrás y mi padre cogiéndome de la nuca de manera cariñosa como si amara a su hijo, mientras un escolta de mi padre presionaba el cañón de una pistola disimuladamente en mi espalda y todos los ciudadanos aplaudían mi vuelta al partido, engañados. No es que me hubiera importado mi vida hacía unas horas cuando pensaba que Nina iba a ser asesinada, pero estaba claro que en ese momento no quería morir sin volver a ver a la mujer que me tenía loco desde la primera vez que sus ojos se encontraron con los míos.

La cámara que teníamos enfocándonos fue retirándose hacia atrás al mismo tiempo que nos movíamos de nuevo hacia los vehículos oficiales. Caminamos escoltados hasta que me metieron otra vez en el coche de Alexander. Ni un minuto tuve para hablar con mi madre. Alexander había conseguido que hiciera lo que él quería y se había ganado el respeto de Hans una vez más.

—¿Contento? —le reproché cuando Carolina y yo entrábamos en la parte de atrás.

—Más que nunca. —Se puso bien la corbata y sonrió.

—No te emociones. Lo hago por tu hija —le aseguré, con una de mis miradas rabiosas.

—Mientras lo hagas, me da igual por quién estés haciéndolo.

—Sigo diciendo que eres un cobarde. Pero avanza, que no quiero verle más la cara por hoy al diablo.

—Al final, todos nos convertiremos en el diablo.

Mi mujer oficial seguía callada a mi lado, cruzada de piernas y mirando por la ventana. No me

dirigió ni un simple vistazo. No supe si seguía a favor de la ideas de su padre, que eran las mismas que las mías, o en mi contra. Costaba definir su bando porque era un constante papel de ficción. Lo que si tenía claro era que mi regreso le había producido una grandísima satisfacción personal.

De repente, en el silencio, la voz de Carolina sonó como un pitido molesto:

—Mi padre volverá pronto.

Se me encogió el corazón. Si Carolina sabía algo de dónde había estado Fernando, entonces Hans ya estaría enterado de la traición de su mejor amigo.

—¿Dónde ha estado tu padre? —me atreví a preguntarle, sabiendo que era una cuestión peligrosa.

—En un viaje de negocios con unos hombres importantes que organizan eventos para otros países sobre la Ley OSDE.

—Vaya, qué interesante.

—Sí, muy interesante.

Carolina inspeccionó mi rostro durante varios segundos. Concretamente, posó sus ojos en mis labios; al parecer, a la espera de que hiciera algún tipo de extraño movimiento. Pero mi padre me había enseñado muy bien a concentrarme para que mis gestos no me delataran bajo ninguna circunstancia. Aún había cosas por las que podía premiarlo como padre, aunque eso no era ningún descanso para un hijo molesto, por supuesto.

Capítulo 5

Solas en la Gran Rebel

Nina

La pequeña Yina dormía plácidamente tras la experiencia vivida. Contemplando su rostro, creí con sinceridad que descansaba mejor en aquel barco —que navegaba sin yo saber el rumbo ni el destino exacto— que en su propia cama.

Al observarla, mi cuerpo se relajó de tal manera que los recuerdos invadieron mi mente. Sin querer, me vino uno de los ojos verdes y asustados de Izan cuando me miró por última vez en aquella horrible despedida. Sentía tanta pena... Lo último que vio fue cómo aquellos hombres me llevaban a rastras sin saber si Hans cumpliría su palabra. Esperaba que alguien le hubiese dicho que estaba a salvo y que no debía sufrir más por mí. La incertidumbre me mataba, y lo más probable era que él también sintiera lo mismo. Anhelaba que fuéramos afortunados y que la coartada de Fernando sirviese para que, junto con su esposa, pudiese volver a su casa como si nada hubiese pasado. Necesitábamos más tiempo. Eso había confesado mi padre ante unas ganas horribles de acabar con Hans una vez más.

Pensar en ellos me entristecía, y culpaba a mi padre por meterme en ese barco sin dejar que fuese yo la que tomase mis propias decisiones en la vida. Sin embargo, debía ser honesta conmigo misma, pues no habría hecho otra cosa que la irresponsabilidad de quedarme allí, desesperada, buscando entre la gente a Izan para simplemente abrazarlo. Unos segundos me habrían bastado, pero era totalmente incoherente. No había otra alternativa que llegar al lugar donde había elegido mi padre enviarme y encontrar la manera de volver a la capital en busca de venganza.

El mar estaba revuelto aquella mañana. Me levanté mareada cuando la puerta del camarote se abrió de golpe. Un hombre con un abrigo largo y oscuro se fijó rápidamente en mi estado. No me encontró muy bien, así que optó por llegar hasta mí y sostenerme para que no me cayera al suelo. Se me revolvió el estómago. No estaba hecha para los viajes en alta mar. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevábamos viajando.

—Buenos días, Nina. —Hubo un silencio. Casi vomité, pero pude contenerme—. Este será un viaje largo. ¿Te encuentras bien? —No dije nada, solo agaché la cabeza y seguí bebiendo el zumo que había conseguido en la cafetería del barco la noche anterior—. No te preocupes, ya verás que el lugar es precioso. Ideal para la gente que quiere huir de esos cabrones.

Me giré muy seria hacia él.

—No quiero huir. —Tiré el envase de plástico a la basura—. ¿Cuánto tiempo llevamos viajando?

—Contando con que has dormido bastante..., llevamos dos días en alta mar.

—¿Quién eres tú?

Supe que era el mismo que me había dado el último empujón para entrar en el camarote. Sus cejas pobladas se levantaron. La apariencia de aquel hombre no era muy normal. Iba todo vestido de negro. Su pelo era canoso, a pesar de que, probablemente, no debía tener más de cuarenta años. No obstante, sus facciones estaban estropeadas por lo que parecían ser muchas horas de exposición al sol.

—Disculpa mi indiscreción. Mi nombre es Rafael. Sirvo a los viajeros de este barco. Soy el

dueño del navío y garantizo vuestra seguridad hasta llegar al destino. Por este viaje se paga mucho dinero, y debo hacer que todo salga según lo previsto. Esta vez me ha tocado tu caso y el de algunos viajeros más.

Tosí tras volver a cogermé a lo primero que pude para sostenerme. Ese tal Rafael se empeñó en que saliera a respirar aire. Acepté su invitación porque no me gustaba estar en aquella caja de cerillas. Sentí que me faltaba el aire.

Durante el paseo, fui una insolente y estúpida viajera. Aunque ese hombre no se mereciese mi comportamiento, era lo que le tocaba. Apostaba a que mi padre ya le habría avisado de lo inquieta que solía ser su hija.

—Entonces, sabrás que no estoy aquí por decisión propia.

Se cruzó de brazos, se apoyó en la barandilla del barco y me miró muy serio.

—Lo sé. Te encuentras aquí por tu hermana. Estoy informado. Sé quién eres.

—¿Eres compañero de mi padre?

—No exactamente.

—No vas a decírmelo. De acuerdo. —Deduje por mí misma que no soltaría prenda. Al menos, no de momento.

Caminamos hacia la zona de proa. El barco era sencillo y no llamaba la atención. Daba la sensación de ser una nave pesquera. De hecho, cuando observé a todos los trabajadores que pasaban por nuestro lado, supe que estaba en lo cierto. Todos vestían trajes típicos de pescadores y disimulaban muy bien sobre la carga que llevaban. Nadie sospecharía de un barco como aquel.

—Estamos en pleno mar. Ya puedes salir aquí fuera, nadie va a verte. Normalmente, evitamos que salgáis las primeras horas. Suele haber bastante vigilancia marítima cerca de la capital.

El viento salado hizo que mi cabello se interpusiera en mi visión de aquel paisaje completamente azul y vivo. Tuve que poner mi mano de visera para evitar que me dolieran los ojos debido a los intensos rayos de sol. La marea era tan alta y las olas tan agresivas que hacían que el agua entrara en el interior de la zona de proa.

—Lo que haces es ilegal. —No hacía falta que lo preguntara. Lo sabía.

—Totalmente.

Rafael sonrió, intentado hacer que me sintiese más acogida, y me empujó con suavidad hacia adelante junto a todos los presentes con la intención de quitarme el miedo.

—¿Adónde nos lleva este barco?

Me crucé de brazos ante el descubrimiento del olor a pescado que olfateé cuando nos azotó un viento congelado que me hizo sentir incómoda. Entretanto, los pescadores comían en grupo en un lateral de la cubierta.

Rafael cogió una chaqueta seca de un pescadero.

—Toma, la necesitarás. Los vientos del mar son muy malos.

—Gracias, Rafael.

—No me llames por mi nombre completo, que me siento mayor. Además, suele hacerlo mi hermano, y es algo que odio. Rafa para los amigos. —Volvió a su estado serio.

Nos acompañamos en contemplar el mar mientras el silencio solo hacía que ese momento fuese acogedor incluso hasta para una chica derrotada, como me sentía en aquel instante. Sin embargo, Rafael estaba allí para cuidar de mí, según decía él.

—La historia del hijo del alcalde enamorado de la chica de River ya es un cuento que ha llegado hasta los rebeldes, y lo recitan en las noches estrelladas. Imposible que no sepa de ti. —Inconscientemente, mi interés por aquel destino incrementó—. La Gran Isla de la Revolución se

creó para destinar allí a las personas rebeldes de la sociedad. Entonces se los llamó los rebeldes. Desde hace años, acoge a ciudadanos con antecedentes e ideologías diferentes a las que marca la sociedad. La llaman la Gran Rebel.

Me ofreció un pañuelo. Se había percatado de que había estado llorando. Había conseguido que me emocionara al saber que no era la única que pensaba diferente. En muchos momentos había creído que era distinta a los demás, la única que quería amar libremente.

—Te informaré de algo que no deberías saber; aunque, si estás aquí, es principalmente por Izan. —Escuché con atención aquello que, según él, no debería saber—: Él decidió este viaje para los dos. Tras vengarse de Jon, vendrías a la isla con él. Iba a dejarlo todo por ti sin pensarlo. Fue muy directo conmigo. Hacía muchos años que no lo veía, y cuando lo tuve delante, me impresionó ver su convicción de algo tan grave. Supe que solo había un motivo para esa decisión. —Me miró de arriba abajo—. Y ahora lo tengo más claro. Está enamorado de ti como un loco.

Tuve que sentarme para aguantar mi cuerpo tras la ansiedad que empezaba a amenazarme. Una y otra vez, recordé las lágrimas que caían por las mejillas de Izan. Me sentí completamente destrozada al ser incapaz de hacerle saber que estaba viva y a salvo junto a los míos. Con una especie de inquietud bastante común en mí, empecé a sentir las ganas de desaparecer. Sin embargo, no podía tomar esa decisión. No podía hacerlo por Yina, por Izan y por todos los que creían en mi fuerza para seguir adelante.

Rafael se arrodilló y sostuvo mi mentón. Le supliqué con la mirada.

—Tu padre te obligó a coger el barco que iba a ser para Izan y para ti, y Gregorio traería a Yina con vosotros.

—Ellos nunca dijeron nada de eso, no supe que planearan nada. Cometí el error de caer en la trampa de Hans.

—Al parecer, así es. Gregorio le dijo a mi hermano que el plan había salido mal. Ahora, yo hago el trabajo sucio. —Sonrió, sintiendo pena por mí—. Soy el hermano de Noel, y estoy aquí para protegeros, por Izan y Gregorio.

—Noel buscó a mi padre, ¿verdad?

—Sí. No lo dudó. Noel protegería a su amigo por encima de todo. Así es él. Menos conmigo, claro. Cosas que pasan. Yo, simplemente, le debía un favor a mi hermano de hacía muchos años.

Asentí, tan desconcertada por tanta información de golpe que no pude seguir hablando. Me quedé allí, golpeada por las olas fuertes del mar y el fresco de las gotas que entraban y mojaban mi cuerpo solitario tras la despedida de Rafael, quien intuyó que necesitaba un espacio para ordenar mis ideas. Tantas ideas... Pensaba en Izan, en que él siempre tenía un plan B. Lo había demostrado una y otra vez. ¿Lo tendría yo entonces esta vez ahora que él me necesitaba? ¿Habría aprendido algo de él?

Tras limpiarme la cara, no quise terminar ahí y me levanté en busca de Rafael para buscar respuestas. Entré de nuevo en el pasillo que llevaba a la sala principal. Busqué la entrada, y cuando abrí la puerta, todos los hombres que comían o tomaban alguna bebida me miraron directamente, sin reparo alguno en incumplir la ley. Algunos sonrieron y otros me miraron con curiosidad.

Caminé entre las mesas, que se movían de vez en cuando por la inestabilidad del barco. De nuevo, me entraron arcadas, pero pude aguantar. Me peiné el cabello alborotado hacia atrás mientras buscaba a Rafael. Lo encontré al fondo, sentado en uno de los taburetes que estaban en la barra del bar. No era una estancia muy grande, pero no estaba mal para ser un barco pesquero.

Nerviosa, me rasqué la nuca. Llevé concentradas en la espalda las miradas de todos esos

hombres. Llegué hasta Rafael, y pasó de tener una cara agria a sonreírme como si me conociera y supiera todos los pasos erróneos que mi corazón quería cometer. Me sentí desnuda ante aquel hombre tan peculiar. Entretanto, en el pasillo, un hombre tocaba la armónica al compás de la marea alta que nos movía. Elevó un segundo la jarra de cerveza y sonrió.

—Nina.

Lo saludé con un movimiento simple de cabeza.

—Quiero más respuestas, Rafael.

—Rafa.

—Está bien, Rafa. Debes explicarme cómo puedo volver a la capital.

Se le cayó la jarra de cerveza de golpe por la impresión que le causaron mis palabras.

—Espera, espera. ¿Estás loca? No puedes volver a la capital en mucho tiempo, Larson. Ni siquiera hemos llegado a la isla y ya estás pensando en volver.

Bajé la voz hasta hablar en un murmullo:

—Estoy loca, sí. —Me senté en otro taburete, a su lado. Rafael se echó unas risas que no entendí—. Lo admito. Necesito volver, Rafa.

—No.

—Izan tiene que saber que estoy viva y a salvo.

—No, Larson.

—Por favor.

Insistir no me llevaría a ningún término bueno, así que agaché la cabeza y suspiré. Rafael sonrió y golpeó amistosamente su codo contra el mío. Arrastró una jarra de cerveza que le había dado la camarera, la dejó a la altura de mis manos y me invitó a pegarle un trago.

—Vamos. Debes sanar las heridas.

—Yo no las sano así.

—Ya. Eso fue algo que me dijo Izan. Eres testaruda como una mula, y Noel lo confirmó cuando me dijo que intentarías una y otra vez huir de la isla. Es gracioso cómo te conocen esos dos.

—Menudos son los dos... —Su tristeza se hizo notar—. ¿Rafael?...

Intenté buscar el motivo de la pausa, del silencio incómodo con él mismo, pero no lo encontré. Duró poco, ya que se recuperó tras otro trago. Miró al frente, a la camarera, y le sonrió con tanta dulzura que me di cuenta al instante de que se amaban. Vinieron a mi cabeza las palabras de Juliet: «El amor de verdad se detecta al instante, pues hay muy pocos». Me puse a pensar en que era mi verdadera madre quien me lo había dicho, y me derrumbé. Así que hice lo mismo que mi compañero de barra y mi nuevo protector: darle un trago a la cerveza.

—¿Es tu mujer?

Volvió la cabeza hacia mí, impresionado por haber descubierto esa relación con la camarera sin que le preguntara nada.

—Aquí, en el mar, sí. En la capital, somos de diferentes clases. Somos enemigos.

—¿De qué me suena eso?

Sin conocerme y sin importarle la cercanía al ser sexos opuestos, pasó su brazo por encima de mis hombros y me atrajo hasta su pecho, riéndose. Sentí una sensación extraña. Solo me había acercado a contados hombres, por eso fue especial con Rafael. Lo noté cercano, casi como el hermano que me habría gustado tener. Ambos estábamos en el mismo barco, y no me refería al físico, sino a una manera de explicar nuestras complicadas situaciones amorosas. Puede que eso estuviera haciendo que nos acercáramos con tanta rapidez.

Desde allí, vi cómo la puerta de nuestro camarote se abría. Yina se frotó los ojos y me buscó

por el pasillo. La llamé desde lejos y vino corriendo a mis brazos. La elevé y la senté sobre mi regazo. Rafael se presentó ante la pequeña y ella lo aceptó de buen agrado.

—Tata, ¿adónde vamos?

—A un lugar muy bonito, señorita Yina —le aseguró él, con el fin de tenerla emocionada todo el tiempo.

Llevé a Yina de arriba abajo por todo el barco. Alucinaba y correteaba contenta por todos lados. Mientras ella jugaba y los pescadores que se tomaban un tiempo de relax le explicaban historias únicas que les habían ocurrido en alta mar, yo me cogí unas horas para desconectar y tomarme un descanso mental. Contemplé en soledad el cielo, buscando en mi interior algún tipo de ayuda para dar el siguiente paso. Llegados a aquel punto, tanto yo como Izan estábamos perdidos totalmente para poder comunicarnos. No podía evitar añorar sus ojos cuando fantaseaban mirando mis labios o sus manos fuertes acariciando mis hombros.

—¡Tierra! —Las manos de Yina tocaron mi rostro medio dormido por los rayos de sol—. ¡Es una isla! —Saltó sin parar por la emoción—. ¡Mira, mira!

Me levanté y la vi. La Gran Rebel se mostró ante nosotras. No era gran cosa, por no decir que, desde allí, poco habitable se veía. Tan solo era una porción de arena con árboles y acantilados. Una sencilla playa. Por su apariencia, podría decirse que era imposible que hubiera gente allí.

Yina saltó a la arena una vez que el barco se detuvo. La niña empezó a correr por la orilla, se mojó sus pequeños pies y empezó a reírse libremente, disfrutando del agua salada, la cual nunca había conocido.

Rafael no se detuvo mucho tiempo en la orilla. Reclamó rápido nuestra presencia:

—Seguidme. Solo podemos estar a la vista unos segundos. Avisa a tu hermana. Tenemos que ir al interior.

Desconcertada y asustada, busqué a mi hermana.

—¿El interior?

Miré a mi alrededor en cuanto tuve cogida la mano de Yina. Contemplamos las enormes montañas, que impresionaban mucho más de cerca, y vimos una especie de cuevas y algo parecido a puestos de vigilancia en los puntos más altos, desde donde parecía un buen sitio para observar la playa. Algún artilugio hizo efecto espejo y me enfocó los ojos, haciéndome daño a la vista. Tuve que apartar la mirada. Estaba claro que vigilaban la llegada de los nuevos huéspedes.

—No os asustéis. Debéis pasar un control para ir al interior de la isla. Es por pura seguridad, nada más.

—De acuerdo. —No podía opinar gran cosa.

Caminé tras Rafael, en quien confiaba por ser el hermano de Noel pero a quien no conocía en absoluto. No obstante, algo en él me gustaba. Podría ser otra trampa de Hans, tan auténtico como el mismo diablo, pero no pareció ser eso. Mejor dicho, era algo que a Hans se le escapaba de las manos.

—Adelante.

Frente a nosotras podía verse una enorme muralla hecha de bambú y cubierta de hojas enredadas que no dejaban ver nada del interior. Cuando Rafael abrió las puertas hechas a mano, una pequeña civilización se abrió paso ante nosotras, que estábamos más asustadas que el resto que venía detrás de nosotros. Al parecer, no éramos las únicas que habían huido de la capital.

Tuvimos que dejar nuestro equipaje, cosas que mi padre había llevado sin mi permiso al barco. Después nos cachearon unos hombres que vigilaban sin descanso las puertas. Uno de ellos nos revisó y nos analizó de arriba abajo.

—Nina Larson y Yina Larson. Está correcto. Ya pueden pasar. Bienvenidas a la Gran Rebel.

No daba crédito a lo que estaba ocurriéndonos, pero seguimos avanzando agarradas de la mano, curiosas por aquello tan oculto que tenía esa preciosa isla. Parecía estar todo bajo control.

—Os enseñaré vuestro hogar. En él podréis hacer vida normal. La única noticia del exterior será el periódico que dejamos cada mañana en vuestra puerta.

Pero por mucho que aquel lugar fuese un paraíso por su ambiente y su paisaje, no estaba Izan, que era lo que mis ojos realmente querían ver. Una y otra vez lo decía: necesitaba volver a la capital. Debía volver para solucionar las cuentas pendientes. No abandonaría a Izan.

Rafael iba por delante de nosotras, mostrándonos todos los puntos de interés de aquel lugar lleno de casitas prefabricadas. Nos mostró el camino, apartando las hojas de las palmeras que quedaban a la altura de sus ojos. Caminamos bastante desde lo que había parecido un punto de control, hasta que nuestros ojos vieron una caseta de madera de roble, barnizada y aparentemente acogedora. Sin pensárselo, mi hermana salió corriendo hacia las escaleras que llevaban a la entrada. Rafael siguió a la niña, pasó por delante de ella y abrió la puerta de aquella casita con una joven a su lado llena de entusiasmo. Era el mejor lugar donde podría haberme llevado Izan de su mano para escondernos de la sociedad.

—¡Tata, tenemos juguetes!

Entré para ver lo que me enseñaba.

—Qué bien, cariño.

Busqué a Rafael por toda la casa. Y allí estaba, sentado en una mecedora. El olor a madera recién barnizada azotó mi nariz.

—Lo has hecho tú, ¿verdad?

—Casi todo. También me ayudaron algunos de los huéspedes que esperaban vuestra llegada como si de un famoso se tratara. Soñaban con la llegada de Izan y su amada. Las historias son como droga por aquí, pues no hay mucho que ver en un lugar como este. Las fábulas entretienen.

—¿Cómo llegó esa historia hasta aquí? En la capital, pocos la saben.

—La clase baja y gran parte de la clase media la conocen. Se cuentan muchas teorías. La verdad solo la sabéis vosotros dos, pero vino gente desde la capital para esconderse aquí que contaba esas historias.

De pie, ante un hogar sencillo, hecho de madera, pequeño y acogedor, y con una cesta de fruta delante de mí, no pude evitar sentarme en una de las sillas y ponerme a comer una manzana. Estaba hambrienta.

Rafael sonrió tras observar mi acción.

—No hay ducha, pero hay agua caliente. Y podéis bañaros en la playa algunas horas al día, ya que tenemos vigilada la zona, aunque la playa no puede pisarse siempre. También hay comida en la nevera pequeña, y la cocina es de leña. —Suspiró—. No es fácil llevar la electricidad a una isla tan grande. Es lo único que hemos conseguido tener en el punto de encuentro en todos estos años.

—Tranquilo, estamos más que acostumbradas. —Conseguí sonreír con sinceridad—. Gracias por todo esto, Rafa.

—Es un placer, Larson. —Se levantó de la mecedora y se dirigió a la puerta para salir—. Si necesitáis más comida, agua caliente o alguna otra cosa, estamos justo en el centro. Toma, este es el mapa de la isla. Podéis dar un paseo para conocer a los demás. Que descanses, Larson.

—¡Espera, Rafael! —Puse mi mano en su hombro. Se giró con una sonrisa—. ¿Cómo puedo comunicarme con Izan? ¿Hay alguna manera?

—Por el momento, no podrás, Larson. La única forma de que llegue algo de la capital o huéspedes nuevos es una vez al mes. El barco zarpa para la capital cada treinta días. Luego se vuelve y no zarpa hasta las cuatro semanas. Cada fin de mes. —Pensativo, continuó informándome —: Tendrá la oportunidad de venir dentro de treinta días o bien de escribirte una carta. No dudes que lo hará. Me encargaré de que te llegue. —Fue ahora su mano la que descansó sobre mi hombro—. Lo siento, Larson —me dijo apenado—. Tendrás que ser fuerte u olvidarte de él. No te queda otra. Tú decides.

—No puedo olvidarme de él.

—Entonces, te toca esperar.

Con toda la cara mojada por las lágrimas, asentí. Sentí tanta pena por nuestra historia que tuve que sentarme en cuanto Rafael se marchó por la puerta.

Durante los días siguientes a nuestra llegada, me tomé un tiempo para conocer con Yina gran parte de la isla y a todos sus huéspedes. Personas que habían pagado una cantidad sumamente elevada para mantener sus vidas retiradas de la provincia habitaban allí, viviendo a escondidas. Y yo también estaba allí, escuchando todos los días la voz de Izan susurrarme al oído que me quería, sintiendo su palma en mi estómago radiando calor. Despertaba y me daba cuenta de que la mano que me rodeaba era la pequeña de Yina. Y así día tras día, mientras me insistía a mí misma que debía olvidar a Izan. Estaba a salvo, y era lo mejor. Eso habría querido mi padre y también Izan. Pero no lo hice. Todos los días le hablé de él y de nosotros a la gente. A los huéspedes les encantaba escuchar nuestra historia y compartir la verdad. Era liberador poder hablar sobre nosotros. Tuve la suerte de conocerlos, de divertirme durante unos minutos con ellos y de lograr olvidar mi impulsivo plan de volver a la capital.

Un día más, senté mi cuerpo en la arena, incapacitado para adaptarse a aquella vida sin Izan. El sol se escondería en pocos minutos y el aire fresco nos movería de allí. Sin embargo, aquel día tuve compañía. Probablemente, Rafael habría enviado a la única amiga que tenía por allí para hacerme terapia. Era una mujer de cabello largo y rubio, desgastado, con las puntas verdosas por culpa del agua salada, de la edad de mi abuela. Se llamaba Selina, pero me había asegurado que acabaría conmigo en un segundo si la llamaba por su nombre completo. Su nombre era Sel.

—Dicen que te rebelaste contra Hans en numerosas ocasiones.

Se sentó a mi lado mientras yo observaba a Yina hacer castillos de arena y ella seguía con la mirada a un niño llamado Oliver, de la misma edad que mi hermana. No sabía su historia, pero aquella mujer lo protegía todos los días.

—No creas, tendría que haber hecho mucho más. Debería haberlo matado.

—Sí. Deberías haberlo hecho. —Con sus finas manos, partió un coco lleno de agua. Lo puso encima de un plato de plástico y me ofreció—. No podemos seguir ocultos. Tenemos derecho a creer en algo distinto a lo que quiere ese desgraciado.

—Espero que Izan esté dándole guerra.

Mi tono no fue otro que uno desesperante. Llevaba tres semanas y ya me había parecido un año sin él.

—Lo echas de menos.

—Demasiado.

Cogí un trozo de coco. Ella se limitó a observar conmigo el horizonte mientras Oliver, de ojos marrones y mejillas picudas, corría con Yina por la orilla.

—Hoy es el cumpleaños de Yina. —Agaché la cabeza—. No tengo fuerzas para celebrarlo, aunque sé que debo hacerlo.

—¡Oli! —le gritó al niño para que se acercara. El joven llegó hasta ella y la abrazó—. Cariño, hoy es el cumpleaños de Yina. Tienes que felicitarla y jugar con ella, ¿de acuerdo? Luego iremos al punto de encuentro y le haremos una fiesta.

El niño asintió, muy contento por la idea de Selina.

Literalmente, Sel insistió y nos arrastró hacia el punto donde todos se reunían para pasar el tiempo y donde los demás huéspedes empezaron a adornar todo el lugar. Pusieron velas e hicieron comida especial para la celebración. Yo no había hecho nada, ni siquiera había hablado con alguno de ellos más allá de un saludo, pero allí estaban, como si me conocieran de toda la vida.

Yina canturreaba en medio de las mesas de madera mientras una chica que llevaba puesto un vestido de flores muy llamativo la hacía bailar. En tan poco tiempo, ya nos habían cogido cariño. Tenía a Yina en brazos, pero tuve que soltarla porque estaba tan emocionada que no se contenía las ganas de gritar.

—¡Ya tengo seis años! —Se tiró a mis brazos—. ¡Mamá, ya tengo seis años! —repitió.

—Lo sé, cielo.

En mi interior, algo no dejaba de decirme que quería luchar, lidiar la guerra al lado de Izan. Pero no podía hacerlo por el simple hecho de que...

Sel interrumpió mis pensamientos:

—¿Cuándo tendrás noticias de él? —La mujer inició una conversación peligrosa.

—Espero que lo haga pronto.

Selina se sentía como yo. Quizá, por su historia, se veía identificada conmigo, pues había huido de un pueblecito cercano a la provincia para evitar que mataran a su hijo, que ya era mayor y también vivía con ella en la isla. No supe el motivo por el que querían matarlo, solo que huyó, como todos los que nos manteníamos ocultos allí. Lo más importante era que aseguraba no arrepentirse de nada.

—Solo quedan unos días para que el barco vuelva de la capital. Seguro que entonces tendrás noticias tuyas.

—Espero que tengas razón.

Sin embargo, aquellos días se me hicieron eternos. Busqué algo con lo que entretenerme, pero estaba comprobado que la que sabía cómo pasar el tiempo allí era Yina. Yo solo me compadecía y agobiaba a Rafael, que intentaba animarme con los entrenamientos. Pasé a ser su alumna en Defensa Personal, lo cual hizo que nuestra relación fuese más cercana cada vez. Pero no le perdonaba tener las piernas llenas de heridas o el dolor en ellas por lo difícil que era pelear en la arena de la playa.

Cada día llegaba el periódico a mis manos. En portada siempre estaba la familia Blake, como de costumbre. Un día, era el heroico Hans Blake, que detenía a la organización terrorista de un ataque; otro, el nuevo estilismo de la señora Blake. El único día que vi a Izan en portada me destruyó. Mostraba una apariencia como si no hubiera pasado nada. El titular no era otro que: «Cómo se siente ser un miembro de la familia Blake». En él solo hablaba de gilipollices de su familia. Mentiras y más mentiras manipuladas por Hans.

Días más tarde, con mucha emoción por entregarme ese regalo, mi amiga Sel dejaba en mis manos tres cartas a nombre de las tres personas más importantes para mí en aquel momento, las cuales estaban en la capital. Mi corazón no pudo emocionarse más cuando quien firmaba aquella primera carta que había abierto era ni más ni menos que Izan.

Emocionada, empecé a leer las palabras del hombre al que más había echado de menos durante todo aquel tiempo, quien desde la distancia no dejaba de luchar y de demostrarme que me quería.

En la parte final de la carta, bajo su nombre, escribió: «Nunca será suficiente».

Izan

No me dieron más opciones que ir a casa de Fernando cuando el acto en la plaza terminó. Aquella casa era el lugar donde mi esposa había decidido vivir el resto de nuestras malditas vidas. Me obligaron a subir a la habitación. Los dos anduvimos en silencio mientras subíamos las escaleras. En cuanto entramos en el dormitorio de matrimonio, me tumbé sobre la cama, donde solía acostarme con Carolina, todo antes de conocer a Nina, por supuesto. Las cosas habían cambiado tanto que sabía que yo ya no era el mismo.

Ella paseó por la estancia interpretando de nuevo otro papel, pero su presencia solo hacía que me acordara más de la mujer a la que quería ver; y, por supuesto, no era precisamente ella. La seguí con la mirada, cabizbajo, observando cómo corría las cortinas mientras me explicaba la situación de su padre. En realidad, era lo único por lo que estuve atento a ella, aunque no dijo nada más allá que asegurarme que vendría unos días más tarde.

Se descalzó y se desnudó. Lo supe cuando escuché la prenda caer al suelo. No es que estuviese mirándola; de hecho, no me fijé en ella ni un solo segundo, aunque supiera perfectamente que querría que lo hiciera y que no pararía hasta conseguir llamar mi atención. Apoyé la espalda en el cabezal de la cama. Sentí el dolor de las heridas cerrándose y volví a acordarme de Nina. No paraba de hacerlo. Sus preciosos ojos estaban en mi mente cuando cerraba los míos, como una puñetera visión que se volvía clara y real. En aquel momento, no tenía duda de que estaba como un loco enamorado de aquella niña. Pero eso ya había terminado para los dos. Debía seguir adelante, ¿no? Todo por su seguridad.

—Lo siento, Carolina. Voy a ser muy sincero contigo. Sabes lo que he hecho y de qué lado estoy. Quiero a otra mujer y voy a serle fiel. Lo siento. Ya deberías saberlo.

—No me esperaba menos de ti.

Se acomodó en la cama y, como una gata, vino gateando hacia mí. Intentó aproximarse a mis labios, pero como si de lava se tratase, hui de ellos y de sus garras.

—He dicho que voy a serle fiel.

—Pronto la olvidarás, tranquilo. Cuando ya no la recuerdes, yo estaré aquí para repetirte quién soy para ti. Sigo siendo tu mujer.

No me gustó su maléfica sonrisa.

—Solo para los medios de comunicación. Espero que eso lo tengas claro. Para mí, nunca lo has sido.

—Ya lo veremos muy pronto. Olvidarás todo lo que ha ocurrido y serás mío para siempre.

—Nunca seré tuyo, Carolina. Estás loca.

La quité de encima de mí con rabia y salí por la puerta. Bajé como un loco las escaleras hasta el salón, donde cada rincón de la estancia me recordaba a Nina. Todo. Me vi dando vueltas como un puñetero loco. La necesitaba, y me la habían quitado. Moví ficha en el tablero demasiado mal y acabaron conmigo.

Senté mi culo inquieto en el sofá, apoyé la cabeza y me tomé un segundo para escuchar el fuego quemando la madera que había echado hacía unos segundos, justo cuando mi mente había viajado al lado de mi chica de cabello dorado y ojos azules. Salí a la terraza con un vaso de *whisky* lleno en la mano y un cigarro en los labios. El aire frío me despertó. Observé el jardín y la entrada de la

casa mientras no paraba de darle largos tragos a la bebida.

Diez hombres vigilaban la casa desde que había entrado, y los perros de Fernando y Juliet miraban a los secuaces de Hans como si quisieran comérselos. En ese momento, dejé de beber cuando un coche negro entró por la entrada. Poco después, se escuchó el sonido de unas llaves abriendo la cerradura de la puerta. Ver ese cabello cobrizo fue emocionante, sin duda. Juliet estaba allí de pie, cambiada y reluciente, como si no hubiera pasado nada en aquel almacén. Se lanzó a mis brazos en cuanto me vio allí parado como una estatua, mirando cómo entraba.

—¡Izan!

Apreté ese cuerpo delgado contra mi pecho cuando llegó hasta mí tan emocionada. Se dejó abrazar y me arropó como a un hijo. Nos quedamos varios segundos así, sin decirnos nada más. Estaba muy contento de verla allí sana y salva. Cuando me separé despacio, la observé con una sonrisa pintada en mi rostro. Sus facciones me recordaron a Nina. Ni siquiera supe cómo no pude nunca pensar que era su madre. Eran prácticamente iguales.

—Izan... —Forzando mis mejillas con sus manos, me obligó a mirarla—. ¿Estás bien? Estás bebiendo.

—¿Qué voy a hacer si no?

—¿Tu opción es emborracharte?

—Llevo días así. —Apagué el cigarro en el cenicero—. Bebo y fumo, fumo y bebo hasta dormirme. Nadie viene por aquí. Está claro que me quieren bien lejos de todo. Me tienen retenido.

Me quitó el vaso de la mano. Quise protestar, pero no me dejó.

—Te necesito sereno.

—Tengo que contarte muchas cosas, y te aseguro que cogerás un vaso de esos. Cargado, además.

—Lo sé todo, Izan.

Aquella dulce mujer era valiente y fuerte, tanto que nos había salvado. Acepté que era normal que supiese todo. Había momentos en los que olvidaba que ella era parte de la Junta Directiva por participar en sus proyectos.

—¿Vuelves a casa?

Avanzó hacia el interior, me cogió del brazo y cerró las cortinas de inmediato. Estaba evitando a los periodistas.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo puedes estar aquí como si nada después de todo?

—Será mejor que vayamos dentro. La prensa está esperando noticias tuyas y pueden aparecer en cualquier momento. Tranquilo, te lo explicaré.

—De acuerdo.

—¿Carolina está arriba?

Asentí, pero aun así no me fiaba. Prefería estar solo con ella en algún lugar más recogido.

—Vamos al jardín interior. Te explicaré todo lo que ha ocurrido. Es mejor que tomes asiento.

Era la primera vez que entraba en aquel jardín. Estaba cercado por grandes cristaleras rodeadas de plantas de interior de todo tipo. Había un climatizador y una especie de máquina en forma de llama que echaba pompas de humo con olor. Una mesa de mármol en el centro con sus dos sillas y una cafetera en una mesita de al lado que tenía forma de hoja acomodaban el lugar. Una decoración muy bien lograda.

—Estoy destrozado, Juliet. No puedo aguantar las amenazas de mi padre. He sido humillado.

—Tranquilo, tranquilo. Si hay una cosa cierta, es que Gregorio también tenía un segundo plan.

—Tienen a Nina, y no sabes lo que han llegado a hacerle. Quería morirme, Juliet. Casi me

muerdo de la ansiedad. Me han obligado a participar en artículos para el periódico. Mentir y mentir.

—Yo también quiero matarlos por lo que han hecho, pero estamos aquí, y ella está con nosotros. Encontrareis la manera. Tú mismo lo dijiste. Siempre la encontraréis.

A mi cuerpo le dio la sensación de que volvía a encenderse, a activarse aquello que se había parado en un momento determinado. Saber que Nina estaba con su gente me produjo una satisfacción enorme. Hubieran hecho lo que me hubiesen hecho, había merecido la pena.

—¿Qué has dicho?

—Solo Gregorio sabe dónde está, pero está sana y salva con Yina.

Una bomba de alegría entró en mi cuerpo y me llenó de esperanza. Tuve que levantarme y empezar a andar para llegar a creerme que, de nuevo, habíamos salido de las garras de Hans. Que ella estuviera lejos de él me mantenía tranquilo.

—Joder. —Sonreí con intensidad.

—No me preguntes cómo, pero Noel encontró el nuevo sitio de Gregorio. Le pegó una paliza hasta que demostró a qué venía realmente. Lo cierto es que se pasó, pero Gregorio había enloquecido, y al ver a un desconocido en el sendero, no fue muy bien recibido. Estábamos tan alterados a la espera de la llegada de Hans y con vosotros por ahí perdidos que no podíamos relajarnos. Quería ofrecernos una alternativa. Hablé por ti sobre qué hacer con Nina.

—¿Le hicieron caso?

Volví a sentarme cuando caí en que acababa de averiguar dónde se encontraba en aquel momento la mujer a la que más deseaba ver.

—Sí.

—Yo sé dónde está Nina, pero por su seguridad y la de la pequeña, no voy a decírtelo. Pueden hacerte mucho daño si saben que lo sabes, Juliet.

Por sus gestos, sabía que lo entendía a la perfección.

—No quiero saberlo. Quiero protegerlas, y no soy la mejor persona para saber información de ese tipo. Si doy un paso erróneo, la Junta se me echará encima y me matarán.

—Tienes que tener mucho cuidado, Juliet. Por favor.

—Lo tendré.

Cerré los ojos. Ya podía descansar la mente y el cuerpo por un rato. Nina estaba en buenas manos con Rafael, en nuestro plan B, allí donde hubiera ido con ella tras escapar del almacén.

—Ahora todo va estar más tranquilo por parte de la organización. Las elecciones están muy cerca y cualquier cosa que haga Gregorio se volverá en su contra. Tenemos que ser cuidadosos. No podemos permitirnos ni un fallo a favor de Hans. De lo contrario, estaremos vendidos.

—Lo sé. Es lo que quiere. Me lo dijo, que las cosas estarían tranquilas. Y ahora yo sé que Nina no está en sus manos y él no lo sabe.

—Gracias a que nuestra historieta ha colado. Nadie sabe que estuvimos allí. Podemos trabajar y jugar con esa ventaja. Hans sigue confiando plenamente en Fernando y en mí. Es hora de planear mejor el siguiente movimiento, y no podemos fiarnos de nadie.

—Lo sé.

Me miró con una petición en sus ojos.

—Quiero que le envíes esto a Nina cuando Fernando llegue con la información de cómo hacerlo.

Dejó en mis manos una carta.

—Lo haré.

Nina

Cada día que pasaba en la Gran Rebel me alejaba más de Izan, y dolía lo suficiente como para pasarlo por alto. Me imaginaba en sus brazos, y me gustaba fantasear con sus ojos y sus dedos acariciando mi cuello. La piel se me ponía de punta solo intentando hacer que ese recuerdo fuese lo más real posible. Pero, finalmente, solo eran falsas ilusiones.

Cogí el periódico otra mañana más que empezaba a ser calurosa. Ya era primavera y el clima comenzaba a cambiar. Allí sentada, pensaba que solo quedaban dos meses para mi enlace matrimonial escogido por la Junta Directiva y el Gobierno, pero aquello ya era historia.

Al abrir la primera página, no pude pensar en otra cosa cuando en portada vi de nuevo cómo los periodistas hablaban de la organización, esa a la que los ciudadanos temían en la capital, esa que lideraba mi padre; un padre al que no veía desde hacía casi un mes. A solo dos semanas de las elecciones generales, estaba allí trazando un plan para salir de la isla. Nadie había venido a buscarme. Izan no había acudido a mí, y solo podía pensar en lo peor. Podría ser que me hubiera olvidado por nuestro bien, que, rendido, se hubiera aliado con su padre. Eso me asustaba. Lo veía en las portadas de los periódicos y parecía feliz. Feliz de ayudar a su padre en la campaña contra la organización.

Quería pensar que nada de lo que escribían los periodistas era real. Igual que esa portada de la semana anterior en la que Izan salía con Carolina del brazo y el titular era: «El hijo del alcalde vuelve a casa feliz con su esposa». No quería más sol ni escuchar las olas del mar. Quería volver a la capital para buscar venganza. Pero no era tan fácil escapar de allí.

La isla recibía viajeros al final de cada mes y solo podría subirme a ese barco en ese momento. No hallaría más posibilidades de huir. Selina me había entregado las cartas y el barco zarparía al día siguiente en cuanto los pesqueros descansaran. Luego estaba Yina, que no iba a dejarla sin asegurarme de que Rafael cuidaría de ella. Tenía que convencerlo, ya que él era mi única alternativa.

Giré la siguiente página del periódico. Yina correteaba por allí con su nueva amiga. Tenían la misma edad. Verla me hizo saber que estaría bien sin la loca de su hermana, que solo era capaz de buscar venganza. No iba a parar, quería verlo.

—Estás pensando en marcharte.

Rafael pegó un salto y se sentó encima de la mesa de madera donde yo trazaba el plan sobre el periódico. Intenté taparlo, pero fue inútil. Él sabía que estaba desquiciada. Había sido tan pesada hablándole del mejor amigo de su hermano que ya daba por sentado que en algún momento saltaría las puertas y me largaría. Y no se equivocaba.

—Y también en que te quedes a cargo de Yina. Por favor.

—¡Estás como una cabra! ¡Gregorio me matará si te dejo ir! ¡Por no decir que Blake me sacará los ojos si te ve en la capital! ¡Cuántas veces lo hemos hablado ya, Nina?

—Rafa..., tienes que ayudarme. Debo volver con Izan, por favor. Necesito verlo. Tengo lo necesario para poder volver. Debes confiar en mí. Si la información que había en la carta de Wen es cierta, tengo lo necesario para volver a mi vida.

—Por todos los dioses...

—O por uno solo, me da igual. Ayúdame, Rafa.

Quiso decirme que sí al momento, lo sentí, pero era tan testarudo como su hermano. No pude

contar cuantas veces dio vueltas por el recinto, pensativo mientras toqueteaba entre sus dedos una piedra a la que le tenía mucho cariño y llevaba consigo un sentimiento muy especial. Analizó mi rostro como un padre a punto de darle el sermón a una hija medio loca. Era cierto que volvía con el diablo, y lo hacía por tercera vez, pero tenía la pieza de ajedrez adecuada para que pudiera regresar a mi lugar, a mi vida, para seguir luchando junto a Izan en esa guerra que empezó siendo nuestra pero que acabaría siendo de muchos. Estaba preparada.

—Vas a provocar una rebelión, Nina. Tu padre no sabe nada de esto, y no es el momento.

—Nadie sabe lo que tengo entre manos, y por eso debes dejar que me vaya.

—Está bien, pero si quisieran matarme, más te vale que salgas en mi defensa y que defiendas este pequeño pueblo, porque, si no, todos caeremos contigo.

—Lo sé, cuento con ello.

—De acuerdo, te sacaré de aquí, pero tienes que escucharme. No solo vas a necesitar una puñetera peluca. Te traeré más cosas para que puedas pasar más desapercibida aún. Necesitas tiempo para llegar hasta Izan.

—Exacto.

—Entonces, vas a necesitar mucho más. Vamos, tenemos trabajo.

Seguí sus pasos de inmediato. Yina quería venir con nosotros, pero Selse quedó con ella en cuanto me vio la cara. Apresurada, alcancé los pasos de Rafa y me guio hasta lo que parecía ser su cabaña: una estancia bastante agradable pero muy sencilla y solitaria. Daba la sensación de ser un lugar de paso. No creí que Rafael estuviese mucho por allí, pero me impresionó cuando me hizo bajar unas escaleras que llevaban a un subterráneo. Algo muy surrealista.

—¿Cuánto tiempo...?

—¿Llevamos aquí? —terminó la pregunta por mí. Asentí, presa de la incertidumbre.

—Lo bastante como para crear un lugar como este.

Mis ojos se iban en busca de la única fuente de luz que había en aquel pasillo. Anduvimos lo bastante como para sentir que estaba perdida bajo el suelo de una isla en la que jamás pensé acabar. Quise decir muchas cosas, pero no pude pronunciar nada. Me quedé muda ante todo lo que tenía alrededor.

—Es aquí. —Hizo que pasara con un leve empujón.

—¿Qué es todo esto, Rafa?

Rafael optó por contarme la versión corta de la historia. Un día se encontraron expuestos ante la policía marítima y no fueron interceptados de milagro. Se sintieron indefensos en una isla como aquella, así que decidieron cavar y cavar hasta conseguir un lugar como aquel, lo justo para aguantar las horas cuando la amenaza volviera a estar cerca. Por ese motivo, montaron puestos de vigilancia y se cuidaron las espaldas una vez pasado el peligro. Una historia que a Rafael le costó mucho contar. Su seriedad lo dijo todo en aquel espacio donde había más vida que en su propia cabaña.

—Parece un buen lugar para pasar una tormenta como aquella.

—Sí que lo fue.

Su sonrisa, llena de nostalgia, hizo que se me cayera una lágrima. Apreciaba a toda esa gente; a esas familias y a esas parejas que tanto se habían esforzado por sobrevivir y que no podrían volver nunca más. Pero ¿quién era yo para intentar cambiarles la vida? ¿Quién era Izan para conseguir derribar a su padre? Empezaba a pensar que cada movimiento mío no solo perjudicaría a mi familia, sino que también les explotaría a todos ellos.

—Veamos qué tenemos por aquí.

Se fue hacia un baúl después de encender por completo todas las velas de la estancia. Me recordaba a los altillos de las casas antiguas de nuestro barrio. Sus muebles eran todos de madera, y habían montado varios sofás con mantas y cojines hechos a mano. Una estancia verdaderamente rural, sin duda.

—Aquí esta.

Me lanzó varias prendas de ropa totalmente extravagantes, dos pelucas y un set de maquillaje. Siguió buscando en otra caja y encontró unas lentillas de colores para los ojos y unas tijeras. Analicé todo lo que estaba dándome.

—¿Se puede saber de dónde has sacado todo esto, Rafa?

—Una vez tuve mujer... —tragó saliva—. Viajaba a la capital porque no soportaba la idea de alejarse de su familia. Viajó tantas veces y de tantas maneras distintas que pensó que nunca la pillarían.

—Y la cogieron...

Rafael asintió.

—Ella fue quien trajo a la policía marítima por segunda vez. Por suerte, para entonces pudimos refugiarnos aquí, pero ella... —Estrujó la prenda que tenía en la mano—. Se sacrificó por salvarnos a mi hijo y a mí. Yo no lo quise así, pero así sucedió. Le dispararon.

La historia de Rafael me conmovió tanto que tuve que sentarme en aquel sofá improvisado. El olor a madera me llevó por un instante a casa, al lado de Yina y Merinda en los buenos tiempos, o en los que parecieron buenos...

Rafael optó por acompañarme en el sofá.

—¿Tu hijo está vivo?

—Lo conoces. Es Oliver.

—¡Pensé que era hijo de Selina!

—No. Selina es mi madre. Me costó mucho recuperarme, pero tras unos años lo hice. Llevamos casi veinte en esta isla. Muy pocos llegamos aquí cuando la rebelión.

—Lo siento mucho, Rafael. —Puse la palma de mi mano sobre su hombro.

—Gracias. —Me miró con ojos muy sinceros—. Escúchame, Larson. Si te vas de aquí, debes pensar que la gente confía en ti. Nadie sale de la isla si no es por un buen motivo. Nos expones a todos. Por favor, piensa en nosotros cuando estés en la capital.

—Lo haré. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Debes ser fuerte.

—Gracias, Rafa.

Juntos subimos las escaleras con aires de despedida. Luego volví al punto de encuentro, cogí a Yina y dormí junto a ella toda la noche hasta las seis de la mañana, cuando me desvelé y volví a tomarme unos minutos para leer la carta de mi amiga Wen, la única que había dado señales de vida y que, probablemente, estaría aterrorizada por haberlo hecho. Deseaba verla tanto como ella a mí, pero tenía que ser cauta. No tendría mucho tiempo hasta que mi padre se enterase de mi vuelta. Sin embargo, explotaría esa única oportunidad que tenía de volver con Izan.

En aquella carta, Wen me había dado lo mejor que podía dársele a una amiga: la oportunidad de volver a mi vida.

La voz angelical de Yina me desconectó de mi lectura:

—Vas a marcharte, ¿verdad?

Agaché mi cuerpo hasta llegar a su altura y la abracé.

—Sí, cielo. Voy a pedirte que seas buena con Selina y con Rafael. Ellos cuidarán de ti.

—Lo sé.

—¿No te enfadas conmigo?

—No. Debes irte para traer de vuelta a Izan. Yo ya soy mayor para comprenderlo, tata. No pude evitar que la firmeza de aquellas palabras en su rostro infantil me conmoviera.

—Estoy muy pero que muy orgullosa de ti, cielo.

—Y yo de ti.

Sus pequeños brazos me rodearon el cuello. La tomé en brazos y la senté sobre mi regazo en aquella mecedora.

—Volveré a por ti en cuanto pueda. Te lo prometo.

Besé su frente cuando se durmió en mis brazos y después la llevé a la cama. La arropé y saludé a Selina, que entraba en aquel momento por la puerta.

—Ve a buscarlo, querida. Yo habría hecho exactamente lo mismo. Sé fuerte. No dejes que ese diablo te hunda. Lucha por todos nosotros y arruina su vida como él arruinó la vuestra. ¿Ha quedado claro?

Sonreí por sus palabras.

—Claro que ha quedado claro.

—Y hasta que no vuelvas con ese pedazo de hombre tuyo en ese barco, no te molestes en regresar.

—También lo sé.

Cogió mis brazos y acabó abrazándome como a una hija más. El olor a canela me recordaría siempre a aquella mujer, quien estuvo conmigo todas las tardes con las que no pude lidiar sola durante casi un mes. Si a alguien le debía algo, sería a Selina, que nunca me dijo que lo olvidara, que nunca me aconsejó que me conformara.

—Gracias, Sel.

Izan

Otro día comenzaba. Estaba agobiado y cansado, aunque saber que Nina se mantenía a salvo me había dado un buen chute de adrenalina.

Fernando seguía sin dar señales de vida, pero, por suerte, su mujer estaba allí conmigo para darme los buenos días. Sus ojos me hicieron estar más cerca de su querida y adorable hija, en quien pensaba día y noche. Por lo menos, eso me consolaba.

La casa estuvo vigilada durante toda la noche con la intención de que el pueblo creyera que era por mi seguridad. Todos los medios de comunicación y los ciudadanos fueron engañados de nuevo. El motivo solo era que estaban protegiéndose de mí, de alguien que sabía toda la verdad. Aún recordaba la lista negra que encontré en aquella caja fuerte: los acuerdos con la Junta Directiva. Por eso Hans sabía que no pararía hasta vengarme de él.

Estaba sentado en el sofá del salón, con el café en la mano y observando la estancia. La empleada del hogar fue hacia la puerta en cuanto llamaron al timbre. Le di otro sorbo al café tras mover varias veces la cucharilla y luego me quedé mirando al techo, sin ninguna motivación de que empezara un nuevo día.

—Volvemos a vernos, Blake.

Tenía los ojos cerrados, intentando apreciar el aroma y el gusto del café, pero recordé que el único olor que en ese momento podría conquistarme sería el de la cafetería de River, donde el

recuerdo de Nina estaría presente. Sin embargo, no podía moverme de allí.

Dios, cómo la echaba de menos...

—Ezequiel...

Me levanté poco a poco del sofá, sabiendo que quien acababa de entrar no es que fuera a terminar conmigo, pero ganas no le faltarían. Nina había matado a su hijo, y estaba seguro de que solo se retenía por lo que tenía apalabrado con mi padre. No pude hacer otra cosa que sonreír ante su cara forzada al encontrarse conmigo.

Empezó a hablar:

—Es una pena que no estés muerto.

Se quedó allí de pie, con las manos juntas a la altura de su pelvis, trajeado y con muy buen aspecto para haber perdido a un hijo al que se suponía que quería.

—Lo mismo digo.

Dejé la taza de café en la mesa y me crucé de brazos ante su presencia, que poco me importaba. Estaba bajo la decisión de Hans, y él, por el momento, me quería vivo, ya que, al fin y al cabo, resulté ser una buena imagen de cara a la sociedad.

—Nina mató a mi hijo. Tienes suerte de que sirvo a tu padre, porque, de lo contrario, estarías más que muerto, igual que ella.

—Tengo suerte de que traicionaras como un idiota a Gregorio. Pero deberías guardarte las espaldas, puesto que él no lo olvidará. —Fui acercándome más a él—. ¿Puedo saber cuánto te pagó Hans para que traicionases a tu organización?

—Ni siquiera podrías imaginarlo, Blake.

—Lo que hayas conseguido, te será arrebatado. Yo de ti tendría mucho cuidado.

—Y yo de ti también.

Retrocedí y empecé a andar por la estancia, deseando saber a qué había venido aquel traidor.

—¿Por qué estás aquí?

—Solo acompañaba a tu padre, que está fuera, pero le he pedido unos minutos a solas para dejarte claro que no lo olvidaré.

Cogí la cajetilla de cigarros. Recordé que debía pedirle a mi esposa que me comprara más. Cogí uno y lo encendí.

—¿Y te crees que no lo sabía?

—Quisiera decirte que no descansaré hasta vengarme de Nina. Lo haré en cuanto Hans ya no la necesite.

A todo el que amenazara a Nina tenía pensado matarlo sin miramientos, pero no podía apresurarme a cometer un desastre. Nina ya no estaba en manos de Hans, y debía recordarlo. Su amenaza, por el momento, no valía mucho, pero tenía que aparentar que así era.

—Antes te mataré yo cuando a mi padre ya no le sirvas. Ten en cuenta que ocurrirá, y cuando así sea, yo mismo me desharé de ti por haber amenazado a Nina.

—Eso está por ver.

Di una calada larga.

—Y tanto que está por ver.

Inspiré profundamente justo cuando se retiraba altanero y valiente por estar tras el escudo del diablo. En cierta manera, los dos lo estábamos. Mi padre tenía la ventaja de que fueron su hijo y el traidor quienes le hicieron ganar una batalla.

Como una ola de energía dañina, Hans entró en la casa con sus zapatos brillantes y su traje a medida, un puro en el bolsillo de la americana y una sonrisa de oreja a oreja. Me inquietó ver esa

sonrisa. Ya la había presenciado otras veces, y no me gustó. Se encendió el puro, cerró los ojos por el placer de la calada y nos miró a ambos.

—Buenos días, hijo. Veo que ya estás preparado para marcharte. Te veo en buena forma.

—Lo que quiero es salir de esta casa, si usted me lo permite, señor.

—Bajo mi supervisión, por supuesto —se mofó de mí—. Tenemos trabajo, Ezequiel. Nos vamos. —Se giró para dirigirse a los de seguridad—: Coged a la pareja, nos vamos de campaña.

—¿Adónde nos llevas? —quise saber.

—A otro acto. —Miró hacia las escaleras—. ¡Carolina, estamos esperándote! ¡Vamos a buscar a tu padre al aeropuerto!

Ezequiel empezó a preguntarle a Hans con mucha confianza, como solía hablar con Fernando:

—¿Ya ha vuelto Fernando del viaje de negocios?

—Sí, y tiene buenas noticias.

—Estás de buen humor

—¿Dónde está Juliet? —La buscó por la cocina—. Tengo que hablar con ella.

Se me erizó la piel al escuchar pronunciar el nombre de Juliet en su boca. Me asustó saber que no podía protegerla de él. Sin embargo, Juliet bajó las escaleras, preparada para el acto, al que resultaba que íbamos después de recoger a Fernando. La madre de Nina apareció representando un papel muy bien hilado. Nunca la había visto actuar porque nunca la había conocido de verdad. Ahora que sí lo hacía, sabía que todo era un papel. Aquella no era nuestra Juliet.

—¡Hans, querido! —Puso la mano en el brazo que le ofreció él en cuanto la vio—. ¿Ya ha vuelto mi marido?

—Sí, querida. Lo has echado tanto de menos como yo, al parecer.

—Bueno, contigo pasa más tiempo que conmigo. Ya sabes.

—Sí, es cierto. Y discutimos más que vosotros dos.

Juliet soltó unas carcajadas muy falsas.

—Estás preciosa, querida.

—Gracias. —Miró hacia la planta de arriba—. ¡Carolina, vamos! ¡Tenemos que ir a por tu padre!

Cuando Carolina, muy contenta, bajó, Hans besó su mano como su nuera oficial que era. Casi vomité. En vez de eso, pasé del tema y les metí prisa:

—¿Nos vamos de una vez? —Cogí la americana—. Quiero salir de esta maldita casa.

Hans excusó mi mal carácter delante de las chicas:

—Aún no está recuperado del secuestro, tiene un trauma. No es fácil.

Juliet no dudó en seguirle la corriente:

—No, no lo es. Pobre chico. Tenemos suerte de tenerte, querido.

—Lo sé.

Juliet le regaló a los oídos de Hans lo que él quería escuchar de sí mismo para sentirse mejor hombre. La verdad es que me impresionó ver esa astucia por parte de la señorita Candals.

Un tiempo después, estando en el aeropuerto, en ningún momento nos bajamos del coche. No nos dejaron. Nos quedamos allí esperando hasta que llegara Fernando; los tres sentados, mirando cada uno para un lado distinto.

No tardó mucho. Lo vimos caminar escoltado hasta nuestra limusina, sonriendo como si nada hubiera pasado, como si no hubiera estado con Gregorio en la clínica recuperándose. Parecía estar perfectamente, contento de vernos. Pero él tenía las respuestas que yo quería. ¿Qué haría la organización ahora? ¿Cuál era el plan? ¿Seguiría yo en él? ¿Qué pensaba Gregorio de mí?

Hans se abrazó con Fernando. Juliet y yo lo vimos. Nos miramos y nos mordimos la lengua. Todos estábamos actuando todo el tiempo.

La limusina se puso en marcha de nuevo en cuanto se subió y se sentó a lado de su esposa, quien le regaló un beso de bienvenida. Luego, Hans le puso con sus propias manos un vaso de algún tipo de licor que no pude identificar porque me centré en el beso que Juliet le dio en los labios a Fernando. En cuanto cogió el vaso con licor, besó en la frente a su hija. Fui la última persona en recibir un saludo por su parte. Frío y distante. No lo esperé así. De hecho, tenía ganas de abrazarlo, de decirle que me alegraba mucho de que estuviera vivo.

—Has traído a tu hijo. ¿Está capacitado después de todo?

—No te preocupes. Estará bien. He de ponerte al día.

Se dirigió a mí:

—¿Cómo te encuentras, Izan?

—Estoy mejor. Gracias, Fernando.

—Ha sido horrible. Pagarán por ello, lo prometo. Brindemos por eso.

Carolina juntó las palmas y sonrió a favor de lo que su padre decía, complacida por sus palabras. Tomamos los vasos y brindamos.

—Sí. Brindemos.

—Por el Anexo.

—Por el Anexo.

Lo hizo tan bien que me creí por completo la versión de aquel Fernando apostando cien por cien por Hans y orgulloso de que toda su familia estuviese a favor del Anexo de la Ley OSDE.

—Las encuestas dicen que nos acercamos a Brian Roc.

—En efecto.

—Lo conseguiremos.

—Ya lo creo que sí. La organización no ha hecho otra cosa que ponerme las cosas muy fáciles.

—Tengo más información que comunicarte acerca de la organización.

—¿De veras?

—Sí. Mejor, lo hablamos en privado.

—De acuerdo, amigo.

Hicieron que brindara a la fuerza una vez más. Lo hice con ganas de escupir en su puñetero vaso. Busqué los ojos de Fernando para saber si iba en serio, si me traicionaría después de haber puesto las vidas de sus seres queridos en peligro por mí, pero no obtuve respuesta. No me miró ni una sola vez.

—Ya hemos llegado —nos comunicó el conductor.

Luego, Ezequiel, que iba en la parte de delante, habló:

—¿Estáis preparados? —Cogió una carpeta—. Recordad, no retiréis la sonrisa en ningún momento, pregunten lo que pregunten. ¿De acuerdo? Estamos en el acto más importante de la campaña.

—Por supuesto —contestó confiado Hans.

—Celia Blake ya está esperando a que salga del coche, señor.

—¿Mamá está aquí? —pregunté extrañado—. ¿Por qué no ha venido con nosotros?

Juliet me miró de reojo, pidiendo que me callara. Hans se puso serio por mi interrupción.

—De acuerdo, traiga a mi mujer —ordenó. Se giro y me miró—. Por el momento, no te cruzarás con tu madre. Debo evitar que mantengas algún tipo de contacto con ella. Al menos por ahora.

Todos se quedaron mirándome, haciéndose los sorprendidos. Sin embargo, la única que tuvo un

gesto real fue Carolina, que no sabía el motivo por el que mi padre me trataba así.

—Debí imaginarlo.

—Debiste.

Retiré mi cara de protesta.

—Bien... —Quiso tener una vez más la última palabra.

Volví a pensar en Nina. Era lo único que me mantenía cuerdo en aquella mentira constante. Estaba ayudando a Hans, lo cual me comía por dentro. Pero tenía que ser listo, así que opté por hacerle caso a Juliet y ponerme a actuar como ella.

—Detrás van Izan y Carolina. De la mano. —Ezequiel miró hacia el exterior, donde Hans ya estaba besando a mi madre en la frente—. En tres, dos, uno...

La alta sociedad estaba allí, esperando para aplaudir en cuanto mi madre se cogiera de su brazo y avanzaran por la alfombra. Tras unos segundos, abrieron la puerta de la limusina después de la salida triunfal de Hans y tuvimos que salir de la misma manera ante la prensa y los miles de ojos que disfrutaban de aquel acto. Salí cuando me lo comunicaron. Agarré la mano de Carolina para ayudarla a bajar del interior con aquellos zapatos blancos de tacón que destacaban gracias al vestido coral que llevaba. Se cogió a mi brazo y caminamos entre los focos cegadores. Había demasiada gente.

—¡Señorito Izan! ¡Izan! —Intentaron retenerme—. ¿Cómo te encuentras tras el secuestro? — Nos siguieron con las cámaras, a la espera de que cometiera un error—. ¿Gobernarás con tu padre para destruir la organización terrorista si se proclama presidente? ¿Aún tienes miedo?

Lo intentaron todo, de todas las maneras para que respondiese, pero no lo hice. Seguí avanzando sonriente, con una Carolina pletórica y posando para todas las cámaras que nos captaban.

Ezequiel se puso delate de los periodistas.

—¡No responderá a preguntas de ese tipo en este momento! ¡Gracias!

Espantó a todos los reporteros antes de llegar a la puerta de aquel edificio. Recordaba perfectamente haber estado allí cuando era pequeño. Nos encontrábamos en las oficinas de la Junta Directiva. Me vinieron a la mente aquellas trece personas sentadas en sus sillones mientras yo, bajo la mesa, jugueteaba con unos lápices que alguien me había entregado para que me distrajese.

Nos abrieron las puertas de par en par y todos aplaudieron por nuestra llegada a aquel grandioso salón. Por fin pude mirar a mi madre tal y como se merecía. Ella hizo lo mismo en ese escaso tiempo, en el que volvimos a sonreír. Sus ojos solo me mostraron tristeza y represión. No pude hacer otra cosa que devolverle la sonrisa mientras ajustaba mi corbata y me libraba del agarre de Carolina durante unos segundos.

—Bienvenido, Blake.

La gente empezó a saludarnos a todos. Eran personas millonarias, encantadas de estar allí con la familia Blake. No conocía ni a la mitad, solo a los más importantes, pero me saludaron con mucha emoción de que estuviese vivo. Sin lugar a dudas, la estrategia de mi padre había sido muy buena. No podía decir la verdad porque me tenía atado, o eso era lo que él creía. No obstante, opté por no revelar nada hasta tener un plan. Necesitaba recuperarme.

Durante los canapés y las copas de champán, le di la mano a mucha gente. Me mantuve al lado de Hans por obligación y junto a mi esposa para aparentar que nuestro matrimonio funcionaba. Solo escuchaba sus avances con toda aquella gente para la campaña de las elecciones, que sería en una semana. Quería pararlo, desafiarlo, pero no tenía opciones. Así que seguí sonriendo. Debía esperar a hablar con Fernando o con Gregorio.

Las horas fueron eternas en aquella película en la que fui otro actor que trabajaba para Hans. Luego volvieron a llevarme a casa de Fernando, donde tuve tiempo para aclarar mi mente y esperar a la llegada del matrimonio que vivía en aquella casa. Pero no llegaban y empecé a impacientarme. Salí a la terraza y observé a sus perros, que miraban a los vigilantes que estaban de pie en cada punto de la entrada. Suspiré. Nunca llegaría a hablar con Gregorio. Necesitaba a Fernando para que me ayudara, o no saldría nunca de aquel puñetero sitio que era mi cárcel.

—Hola, chico.

Salté por la impresión al escuchar la voz de Fernando en el silencio.

—¡Joder! Qué susto.

Fue directo a mí en cuanto me quitó la mano del pecho por el sobresalto. Cogió mis hombros con fuerza y me rodeó con sus brazos, muy alegre de verme.

—Tienes buen aspecto, hijo.

—Bueno..., han pasado muchas cosas, pero ahora estoy mejor.

—Lo sé. Lo sé todo.

Se sentó en el sofá y se quitó la americana. Se levantó la camisa e hizo un gesto de dolor.

—He tenido que aguantar este puñetero tormento todo el acto, joder.

—Aún estás herido... Eres duro de pelar, ¿eh?

—Claro. Jodido cabrón de Gregorio. Me echó de la clínica en cuanto estuve un poco mejor. Me hizo subirme a un puto avión y luego a otro para tener una buena coartada. El muy cabrón tiene a todos comprados. Bueno, más bien, convencidos.

—¿Sigues teniendo un plan?

—Ese hombre siempre tiene un plan, Izan. Incluso te diría que tampoco me fiaría de él, pero mi esposa está como loca por ese hombre y no me queda más opción que acompañarlo en la lucha.

—Eres un gran hombre.

—Joder, sí lo soy...

—Gracias por lo que has hecho por mí y por Nina.

—Era mi deber. Espero que Nina esté bien con Yina en la Gran Rebel.

—Algo me dice que la cabezona va a volver.

—Ten por seguro que lo hará. No quería marcharse. No quería dejarte aquí. Luchó hasta el final. Le dio algún problema que otro a Gregorio.

—Me lo imaginaba. Es una cabezota —repetí.

Fui al armario de bebidas y cogí un ron que él conservaba desde hacía muchos años. Fernando me miró, alzando una ceja.

—¿Me tomas el pelo? Lo tengo desde hace más de veinte años, chico. No me jodas.

Me hizo reír a carcajadas.

—Lo recuerdo, por eso he ido a por este precisamente. —A pesar de que rechistó como un crío, abrí la botella—. Deseaba beber un sorbo de este desde que era un puñetero crío. Ahora ya puedo decir que me lo merezco.

—¿En qué te basas para pensar que eres digno de un trago de ese licor, chico?

—Cállate y bebe.

Vertí el líquido en dos vasos y le entregué uno en la mano. Me senté a su lado y acomodé mi cuerpo mientras olía el interior. Aquel trago iba a saberme a gloria. Encendí un cigarro y le di otro a él. No dejé de sonreír, observando mis maneras.

—Por la muerte de ese jodido cabrón.

—Iba a decir que por tu vuelta, pero vale. Por la muerte de ese jodido Jon.

—Por mi vuelta también.

—Como quieras.

Estando conforme por lo que brindábamos, dedicamos más de dos horas allí sentados a ponernos al día. Me contó sus días en la clínica de la fábrica abandonada, un lugar donde solía trabajar Gregorio desde la traición de Ezequiel y su hijo. El Destructor ya no se fiaba de nadie. Por eso, y de manera precavida, decidió llevar a todos sus aliados a su nuevo centro de operaciones con los ojos cerrados. Los mantendría allí hasta sacar a Hans de la política y destruir toda la estructura institucional; y, con ello, acabar con la Ley OSDE. Tenía a gente que confiaba en él. Fernando lo aseguraba. Se había quedado bastante impresionado por la ingente cantidad de personas que podía arrastrar la imagen de Gregorio. Era un gran líder para los suyos, mucho más de lo que Nina y yo pudimos llegar a pensar.

—Gregorio confió en Noel y aceptó. Luego le pinchó un somnífero a Nina y consiguió que se subiera al barco.

—¿Tengo alguna posibilidad de volver a verla?

—Ninguna. Ahora mismo, no puedes moverte de aquí, chico. Ya estás pensando otra vez en verla. Estamos en una guerra política. No podemos mover ficha sin saber lo que podemos provocar antes, Izan.

—Lo sé.

—Lo sabes, pero te mueve el amor por ella.

—Necesito verla, Fernando.

—Puedo ver si habría alguna forma de que contactases con ella. Pero no me será fácil. Tendré que hablar con Noel.

—Mi padre confía plenamente en ti, Fernando.

—Lo sé, pero de eso también se ha encargado Gregorio. Tiene a gente fuera del país en contra de Hans que han hecho posible que mi coartada fuera sólida. Queremos que Hans se confíe, que piense que la mayoría en el exterior está con él.

—¿Gregorio confía en mí?

—Confía en que su hija se ha ganado la lealtad del hijo de Hans. Solo le interesa eso. Sabe que por ella harías lo que fuera. Sigue queriendo continuar con vuestra alianza. Aún no la da por perdida. Ahora le servirás desde dentro. Seremos los oídos de Gregorio.

—De acuerdo, pero la fastidié con lo del almacén.

—Sí. Ese es el riesgo, y lo tuvimos como opción. Sabíamos que Hans jugaría con tus jodidos sentimientos en algún momento. No fue nada sorprendente. Pecarías de lo que él prohibió hace años.

Días más tarde, Fernando vino para darme una buena noticia. El barco que zarpaba para la Gran Rebel viajaba aquel día de nuevo a la isla y podría hacerle llegar un obsequio a Nina. Era absurdo pensar que pudiera subirme a ese barco, pues no podía salir de esa casa sin que me apuntaran con una pistola y todos nuestros nuevos planes se fueran al traste. Así que decidí sentarme en el jardín interior, un lugar que había cogido por costumbre cuando quería intimidad, y me puse a escribir. Ya había pasado casi un mes desde que no la veía, y cada vez era más fuerte la necesidad de estar junto a ella.

Esto es para ti, niña.

Tengo que decirte que cada día que me despierto recuerdo tu sonrisa. No soy capaz de quitarte de mi cabeza. Por eso necesito decirte que echo de menos todo de ti. Anhele tus labios y tu sonrisa. No sabes cuánto

deseo besarte y sentirte cerca de mí de nuevo. No he olvidado en ningún momento nuestro propósito. Sigo queriendo luchar por nosotros. Siento todo lo que pasó, todo el daño que pudo haberte causado conocerme.

Me alegro de que Yina este allí contigo, como tú querías. Noel me ha contado que estás en muy buenas manos con su hermano. No sabes cuánto se lo agradezco.

Haz la vida que deseabas y no pienses en mí. No seas cabezona y quédate allí hasta que libremos la guerra. Te lo mereces. Todo lo demás tienes que dejármelo a mí. Es mi responsabilidad arreglar todo este desastre. No te preocupes por nada. Cuida de Yina. Eres una madre increíble y sé que podrás hacerlo. Quiero que le digas a Yina que echo de menos su sonrisa y que pronto estaremos todos juntos.

Por último, solo me queda decirte que todos los demás estamos bien. Ya sabes que no puedo contarte más. No puedo arriesgarme.

Sabes que estaría horas así, escribiendo lo mucho que me gustaría verte. Solo deseo haberte sacado una sonrisa de las tuyas que tanto adoro. Espero que sepas que pronto estaremos juntos.

Nunca será suficiente lo que quieran hacernos, ¿recuerdas?

Te quiero, niña.

Cerré el sobre poco después en presencia de Fernando, que llevaba un rato mirando cómo escribía mientras le daba un sorbo a su licor.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo.

—Bien. El barco saldrá mañana, llegará a la isla y se volverá a la capital. Se lo pasaré a Noel para que se la lleve a Rafael.

—Añade esta carta también de parte de Juliet.

—De acuerdo.

Tenía tanta pena en el alma que Fernando ya conocía cuándo estaba destruido por completo. Habría querido huir para buscarla, sin importarme el resto de los planes, pero allí estaba él para hacerme razonar. Era cierto que el amor podía provocar impulsos que luego podían pasarte factura.

—Eh, chico. —Puso una mano en mi hombro—. Ella lo entenderá. Es una chica muy inteligente, como su padre.

—Lo sé, pero no las tengo todas de que me haga caso.

—Yo tampoco.

—Me da la sensación de que ya no puedo protegerla.

—Su padre me dijo lo mismo en la clínica.

Se rio, sintiendo empatía por los dos hombres, junto con él, que intentábamos proteger a la niña de nuestros ojos: a nuestra Nina.

Capítulo 6

La huida

Nina

En la oscuridad, seguí los pasos de Rafael, que avanzaba muy silencioso hacia la playa. Me pidió que caminara más rápido en cuanto estuvimos cerca del barco. Subimos a él y me llevó corriendo hasta uno de los camarotes más viejos, donde me indicó que me mantuviera callada y en silencio durante el viaje de vuelta a la capital.

—Bien. Debo dejarte sola. El viaje es muy largo, ya lo sabes. Llegarás cerca de las elecciones de la clase alta. Si tu intención es morir, vas bien.

—No voy a morir, Rafael. Solo necesito tiempo.

—De acuerdo.

No se fiaba en absoluto de mí.

Dejó la estancia y se fue a su trabajo con los pescadores. Al parecer, cada mes hacía el mismo recorrido: viajaba a la capital en su pesquero para dejar el pescado y recibía de vez en cuando algún que otro huésped tras pagarle un gran dineral. Pero aquella vez traía de vuelta a un huésped de la isla, y eso lo ponía nervioso, pues era ilegal para los suyos. La posible información que podría llegar a la capital de que existía una isla que acogía a personas que no seguían las leyes los atemorizaba. A Rafael le recordaba a su exmujer. No lo juzgaba, ya que sus nervios eran normales.

Con las tres cartas en la mano que había leído ya más de tres veces, me dormí en el pequeño colchón. Dos días después, el barco anclaba en el puerto de la capital. Me vino ese olor familiar a mi hogar. Rafael me sacó del lugar donde me había tenido escondida para que los pescadores no me vieran y le hicieran preguntas. No podía permitirse el lujo de que alguien dudase de él y de sus negocios.

—Ya hemos llegado. Por favor, ten cuidado. Te sacaré por la parte contraria por donde entraste. Vamos.

—Gracias, Rafael.

—Haz que no me arrepienta de esto, Larson.

—Lo haré.

Me puse las gafas de sol, la peluca y la chaqueta que me había dejado Rafael. De la mejor manera posible, salimos del barco. Me dejó en tierra con pocas intenciones de hacerlo, pero finalmente me soltó para evitar que la gente nos mirase. Lo contemplé por última vez y le sonreí agradecida. «Adiós», le dije con la mejor de mis sonrisas. Rafael sonrió, poco satisfecho.

Caminé muerta de miedo y sola por el puerto en busca del yate de Noel. Tenía pensado hacer la primera parada allí, con quien podría hablar de cómo infiltrarme para conseguir ver a Izan. Todos los ruidos hacían que mi cuerpo estuviese alerta, pero continué con valor y coraje hasta visualizar el nombre del yate. Lo recordaba perfectamente de aquella noche en la que estuve con todos los amigos de Izan.

Por suerte, la noche cayó sobre mi disfraz y me fue más fácil cubrirme de la ciudad, pero tuve que esconderme en varias ocasiones para evitar a la policía, que iba pidiendo por el paseo marítimo los papeles reglamentarios a las parejas que paseaban por allí para gozar de una noche estrellada de primavera. Recordé que en aquella época del año el toque de queda se aplazaba

hasta las doce de la noche para que la ciudadanía pudiese disfrutar del buen tiempo.

Poco a poco, fui acercándome hasta el lugar. Subí despacio cuando vi a Noel preparando lo que parecía ser la cena. No tenía la intención de asustarlo, pero me fue imposible. En cuanto me vio, pegó un salto y maldijo tantas veces entre insultos que no pude evitar soltar una carcajada.

—¡Joder, Nina! —Chilló demasiado.

—¡Shhh! —Corriendo, le puse la mano en la boca y lo obligué a sentarse—. Podrían oírnos. Mantén la calma.

—¿Que mantenga la calma?! ¿Qué estás haciendo aquí?!

—He venido a ver a Izan. Tengo un plan. Antes de que me metas bronca, te pido que confíes en mí.

—¡Llevo un mes queriendo hablar con mi amigo y no puedo! ¡No encuentro la manera más allá de unos gestos de labios! ¿Qué crees que puedes hacer tú, que está buscándote la policía por todo el puñetero país?

—Tienes que llevarme hasta Izan, Noel.

—Estás loca. Te matarán.

Cansada, me senté en el pequeño sofá. Noel se llevó las manos a la cabeza, nervioso. En ese momento, alguien salió de la ducha y me asusté. Me levanté y le pregunté con la mirada si estaba en peligro. Pronto deduje que no. Me empujó de nuevo al sofá.

—Tranquila, es Wen.

—¿De verdad? —De forma automática, miré hacia el baño; luego, a él y, a continuación, al baño de nuevo.

—No es nada serio por ahora. No podemos permitirnoslo.

—Ya... No sé de qué me suena.

En su rostro apareció una sonrisa; se sintió comprendido. Hizo que me levantara y me llevó con fuerza hasta su gigantesco pecho. Apretó mi cuerpo delgado y peinó mi cabello. Estuvimos un buen rato abrazados, hasta que Wen salió del baño recién duchada y me vio enseguida. No pude hacer otra cosa que ir hacia sus brazos flacuchos y abrazarme a ella.

—¡Nina! —Sus manos me agarraron y me llevaron hacia ella.

—¡Wen!

—Estás viva. —Tomó mi rostro entre sus largos y delicados dedos, lo sostuvo para mirarme de frente a los ojos y sonrió agradecida—. No sabes cuánto he padecido por ti, amiga mía.

—Y yo por ti.

Mis ojos captaron que algo iba mal en Wen. Su piel seguía siendo suave y delicada, pero en los brazos tenía heridas que ya habían cicatrizado y en su rostro llevaba más de una capa de maquillaje para corregir algunos golpes. El ojo derecho lo tenía resentido, y el pómulo, algo hinchado.

—¿Qué te han hecho?

—No es nada.

—¿Que no es nada?

Sujeté su brazo y le quité el maquillaje de la mejilla con el pulgar. Se quejó por el dolor al presionar aquella zona azulada. Era evidente que minutos antes iba a salir de nuevo a la calle, e iba a hacerlo tras ponerse aquel corrector, pero no me engañaba. A mí no. Ya había vivido ese tipo de cosas.

Noel tomó su mano temblorosa y besó el dorso, despacio y delicadamente. Me entró nostalgia.

—¿Quién?

Wen tuvo que sentarse para poder contármelo. Parecía estar muy afectada. Se llevó una mano a los labios y su rostro se inundó de lágrimas que se llevaron todo el maquillaje.

—Fue Hans...

—Vino a sacarte información.

—Exacto. Sabía que te conocía y vino a por mí. Sus secuaces me amenazaron, me golpearon y estuvieron a punto de matarme. Esperaban que le dijese adónde habíais ido tras el altercado del almacén. Por supuesto, no les revelé nada porque no sabía nada. Todo pasó demasiado rápido. Ni siquiera me dejan acercarme a Izan.

—Lo mataré. Juro que lo mataré.

Mis nervios se comieron por dentro la rabia que sentí hacia Hans en ese instante. Iba a por los míos, y eso no era jugar limpio. Primero amenazaba a mi padre, luego a Wen y a su padre, y...

—Mi padre estableció una alianza con él para mantenerme viva, Nina. Quiere a todos los amigos de Izan atados. También fue a por Noel, pero tuvo suerte porque no tiene por dónde cogerlo.

—Es verdad, pero no tengo padres en la capital. Él cree que toda mi familia está muerta.

—Pero tu hermano Rafael está en la isla y tu madre también. Y Oliver.

—¿Quién es Oliver?

Había olvidado que los hermanos no se hablaban desde hacía muchos años.

—Es... Es tu sobrino.

Preocupada, mi amiga miró a su chico cuando suspiró y se retiró durante un momento.

—Pues a eso me refiero. Suerte que estoy cubierto y ellos también.

Noel pasó el brazo por detrás de la nuca de Wen y le acarició con sus dedos la mejilla. Besó su coronilla y ella recostó la cabeza en su cintura. Fue magnífico saber que él la adoraba de aquella manera, incluso fue difícil para mí no derramar alguna lágrima delante de ellos por ese gesto que me recordó a los tantos similares que tuve de Izan.

Decidió continuar él, ya que a Wen le costaba mucho seguir hablando:

—Durante el tiempo que estuvisteis desaparecidos, la tuve informada de todo, pero tengo que decirte que las cosas están muy jodidas por aquí. Conseguí ver Izan haciéndome pasar por periodista, y eso que solo pude apoyarlo con un gesto desde lejos. Es muy difícil llegar hasta él. He velado la casa todas las noches, pero está vigilada constantemente. Hans tiene miedo de que otros puedan saber la verdad. Solo Izan retiene en su cabeza la verdad de Hans que nadie sabemos y todo lo que ha hecho para conseguir llegar adonde quiere llegar. Es capaz de todo, Nina.

—¿Crees que no lo sé? —Agaché la cabeza, apenada y rabiosa a la vez—. Nos cogieron y nos amenazó a los dos, Noel. Me obligó a arrodillarme y me puso una navaja en el cuello. —No pude evitar llorar cuando ambos me abrazaron—. ¡Es el diablo! —Wen me dio un pañuelo para que me limpiase la cara.

Ambos, enfurecidos, dijeron lo mismo a la vez:

—Lo siento mucho.

—Y yo lo siento por Izan, que estoy segura de que lo habrá pasado muy mal. Por eso quiero acabar con esto. Por favor, Noel, ¿crees que puedes conseguirme una reunión como periodista?

—¿Estás loca?

—Necesito llegar hasta él, Noel. Solo yo.

Wen se coló en la conversación de nuevo, asustada:

—¿Vas a decirle lo que te dije por carta?

—¿Decirle el qué?

Los tres nos miramos. Tras contemplarnos durante unos segundos, fui capaz de contarle en voz

alta lo que habíamos descubierto. En cuanto Noel lo supo, se puso en marcha para, por cualquier medio, conseguirme esa entrevista con Izan. Había viajado hasta allí para lograr mi inmunidad, y no iba a parar hasta conseguirla.

—Haré lo que pueda. Hoy debes dormir un poco. Yo te conseguiré esa reunión como sea. Necesitaré tirar de contactos.

—De acuerdo, pero nos queda muy poco tiempo.

—Las votaciones son dentro de unos días. La tendrás antes, seguro.

—Gracias, Noel.

Me quedé tumbada en el sofá de Noel mientras Wen me traía ropa de cama para que pudiese descasar mejor. Acomodé mi cuerpo, cerré los ojos y me imaginé cómo sería reencontrarme con Izan tras un mes separados. No supe qué sentiría entonces, pero nunca, desde que lo había conocido, había sido tanto tiempo. Deseaba verlo con todas mis fuerzas.

Como era evidente, todo lo que se proponía Noel lo conseguía, y no podía haberme encontrado un mejor lugar para una entrevista con el hijo del alcalde, quien había sido secuestrado por la organización terrorista que amenazaba en la actualidad al país. Alucinaba por lo bien que se lo había montado Hans. Era un verdadero estratega.

Continué leyendo los pasos a seguir que le entregaron a Noel para asistir como periodista aquella noche en la convención, donde muchos oídos iban a estar escuchando nuestra conversación. Al parecer, era la única manera de verlo. Hans no dejaría que hiciera ninguna entrevista sin su supervisión.

—Accederás al recinto con esta identificación. Es la de una amiga.

—Vale.

—Irás al salón de los periodistas y entregarás este pase para entrar a ver a Izan Blake a las diez de la noche. Tendrás cuarenta minutos para la entrevista. Ni uno más.

—Veré qué puedo hacer.

—Recuerda que la entrevista será supervisada por Hans antes de ser entregada para su publicación. Te juegas mucho. Tendrás a Hans delante de tus narices. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Por supuesto.

Wen me paró los pies:

—¿Estás segura, Nina?

—Lo estoy. De verdad. Necesito verlo. Por favor, no me lo hagáis más difícil. Haré lo que sea por llevarle la información.

Los dos se miraron al mismo tiempo y se hablaron con la mirada. Luego volvieron la vista a mí para darme —según pude interpretar— un consentimiento de amigos.

—De acuerdo.

Ante el espejo, observé mi cambio estético. Llevaba el cabello negro recogido en un moño y unas lentillas de color marrón. Contemplé cómo había cambiado mi rostro. Era difícil reconocermelo tras ese disfraz.

Al volver de su casa, Wen trajo consigo un vestido negro con brillantes que, al ponérmelo, acentuó mis caderas, y unos zapatos de tacón negros que me hicieron más alta y elegante. Sacó una americana negra de un porta trajes y me la puso de inmediato. Nos quedábamos sin tiempo, así que Noel dejó en mis manos una grabadora y un bolso de mano para hacer que aquella escena que iba a vivir fuera lo más natural posible.

A punto de despedirse, Wen me hizo una petición con ojos llorosos:

—Si tienes tiempo, dile que lo quiero.

La abracé con fuerza.

—Lo haré.

Puede que no tuviese mucho tiempo para decirle todo lo que quería decir, pero lo intentaría.

Wen se quedó en el yate, muy preocupada, mientras nosotros seguíamos el plan. Noel y yo cogimos diferentes taxis, como era lo habitual en dos personas de sexos opuestos y que además no tenían ninguna relación certificada. Bajé del taxi tras entregar una tarjeta que me había dado la empresa y seguí el plan al pie de la letra, respetando todas las peticiones que le pedían a Noel. Aquella empresa para la que trabajaba había hecho posible que esa noche estuviese entrando en el macroevento de la familia Blake.

Entre tanta gente en la puerta de entrada de aquel edificio tan alto, encontrar a mi compañero Noel, que también había cambiado de aspecto, estaba siendo complicado. Cuando lo logramos, sin mirarnos, fuimos hacia la puerta donde se encontraba la seguridad para los trabajadores oficiales de aquella velada.

—Su identificación, por favor.

Entregué el pase después de que Noel lo hiciera. Nuestro amigo había decidido que no iba a dejarme sola en aquello, y por eso ambos estábamos allí como completos desconocidos trabajando para la prensa.

—Planta superior. Deben entrar por la puerta autorizada.

Seguimos las indicaciones. Nos subimos en el ascensor, donde nos encontramos con más trabajadores, pero, como era obvio, nadie se saludó. Debía aceptar que ya no estaba en la isla, que no podía mirar a alguien que fuera de mi sexo opuesto, y solo en circunstancias excepcionales podría tener una conversación, no más allá de algo profesional, por supuesto.

Con la cabeza agachada entre cinco hombres, entre los que se encontraba mi amigo con un aspecto muy infantil, subimos hasta la última planta. Al salir, levanté la mirada y vi aquella enorme sala. De inmediato, me recordó a una gran galería de arte. Era un espacio con techos de pinturas rupestres, cuadros abstractos en las paredes y decoración muy limpia y sofisticada. En la sala había mujeres llevando bandejas con canapés y champán como si fueran robots. Una música agradable y muy floja de fondo acompañaba a todos los presentes. Un estrado en medio de la enorme sala me estremeció, haciendo que todo el resto del decorado me pareciera en aquel momento una película de terror. Necesitaba tranquilizarme y dejar de pensar en lo que Hans me había hecho hacía un mes y en cómo era capaz de montar todo aquello como si fuera el mejor anfitrión de todos los tiempos. Estaba allí por Izan.

Un hombre se nos acercó.

—Buenas noches, periodistas. Cada uno tiene cuarenta minutos para su entrevista. Hasta la hora acordada, pueden disfrutar de la generosidad de la familia Blake probando el champán o los canapés.

Los periodistas dieron las gracias y cada uno se fue a un lado de la sala con su compañero de su mismo sexo. Ninguno me miró, solo Noel, que disimuladamente me indicó con la mirada que me pusiera a un lado para no llamar la atención.

Pasó por mi lado y me susurró:

—Estate tranquila. Estás muy nerviosa.

Acepté su consejo durante unos minutos, hasta que los Blake aparecieron en la sala, siendo los protagonistas de la noche. Fue entonces cuando cogí una copa de champán y di un trago largo al

analizar los aires de superioridad del rey de la fiesta, que entraba con su mujer agarrada de su brazo.

Hans Blake iba vestido con un traje negro, camisa blanca, gemelos con detalles rojos y unos zapatos negros. Pegada a él, Celia llevaba el cabello más rubio platino y vestía un vestido sencillo y rojo, acompañado de una americana de color blanco roto para combinar a la perfección con la corbata de su marido. Ambos sonrieron radiantes mientras caminaban hacia el estrado, y todos los compañeros periodistas intentaban immortalizar una buena fotografía de ambos.

Sin embargo, la presencia de ellos dos no fue lo que me hizo tanto daño, sino la de los siguientes en aparecer. La pareja joven y feliz del momento, tal cual decían los periódicos, tras superar una fuerte situación en sus vidas, entraba por la puerta, haciendo que una parte de mi corazón se resintiera y odiara quererlo tanto como lo quería.

La soberbia de Carolina no tendría nunca límites. Agarraba el brazo de Izan, con una sonrisa radiante y la cabeza muy alta. La habían ataviado con un vestido blanco con mangas de vuelo que conjuntaba, cómo no, con la corbata negra y blanca que llevaba Izan. Amarrado por el brazo de su esposa oficial, Izan caminaba elegante y valiente, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros, como si casarse con Carolina hubiera sido lo mejor que le había pasado en la vida. Y me dolió. Claro que me dolió. Podría decir que estaba desquiciada y celosa.

Noel volvió a susurrar en mi oído:

—Es solo un papel. Está fingiendo.

—Lo sé.

—Pues deja de poner esa cara de celosa —añadió con esa media sonrisa de niño travieso.

—Cállate, Noel. —Puse los ojos en blanco—. No sabes cuánto acabas de recordarme a tu hermano Rafael.

—No me recuerdes a ese idiota, Larson.

No pude evitar una carcajada, que segundos más tarde tuve que acallar para que no se me escuchase.

—Ahora me has recordado aún más a él.

La baja risa de Noel a mi espalda me hizo desconectar por un momento de lo mal que me había sentido al ver a Izan representando aquel espectáculo. Aunque, en realidad, no era consciente de cuánto coraje estaba teniendo para hacer todo eso bajo amenaza, solo con el fin de mantenerme a mí con vida.

Miré el reloj. Quedaba una hora para verlo en privado.

Bufé.

Dejé a Noel allí mientras él sí que podía hablar con esos hombres, que eran algo así como sus compañeros. La vida de Noel siempre resultaba ser un misterio.

Caminé sin rumbo por la sala mientras mis ojos no podían evitar buscar siempre al hombre que me volvía loca, que en aquel instante estaba situado en el centro de la sala junto a su familia. Hans Blake presentaba su maldita campaña y el Anexo de Ley OSDE ante los presentes de clase alta, quienes aplaudían a todo lo que decía. A cada momento, Izan miraba a su madre disimuladamente. Había ansia en su mirada. Era posible que aún no hubiera podido hablar con ella a solas, pues se notaba que los dos tenían mucho que decirse.

El perfil de él era tan atractivo que los cámaras querían captar ese lado del joven Blake. Se había dejado una barba bien perfilada de dos días, la cual tenía el mismo color castaño claro que el de su cabello, y llevaba un corte de pelo degradado que hacía que tuviera más flequillo que la última vez que lo había visto. Mis sentidos llegaban a tal nivel que podía interpretar lo bien que,

sin duda alguna, iba perfumado.

Se echó el flequillo hacia atrás. Por un instante, pareció que me encontró entre el gentío, pero solo fue una simple suposición mía, ya que siguió sonriendo como si mirase a cualquiera de aquella sala, que le importaba bien poco. Lo conocía. Era cierto que todo aquello solo estaba siendo un simple papel que interpretaba con el fin de mantenerme con vida. Por eso le noté nervioso, intranquilo y con un malestar que nadie era capaz de captar excepto yo.

Escuché por la zona comentarios de cómo se había recuperado tan rápido del secuestro, de lo guapo que estaba y de la buena pareja que había creado la Junta Directiva con el fichaje de Carolina. Por motivos varios, tuve que moverme de nuevo de sitio para no dejar que mi malestar estropease el plan, y en la otra punta de la sala, ya más cerca de él, seguí disfrutando de su atractivo. Se mantuvo derecho, tal y como le habían enseñado desde niño, y con las manos apretadas todo el tiempo a la altura de su pelvis mientras miraba hacia la gente sin detenerse en una persona en concreto. Vestía de negro, igual que Hans, pero con esa corbata negra con un estampado blanco que no lograba ver con claridad desde aquella distancia.

Era incontrolable lo que mi cuerpo sentía al tenerlo tan cerca. Solo deseaba que me tocara con esas manos cualquier lugar de mi cuerpo. Lo echaba tanto de menos que no podía explicarlo, y mucho menos en ese momento, cuando bajó del estrado y fue a buscar una copa de champán. Perdí por completo la razón.

Tras relatar el incidente de su hijo, que no fue otra cosa que palabrería, Hans volvió a tener su protagonismo y continuó hablando de toda la campaña que tenía en mente. Sin embargo, yo había desconectado de las palabras del mismísimo diablo en cuanto Izan estuvo tan cerca de mí. Escuché su voz a escasos metros, en la mesa de al lado, llena de un cáterin muy bien escogido para aquella convención. Cogiéndome por sorpresa su presencia, Fernando se coló en medio de mi visión, que iba dirigida a Izan. Escogió una copa de vino, bebió un trago y eligió un canapé de mermelada y queso fresco; su favorito. Conocía a mi tío.

De nuevo, no pude evitar que en mi rostro se creara una sonrisa al escuchar la conversación de aquellos dos. Era muy divertido oírlos conversar.

—Esto está lleno de periodistas.

—¿Y de qué quieres que esté lleno, chico?

Izan lo miró con ojos rasgados y sonrió.

La alegría de ver a los dos juntos allí fue demasiado fuerte para que no se me notase. Intenté disimular desviando un poco la mirada. Fernando continuó comiendo como si no hubiera un mañana y bebiendo con mucho gusto el vino, lo que hizo que las cejas de Izan se elevaran después de observarlo durante un rato.

—Estás poniéndote hasta el culo. ¿No te da vergüenza? —No pudo aguantar la media sonrisa—. ¿Esta es tu venganza por el *whisky* carísimo que me bebí de tu mueble favorito?

A Fernando casi se le cayó la comida de las manos por la carcajada que profirió.

—No. Esa se la cobrará a mi sobrina algún día. La pérdida de esa botella fue por su culpa.

—Ya, es verdad. Fue culpa de nuestra rubia de ojos azules.

—Sí. Totalmente.

Se rieron. Intentaron parar para no llamar mucho la atención de los presentes y de los periodistas. Sentí cómo me llenaba el corazón que hablaran de mí así. Di dos pasos para estar más cerca de ellos y poder disfrutar unos minutos más de verlos tan a gusto.

—Hoy tienes varias entrevistas. Una de ellas es con una periodista, que seguramente estará por aquí. Su nombre es Aina, y la contrató Ezequiel. Ya sabes que ahora es la mano derecha de tu

padre, junto con Alexander.

—Lo sé. —Dio un trago de la copa que le ofreció Fernando—. ¿Cuánto tiempo tendré que fingir?

—Aproximadamente, cuarenta minutos por entrevista.

—Demasiado.

—Ya.

Sin darme cuenta, me había acercado tanto a ellos que de golpe me topé de frente con los ojos de mi querido Izan, simulando ser una simple desconocida. Fernando se dirigió a mí por curiosidad y, probablemente, también por salvaguardar la seguridad de Izan ante un periodista que había metido la oreja donde no debía. Había pasado por alto que llevaba la identificación colgando. Ambos miraron la información del pase.

—¿Es usted una de los periodistas de Izan Blake esta noche? —Me quedé callada, pero asentí con un leve asentimiento de cabeza—. Este es...

Fernando me examinó con más detenimiento cuando me comporté como una quinceañera enamorada mientras miraba embobada a un Izan que me observaba de arriba abajo con una dulce sonrisa en sus labios. Lo mataría si pretendía ligar conmigo sin saber quién era. Juré que si así sucedía, lo asesinaría allí mismo.

Izan se puso delante de Fernando.

—Soy Izan Blake. Es un placer conocerte. —Me contempló con ese color tan verde e intenso—. Un verdadero placer. —Se mordió el labio, al parecer, muy a gusto por haberme conocido.

En ese momento quise meterle una buena bofetada en la cara ante todos los presentes sin importarme nada lo que pensarán, incluso Fernando no entendió nada de aquella manera de ligar con la periodista morena que había estado acosándolo con la mirada. Con toda seguridad, si seguía así, me sacarían de la sala por insultarlo.

Nuestros ojos se miraron en silencio; yo, con cara de cabreada, y él, con una sonrisa de idiota. No dejó de contemplarme los labios en todo momento. Se puso a hablar con normalidad para no llamar la atención, pero su pregunta sí que causó sorpresa en Fernando, que seguía allí observando nuestro encuentro:

—¿Qué estás haciendo aquí, niña?

Abrí los ojos, impresionada. Al parecer, mi disfraz no era demasiado bueno. No pude evitar sonreír por la tomadura de pelo de él al yo pensar que no me había reconocido desde el principio.

—¿Cómo has...?

—Tranquila, los demás no serán capaces de verte bajo ese disfraz, el cual, por cierto, te queda increíblemente bien.

Empecé a susurrar mientras miraba a mi alrededor:

—Entonces, ¿puedes decirme cómo lo has hecho tú?

Permanecíamos uno frente al otro, a una distancia prudente. Estábamos presentándonos, así que, para evitar miradas, le di la mano como una buena profesional. Una corriente inexplicable recorrió todo mi cuerpo y me sentí completa. Tuve la sensación de que él sintió lo mismo. Vino a mi memoria la noche del hostel, cuando tuvimos sexo sin control.

—Nunca olvidaré tus labios, niña —me confesó.

Sonreí, sintiendo un intenso calor en mis partes más íntimas. Por mi bien, tuve que dejar de recordar cómo me hizo el amor.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, mi amor.

Nos separamos por miedo a que alguien se preguntase por qué nos mirábamos tanto y por qué no organizábamos cómo sería la entrevista. Un profesional debía hablar de su trabajo, no quedarse embobada y babeando por su cliente, que era, literalmente, lo que hacía en aquel momento, en el que Izan repasaba todo mi cuerpo. Nos aguantamos las ganas de abrazarnos; teníamos que seguir actuando.

—Fernando, esta es Aina, la periodista que me mencionaste antes —dijo con retintín.

—Encantado, Aina. —La mano de Fernando estrechó la mía y acarició mis dedos al mismo tiempo que me regalaba una inmensa sonrisa, sabedor de quién se encontraba bajo aquel disfraz.

—Gracias.

El estado de ánimo de los dos cambió drásticamente y vi pánico en sus ojos cuando miraron detrás de mí. Me imaginaba que alguien a quien no querían ver estaría a mi espalda, así que poco a poco me giré para averiguar de quién se trataba, y no era otro que Hans saludando a los presentes. Había estado tan absorta con Izan que no me había percatado de que en el estrado estaba Juliet hablando como portavoz de la Junta Directiva; otro golpe bajo para mi corazón cuando vi a mi verdadera madre allí subida, en favor de lo contrario en lo que yo creía.

El olor de Hans era tan particular que supe cuándo era mi momento de actuar. Revisé que llevara la identificación de persona autorizada por trabajo concertado y me preparé. Hans puso una mano en mi espalda para que me girase y lo saludase. Un escalofrío hizo que me temblara la voz.

—Buenas noches, Aina.

No supe por qué sabía mi nombre, pero cuando vi a Ezequiel cerca de él, intuí que había sido mera información pasada de profesional a profesional.

—Buenas noches, señor Hans. Una preciosa campaña. Enhorabuena.

Hablé con total tranquilidad, ya que ese señor había estado más tiempo poniendo una pistola en mi cabeza que escuchando cómo era el sonido de mi voz. Si de algo podía pecar, era de no conocer esos detalles.

—Gracias, querida. Espero que haya recibido las indicaciones para la entrevista con mi hijo de parte de su empresa. Ya sabe que ha pasado por un momento terrible, por lo que creemos que no es muy bueno que se alargue.

—Lo entiendo, no se preocupe. Ya sé cómo debo proceder.

—De acuerdo. Si me permite, quiero hablar con mi hijo unos minutos y luego podrán pasar a la sala de entrevistas. Mi asesor personal Ezequiel le indicará. Entregue una copia de la entrevista antes de marcharse, por favor.

—Como guste.

—Gracias.

Me desplazé hacia el otro lado de la sala, a la espera de que Hans me entregase a su hijo de una vez por todas. Era divertido ver cómo por una vez era él quien me ponía en bandeja a Izan. Se me ocurrió huir a la Gran Rebel y no mirar atrás, pero recordé lo que nos sucedió en el aeropuerto hacía un par de meses y no lo vi viable. Rebusqué en el bolso la grabadora. Cuando la encontré, le di un último trago a mi copa de champán, que había llevado conmigo todo el rato.

El cabello cobrizo de Juliet destacó entre la gente. Tuve ganas de llamarla para que se acercara y así poder darle un abrazo, como habría hecho tiempo atrás, pero me di cuenta de que, a pesar de su carta, aún teníamos demasiadas cosas que arreglar. Vi cómo Celia se acercó a Juliet y se abrazaron en cuanto se encontraron. Noté tristeza en sus caras, pero continuaron fingiendo en cuanto vinieron algunas personas a saludarlas.

Aclaré mi garganta y volví a buscar a Izan, a quien logré encontrar al fondo de la sala escuchando lo que Hans le exigía. Podía leérselo en los labios. Nada más separarse, caminaron en mi dirección de nuevo, pero Fernando estuvo allí para separarlos y llevarse a Hans al lado contrario.

El hombre que hacía que despertaran en mi cuerpo unas sensaciones increíbles paseó entre la multitud con ansia de llegar lo más rápido posible a mí. Se topó con personas que lo saludaron, pero se las sacó de encima en cuanto pudo. Luego, Carolina quiso tomar protagonismo y se interpuso en su objetivo de llegar hasta mi posición. Lo vi hablar con ella sin mirarla, cuando en realidad era libre de hacerlo, pero sus ojos fueron en busca de los míos. Sin querer, se le pintó una sonrisa en la cara en cuanto dio conmigo. No le importó avanzar con Carolina del brazo, pegada como una lapa. Ya casi habían llegado hasta mí y seguía hablando con él, desesperada por que le hiciera algo de caso, pero el problema era que toda su atención la tenía yo.

—¿Cuánto dura la entrevista, niña? —me preguntó después de haber dejado a Carolina a unos metros de nosotros.

—Cuarenta minutos —le contesté.

Caminó de nuevo hasta su esposa y le llevó la información, aunque algo distorsionada y exagerada:

—Bastante. Nos vemos después.

Le brindó una sonrisa falsa para que se quedara más tranquila. Después, me regaló una tan sincera que me llenó de golpe el corazón y volvió a susurrar en mi oído:

—Sácame de aquí, niña. —Puso una mano en la parte baja de mi espalda para indicarme adónde debíamos ir, pero aprovechó para bajarla demasiado y tocar otra cosa—. Usted primero, señorita periodista.

—De acuerdo.

—Tendremos un espacio privado para la entrevista.

Ahí fue cuando sentí que mi piel bullía de calor.

Evitamos a toda la gente concentrada en el centro y nos desviamos hacia la sala. Lo miré de reojo, con ansias de besarlo. En la entrada hacia la sala había seguridad. Enseñé el pase y me dejaron entrar junto a un Izan desesperado por llegar a la hora acordada y no perder ni un solo segundo. De golpe, un brazo me impidió seguir viendo a Izan detrás de mí con tanta claridad. El olor a perfume de hombre viejo me retorció el estómago. Acto seguido, enderecé los hombros, tensando todo mi cuerpo. Ezequiel estaba delante de mí, inspeccionando mi disfraz. Evité de inmediato su mirada directa.

—Señorita, antes de su entrevista, deberíamos hablar. Si me permite...

Invitó a mi cuerpo inmóvil a moverse al lado contrario de Izan. Debía comportarme como una periodista normal, y eso fue lo que hice. Controlé mi temperamento y lo dejé allí, tras mi espalda. Izan se mantuvo en la puerta, asustado y observándonos sin quitarnos la mirada de encima.

—Es usted nueva, ¿verdad?

Asentí con la cabeza para evitar que escuchara por más tiempo mi voz. Él sí que podría pillarme debido a los tantos años que hacía que nos conocíamos. No había contado con ello para nada.

—Entonces, resultará perfecta para esta entrevista. Sus compañeros son muy insistentes, y no puede ser. Es un chico que ha pasado por muchos traumas, y no puede estar soportando tanto. La entrevista será breve, pero quiero que saque la información como yo quiera. No sé si me entiende. Su empresa sabrá de qué se trata. Debe usted aceptarlo.

Sacó la cartera y me entregó un sobre que sabía exactamente lo que contenía. Los conocía.

—Gracias —me limité decir con una entonación diferente.

—A usted por ser tan considerada.

En cuanto guardé el sobre en la carpeta que llevaba en la mano, me pasó otra vez el brazo por la espalda y me llevó a la puerta tras la que Izan esperaba recto como un palo y con muy mala cara. Tragué saliva.

—El hijo del alcalde ha sido secuestrado por la organización terrorista. Ese debe ser el titular. Después, la entrevista y, seguidamente, una fotografía. Como siempre hacemos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Una vez que termine, deberá enseñárselo todo al alcalde.

Asentí ante un Izan bastante nervioso. Debía evitar que se volviera loco por la cercanía de Ezequiel. Sin embargo, Izan habló con total libertad; al parecer, su enemistad era fácil de detectar:

—¿Empezamos ya la entrevista o qué?

—Es un poco estúpido —me aclaró Ezequiel de malas maneras—. No le haga mucho caso. Deme unos minutos y podrá pasar.

Cerró la puerta. Se escucharon exabruptos por parte de los dos en el interior de la sala, y tras unos cinco minutos de reloj, volvió a abrir.

—Ya puede pasar.

—Gracias.

El repiqueteo de mis zapatos de tacón fue lo que rompió el silencio que inundaba la sala, y como si ese sonido hubiera sido una danza para sus oídos, elevó lentamente la barbilla y sonrió, dándome la bienvenida con una emoción muy especial. Se vio claramente el ansia en su mirada.

—Hola, niño.

Con un gesto de sorpresa y habiéndole causado mucha emoción encontrarse conmigo de una vez por todas aquella noche, avanzó para reencontrarse con la mujer disfrazada que solo él había sido capaz de descubrir. Nuestras manos se tocaron y noté enseguida una energía magnética imposible de describir. Sus brazos me rodearon segundos después con tanta fuerza que pensé que mi cuerpo explotaría. Demasiado agradable como para decirle que aflojara su agarre. Su olor hizo que sintiera que me encontraba totalmente en mi hogar. No importaba adónde fuera si estaba con él; había descubierto en todo aquel tiempo que él era mi morada.

Disfrutando de estar allí en su pecho, mis mejillas se mojaron de lágrimas. Ninguno pudimos dejar de llorar, entregados a aquel abrazo. Mientras me mantenía en aquella posición, no pudo parar de repetir en mi oído: «Estás aquí...». Yo le contestaba una y otra vez con una sonrisa pintada en mi cara que así era, que era real, que había vuelto a por él. Después, me separó de sus maravillosos y bondadosos brazos, me miró a los ojos y acompañó con sus manos mi rostro hasta su boca. Sus labios frescos se juntaron con los míos, y sentí como si aquello fuese un sueño. Me besó con fuerza, con ansia y con la necesidad que ambos habíamos tenido durante todo aquel tiempo. Dejó mis labios unos segundos con el fin de contemplarme, pero nos fue imposible estar tan lejos, así que volvió a atraparlos con los suyos. Ninguno de los dos habíamos quedado satisfechos.

Quise ponerme sobre su regazo y no parar de besarlo. No obstante, debía activar mi mente, esa que se había perdido entre besos ansiosos, y aunque deseara seguir besándolo como si no hubiera un mañana, lo cierto era que el tiempo del que disponíamos era un tanto escaso. Se separó, me analizó con su preciosa mirada verde que tanto se había iluminado por nuestro reencuentro y me habló:

—Hola, niña. —Sonrió con tanta intensidad que me contagió—. No imaginaba que volvería a verte. —Sostuvo mi rostro y lo inspeccionó—. Estás loca.

—Aprendí del mejor.

—Tienes razón, nunca he sido muy buen profesor. Me declaro culpable de todas las atrocidades que hagas a partir de ahora.

Despacio, volvió a acercarse y me besó delicadamente, disfrutando de la textura, tanto que se perdió entre mi boca. De nuevo, no pudimos parar y le dimos rienda suelta a la oleada de besos siguientes, aunque supiéramos que nos quedaban menos de cuarenta minutos.

En ese momento, pensé en qué rápido pasaba el tiempo cuando uno no quería; habría detenido allí el reloj. Me llevó hasta uno de los ventanales de cristal de aquel edificio y empujó mi espalda contra el cristal. Pasó el pulgar por mi frente mientras sus labios bailaban a milímetros de los míos y gozaban de mi aliento nervioso. Deslizó su mano por todo mi rostro, acariciando así mi mejilla y capturándola entre sus dedos para atraerla unos milímetros a su boca. Mis manos dejaron de quedarse quietas y se pusieron en marcha, pues él hacía que me quedara totalmente atontada. Como una idiota adolescente, me tenía allí, volviéndome loca. Pero como siempre había dicho: «Él no era más que yo». Demostraría que no solo él podía hacer que sintiera todas esas fuertes sensaciones.

—Estoy loco por ti, niña.

—Y yo por ti.

Inspiré en cuanto sus labios me dejaron. Sus ojos se mantuvieron cerrados mientras pronunciaba esas palabras.

—Te he echado de menos.

—Yo también. La isla no era para mí sin ti.

—Deberías haberte quedado. Eres una cabezota.

Sonreímos, sabiendo que eso era totalmente cierto. Me conocía.

—Vengo a traerte un mensaje.

—¿Qué mensaje, niña?

Hubo un silencio agradable mientras sus ojos observaban cómo mis manos pasaban por sus brazos y palpaban todos sus músculos hasta llegar a su nuca. Su sonrisa me hizo saber que estaba sorprendido por mi contacto cuando enredé una mano en su cabello y lo forcé a que me besara de nuevo. Cuando nuestros labios se separaron, despegándose poco a poco, su frente quedó pegada a la mía y cerramos los ojos. El silencio que se creó fue agradable.

Respiró profundamente.

—Dime lo que tengas que decirme, porque te juro que lo que estoy pensando en hacerte ahora mismo es bastante descabellado.

—Ojalá el tiempo nos diera para tanto.

—Ojalá, niña.

—Pero no es así. Tengo que hacerte la entrevista, y además debo hablar contigo de muchas cosas. No sé cuándo podré verte de nuevo, por eso tienes que escucharme. —Le azoté la mano cuando empezó a acariciar el contorno de mi pecho—. ¿Quieres estarte quieto?

Se mordió el labio.

—¿Qué? —me preguntó con burla.

—Céntrate, Izan.

—Es fácil decirlo cuando no te encuentras en mi situación.

Al principio, no entendía a qué se refería, pero cuando tuvo que alejarse unos segundos para

tranquilizarse, fui testigo de la creciente dureza que se había generado bajo su pantalón, y lo comprendí.

—Prosigue, señorita periodista.

El bulto, más que probatorio, de que aquello no estaba ayudándolo me hizo mucha gracia y no pude evitar reírme a carcajadas.

—¿La próxima vez que nos veamos me hago pasar por tu enfermera?

Abrió los ojos, conectamos y sufrimos deseo. Sus manos se posaron en mis nalgas e hizo fuerza con ellas para impulsarme sobre su pelvis, invitándome a que enredara mis piernas alrededor de su cintura de un modo que nos volvió locos. Me obligó a sentarme en aquella enorme mesa mientras nos besábamos sin descanso.

—Déjate de bromas, niña. No podría desear nada más en mi vida.

Sus labios atraparon los míos, que temblaban de deseo. Unas cosquillas en mi estómago hicieron que me perdiera en un mundo inexperto. Sentí su miembro descontrolado a la vez que una intensa humedad entre mis piernas. Su lengua atrapó la mía, y no paró de enredarse con ella todo el tiempo con cada beso que nos regalábamos. Deseé que me tocara todo el cuerpo y que, durante aquellos minutos que nos restaban, hiciera conmigo lo que quisiera. Pero bien era cierto que cada vez nos quedaba menos tiempo. Eso hizo que tuviéramos que separarnos y dejar de besarnos.

Nos peinamos, nos pusimos decentes y sentamos nuestros traseros inquietos en cada silla que nos tocaba. Cuando nos encontramos uno frente al otro y mi pecho agitado se tranquilizó, crucé las piernas y tomé una hoja entre mis dedos alterados. Seguidamente, cogí con dificultad un bolígrafo. Su mirada observaba todos mis movimientos, lo que provocó que me pusiera tensa; más todavía. Lo que ese hombre y yo teníamos no era normal. Éramos dos locos. No había otra explicación para estar jugándonos la vida de aquella manera.

Izan intentó ponerse un poco serio, pero tenerme allí ante él no le dejaba seguir con su papel de hijo del alcalde.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí. También la de Wen y Juliet.

—Qué bien.

Sonreímos nerviosos.

—Tengo que hacerte esta entrevista para enseñársela al diablo de tu padre.

—Lo sé. Empieza. Todo lo que te diré es mentira, ya lo sabes.

—Lo sé.

Se acomodó en la silla y me miró desde aquella distancia. Se cruzó de brazos y logró ponerse serio para decir aquellas palabras que me llenaron el corazón:

—La única verdad es que hice lo que hice porque amo a una mujer que, para mi mala suerte, nació en un lugar perjudicado por una injusticia constante. La amé y la amo, y no puedo detenerme hasta conseguir que esté a mi lado para siempre. Es la única verdad. Solo espero que esa mujer me perdone por todo lo que nuestro amor le ha hecho pasar hasta ahora.

Me mordí los labios mientras mi corazón se encogía.

—Estás más que perdonado, Izan Blake.

Utilizó solo sus labios, sin pronunciar sonido alguno, para dar a entender su siguiente palabra:

—Gracias.

Con una sonrisa, asentí conforme. Ahora ya podíamos empezar a poner en marcha el plan que había trazado meticulosamente en la Gran Rebel sobre el periódico.

Izan

No creí que fuese real tenerla delante de mí de nuevo. Estaba alimentando a todo mi cuerpo, y lo transformaba con tanta rapidez e intensidad que hacía que sonriera sin límite. No paraba de hacerlo, de ojearla, como si fuera un boceto recién pintado, mientras fingía aquella entrevista. Era el movimiento de sus labios lo que hacía que me volviera idiota, un adolescente empedernido.

—¿Ya tienes todas las mentiras juntas?

Dio un golpecito con la punta del bolígrafo en la mesa. Joder, qué loco me volvía. No podía parar de pensar en tener sexo con ella.

—Creo que sí. También tengo lo que venía a decirte.

De nuevo, por quinta vez, intenté ponerme serio y respiré hondo. Por suerte, aquella larga mesa de la sala hacía que la tuviera a una distancia considerable para mantener mis manos quietas.

—Adelante.

—Tengo una manera de coaccionar a Hans. Sé que podemos con él, pero tiene ciertas consecuencias. Debemos destruir algo.

—¿Qué estás diciendo?

Enderecé la espalda. Puso los codos sobre la mesa y junté mis manos, nervioso, ansioso por saber cuál era la locura que íbamos a hacer.

—Con esa amenaza, destruiremos a nuestras familias para siempre.

Fui incapaz de ordenar la información que Nina estaba proporcionándome. Necesitaba aire, una pausa, un descanso para empezar a recoger las piezas de mi cerebro que se habían caído allí mismo por culpa de su belleza. Y encima ya no quedaba más tiempo para poder seguir viéndola sentada frente a mí.

—Cuando esté preparada, le haré una visita a tu padre y todo habrá terminado.

—No, Nina. No vas a hacer nada de eso.

Me levanté de la silla y recorrí toda la mesa hasta llegar a ella. Sentí una fuerza mayor que llevó mis manos a las suyas. Le supliqué que no lo hiciera, que no se enfrentara a mi padre. Eso siempre había sido cosa mía. Tenía que hacerlo. Nunca más habría querido tener que soportar el horror de pensar que ella estaba en peligro por mi culpa. Nunca más.

—Debo hacerlo, Izan. Con lo que sabemos, podremos detenerlo. Pediré mi libertad y lo retiraremos del mandato antes de las elecciones —insistió. Vi en sus ojos la desesperación por llevar a cabo una buena venganza.

—Niña, escúchame. Si eso es cierto... Si... Si lo que me has dicho es verdad... —Cogí sus manos y las besé. Luego hice lo mismo en sus labios, pintados de rojo—. Busca a tu padre y cuéntale lo que has averiguado. Buscad una estrategia mientras yo me gano su confianza de nuevo. Queda poco tiempo para las votaciones. Él no sabe que amenazarme con protegerte no sirve porque sé que estás libre. Quiero que confíe en que haré lo que él quiera. Así podremos grabarle una confesión o filtrar la información por las pantallas de la ciudad.

—Si él gana, este país estará perdido por completo, Izan. No tenemos tanto tiempo como para conseguir contactos.

—Lo sé, niña, lo sé. Trato de encontrar la manera de ganar tiempo con Fernando. Lo lograremos.

—Eso también lo dijiste la última vez, Izan.

Hubo un silencio. Noté enfado en su voz; sed de venganza sin poder liberarse. Sabía lo que era eso. Lo había vivido y padecido durante años. Estaba empezando a perderse en el lado oscuro.

—Debes confiar en mí, Nina.

—Y tú también en mí.

Se podía cortar el ambiente con un cuchillo. Habíamos pasado de querer tener sexo a discutir como unos locos. Puede que ese fuera el amor del que hablaba Juliet y el que quisieron eliminar con el proyecto OSDE.

—¿Qué estás reprochándome? —Su rostro mostró enfado y desconfianza.

—Me ocultaste que Juliet era mi madre. ¿Debo volver a confiar en ti?

—Escúchame, Nina. Ya sabes que lo hice...

Los pasos de Ezequiel cortaron nuestra conversación. Ella bajó la vista y se puso rígida. Volvió a su papel, y yo, al otro extremo de la mesa para situarme a una distancia prudencial, como marcaban las reglas de una entrevista.

La puerta se abrió y Ezequiel preguntó:

—¿Lo tiene todo, señorita?

Quise evitar que su voz se escuchara más de lo normal, así que hablé por ella:

—La chica lo tendrá en cinco minutos, Ezequiel.

Hizo ademán de retirarse, pero se acercó, me puso una mano en el hombro y luego me habló al oído:

—Ten cuidado con lo que haces, Izan.

—No estoy haciendo nada, gilipollas. ¿Qué coño quieres que haga si lo tenéis todo comprado?

—Por si acaso. No me fío de ti.

Tras su amenaza, le sonrió a la disfrazada Nina y se largó, causando más enojo en la imparable mujer vengativa que tenía enfrente. Lo tenía claro. Nina iba a ser impredecible, como yo lo fui una vez.

Me levanté, fui directo hasta ella, la alcé por la cintura y la senté sobre la mesa. La tenía frente a mí, enfadada; destruída, realmente. Al límite.

—Escucha muy atentamente, niña. —La obligué a mirarme. Sus ojos quisieron huir de los míos—. Confío en ti, ¿de acuerdo? Ahora te toca mover ficha. Yo siempre estaré aquí contigo.

—Se mordió los labios, nerviosa—. Aunque tomes decisiones erróneas, siempre estaré contigo. El resto lo hablaremos en cuanto podamos. Solo quiero que sepas que lo hice lo mejor que pude para protegerte. Seguro que sabrás a qué me refiero. Ahora, tú estás en la misma encrucijada. ¿Lo harás? ¿Destruirás a toda tu familia?

—Lo sé.

—Volveremos a vernos. Siempre lo hacemos.

—Pues claro.

Cogió la carpeta y me miró por última vez. No me gustaban las despedidas, y ella lo sabía. Solo podía mirarla y contemplarla allí, a punto de marcharse, tan extraña y tan bella a la vez.

—Por cierto, la próxima vez, no vengas tan hermosa.

—Y tú no te dejes vestir por la idiota de tu esposa. Dale una patada en el culo a Carolina.

—Ya lo hice.

Su corta carcajada me sonó a melodía.

—Adiós, niño.

La perdí de vista en cuanto cruzó el pasillo y caminó hasta Ezequiel, que la dirigió a la puerta.

Caí en la silla, agotado por tantas emociones juntas. Solo podía pensar en que las chicas habían

averiguado el talón de Aquiles de Hans Blake. Si Nina lo amenazaba, ese maldito diablo se encontraría en la cuerda floja. Estaba sorprendido por la información que Nina me había facilitado. Quería decir que..., que había vivido una mentira durante años.

—¿Qué hacía ella aquí? —La voz de Fernando me asustó.

—Joder, Fernando.

—No puede ser más cabezota. No sé a quién me recuerda.

—Sí, tu sobrina ha vuelto, y ha vuelto con una sed de venganza que ni yo mismo sé cómo detener.

—Conseguiré que la maten.

—Pero tiene razones para volver. Con lo que han averiguado, puede recuperar su vida aquí. Han dado con el punto que puede hacer que Hans pierda toda su carrera y, sobre todo, las elecciones contra Roc.

—¿Un punto débil? ¿Algo que yo no sepa? Imposible.

—Por lo visto, así es. Al parecer, Wen investigó los apuntes de su padre y las investigaciones que estaba haciendo sobre la Junta.

—Tiene que ser muy grave. ¿Alexander de nuestro bando?

—Sí. Es bastante grave.

Se cruzó de brazos para esperar allí de pie la información que podría destruir a Hans. Cuando lo escuchó todo, no podía creérselo, pero así era. Todas las piezas de aquellas familias ya encajaban a la perfección.

—Va a destruir a su familia, Izan.

—Ha encontrado un motivo para devolvérsela a su padre a la vez de esa manera.

—Tú sabes tan bien como yo que Gregorio solo quiere el bien para su hija. Es un buen hombre.

—Lo sé, pero ella no lo ve igual.

—Tenemos que encontrar un momento para que ellos puedan amenazar a Hans. Tiene que ser un sitio público, donde no pueda hacer nada, donde haya cámaras. Debemos hacer que confiese.

—Encárgate tú de eso. Yo soy el puñetero perro faldero de mi padre.

—Alexander tiene muy escondida a Wen de Hans. La chica no va a ningún acto de los Blake. Antes, no se perdía ni uno. Debe haber pasado algo muy grave.

—Eso es lo que me preocupa. Mi mejor amiga fue amenazada por mi padre. Nunca la aceptó para que yo entendiera que no podía tenerse como amiga a alguien del sexo opuesto, pero lo hizo por Alexander, con quien se llevaba especialmente bien. Sin embargo, parece que eso también era mentira.

—Podemos conseguir que se pase a nuestro bando de nuevo y así saber qué está ocurriendo ahora. Por lo que veo, a mí no me llega toda la información.

Preocupados, salimos de nuevo a aquella fiesta a la espera de mi siguiente entrevista. La sala seguía llena de invitados aplaudiendo mientras miraban a otro hombre del partido de mi padre que alababa el poder de Hans para llevar un país. Mientras, el propio Hans estaba en una esquina esperando a Nina, quien iba a entregarle la grabación de la entrevista. Hans me hizo señas desde allí y acudí rápidamente, ya que no me fiaba de ver a Nina con él. El disfraz de mi chica era bueno. Se quedó allí delante de él, con una sonrisa falsa mientras rebuscaba en su bolso de mano la grabadora.

—Ven, hijo.

Hice caso a sus órdenes. Me dejé agarrar por aquel padre falso y la miré.

—Una entrevista increíble, querida.

—Gracias, señor —se atrevió a contestar.

—Espero que ya tenga el dinero que le proporcioné.

—Lo tengo.

—Un gran chico mi hijo. Supongo que le habrá tratado como se merece.

Los ojos de Nina me miraron y sonrió.

—Me ha tratado de maravilla.

—Me alegro. Gracias por su trabajo. Puede seguir disfrutando de la velada.

—Gracias, señor.

Así fue como Nina se retiró, con una maliciosa sonrisa, con esos ojos marrones falsos y ese pelo oscuro. Sin embargo, bajo ese disfraz, yo seguía viéndola a ella, tan seductora y tan valiente ante un Hans engañado hasta las cejas. Estaba orgulloso de ella.

—Una belleza, ¿verdad, hijo?

Me mantuve en silencio, parado, sin poder contestar. Entonces, recordé toda mi vida anterior a Nina y vi la increíble oportunidad que jamás habría escogido antes pero que, sin duda, ahora era el momento de hacer uso de ella.

—Demasiado.

—¿La quieres esta noche? Solo debes pedirlo. Me da pena que no puedas tocar a ninguna mujer. ¿Cuánto llevarás sin hacerlo?... ¿meses?

—En eso tienes razón.

—Claro, hijo.

Ezequiel y Hans se rieron y se miraron, sabiendo lo que querían decirse. Yo los observé y pensé: «Políticos haciendo lo que les da la gana». Luego volví a la idea principal, que me gustaba tanto que no pude evitar decir que sí.

Hans le dio una orden a su mano derecha:

—Anda, Ezequiel, propónselo a la muchacha. Este chico necesita un revolcón para olvidarse de la barriobajera. Ya verás que te olvidarás. Y así no hará falta que sigamos manteniéndola con vida.

Sacudió mi hombro muy gozoso y bebió de la copa que llevaba en la otra mano. Aguanté las ganas de pegarle un puñetazo. Pero debía ser más listo; esa vez, era yo quien estaba engañándolo.

—Son cosas que puedes pedírselas a tu padre, hijo. —Intentó disimular lo mucho que había bebido durante la noche—. Ezequiel se encargará de excusarte ante los demás periodistas. —Le indicó con la mirada que se marchara para cumplir sus órdenes.

—Tienes razón —dije sin más.

—Claro que tengo razón. —La última palabra siempre era la suya.

Una vez satisfecho, nos fuimos caminando hasta el estrado, donde nos cruzamos con Juliet. Hans la cogió del brazo y se la llevó a la fuerza. Andaba más borracho que nunca. Miré a mi madre, que estaba hablando con la mujer de un hombre muy importante para el futuro de mi padre. Se topó con mi mirada y, nerviosa, se despidió de la mujer con la que charlaba para acudir a mi posición. Los tres nos preocupamos por Juliet, que en ese momento estaba siendo arrastrada por las manazas de Hans.

—¿Qué estás haciendo? —le recriminé.

—¿Yo? —Sus ojos se agrandaron—. Solo quiero hablar con ella, nada más. Quiero charlar, que me cuente por qué su..., su... ¡hermana! no me...

Juliet se quejó por la fuerza que estaba ejerciendo sobre ella. Él no quería hacerle daño, sino

más bien solicitarle información. Juliet le pidió de buenas maneras que se detuviera, ya que la prensa podría beneficiarse de esas acciones. Pero Hans no estaba por la labor. Había algo en su actitud que no era normal.

—Hans, para.

Mi madre se interpuso entre su marido y su amiga, quitó el brazo que agarraba a Juliet y la desplazó hacia otro lado, lejos de ella.

—Ya basta, querido.

Pero la reacción de Hans no fue la adecuada. Sus facciones se enfurecieron. Fue entonces cuando intuí que tenía que reaccionar o golpearía a mi madre allí mismo; vi sus intenciones. Su mano se alzó justo cuando sus ojos color azabache se pusieron más intensos, mirándola a ella.

—No me toques, mujer estúpida.

Todos los presentes presenciaron aquella escena que estaba a punto de ocurrir, incluso Nina, que permanecía a unos metros de allí, viéndolo todo. Me pregunté más de una vez qué debía hacer. Por lo menos tres veces. Sin embargo, todos los que me conocían sabían que era impulsivo y de ideas rápidas.

Hans comenzó a acercarse esa mano abierta que alcanzaría en segundos a su mujer. Me puse delante de mi madre rápidamente, cogí la gigantesca mano del diablo y la retorcí. En ese instante, noté cómo mi ira se revolvía por dentro. Le bajé el brazo con fuerza e hinché mis pulmones para decirle claramente las siguientes palabras:

—No te atrevas a tocarla. ¿Queda claro?

Sabía que saldría de allí con mi sentencia de muerte dictada, pero no iba a permitir que le pusiera un dedo encima. Hans se quedó inmóvil e incapacitado para rebatir mi amenaza.

Las manos de mi madre me cogieron del brazo.

—Basta, hijo. No se aguanta en pie. No sabe lo que hace. —Cuando no paré, ella se preocupó de verdad—. Afloja tu fuerza, hijo. Detente. Basta.

Oía a mi madre, estaba seguro de que la oía, pero la ira que tenía contra él no me dejaba soltarlo. Las imágenes de Nina de rodillas en el suelo a punto de morir bajo sus órdenes bombardearon mi mente. Quería retorcerle la mano, y si había posibilidad de cortársela, mucho mejor.

Solo hubo una persona que pudo detenerme.

Los dedos de Nina tocaron mi brazo y pude respirar.

—Señorito, Blake. Debemos irnos, tiene una entrevista conmigo más profunda.

Los periodistas se acercaron detrás de Nina. Ella tan solo quiso avisarme de las cámaras que venían a buscar titulares en aquella maldita fiesta. Tocó mis dedos con los suyos largos y delicados y empecé a aflojar, consiguiendo relajarme. Aquella mujer podía hacer cosas conmigo que jamás pensé. Una de ellas era controlar mi ira.

Mi madre nos observó a ambos. Estaba seguro de que reconoció a Nina por cómo nos miramos en ese momento, en el que ella estaba tan cerca de nosotros. La que más.

Decidí darles órdenes a los miembros de nuestra seguridad:

—Que se lo lleven para que deje de dar el espectáculo.

Vino Ezequiel poco después y apartó a la gente para encargarse de Hans. Entonces, entre el gentío, lo vi. Vi el motivo que había llevado a aquella agresividad a Hans. Desde el primer momento, supe que no había sido normal.

Noel me guiñó un ojo desde la distancia.

—Será cabrón... —susurré cerca de la peluca oscura de Nina.

Ella me confirmó que Noel había sido el causante de ese cambio en Hans. Probablemente, le habría echado algo en la copa.

—Puñetero loco.

—Sí. Lo es —murmuró Nina—. No puede estarse quieto. Luego dice que no es como su hermano.

Hubo cierta diversión en las palabras de Nina que me hizo saber que por lo menos había disfrutado algo del solitario hermano de Noel, con quien mi amigo no se llevaba nada bien.

Fernando nos cortó el paso.

—Eh, Ezequiel me ha dicho que has alquilado una... —Su sobrina lo miró con diversión—. ¿En serio? ¿Estáis locos? —Aterrado, nos señaló a ambos—. ¡Los dos! —Respiró hondo—. Pero ¿cómo se os ocurre? ¿Sabéis el peligro que corréis?

No pude evitar una carcajada, y opté por decirle algo más para intensificar su cabreo:

—Necesitamos tiempo. Tú mismo lo dijiste.

Siguió nuestros pasos mientras nos dirigíamos hacia donde se encontraba Alexander, quien, al parecer, había preparado todo para los dos.

—Habla de tiempo para que la cosa se tranquilizara y todo eso, ¿no para que tuvieras sexo con mi...! —Nos paramos, nos giramos y lo miramos con el ceño fruncido—. Haced lo que os dé la gana. —Cogió otra copa de vino—. Total, por mucho que os diga, haréis lo que os plazca. —Dio un trago mientras se quejaba—. Ya me encargaré de ponerle alguna excusa a Carolina.

—Gracias, amigo.

—Que te den, chico.

—Vigila a Juliet y a mi madre. Se han llevado a Hans, pero no me fio.

—Tranquilo, iré a investigar qué ha pasado.

Con una gran sonrisa en nuestras caras, caminamos en paralelo entre el gentío para evitar las cámaras y a los periodistas, que andaban por allí más bebidos que pendientes de su trabajo.

Llegamos hasta Alexander.

—Vaya, así que esta es la mujer que has alquilado. Buena decisión.

—Hans me ha dado su permiso. De hecho, se lo han propuesto ellos.

—Quiere convertirte en él, que sientas cómo es vivir a su manera. Una buena manera de enseñártelo. Ya sabes, libertad para los de clase alta. No todo es tan malo.

—Claro. No es que me parezca bien, pero me apetece disfrutar con esta mujer unas cuantas horas después de todo. —Pasé la mano por sus curvas hasta llegar a su culo—. ¿Verdad, querida?

La mujer morena y de ojos marrones que llevaba a mi lado asintió con una sonrisa forzada. Sabía que me llevaría una torta después de aquel gesto, pero no había nada más que me gustara que enfadarla.

—De acuerdo, te llevaremos a casa de tus padres.

—De acuerdo.

A la media hora, por primera vez, los pies de Nina entraban en la casa del líder del infierno mientras yo analizaba el grandioso salón de aquel lugar. Todo estaba como la última vez que estuve allí. Nada había cambiado.

Alexander nos hizo pasar con los hombres de Hans. Seguridad las veinticuatro horas del día. Solo así Hans dejaría que fuera con Alexander a cualquier lado, y luego ellos le pasarían la información necesaria a su jefe. Había vivido tantos años a merced de mi padre que me sabía todos los protocolos.

—Dos en la entrada, dos en la puerta de la habitación y dos más conmigo. Es una orden directa

de Hans.

Los hombres, que simplemente aceptaban ese tipo de encargos por dinero, asintieron una vez más y nos llevaron a mi antigua habitación. Alexander no dijo nada más, solo se quedó allí, poniendo licor en un vaso. Se sentó en el sofá del salón mientras ojeaba un diario y le indicaba a la sirvienta que todo estaba bien. Sin embargo, Yanira no pudo aguantarse las ganas de saludarme:

—¡Señorito, Izan! —Con su uniforme y su rostro tan honesto, vino hasta mí y me abrazó. Era bajita, por lo que tuve que agacharme para aceptar por completo su abrazo—. Ha vuelto, querido.

—Solo por unas horas, querida Yanira.

Alexander se levantó y fue hasta nosotros.

—Retírese ahora mismo. Hans no querría este comportamiento tan cercano. Ya debería saberlo.

Yanira juntó sus manos y se disculpó:

—Perdóneme.

De nuevo, yo tenía la boca demasiado grande:

—Ella me conoce desde que era un bebé, Alexander. Es prácticamente como una segunda madre. Me trae sin cuidado lo que quiera Hans.

La mano de Nina me cogió del brazo con la intención de que parase de fastidiarla.

—No me hagas decidir cosas que no vayan a gustarte.

—No me amenaces, Alexander.

—No me contestes y todo irá bien. Ve a follarte a esa tía y acaba rápido, que tengo que hacer otras cosas. Estoy cansado de ser tu perrito faldero.

Nina me miró y, levemente, negó con la cabeza. Tenía que detener mis ganas de golpearlo de nuevo.

—Pues lo tienes crudo, porque puedo tirarme horas disfrutando de ese cuerpo, así que ponte cómodo.

Me gané una mala mirada, pero no dijo nada más. Regresó sobre sus pasos y se sentó otra vez. Probablemente, pensaría que no tenía remedio, que era como Hans.

Capítulo 7

Mi hogar

Nina

Estar en casa de los Blake nunca entró en mi plan cuando lo tracé en la isla, pero a juzgar por el resultado de la noche, todo había salido bastante bien. Aún me quedaba salir de allí con vida. O puede que tuviese un plan mejor: que fuese la hora de plantarle cara a Hans.

Por el momento, en lo único en lo que podía centrarme era en el hombre que tenía a mi espalda quitándose la americana. Encendió la luz que había en una de las mesitas de noche y dejó colgada la americana allí, en una silla de oficina. Contemplé su cuerpo bajo aquel tenue destello que proyectaba la lámpara. Quizá siempre había imaginado estar allí alguna vez, pero ese pensamiento era imposible hacía unos meses. Sin embargo, allí estaba, examinando el dormitorio en el que había vivido toda su vida.

—Esta habitación me trae muchos recuerdos. —Sonreí cuando lo vi coger un cigarrillo de un escondite ubicado en la zona baja de la cama—. Aquí escondía los cigarrillos para que Hans no me viera. Fernando lo sabía. —Cogió ese cigarro y le dio vueltas, pensativo—. Siempre con miedo a que me viera, a que supiera que era diferente a los demás. Sabía que había algo en mí que era distinto.

—Apuesto a que te regañaron más de una vez por incumplir las normas cuando eras un crío. Eres de ese tipo de niños.

Izan no aguantó una sincera carcajada.

—Sí, era de esos niños. Una vez, cuando tenía quince años, toqué a una niña en el patio porque me colé en la zona femenina. Mi padre me pegó una paliza con el cinturón. Tenía que comprender que aquello no estaba bien y que debía aprender la ley. Luego me llevó a un reformatorio donde me enseñaron la Ley OSDE desde el punto número uno hasta el veinte. Todos los artículos.

—Siendo así, no hicimos cosas tan distintas.

Nos acercamos poco a poco, sin perder de vista nuestros ojos. El verde oscuro que había tenido hasta ese momento se perdió cuando mis manos pasearon por sus brazos y acabaron en su nuca. Mis dedos se escondieron entre su pelo y lo atraje más cerca de mis labios. A milímetros, capté su buen olor; ese olor tan particular suyo. Paralizado, sintiendo cada toque de mis manos, se dejó contemplar.

—Yo hice algo así una vez. Puede que por eso nos hayamos encontrado.

Nuestros labios se rozaron entre sí.

—Apuesto a que sí, niña.

Su boca, a corta distancia, hizo que me sintiese atraída por ella. Entretanto, retiró mi peluca poco a poco, revelando así el dorado de mi cabello natural, que lo había llevado oculto.

—Enséñame a la Nina de la que estoy locamente enamorado.

Un chispazo en el corazón me sedujo por completo, sin límites. Sus labios besaron mi piel desde mi clavícula hasta mi lóbulo. Pasé de estar abrazada a su cuerpo a encontrarme prácticamente rendida en sus brazos. Recibí otro beso y dejé caer mis manos, que ya se habían quedado sin un rumbo fijo.

Una vez conquistada por su encanto y su manera de tocarme, paseó sus manos por todo el contorno de mi cuerpo. Me besó de nuevo mientras bajaba el tirante de mi vestido y perdía la mirada entre mis pechos, los cuales iba descubriendo poco a poco. Entreabrí los ojos y vi cómo le temblaban los labios de pura excitación en cuanto mis dedos pasaron a acariciar su torso por debajo de la camisa. Su piel se erizó. La lujuria se posó en sus manos y tomó mis senos para acariciarlos. Lamió mis pezones mientras yo jadeaba como alguien que se tomara la mejor droga del mundo. Él era mi droga, y puede que yo fuera a ser su peor pesadilla. Pero no quise pensar en eso en aquel momento. Quise disfrutar de él.

—Eres tan hermosa... —me halagó a la vez que recorría el contorno mi cuerpo desde la altura de uno de mis pechos hasta el ombligo—. Tan *sexy*...

Mi vestido cayó al suelo.

—Si te dijese lo hermoso que eres para mí...

—Nunca pensé que volvería a verte. Tuve tanto miedo de perderte, Nina... Jamás había tenido ese miedo con nadie. —Despejó mi rostro de los mechones dorados que se interponían en su visión—. Eres mi penitencia. Haría cualquier cosa por ti.

—Y yo por ti.

Me cogió ambas piernas y me impulsó para que saltase y rodeara su cintura. Acaricié su rostro a aquella altura y lo besé con mucha ansia. Mi cuerpo ya no podía más, quería más de él. Y allí, con tan solo la ropa interior, sentí un deseo incontrolable de unir nuestros cuerpos.

Me soltó poco a poco en la cama para contemplarme allí tumbada mientras retiraba sus pantalones y volvía para besarme. Su sonrisa era tan grande que verlo tan feliz contagiaba. Quise que no parara. Era lo único que deseaba.

El tiempo se detuvo cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué?!

Durante esos segundos, me miró con ganas de decir: «Puñetero Alexander».

—¡Soy Fernando! ¡Tenemos un problema!

Ambos intentamos hablarnos con una mirada. Debíamos detener nuestra locura. Para ser sinceros, los dos sabíamos que aquello no podía ser tan bonito. Los sueños con final feliz no eran lo nuestro.

—Pasa.

Mi tío pasó casi sin esperar el permiso. Nos cogió levantándonos de la cama e intentando vestirnos. Izan trató de taparme con el vestido y sus brazos mientras yo me ponía de nuevo la peluca.

—Oh, por favor, tapaos.

La seriedad en su rostro maduro se fue cuando Izan sonrió. En cuanto logré ponerme el vestido y colocarme bien todo lo necesario para volver a ser Aina, la periodista, Fernando volvió a mirarnos de frente. Con sus manos, me indicó que me acercara a él.

—Ven aquí, pequeña cabezota.

—Oh, tío...

Nos fundimos en un abrazo, pero tuvimos que ponernos en marcha nada más separamos. Empezó a explicarnos por qué estaba allí, interrumpiendo un momento como aquel:

—Juliet está en prisión. Ha sido Hans.

Perdí la estabilidad en mis piernas.

—¿Qué?!

Izan expresó lo mismo al mismo tiempo que yo.

—Por la ley que nos ampara, tengo que esperar a la sentencia. He intentado hablar con él, pero solo me dice que no ha respetado el punto de la ley más importante.

—¿Qué mierda ha hecho ella para estar ahí?

—Un asesor del Gobierno fue al hostel en el que estuvisteis. Ese hombre descubrió que tu abuela, ilegalmente, mantenía a parejas no registradas por la Junta Directiva. Luego fue a visitarla Hans y descubrió toda la verdad. Sabe que Gregorio se acuesta con Juliet de forma ilegal. Está perdida.

Sentí una enorme ansiedad.

—Oh, por favor...

—Entonces, ¿tú también...?

—No. Me he hecho el afectado. Es mi esposa, así que, teóricamente, debe dolerme su traición. Yo siempre estaré con él. Me he ganado bastante su confianza durante muchos años. Ahora pretende acabar con la mujer que le ha hecho daño a su amigo. Es decir, que estamos jodidos.

El puño de Izan golpeó el armario que tenía cerca.

—¡Mierda!

No pensé; hablé:

—No, no lo consentiré. Iré a por él.

Fernando me cortó el paso.

—Ten cuidado, sobrina. Las cosas están poniéndose muy jodidas.

La mano de Izan agarró mi brazo. Sus ojos mostraron preocupación.

—Espera, niña. —Atrajo mi cuerpo al suyo y me preguntó con el corazón en un puño—: ¿Qué vas a hacer?

—Confía en mí, sé qué hacer. —Me alejé de él y me dirigí a mi tío—: Avisa a Noel de la manera que te sea posible sin que te pillen. Tenemos una exclusiva. —Antes de irme hacia el salón, volví a mirarlos, muy seria—. Y necesito una pistola.

Los dos no pudieron reaccionar de otra manera que intentar pararme:

—¿Estás loca?

—Puede. —Quitó la mano de Fernando de mi brazo—. No voy a permitirlo. Es hora de acabar con esto. Volveremos a la fiesta para decir la verdad delante de toda la gente.

Fernando me pidió que me detuyese:

—Espera, espera...

—¿Crees que van a creer a una chica como tú? ¡Necesitamos a los medios de comunicación para ser más creíbles! ¡Para, Nina!

—¡Por eso debes llamar a Noel! ¡Él siempre lo consigue todo!

Izan estuvo a favor de Fernando:

—¡Esto no, Nina!

Salí de la habitación, bajé las escaleras y me planté ante un Alexander que se había quedado adormilado por el alcohol. Intentó reaccionar cuando me puse tan cerca de él, ya que no entendía aquella proximidad de la periodista Aina. Fernando e Izan bajaron las escaleras corriendo detrás de mí y se quedaron esperando para escuchar qué le diría. Puede que imaginaran que optaría por que la noche con Izan había concluido y que me pagara, pero no hice nada de eso. Esperé a que Alexander me reconociese, pero no ocurrió. Alcé la barbilla ante la segunda mano derecha del diablo.

—¿Sabes quién soy?

Utilizó la lógica al ver a Izan, a Fernando y a mí juntos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Nina? —Miró a sus escoltas—. Si tú estabas... Si Hans me dijo que estabas...

—¿Retenida? ¿Muerta? No me sorprende.

—Van a matarte, y no querría que eso ocurriera. Mas vale que te vayas antes de que Hans se dé cuenta. Tendré que informarlo de esto, lo siento.

—Sé lo que le hicieron a tu hija, Alexander. También me lo hicieron a mí. Se lo hace a todo el mundo que irrumpe en sus planes. Tu hija nunca habría querido que aceptaras ser la mano derecha de ese cabronazo.

—No tenía más remedio, Nina. Iban a matarla. Ya sabrás qué se siente.

—Claro que lo sé. Por eso te pido que hables conmigo, que escuches mi versión. Y si después de eso quieres delatarme, podrás hacerlo. Solo debes darme unos minutos.

Se hizo el silencio en el inmenso salón. Podía notarse la tensión en el ambiente, pero ser optimista era una de las únicas virtudes que había encontrado en mí misma.

—De acuerdo. Tienes cinco minutos para convencerme.

De reojo, miré a Izan, que estaba a mi espalda, con las manos en los bolsillos y la mirada puesta en mí. Su ancha sonrisa y su gesto de orgullo me hicieron más fuerte ante una situación en la que él sabía que estaba aterrada, pero confió en mi decisión.

Izan

Supe que, con el tiempo, Nina había cambiado. Las situaciones que habíamos vivido por estar juntos estaban perjudicándonos. No obstante, por otra parte, no podía dejar de admirarla. Estaba asustada. Podía notárselo por cómo le temblaba la piel. Sin embargo, estaba siendo valiente al tomar la decisión de salir de su escondite y aceptar que no podíamos hacer otra cosa que utilizar la información que teníamos en nuestras manos contra Hans, aunque eso supusiera destruir ambas familias. Verla allí, subida a sus tacones, con aquel vestido negro de brillantes y la pistola en su mano, fue algo que me volvió aún más loco que haberle quitado ese vestido en mi habitación.

Alexander no dejaba de mirar la pistola que Nina empuñaba con tanto aplomo. Entretanto, nosotros permanecíamos a su espalda, esperando que él aceptara la proposición de Nina. Iba a darle la oportunidad de cambiarse de bando, tal y como habría hecho su padre antes de sentenciarlo a muerte.

Alexander aceptó y le ofreció asiento en uno de los sillones que estaba justo delante de él. Nina se sentó y cruzó las piernas de una manera que me encantó. Quise verla más veces haciendo eso... Vale, tenía que despejar esas ideas en aquellos momentos tan delicados, pero Nina me miró en ese instante y su sonrisa hizo que me recorriera una corriente hasta el pene. Ella lo sabía, y por eso disfrutaba. Me senté en el lateral del sillón de piel marrón, apoyando mi brazo en el reposacabezas y poniendo una pierna encima de la otra. Nina bufó.

No podíamos desconcentrarnos, pero la intensa tensión sexual se hacía más grande y más poderosa, igual que Larson. Si yo no estuviese ya en su bando, me pasaría sin dudar. Lo había visto otras veces, pero al fijarme en ese momento, vi cómo aquella chica podía mover masas si quería. Tenía la esencia de Gregorio.

Siguió convenciendo a Alexander con la pistola apuntándole:

—Nunca tuviste esas ideas. No eres como él. No dejes que pueda contigo, con el miedo y la represión. Tenemos que combatirlo juntos.

—Hará daño a mi familia, Larson.

—Lo sé, pero no si lo hacemos bien.

—¿Qué pretendes?

—Necesito accesos que tú puedes proporcionarnos.

—¿Qué tipo de accesos?

Antes de que dijera nada, la detuve y le aconsejé algo al oído. Ella asintió.

—No somos tan estúpidos como para pedírtelo a la primera. Necesitamos una muestra de que tu implicación es verdadera.

—¿Crees que no quiero acabar con la persona que casi mata a mi hija?

—No podemos arriesgarnos. Acepta, o tendré que matarte.

—No estarás muy lejos de ser como él si decides hacer eso, Larson.

—No tengo otra opción, Alexander. En cambio, Hans sí que la tuvo en su día. Yo solo me defiendo y defiendo a mi familia.

El padre de Wen ya había sido conquistado por Nina, y yo era capaz de verlo. No me habría hecho falta una prueba, pero a Nina sí, y la respetaba. Eran sus formas, sus maneras y sus decisiones. Yo poco pintaba en ese plan, siendo el perrito asustado de Hans.

—Debéis prometer que protegeréis a Wen.

Alexander nos miró a los tres y yo se lo aseguré:

—Lo prometemos, Alexander.

Despegó la espalda del respaldo del sillón, le ofreció una mano a Nina y volvió a sentarse.

—Bien, Larson, ¿qué tengo que hacer?

—Dos cosas: una para proteger a tu hija y otra para hacer que Hans pierda las elecciones.

—Bien. Te escucho.

Si estaba al tanto de algunos planes de Nina, de otros no tenía ni la más remota idea, y cuando le hizo la petición al padre de Wen, me quedé sin palabras:

—Quiero que envíes una propuesta matrimonial a la Junta Directiva. Eres la mano derecha de Hans, así que te querrá contento para seguir teniéndote de su lado. Ahora que puedes, quiero que envíes la propuesta de esposo para tu hija. Y quiero a una persona especial que no conoces, pero Fernando te dará todos sus informes. Es un buen chico para tu hija y son de la misma clase social.

—Hablas de Noel, ¿verdad?

La sorpresa en el rostro de todos fue notable. Los tres preguntamos a la vez. Nadie sabía que Alexander tendría tanta confianza con su hija. Wen siempre se había quejado de la distancia que mantenía con su padre después del fallecimiento de su esposa. No llevaba ni un año de luto por la muerte de aquella bella mujer que tanto se parecía a mi amiga. Pronto, la Junta Directiva lo obligaría a volver a casarse con otra mujer a la fuerza. El tiempo de luto era un año.

—¿Perdón?

—Sí. Después de lo que vivimos con Hans, ella empezó a contarme todo por lo que podrían matarla con el Anexo. Llevo tiempo ocultando los pecados de mi hija, sin embargo, sabe que algún día puede que sea el último para ella.

—Entonces, hazlo. Envía la petición y Fernando podrá ayudarte para que acepten. Tiene contactos.

—Bien, lo haré, ahora que sé que no soy el único que traiciona a Hans.

Fernando no se fio de sus palabras, pero dejó que continuásemos.

—Por otro lado, mantente como siempre con Hans.

—Si esto no sale bien, me matarán.

—Soy consciente de ello, pero intentaremos evitar que asesinen a más gente.

—El Anexo ya está vigente, Larson.

—Lo sabemos, pero tenemos un plan.

Asintió, bastante convencido y manipulado por una Nina que no dejaba de sorprenderme. Sus intenciones no habían sido otras que proteger a su amiga al hablar con su padre. Supe que era posible corromperlo, pero no desde dentro. La figura de una Nina valiente e hija del Destructor hacía mucho más que la de un hijo que estaba encerrado las veinticuatro horas del día en una casa. Era lógico.

Los dos se levantaron y se dieron un apretón de manos. Fernando se dirigió a mí y me habló al oído:

—Tengo que tener cuidado con la seguridad. Ellos no saben que estoy aquí.

—De acuerdo.

—Toma. Hace tiempo que quería darte esto. —A escondidas, me entregó una pistola.

—No es la tuya, sabes que no puedo conseguírtela, pero es prácticamente idéntica. Sé que le tenías mucho cariño. Puede que la necesites. Quiero que los dos vayáis armados por si pasa cualquier cosa. Esta situación no me gusta nada.

—Debes confiar en tu sobrina.

—No, si en ella confío. En quien no confío es en Hans. No para de sorprenderme, y hace muchas cosas a mi espalda.

Masajeé su hombro para tranquilizarlo. Pude sentir que tenía demasiado miedo por nosotros.

—Está bien, Fernando.

—No dejes que mi sobrina sea impulsiva, Izan. Eso ya os llevó a perder una vez y casi acaba con vuestras vidas. Por favor.

—Lo intentaré. —Lo detuve por un segundo—. Tú consigue ese sitio con mucha gente. Necesitamos espectadores para la amenaza que se avecina.

Mientras seguíamos hablando de los últimos planes, no nos dimos cuenta de que Nina también continuaba conversando con Alexander. Se sujetó la pistola en el ligero que apretaba su pierna y asintió, aunque no supe por qué lo hizo. Nos acercamos para saber de qué iba el tema.

—En el único lugar donde puedo quedarme es en casa de Wen. Iré con él y nos mantendremos en contacto a través de Alexander. Así sabré que todo está yendo como debe ir.

Tomé su mano y la aparté unos centímetros de ellos.

—¿Estás segura de ello? —le susurré al oído—. ¿Y si te hace algo? ¿Y si todo es mentira?

Abrazó mi rostro con sus preciosas manos y se inclinó para besarme.

—Es el riesgo que corro.

—Ten cuidado, niña.

—Lo tendré.

Nina

Llegué con Alexander a su casa de la ciudad, donde supuestamente también encontraría a Wen. Bajé del coche y corrí hasta el interior con la intención de que no me viese nadie con él. Entramos en esa bonita casa a la que ya solía acudir, pero a escondidas, cuando su hija me ofrecía quedarme a comer. Aquello ocurrió cada día durante el tiempo que necesité que alguien me ayudara y no tenía a mi padre de mi lado. Era eso lo que, con toda seguridad, no le perdonaba a mi progenitor.

En aquella época, mi mejor amiga fue la única que me ayudó, y nunca me pidió nada. Esperaba que sintiera mi agradecimiento por conseguir que su padre pidiese su matrimonio.

—¿Estás en casa, hija?

La rubia, larga de piernas, delgada y con cara de muñeca, apareció en la entrada con no mucha emoción en su rostro.

—¡Papá, que es eso de que se han llevado a Juliet! —empezó a echarle en cara.

Se calló de golpe en cuanto me vio vestida de Aina y no consiguió diferenciarme con claridad en aquel recibidor tan oscuro. Se tapó la boca por la información que estaba soltando ante una posible desconocida y miró a su padre, pidiéndole explicaciones por mi presencia:

—¿Quién es ella?

—Ya puedes quitarte ese disfraz, Nina.

Cambió su cara de golpe.

—Nina...

—Ya estoy aquí.

—¡Has vuelto!

—Sí, hermana. He vuelto.

En esa ocasión, fui yo quien corrió a sus brazos. Apreté mi rostro contra su pecho y cerré los ojos, sintiendo que estaba en brazos de mi hermana mayor. Siempre había tenido esa sensación inevitable con ella.

—¡Estaba muy preocupada por ti! —Alejó mi cara de su pecho y miró a su padre—. ¿Cómo es que venís juntos? ¿Qué está pasando?

—Tu padre y yo hemos conversado.

Alexander negó con la cabeza.

—Me ha amenazado, mejor dicho.

Hice un gesto de aceptación. Era la verdad.

—Bueno, sí, al principio sí.

Su hija le sonrió, como vengativa.

—Te lo merecías, padre. —Peinó mi falsa peluca—. Sabía que te haría caso a ti. Tienes cierto arte para hacer que todo el mundo te siga. Eres increíble, Nina.

—Solo quiero conseguir que todos podamos liberarnos de esta represión que estamos sufriendo. Debemos actuar, y debemos hacerlo cuanto antes.

Notaba cómo el cansancio hacía que mi cuerpo no pudiese aguantarse casi ni en pie. Fue tan notable que tanto hija como padre me aconsejaron que durmiera unas cuantas horas. La que se avecinaba era muy fuerte como para no descansar.

Me relajé lo suficiente y me desperté sola en la cama de invitados de la casa de Wen. Bajé las escaleras, con el pijama que me había dejado, y la empleada del hogar me llevó hasta donde estaban desayunando. La sorpresa fue ver allí sentado a Noel, a mi padre y a Alexander juntos. Tuve que tragar saliva más de tres veces. Wen me saludó desde la cocina, tan tranquila.

—¿Qué estás haciendo aquí, padre?

El hombre que me había enviado a la isla parecía estar bien tranquilo, desayunando con aquellos dos. Mi sorpresa no podía ser más grande. Los tres me miraron con aquellas pintas que llevaba. Estaba claro que eran horribles.

—Hola, hija.

—Vuelvo a preguntártelo.

Avancé hasta la mesa, que se encontraba en medio del jardín que tenían. El sol los alumbraba y el mar quedaba detrás de ellos. Era un fondo maravilloso, si no fuera porque aquellos tres estaban poniéndome de los nervios estando juntos allí sentados.

—Vine del punto de operaciones en cuanto supe lo de Juliet. Luego amenacé a Noel cuando me enteré de que no estabas en la isla. Al parecer, tu chip dejó de funcionar y no podía localizarte.

Masticó tan tranquilo mientras cortaba otro trozo de beicon. Hinché los pulmones para no decirle cuatro cosas mal dichas.

—¿Me pusiste otro puñetero chip?

—¿Esperabas que no lo hiciera?

—Pues sí.

—La última vez, el chip te salvó la vida.

No siguió mi riña. Continúo conversando algo con Noel y me dejó allí, de pie, sin palabras y a punto de estallar. Pero Wen se encargó de controlar mi ira:

—Tienes que comer algo. Siéntate.

Le hice caso a mi amiga, pero cuando los tuve cerca, no me callé:

—¿Se puede saber cómo habéis llegado al punto de juntaros los tres?

Alexander optó por hablar el primero:

—Tú me aseguraste que Noel era un buen chico para mi hija. Está aquí para firmar los papeles como candidato. Y Gregorio..., pues... ha entrado en la casa detrás de él, sin más, realmente.

Me enfurecí.

—Padre...

Se comió tranquilamente lo último que le quedaba en el plato, se terminó su café y se encendió un cigarrillo. Todo eso mientras yo lo miraba y no comía nada. Se me había quitado el hambre.

—Quiero saber qué planea mi loca hija esta vez. No puedo fiarme de vuestros impulsos de enamorados.

—Te dije que volvería a por él. No ibas a detenerme.

—Ya lo veo. Sé a quién me recuerdas.

Volvió a cabrearme. Quería controlar todas mis decisiones. Siempre estaba detrás de mí, sin saber cómo lo conseguía.

—Juliet está en un proceso judicial por tu culpa, así que no eres el mejor para hablar de estos casos. Yo no podría estar ahí sentado mientras la mujer de la que estoy enamorado va a ser sentenciada a muerte.

—Bueno, al parecer, mi hija tiene un plan para sacar a su madre del problema.

—Dices «madre» tan tranquilo, como si hubiera sido una cosa que ya sabía de toda la vida.

—Cuanto antes lo asumas, mejor. Yo te lo habría dicho hace años, pero era ella quien no quería contártelo, por su profesión. Llevo años enamorado de una mujer que no deja su trabajo porque es lo que nos mantiene vivos. Por lo tanto, dime, ¿qué vamos a hacer ahora?

—No era mi intención decírtelo antes de comunicárselo al país.

—Pues debes decírmelo. Todo lo que vaya en contra de Hans tiene que pasar por la organización, Nina.

—¿Por qué?

—¡Porque ni siquiera sabes qué tenemos entre manos y tus planes podrían interferir en los míos, como hasta ahora! ¡Tu madre está ahí por tu culpa! —Golpeó la mesa ante los presentes, sin importarle las miradas—. He trabajado meses para conseguirlo y puede que tú lo fastidies todo.

La tensión entre mi padre y yo se notó en el ambiente, especialmente en las caras del resto.

Todos escuchaban en silencio una disputa que ya llevaba años en proceso de arreglarse; una relación de padre e hija que estaba rota, y cuando parecía que se reconstruía, al poco tiempo se derrumbaba de nuevo. No podía confiar en él; no después de no dejarme decidir sobre quedarme para salvar a Izan.

Noel rompió el silencio:

—Bueno, estamos todos muy tensos. Vamos a relajarnos, ¿de acuerdo? —Tomó un trago de su café y terminó de firmar un papel que tenía sobre la mesa—. Hagamos un resumen de nuestros planes para que todos podamos concretar cuál es su papel, por favor, que tengo que ir a ver a Izan en cuanto sea el turno de mi vigilancia y debo pasarle la información.

Todos los presentes, menos Alexander, le hicimos a la vez la misma pregunta:

—¿Cómo consigues meterte siempre donde quieres?

Noel sonrió, altanero.

—Tengo muchos contactos. No sabéis las horas que paso en alta mar hablando con unos y otros. Gregorio asintió.

—Por lo visto, tenemos mucha gente en común, Noel. Todos me han hablado mucho de ti. Eres algo así como un rebelde de la alta sociedad. Así te describen.

Noel alzó las cejas.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. ¿Cómo crees que te dejé entrar en mi recinto?

Lo miramos, sin comprender por qué entonces se llevó una paliza.

—Me pegaste una tunda de palos, señor Destructor. Bueno, lo hicieron por ti.

—¿Qué iba a saber yo que eras ese tío? No tienes tanta pinta de estratega.

Alexander puso los ojos en blanco. Wen seguía engullendo a la misma velocidad que yo. Parecía que no habíamos comido en días.

Estar allí me recordó a algo parecido a una familia. Eché de menos a Izan en aquel momento. Sabía que estaría desesperado por saber algo de nosotros, aunque solo hubiera pasado una noche desde que logramos vernos. Pensar en esa noche me hacía sudar por la nuca.

Alexander despejó mis pensamientos lujuriosos:

—A todo esto, hablemos de cuál es el plan. Las elecciones están muy cerca. Las encuestas dicen que Hans alcanzará a Roc con la campaña del Anexo. La Junta Directiva lo tiene cada vez más claro. Sobre todo, después de que otros países hayan pedido recomendaciones para acabar siendo como nosotros. La certeza es que ha conseguido en veinte años remontar el país y subir todas las tasas para, además, aumentarlas. El proyecto de Hans ha mejorado el país. Es el mejor candidato según la ciudadanía. Tenemos que hacer que eso cambie, ¿verdad? ¿Qué proponéis?

En esa mesa se habló de la realidad a la que nos enfrentábamos. Hans ganaba votantes en cada evento que hacía, pero solo conseguía llegar a la mitad de la población que le había sido fiel durante muchos años: la gente que realmente creía que la Ley OSDE los había ayudado a conseguir calidad de vida. En cierta forma, así era, pero todo había sido para la clase alta; es decir, los que, a pesar de intentar seguir una ley establecida, cuando pisaban sus zonas, hacían lo que les daba la gana. Sin embargo, tenía un fallo. Él no llegaba a la clase media, que también estaba autorizada para participar en las elecciones. En esa clase todos lo odiaban. River y la organización ya se habían encargado de hacer llegar el mensaje para evitar que Blake se pusiera en cabeza. Eso era lo que mi padre había estado haciendo durante el tiempo que me envió lejos.

Hablé después de un largo rato en el que no paré de escuchar la conversación que mantenían entre ellos:

—Fernando está buscando un buen sitio para que podamos amenazarlo. Tiene que haber mucha gente para evitar que pueda escaparse o actuar. Luego, Noel tiene acceso a la prensa, y esa información debe filtrarse. Tengo algo que puede acabar con toda su carrera.

Noel no tardó en levantarse y ponerse en marcha.

—De eso me encargo yo sin problemas.

Mi padre me miró, inspeccionando mis gestos. Preocupado, me preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

No le hice caso. No estaba preparada.

Alexander detuvo a Noel.

—Hans va a utilizar a Izan para conseguir votantes de clase media. Parece ser que esa clase votaría al partido si Izan siguiese en él. Que su hijo no apareciera mucho por los medios ha perjudicado a Hans. Ese es su siguiente movimiento.

—No te preocupes. Lo avisaré para que esté preparado.

—Dile que actúe con normalidad.

—De acuerdo.

Izan

Era muy temprano, casi no había dormido. Esa mañana, en la cama de matrimonio, miraba la pistola que me había entregado Fernando hacía un día mientras Carolina dormía plácidamente a mi lado. Ante la seguridad que paseaba por la casa, le había pedido que se mantuviera bastante alejada en la cama. No quería saber nada de ella, y eso la afectaba. La noche del evento, Fernando le puso una excusa por mi marcha, pero no creí que no fuera lo suficientemente lista como para no imaginarse la verdad.

Con el cuerpo casi recuperado de las heridas, observé de nuevo el arma justo en el momento de ponerla en la parte trasera de mis pantalones. Bajé las escaleras y paseé de lado a lado por toda la estancia. Misteriosamente, durante todas aquellas horas, nadie se había movido para decirme que tendría que acudir a algún sitio. No habían requerido mi imagen para nada. Ni tan siquiera supe qué estaba sucediendo tras despedirme de Nina. Eso me alteraba y me producía desconfianza.

No sabía nada de Juliet ni de Fernando, ni siquiera de Alexander. En una ocasión, durante la mañana, quise coger a Carolina para sonsacarle información sobre su padre, pero la seguridad que había en el interior de la casa me alejaba de ella, y no quería acercarme ni para darle los buenos días. Ni una palabra a mi esposa podía decirle.

Millones de veces intenté encender el puñetero televisor, pero no funcionaba. Sabía que algo iba mal. No aguanté más y fui directo a hablar con la seguridad que seguía teniendo hora tras hora en la maldita entrada de la casa.

—¡Eh! —Todos, en cada punto de vigilancia, se giraron para mirarme—. ¿Alguien puede decirme dónde cojones está mi padre?

Negaron con la cabeza y siguieron firmes en su puesto. No me facilitarían información de fuera, pero uno de ellos sí me dijo algo al acercarse y dejar su posición disimuladamente.

—Ha estado hospitalizado durante un día tras el evento. Está centrado en las votaciones y no quiere distracciones.

—¿Hospitalizado?

—Sí.

—No lo sabía.

—Obvio, no te sacan de aquí.

La curiosidad que me provocaron aquellas palabras hizo que observara con más detalle la cara de aquel escolta de mi padre.

—¿Noel?

Los gestos lo delataban, pero hacía muy bien su papel con aquel color de pelo distinto, con una barba y con las lentillas que cambiaban sus ojos. Eso me recordó la vacilada que le hizo Nina a mi padre haciéndose pasar por una periodista.

—Hola, hermano.

—¿Qué cojones...?

Me cogió del brazo para que regresara al recibidor.

—Entraré en unos minutos, cuando me toque la guardia en el interior, y entonces podremos hablar.

—De acuerdo.

Cerré la puerta tras de mí, alucinado por las artimañas de Noel. Siempre había sido un puñetero estratega, pero plantarse allí con esa jodida situación y hacerse pasar por uno de los de la seguridad de Hans ya era pasarse de madre. Estaba como una cabra.

Volví sobre mis pasos al salón y cogí de nuevo el café. Me lo tomé y, esa vez, me senté en el sofá. A mi izquierda, uno de los hombres dejó su puesto y se intercambió con su compañero. La puerta se cerró, dando paso a mi amigo, que fue directo hacia mí.

—Maldito cabronazo, siempre te sales con la tuya.

Dejé la taza en la mesita de café.

—Habló el experto en el campo.

Se permitió el lujo de vacilarme:

—No es para tanto.

—Dame un abrazo, pedazo de mamón.

Nos zarandeamos a la vez de los hombros y recibí el abrazo de un verdadero hermano. Los dos sonríamos con intensidad. Él estaba vivo, y eso era lo que importaba. No quería que se arriesgara más veces por mí, pero sabía que era un jodido cabezota que haría lo que le diera la gana.

—¿Dónde te has dejado el Ferrari?

—Pues ya ves, aquí no puedo traérmelo.

Masajeó mi hombro y luego se sentó en el sofá, delante de donde yo anteriormente había estado. Hice lo mismo, sabiendo que era momento de escuchar lo que tenía que decirme.

—Voy a ser rápido porque no tengo mucho tiempo, como comprenderás.

—Obvio.

Tras una sonrisa, prosiguió:

—Tu padre estuvo hospitalizado por la droga que le hice ingerir el día del evento. En aquel momento quise sacártelo de encima, y entonces la droga lo puso un poco agresivo, como bien sabes. Eso dejó su imagen un poco dañada, aunque es evidente que ya ha limpiado todas las noticias de esa noche. Luego me llegó la petición del padre de Wen para ser su marido. Estáis locos, por cierto. —Noté lo contento que estaba ante ese paso que le facilitaba la vida—. Voy a amar siempre a Nina por lo que ha hecho. Lo siento.

—¿Quién no amaría a Nina? —Sus labios vinieron a mi mente y tuve que pensar en otra cosa.

—Después de eso, Alexander se puso en contacto conmigo para decirme que Nina estaba bien con Wen en su casa.

—Bien, y mientras, yo sin hacer nada, aquí encerrado.

—Bueno, la verdad es que por fin tendrás un papel, porque Hans está viniendo hacia aquí. Al parecer, quiere algo de ti para conseguir votantes de clase media. Te amenazará con matar a Nina, porque cree que no sabes que ella no está en sus manos. Seguirá jugando contigo, pero tendrás que obedecer. No sé lo que se traen entre manos, pero parece que la Junta va a tomar una decisión.

—¿Qué decisión?

—No lo sé. Estamos intentando averiguarlo a través de Alexander.

—Hans va un paso por delante, Noel. —Su cara mostró indiferencia respecto a que Hans nos llevase siempre ventaja. Eso ya era de esperar—. ¿Se sabe algo de Gregorio?

—Contactó conmigo para amenazarme, ya que acabó averiguando que Nina no estaba en la isla. Ya sabes cómo.

—Otro chip. Lo sabía.

—El caso es que me amenazó al perder la señal de ese chip. Quería que le dijera dónde estaba Nina, y al no revelárselo, siguió mis pasos hasta la casa de Alexander cuando Nina ya estaba allí.

—Oh, joder.

Me levanté del sofá, alterado. Vino a mi mente la información que me había hecho llegar su hija, y no pude evitar agobiarme. Pronto sabría la verdad, y era algo que Nina no quería que su padre supiera antes de tiempo.

—No sé si Gregorio está preparado para saber la verdad, porque, sinceramente, llegados a este punto, si yo averiguara todo eso, lo más probable es que mataría a Hans directamente.

—Lo mismo estaba pensando yo.

Inspiré y exhalé para tranquilizarme.

—¿Cómo fue el encuentro con su padre? ¿Ella está bien?

—Sí. Bastante cabreada, como es lógico, pero sí. Nina está cambiando tanto que será capaz de sobrellevar cualquier cosa.

Me quedé en silencio, proyectando en mis pensamientos su rostro. Los ojos de Nina estaban secos, pero mi mente sabía que lloraba por dentro. Por muy valiente que expresara ser, yo sabía que el dolor de su interior era demasiado como para sobrellevarlo sola.

—Intentaré seguir informándote. Es hora de que me marche. Hans está al caer. La otra noche, le puse un rastreo por GPS en su coche.

—¿¿Que has hecho qué?!

—No te preocupes —le restó importancia a la queja que le hice por arriesgarse de esa manera.

Estaba jugando con fuego, pero, a juzgar por sus resultados, ese chico tenía unas habilidades increíbles. Siempre conseguía lo que se proponía, y me temía que eso era algo que su padre le había dejado como herencia, aparte de la compañía de cruceros y el puerto entero.

Carolina bajó en el momento en que la puerta se cerró y hubo otro cambio de guardia. Vestida con un camisón, se detuvo en el último escalón, me miró con enfado y fue a la cocina. Allí le exigió a la empleada del hogar lo que quería para comer. Luego salió y volvió a contemplarme con reproche. Aproveché que no había seguridad en aquel momento para acercarse. Con ojeras y el cabello recogido en un moño, me echó en cara lo de la otra noche:

—Sé que te acostaste con otra. Es lo que hacéis los hombres con dinero, pero no entiendo cómo nunca te has acostado conmigo.

—Puede que porque nunca me has gustado, Carolina.

Caminó hacia mí, levantó su mano y me dio una bofetada en la mejilla izquierda. Impresionado, abrí los ojos cuando el golpe hizo que me escociera la mejilla.

—Queda poco para que estemos juntos, Izan. Solo te recuerdo que cuando ese día llegue, serás mío para siempre.

—Estás loca.

Se enfureció como nunca antes la había visto. Por fin pude verle una faceta real, aunque fuera una mala.

—Sé muy bien lo que hago, y no estoy loca. Por ahora, me mantengo callada porque, si hablara, solo haría que te mataran. Me importa una mierda con quién te acuestes y a quién ames ahora, ya que, pronto, eso no importará.

—¿Qué estás diciendo, Carolina?

—Solo tengo que esperar.

Igual de veloz y cabreada que se había acercado a mí, se fue. Desapareció tras subir las escaleras y se metió en la habitación. Estaba convencido de que dormir con aquella mujer no estaba siendo agradable ni fiable. Me quedé tan fuera de mí por su reacción que no me percaté de que a mi espalda se encontraba Hans, con su ancha sonrisa y esperado a que me diera cuenta de su presencia.

—Hola, hijo.

Me giré para mirarlo, con desgana.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

Me moví por el salón, cogí la cajetilla de cigarros y me encendí el segundo del día. Tenía la sensación de que fumaba más que antes.

Con la misma sonrisa instalada, siguió hablando:

—Parece ser que no le ha sentado muy bien que te acostaras con otra. Bueno, esa es la reacción de todas las mujeres. No te preocupes. Tienes dinero y ella callará. Es la hija de mi mejor amigo, así que nunca dirá nada de lo que pasó realmente entre la barriobajera y tú, por lo que puedes estar tranquilo. Además, eso ya es agua pasada.

—No es que me preocupe nada de eso ya.

Tuve que fingir que empezaba a cambiarme, que estaba consiguiéndolo, que mi vida anterior había vuelto a atraparme.

—Siempre te dije que tú formabas parte de nuestra vida, hijo. Las cosas que te metió esa mujer en la cabeza no eran buenas.

—Puede que así fuera. La noche del evento recordé lo feliz y despreocupado que era antes.

—Claro, hijo.

Vestido como un pincel, siempre tan perfecto, anduvo hasta la vitrina de Fernando y le cogió una botella de *whisky*. Sirvió dos vasos y me entregó uno, con una sonrisa de oreja a oreja. Haber estado al margen y callado me había hecho ganar puntos. Recordé que debía ocultar mejor la pistola que tenía en la parte baja de la espalda.

—Puedo proporcionarte esa vida y mucho más. Solo debes serme leal de nuevo. Es simple.

—Puede que tengas razón. —Fingí sentirme arrepentido de haber cometido ese movimiento en mi vida.

—Yo puedo perdonarte, por eso te di una segunda oportunidad. No dejé que nadie viera tu traición porque sé que solo fue un desliz, el mismo que tuve yo con Merinda, como tú bien dijiste. No voy a engañarte: pretendo que no digas nada de ese tema a nadie. Por eso, por el momento, estás encerrado. Sin embargo, el Anexo está siendo un éxito. La gente apoya que el proyecto OSDE se amplíe. Tenemos más países que quieren usar nuestra idea, y unos índices en positivo nos respaldan en varios aspectos. Después de veinte años, hemos conseguido alzar el país y por

fin voy a ser recompensando. Nada de eso puede joderse ahora. Es muy importante para mí, y necesito que toda esa gente a la que había dejado de lado crea en mí ahora.

—¿Estás pidiéndome que te consiga votantes?

Dejó de dar un trago para sonreírme por lo rápido que fui al averiguar qué quería de mí. Pero lo que él no sabía era que yo ya estaba avisado. No obstante, volví a ganar puntos de confianza.

—Según nuestros sondeos internos, por la parte norte de la ciudad y en algunos pueblos no ganaría la presidencia. Debemos hacer que eso cambie. Después de conversar con Alexander y Ezequiel, el nombre más comentado en todas esas zonas es el tuyo. Se escucha por las calles: «Si Izan Blake estuviese en el partido, los votaría». ¿Qué te parece? ¿Aún te preguntas por qué te salvé la vida?

—Me parece que me necesitas más de lo que creíste.

—Exacto, lo admito, hablemos claro. Pero solo tienes dos días. Haz lo que te dé la gana, pero consigue que toda la clase media me vote.

—Y ahora es cuando viene la amenaza de matar a Nina si no lo hago, ¿verdad?

—Correcto. No hace falta que lo exprese verbalmente. Haz que suba en votos por parte de la población y la soltaré para que pueda vivir libremente.

—De acuerdo, pero tú suelta a Juliet.

—Juliet está bajo arresto porque ha incumplido una norma fundamental de la ley que nos ampara. La Junta Directiva no se lo perdona. Era la portavoz. Nos engañó a todos. Así que no puedo hacer eso. Ya está sentenciada a muerte.

—No... Tienes que parar esa locura. Es tu amiga.

—Yo no tengo amigos, tengo deberes, en los que no pueden influir los sentimientos. Con el tiempo, lo entenderás. Por eso se puso en marcha el proyecto OSDE y se creó la Junta Directiva. No puedo detener algo que es lo justo para todos los ciudadanos. La gente debe saber qué pasa cuando se incumple la ley, sin distinción de clase social.

—Tú sabes perfectamente que luego no es así. Hacemos lo que nos da la gana.

—Sí, es cierto, pero la gente no lo sabe.

—Tendrás que dejarme salir de aquí si quieres que haga algo de lo que me pides.

—Eres libre, pero piénsalo muy bien antes de querer joderme.

Volvía a encontrarme al volante, serpenteando por aquellas calles viejas y estrechas. Conduje sin rumbo por River con la intención de pensar en una estrategia para conseguir esos deseados votantes que quería Hans. Tenía que disimular, pero en mi cabeza solo había un lugar al que quería volver a por respuestas. Necesitaba la verdad. Una verdad que nunca escuchamos.

Aparqué enfrente de la antigua casa de Nina, salí del coche y la contemplé. Segundos después, miré el teléfono con la tentación de llamar a Gregorio. Recordaba su número, pero no lo hice. No podía arriesgarme a que encontrarán a Nina. Ni siquiera sabía qué había pasado entre ellos.

Era la primera vez que estaba desorientado. El cartel luminoso y alto del barrio sacaba en vídeo a Hans Blake con una sonrisa que a primera vista era muy creíble. Luego, un eslogan perfecto y un vídeo de la capital de hacía veinte años para el final del mensaje. Perfecto para todo. Siempre había sido así.

—¿Izan?

Había estado tan absorto mirando aquel cartel que no me di cuenta de a quién tenía delante.

—Merinda...

Me escudriñó con la mirada para intentar encajar que hacía yo allí. Como bien exigía la ley, siguió su camino y entró en la casa. Entonces supe por qué había acabado allí de nuevo. El universo me había enseñado que tenía que escuchar la versión de la única mujer que quiso de verdad a mi padre. Así que no lo pensé y avancé a zancadas hasta la entrada intentando no ser visto.

Llamé a la puerta. La mujer, desgastada por el alcohol, sacó la cabeza y ni siquiera preguntó quién era, sino que me dejó pasar al instante.

—Pasa.

—Gracias.

Cerré la puerta nada más entrar.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a preguntarte sobre Hans.

—Pues toma asiento, porque va a llevar tiempo. Y que conste que esto lo hago por mi hermana. Pienso luchar por su vida y destrozarte la de tu padre. Ya he estado callada durante mucho tiempo.

—Adelante. Quiero saberlo.

Todos cooperaban para salvar a Juliet, la mujer de cabello cobrizo que siempre había participado como portavoz de la Junta Directiva hasta que empezó a opinar más de lo habitual. Por eso ya no le interesaba a la Junta. Sobraba porque había cometido irregularidades. Y, para ser sinceros, había sido cuestión de tiempo, y ella lo sabía. Iba a morir por ello. Por traición a la Ley OSDE.

En cuanto mi padre pudo probarlo, lo tomó como una manera de vengarse de Gregorio por el disparo. La mejor forma era matando a la mujer a la que amaba, y más adelante, probablemente, a Gregorio. Me temía que, el día que pudiera, acabaría con su vida. Y no faltaba tanto.

—Conocí a tu padre en un club antes de que la Ley OSDE existiera. Era bailarina en uno de los bares que él frecuentaba. Estudiaba política y acudía allí en compañía de Gregorio. Eran los mejores amigos, como hermanos.

—Y se enamoró de ti.

—Le encantó retirarme de mi trabajo. Me hizo una mujer increíble. Era un gran hombre. Pero... en cuanto se licenció, le gustó trabajar para el Gobierno. Mucho, además. Era feliz. Yo no iba a quitarle aquello; era una adolescente que solo le daba dolores de cabeza a mis padres. Una de las hijas salió mal y la otra se licenció en Ciencias Políticas, igual que a quien yo amaba. Siempre fui la oveja negra.

—Nunca pudiste olvidarlo.

—Nunca.

—Y es cierto..., ¿verdad? Tú y Hans...

—Es cierto, Izan. Lo oculté, pero es todo cierto.

—Eso acabará con su carrera.

—Lo sé.

—¿Estás dispuesta a ser testigo? Solo en caso de que yo te indicara que debes actuar.

—Lo haré, Izan.

Tras aquello, debía ponerme en contacto con alguno de ellos para comunicarles que teníamos un plan más por si nos fallaba el principal. Lo que me había contado Merinda era demasiada información privada de Hans. Opté por grabarlo todo, y ella aceptó.

Pasé la tarde en su compañía, y entendí por qué mi padre podría haberse enamorado de ella en su juventud. Su carácter, su sonrisa cuando estaba tranquila o su voz sosegada mientras hablaba

cambiaban mucho, por lo que no paré de conversar con ella. Encontramos un punto en el que ambos nos sinceramos. Los dos habíamos sufrido por culpa directa de Hans. Los dos habíamos visto la transformación de aquel hombre. Me dio pena verla allí con el corazón destrozado mientras me contaba todo lo que Nina había descubierto gracias a Wen. Supe que mi vida iba a cambiar a partir de entonces. El universo me había puesto la verdad delante de mis narices todo el tiempo.

Al día siguiente, me comunicaron que mis esfuerzos por conseguir votantes había sido un éxito; algo que, con cierta gracia, intuí que había sido una simple estrategia de Gregorio, ya que yo no hice nada en absoluto. Las estadísticas fueron amañadas, y eso desorientó por un tiempo a Hans para que dejara de amenazarme constantemente. Lo engañamos tanto que empecé a ir con él de nuevo a los eventos sin tanta vigilancia. Había caído, y solo esperaba el momento adecuado para ponerle la pistola en la cabeza y hacer que se arrodillara delante de Nina y que se desangrara en sus pies. Sabía que era sádico pensarlo y que no lo haría de esa manera, pero reconfortaba imaginárselo. Sobre todo, cuando debía callarme.

Me vestí muy elegante para el siguiente evento que la Junta Directiva había organizado en la plaza central; en evento un tanto extraño. Así que cogí la pistola y una navaja. Escondí ambas cosas antes de que Carolina bajara las escaleras y se agarrara una vez más de mi brazo. Ni siquiera me miró, aunque pudiera hacerlo. Estaba claro que estábamos casados pero no unidos.

Ezequiel apareció bien distinguido en la entrada de nuestra casa.

—Bien, este evento es una decisión que toma la Junta para el país. Tenéis que manteneros sonrientes y rectos. Seguid siendo la pareja que todos admiran.

Carolina contestó con firmeza:

—De acuerdo.

—¿Qué van a hacer?

—Deja de cuestionarlo todo. No estás aquí para preguntar, sino para obedecer.

Nos hicieron avanzar una vez más hacia el coche que nos recogería en la entrada. Entramos y nos encontramos a un Fernando fuera de sí. Quise preguntarle el motivo de su estado, pero no podía ni contestar. Con una clara preocupación en su rostro, toqueteaba nervioso el teléfono intentando llamar a alguien. Carolina se soltó de mi brazo cuando me dirigí más cerca de su padre.

—Fernando... Fernando. —Zarandeeé sus hombros cuando lo vi tan mal—. ¿Qué cojones pasa?

—Joder, Izan.

—¡¿Qué?!

Miró de lado a lado para asegurarse de que no estaba Ezequiel ni el conductor.

—Es un puto sacrificio, Izan. Es un puto sacrificio.

—¿El qué es un puto sacrificio, Fernando? —Estaba realmente aterrado.

—La Junta ha decidido que sacrificar a Juliet es una manera de hacer llegar a toda la población que el Anexo es para todo el mundo. Quieren quitar la fama de que en la clase alta se infringe la ley sin castigo alguno. Sabía que esto pasaría, te lo dije.

—Joder...

Carolina no pudo evitar escuchar.

—¿Qué estás diciendo, papá?

—Intentad tranquilizaros.

Ya era tarde para conseguir calmarnos. Iban a volver a los orígenes, tratando de acobardar a la ciudadanía.

—¡No, no! —Fue insoportable encontrarme en aquella situación.

—¡Gregorio no me coge el teléfono! ¡Y Alexander tampoco! ¡Nadie me lo coge!

—Ahora eres tú el que tiene que tranquilizarse. Gregorio no dejará que eso pase.

Durante los segundos que nuestros corazones estuvieron con Juliet, la engreída y egocéntrica de Carolina mostró un poco de amor por su madrastra. Al parecer, tampoco estaba de acuerdo con su sentencia, y aunque quisiese mantener el tipo, la verdad es que no lo consiguió.

—Tendremos que adelantar los planes, Fernando. Tengo un plan B, por si acaso.

—¿Qué plan de repuesto tienes?

—Merinda nos hará de testigo sobre la infracción de Hans. Si quieren guerra, la tendrán. Juliet no es la única de clase alta que ha infringido las normas.

—Pero, automáticamente, también será condenada, Izan.

—Eso ya lo sabe, pero está dispuesta a correr ese riesgo.

Mientras pasábamos por las calles de la ciudad con el coche, pudimos observar a la gente con la vista fija en el centro de la plaza, donde habían montado un escenario bastante alto como para que pudiese verse desde cualquier punto. Nadie se miraba entre sí, excepto los que así podían hacerlo. Casi todas aquellas personas estaban enlazadas unos con otros. Solo jóvenes y niños seguían la norma de avanzar sin mirarse, cogidos de la mano de sus respectivos padres. Caminaban con la vista al frente o agachada. No era extraño para nadie, pues habíamos nacido en esa sociedad y muy pocos lo veíamos de manera distinta.

La policía empezó a organizar a las personas en diferentes zonas. Para la clase alta, anunciaron que se quedarían a la derecha del estrado; la clase media, en el medio, y la clase baja, a la izquierda. Así era siempre. Esa plaza era la que separaba ambos distritos de la ciudad: el norte y el sur; zonas divididas en las que los ciudadanos vivían de manera diferente en cada una. No cualquiera iba al barrio de su distinta clase social.

Ezequiel nos comunicó que habíamos llegado al lugar concreto donde el coche pararía para que tuviésemos acceso directo, como el presidente y la Junta.

—Bajaremos en menos de cinco minutos.

Una vez más —y, sin duda, con más presión— me tocaba fingir que aquello no me disgustaba. ¿Dónde estaba la organización para indicarnos el plan? ¿A qué esperaban para actuar?

Bufé, mirando a Carolina, que parecía nerviosa.

—Tranquila, Carolina. Veas lo que veas, sigue en tu papel.

—Lo intentaré.

Cambié por un segundo de actitud con ella y le di un poco la mano, por así decirlo, e intenté tranquilizarla. Estaba temblando.

—Tú eres la que menos tienes que temer por su vida.

—Pero temo por la de Juliet.

El tiempo se nos acababa. El coche se detuvo justo en el escenario y nos abrieron la puerta. Los rayos de sol nos iluminaron la cara y me costó abrir los ojos. Mantuve una sonrisa en todo momento, igual que ella. La cogí del brazo y empezamos a caminar. Cuando mis ojos se estabilizaron para poder contemplar todo el paisaje, solo vi una masa de gente que rodeaba aquella plaza. Miles y miles de personas acudían a la llamada de la Junta. La prensa nos sacó fotografías durante el paseo hasta acercarnos al estrado. Esa vez no nos dejaron subir. La Junta estaba arriba. Ya no eran trece personas, sino diez.

Desde mi visión cercana al escenario, las diez personas —de entre las que solo conocía a dos personalmente—, permanecían allí rectas y derechas, serias e inquebrantables; diez hombres mirando a la gente sin sentimiento alguno. Nos encontrábamos en una posición alejada de Hans,

que estaba junto a Brian Roc en las escaleras que subían allí arriba, donde querían hacer el sacrificio. Miré hacia atrás en busca de un amigo, pero estábamos solos.

Los micrófonos se encendieron para llevar a larga distancia la voz de esos energúmenos:

—Queridos ciudadanos, bienvenidos a este evento convocado por la Junta Directiva. Hace mucho que no hablamos en público, que no tenemos un motivo para salir de nuestras oficinas. —No vi por allí al gran director, a quien conocí en la fábrica aquella vez con Hans. Me pareció muy extraño—. No nos hemos visto en la necesidad hasta ahora. Según hemos podido comprobar, la ley que implantamos hace más de veinte años no sirve para detener a ciudadanos que no quieren la tranquilidad y que osan incumplirla.

Seguí buscando entre la gente una señal de que todo iría bien, pero nadie acudía a salvar a Juliet. Inspiré, preparándome para lo peor. En caso de que ninguno de los míos se presentara para ayudarla, me tocaría ingeniar algo.

—La Ley OSDE, como bien dijimos, es para todos. No importa la clase social a la que pertenezcas. Todos debemos seguir esa norma. ¡Todos! Es por eso que nos vemos en la obligación de hacer que todos vosotros sepáis qué ocurre con cualquiera que la incumple. —Hizo una pausa y le dio una orden a un miembro de la seguridad—. Después de veinte años, somos un país envidiable. El mundo nos protege de las guerras por nuestros índices en positivo. Hay países que quieren imitar nuestro modelo de sociedad por la misma razón. Organizar a las personas como bien hace este proyecto nos llevó y nos llevará a evitar enfermedades, una pobreza desmedida y un descontrol en la tasa de natalidad. Por no hablar de muchos otros temas que nos garantiza. Todos aprendimos la lección cuando existía la libertad absoluta. El país cayó en un caos al que no estamos dispuestos a llegar. Debemos estar orgullosos de lo que hemos conseguido. Por eso, quien ose ir contra esta ley debe ser sentenciado a muerte, porque hace peligrar la estabilidad de ser un país progresista.

Al morderme los labios, nervioso por no poder pegarle un tiro a aquel cabronazo que tenía el don para hablar y adornarlo todo, Carolina me apretó la mano. Fernando me miró, sintiendo lo mismo. Hans y Brian se mantenían a una distancia prudencial, y también miraban al frente, de la misma manera que los diez hombres que estaban arriba.

El silencio fue sepulcral cuando sacaron a Juliet por el lado contrario al que estábamos nosotros y la subieron esposada. La sentaron en medio de ellos, en una simple silla, ante nuestros ojos horrorizados. Fernando no pudo evitar avanzar hacia Hans para suplicar la libertad de su esposa.

—¡Para esto, Hans! ¡Sé que puedes hacerlo!

El nombrado lo miró con los brazos cruzados.

—No puedo, amigo mío.

—Llévala a la cárcel durante años. Por favor, Hans. —Lo cogió del brazo disimuladamente. Hans lo miró a los ojos y pronunció un no rotundo.

Avancé para escuchar mejor su excusa:

—Lo siento, amigo. No lo decido yo. Al fin y al cabo, la Junta tiene más poder que yo. Ya sabes que solo trabajo para ellos, amigo.

Escuchar aquella conversación hizo que terminara con mi paciencia. Cogí el teléfono y llamé directamente a Gregorio. No me lo cogió. Preparé la pistola, aunque no fuera a ser de gran ayuda. Me matarían justo en el instante en el que apuntase hacia aquel cabecilla de la Junta. Caminé entre la gente, dejando tras de mí a Carolina, que aceptaba mi marcha una vez más. La clase alta había acudido al evento de la Junta con vestidos y trajes costosos. Ante eso, no pude evitar sentir asco.

Pero cuando divisé ese vestido rojo hacer esos entre el gentío, el corazón se me detuvo por un instante. Vi a Nina armada con dos pistolas.

—¡Nina!

Intenté llegar hasta ella desplazando a la gente que miraba al frente. Nadie tuvo las narices de fijarse en lo que estaba haciendo yo. El problema era mío si me saltaba las normas; nadie osaría incumplir la ley de la Junta sin motivo.

El miedo podía notarse ya en el ambiente. Miré hacia atrás. Juliet llevaba una coleta, y su rostro estaba blanco. Tenía miedo y le temblaban las piernas. Buscaba con sus ojos a alguien entre la gente, probablemente a la misma persona que yo: Gregorio. Al no encontrar a nadie de la organización, volví sobre mis pasos. Era imposible salir de la zona de clase alta. Había demasiada gente.

Llegué de nuevo hasta Carolina.

—Es imposible salir de aquí.

Apretó mi brazo.

—La van a matar y no podemos hacer nada.

Cada vez estaba más nervioso, tanto que ni escuchaba lo que aquel tipo anunciaba por el micrófono. Solo podía pensar en Juliet, a quien estaba fallándole. Ahora era cuando nos necesitaba. Ella miraba a la gente, intentando que no se le notara que tenía un miedo atroz.

—¡Padre! —Volví a avanzar hasta la posición de Hans.

—No puedo hacer nada, hijo. Son decisiones de la Junta.

Fernando no quiso mirar, se fue hacia atrás para pensar en qué hacer y se apoyó en la valla sin mirar a su esposa. Seguramente, la culpa ya le comía por dentro cuando sus ojos empezaron a brillar por sus lágrimas retenidas.

—Para esto. Ya.

—He dicho que no puedo detenerlo.

—Y yo he dicho que lo pares.

—¿No me has entendido suficientemente bien, hijo?

La tensión entre nosotros se notó tanto que Roc dirigió la mirada hacia nosotros. Ezequiel, junto con mi madre, también se fijaron en nosotros, pero tuvieron que retirar la vista en décimas de segundo.

—¿No has entendido que ya lo sé todo de ti, padre? Tú también deberías estar en esa silla. Lo sabes tan bien como yo. —Brian Roc se acercó, lo que me sirvió para utilizarlo como amenaza—: ¿Quieres que se lo diga? Puedo hacer que gane las urnas.

—Cállate.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Que te calles.

Me crucé de brazos, a la espera de su siguiente movimiento.

—De nuevo, me has traicionado.

—De nuevo, tú a mí también, padre. Estamos empatados.

—Tenía una buena razón.

—No, padre. Tenías tu propia razón.

Mantenerme a favor de Hans por un tiempo me había dado la oportunidad de plantarme en casa de Merinda y saber si la información que le habían facilitado a Nina era cierta. Sin duda, así era. Las piezas sueltas encajaban entonces perfectamente.

Vi miedo en los ojos de Hans cuando Roc estuvo delante de mí. Habló en voz baja:

—¿Nadie va a detener esto? ¿De verdad vamos a sacrificar a alguien aquí en medio?

Las palabras de Roc me sorprendieron. Siempre había parecido que le bailaba las aguas a la Junta, pero todo lo que creía de él se esfumó cuando habló con tanta saña hacia Hans, algo que mis oídos no esperaban escuchar justo en ese momento, aunque no sirviese para mucho.

—Es una decisión de la Junta, Roc. —Se puso serio ante su competidor en las urnas.

—Claro. Como todas las otras decisiones, ¿no? —Mostró rabia en su rostro—. Espero que este país no caiga en tus manos por completo, porque entonces estaremos perdidos.

—Ni que tú hubieras hecho mucha cosa.

—En realidad, yo no he gobernado nunca, ya que la Junta te escuchaba más a ti siempre.

—Será por algo.

Escucharlos discutir no servía de nada para parar aquella situación. Solo me quedaba matar a unos cuantos y llevarme a Juliet corriendo, pero ni eso saldría bien. Había muchísima gente que esquivar y la seguridad nos retendría. No había ningún plan efectivo, así que empecé a ponerme muy nervioso. Caminé con las manos en la nuca. Las cámaras captaron mi estado alterado.

Un miembro de la seguridad se acercó a nosotros y se dirigió a Hans. Pude escuchar lo que le anunció:

—Tenemos un problema, Hans.

La sonrisa de Hans desapareció ante mi cara llena de curiosidad. Volví la vista al escenario, donde el hombre de pelo platino y trajeado hablaba de nuevo:

—Juliet Candals Larson, queda sentenciada a muerte por el incumplimiento de la Ley OSDE. Por mantener relaciones sexuales fuera de un matrimonio certificado. Por fomentar las relaciones entre sexos opuestos y concebir un hijo fuera de su matrimonio en el periodo del inicio de esta misma ley.

De la manera más discreta posible con la que podrían haber acabado con su vida, escogieron la menos sangrienta. Debía parecer que ese sacrificio era por una justicia, y cuanto menos creyera la gente que eran sangrientos, mejor. Todo era con el fin de continuar con la tranquilidad de una ley que nos gobernaba y nos protegía.

En la mano de aquel hombre le dejaron una aguja con, posiblemente, un veneno mortal. Mis pulmones se hincharon por la desesperación que me corroía. Empezaba ya a moverme para actuar de alguna manera justo cuando escuché las noticias que había esperado hacía muchas horas. Mi madre, que estaba detrás con las mujeres de la alta sociedad, me vio la cara y dejó de llorar. Lo supo en cuanto le sonreí.

—¿Qué problema?

—La organización está aquí.

—¿Cómo? ¿Qué cojones hacen aquí?

—Tienen algo que decirte.

—Me importa una mierda lo que tengan que decir. Échalos de aquí, o te aseguro que arruinaré tu vida.

—Pero..., señor...

—¡Échalos de aquí!

Era el momento de llamar.

Capítulo 8

Cuestión de segundos

Nina

Quitó a la gente de en medio y me abrí paso entre la multitud para seguir a mi padre, que caminaba sin pensar, siendo impulsado por lo que sentía por la mujer a la que amaba. Nada había ocurrido como tendría que haber sido el plan en un principio. No dejaron ni siquiera el tiempo reglamentario que se estipulaba para una sentencia de muerte. Sospechaba que, simplemente, era aposta, porque sabían que Gregorio no tendría tiempo de actuar en su contra. Pero eso no iba a detenerlo.

Todos los de la organización estábamos desplegados por varias zonas de la plaza intentando encontrar un momento para disparar. No íbamos a dejar que sacrificaran a mi madre, pero necesitábamos una distracción. Disimuladamente, avanzábamos muy poco a poco. Era impresionante la gente que había congregada allí. Casi llenaban todo el centro. Se habían encargado de que todo el mensaje, vieses o no, llegara a todos por los altavoces.

Aquel tipo con apariencia fría habló:

—Juliet Candals Larson, queda sentenciada a muerte por el incumplimiento de la Ley OSDE. Por mantener relaciones sexuales fuera de un matrimonio no certificado. Por fomentar las relaciones entre sexos opuestos y concebir un hijo fuera de su matrimonio en el periodo de inicio de esta misma ley.

Tras aquel anuncio, el rostro de mi padre se contrajo en una mezcla de furia e impotencia. Justo en ese momento, su teléfono sonó.

—¡Eh! —llamó mi atención—. ¡Coge el teléfono, es tu puñetero Blake! —Y me lo lanzó.

Logré hacerlo mientras caminaba en paralelo a él, que llevaba dos pistolas en las pantorrillas.

—Izan, tranquilo, estamos aquí.

—Bien. ¿Cuál es el plan?

—Ya no hay plan. No nos han dado tanto tiempo.

—Tendré que salir yo, Nina.

—Espera, espera. Tenemos otro... —Pero colgó.

En medio de la gente, mi padre, con una clara impaciencia recorriendo todo su cuerpo, se giró para mirarme.

—¿Qué ocurre?

—Ya no queda tiempo, Izan va a distraer a la Junta.

—¡Tenemos que llegar a un lugar más cercano desde el que tengamos ángulo! —Buscó a Jane entre el gentío—. ¡Jane, mantente a esa distancia y en esa posición!

—¡De acuerdo, jefe!

Gregorio corrió, se coló entre la gente y lo perdí de vista. Seguí avanzando sola hasta llegar a una esquina, donde podía verse más de cerca el escenario en el que mi madre estaba sentada y aterrorizada, con una aguja en su cuello que llevaba un líquido. Intuí que era veneno. El miedo entró por mi cuerpo.

A punto de que mataran a mi madre, vi la intención de Izan de subir las escaleras. ¡Estaba loco! ¡Lo matarían! Volví a correr, ahora empujando a las personas de manera desesperada. El murmullo

de algunos periodistas me hizo mirar hacia atrás. Antorchas empezaron a levantarse en la parte de la clase baja. Una tras otra. Me detuve para ver cómo los diez miembros de la Junta reaccionaban.

Por el transmisor, escuché la voz de Noel:

—Es la hora, la distracción está en marcha.

—Eres el mejor, amigo mío.

—Lo sé, Larson.

Sonreí ante la conversación que tuve con el loco de Noel, que siempre andaba arreglando las malas situaciones. Me aproximé tanto a Izan que pude detenerlo con la mirada. Él me contempló. Poco a poco, fue echándose hacia atrás con disimulo, por lo que también pudo ver las antorchas levantadas. Se entendió rápidamente como un acto de rebeldía contra la decisión de sentenciar a muerte a Juliet.

La voz del cabecilla se escuchó de nuevo, esa vez muy rabiosa:

—¡Los actos de rebeldía también se pagarán con la muerte!

La seguridad se desplegó por completo, dejando desprotegidos a todos los que estaban en el escenario. Todo empezó con disparos de fuego cruzado. El cabecilla cayó al suelo, muerto de inmediato por el francotirador que había situado en uno de los edificios de alrededor. Acto seguido, el punto rojo apuntó a otro miembro de la Junta cercano a Juliet y lo mató. Un tiro limpio, sin grito alguno. Fue eso lo que hizo que la gente se asustara y empezara a correr, presa del pánico. Nos dejaron a solas a Izan y a mí mientras todos los que nos rodeaban huían del lugar. Inmediatamente, la intención de Izan fue ir hasta donde me encontraba para cogerme y evitar que Ezequiel, que también se acercaba directo a mí, me atrapara. Pero Izan no llegó a evitarlo.

—¡Nina! —gritó, dominado por el miedo.

Ezequiel se cruzó y me cogió por el cuello nada más Izan pronunció mi nombre, desesperado.

—¡Eras tú, zorra asesina!

Apretó sus brazos alrededor de mi cuello con tanta fuerza que empecé ahogarme en cuestión de segundos. El arma de Izan ya estaba apuntándole.

—¡Suéltala! —No tuvo paciencia para esperar a que esa petición llegara a algún entendimiento—. ¡He dicho que la sueltes!

Se miraron con un odio muy intenso.

—¡Te dije que acabaría con ella!

—¡Y yo te dije que eso no pasaría! —le aseguró—. ¡Que antes te mataría yo a ti!

Ezequiel no esperaba que Izan reaccionase de aquella forma: apretando el gatillo sin pensar. Creyó que la coacción de Hans serviría para que Izan se rindiera, pero estaba comprobado que no lo conocía tanto como yo. Todo ocurrió en un solo segundo. Ezequiel escuchó el clic del gatillo, aflojó el agarre sobre mí por la sorpresa y yo aproveché para golpearle la nariz. Justo después fue cuando Izan disparó en dirección a su pecho. Cayó al suelo, con los ojos bien abiertos por completo y la mano en su torso, que empezó a sangrar y a pintar aquel suelo de sangre.

Jadeé con fuerza, me incorporé y tomé la mano que Izan me ofreció para lograr encontrar estabilidad cuando el cuerpo de Ezequiel ya no ejerció presión alguna sobre mí. Con suavidad, pero sin perder la velocidad, puso su mano libre en mi baja espalda y me empujó para que avanzara y saliera de aquel estado mientras miraba cómo se desangraba aquel hombre que en su momento había sido alguien en mi vida.

Sin perder mucho tiempo más en contemplar cómo Ezequiel daba su último aliento, Izan buscó a Hans para saber si estábamos en peligro. Fui yo quien vio cómo el diablo se largaba de allí, escoltado por su propia seguridad, al coche más cercano después de que su hijo le disparara a su

mano derecha muy cerca de él. Los miembros de la Junta que quedaron al descubierto corrieron para ponerse a salvo. El estrado se quedó vacío. Inmediatamente, Izan subió las escaleras para bajar de allí a mi madre. La tomó por la cintura, la levantó de la silla en la que había estado atada y la ocultó como pudo con su brazo mientras yo buscaba a nuestros compañeros y levantaba a la gente que había caído pisada por el pánico descontrolado de la multitud.

—¡Vamos! —animó a Juliet, que se negaba a seguirlo.

—¡No! ¡Os matarán por esto, Izan!

—¡No me seas ahora cabezota, Juliet! —La cogió con más fuerza—. ¡Vamos, joder!

Disparos intentaron detener las intenciones de Izan. Agaché la cabeza y me quedé tras el escenario para no recibir ninguna bala. Miré el teléfono. Ninguna llamada de mi padre ni de nadie. Izan tuvo que tirar a Juliet al suelo y cubrirle la cabeza. No tuvo más remedio que ponerse a pelear con los miembros de la seguridad que subían por las escaleras.

Me alejé de la zona para encontrarles un camino libre de disparos. A lo lejos, vi a Alexander indicarle a Noel dónde estábamos. Les grité a mi madre y a Izan para que se apresuraran cuando vi la furgoneta venir hacia nosotros:

—¡Vamos!

Mi padre se encontró con nosotros en cuanto los dos bajaron del escenario, dejando a varios tipos en el suelo. Como era evidente, Gregorio no tuvo tiempo para Juliet en aquel momento, así que no le quedó más remedio que seguir cubriendo nuestra huida junto con los demás del equipo.

El francotirador volvió a acertar con un disparo en la frente a un miembro de la seguridad del recinto mientras la policía empezaba a llegar con más refuerzos. Las antorchas se apagaron por completo y se escucharon más gritos en la otra zona de la plaza. Un Noel disfrazado detuvo la furgoneta enfrente de nosotros al mismo tiempo que una voz familiar nos alertaba tanto a mí como a mi madre. Mi abuela estaba allí por su hija. Para apoyarla. Juliet se puso roja por la ansiedad.

—¡Mamá!

Intentó quitarse todo lo que la retenía mientras Izan la ayudaba a subirse a la furgoneta. La forzó para que dejara de mirar atrás y subiera por su propia seguridad, pero ella negó agresivamente con la cabeza. Le suplicó que la bajase. No le hizo caso, pero yo sí. Conmocionada, la miré mientras me gritaba:

—¡Tu abuela, Nina! ¡Por favor! ¡Ayudadla!

Asustada, giré todo mi cuerpo hacia la zona de clase baja. Podían verse las antorchas en el suelo y a la gente suplicando por los familiares que habían quebrantado la ley con un acto desleal ante la decisión de la Junta aquel día. Izan también observó junto a mí lo que estaba ocurriendo. Empujó con más fuerza a Juliet cuando los disparos empezaron a apuntar hacia la furgoneta. Una vez más, nos habían localizado.

Gregorio dio una nueva orden:

—¡Subid a la furgoneta! —Izan negó con la cabeza, muy decidido—. ¡Quédate ahí, Blake! —le ordenó otra vez, pero Izan no era de seguir ninguna norma que no impusiera él mismo.

—¡Ni lo sueñes!

Le entregué a mi madre una de las dos pistolas que llevaba y los seguí en cuanto se largaron a regañadientes los dos juntos.

—¡Dile a Nina que vuelva a la puñetera furgoneta!

—¡Cómo se nota que no la conoces!

Asentí, dándole la razón a Blake:

—¡Exacto!

Gregorio replicó, pero supo que era inútil ponerse en mi contra en aquel momento. Saldríamos muertos de allí si perdíamos tiempo en discutirlo y no corríamos, así que, con premura, llegamos hasta mi abuela, que intentaba alejarse con una mujer que estaba ayudándola a hacerse paso entre la multitud asustada para avanzar. Unos a otros se pisaron de nuevo, por lo que se creó una avalancha. Gregorio fue alejado de nosotros. Gritó, intentando llegar hasta nuestra posición para proteger a mi abuela, pero no funcionó. Era imposible ante miles de personas que intentaban huir.

—¡Buscaré ayuda! ¡Vosotros id a por Clarisa!

Gregorio desapareció en cuanto me empujaron. Caí al suelo y mi cabeza fue aplastada por varias personas, pero, afortunadamente, me dio tiempo a cubrirme con los brazos para que las pisadas no fueran directas a mi cara. Me aplastaron la barriga y las piernas. Eso me hizo escupir saliva y sentir el corazón pegado al pecho. Nadie se detuvo para levantarme, aunque la voz de Izan pidiera a gritos agresivos que se detuvieran para poder cogerme.

—¡Basta! —Apuntó con la pistola a la gente de alrededor. De inmediato, logró despejar la zona donde había caído—. ¡¡¡Nina!!!

El brazo de Izan fue mi salvación cuando ya estaba sintiendo el pecho aplastado, lo que me hizo respirar de nuevo. Agarré su brazo, el cual pasó por mi cintura para estabilizarme. Noté cómo el tobillo me pinchó al no poder ponerlo en el suelo. Me quejé de dolor. Rabié.

—¿Puedes caminar?

—¡No, no puedo! —Apoyada totalmente en su cuerpo, maldije—: ¡Joder!

Pasó mi brazo por su nuca e hizo más fuerza para ayudarme a caminar.

—Agárrate a mí.

Habíamos perdido de vista a mi abuela. Nos alteramos.

—¿¿Dónde está?!

Mis ojos se fueron a la mujer menuda que era alcanzada por un miembro de la seguridad privada de la Junta. Hubo disparos a corta distancia que hicieron que nos apresuráramos.

—¡Van a cogerla!

Izan me dejó allí para evitar que me abuela saliese herida. Todo pasó en segundos, en los que fui empujada de nuevo y perdí la visión total de ambos. Avancé cojeando con el arma en mi mano, que se resbalaba por el sudor de mi palma. Busqué a mi padre, pero no lo encontré.

El silencio que rodeó al ambiente tras detenerse el ruido de los gritos me hizo saber que gran parte de las personas habían huido. Nos quedamos solos en campo abierto, convirtiéndonos automáticamente en un blanco fácil. Izan empezó a pelear con el tipo que avanzaba hacia mi abuela con la indudable intención de amenazarla. Se llevó dos puñetazos que a duras penas lo sacaron de sus casillas cuando acabó dejando al hombre inconsciente en el suelo. Todo apuntaba a que ellos sabían quién era esa mujer y lo importante que era para nosotros. Lo sabían, seguían una orden clara. Lo supe en cuanto mis ojos captaron a los miembros de la seguridad de Hans. Los reconocí de manera automática cuando me vino a la mente la noche en casa de los Blake hacía unos días.

Entre tres, Izan estuvo peleando a gritos de desesperación por no poder sacárselos de encima para proteger a Clarisa. Acabó tirando a dos al suelo y disparando a otros, pero no le quedó tiempo. Por desgracia, nadie pudo evitar lo que mis ojos vieron con total claridad justo después, cuando corrí como pude destrozándome el tobillo hasta caer al suelo por el dolor que me producía caminar con aquella reciente torcedura. Arrastré los codos y apunté con la pistola al tipo que se acercaba a mi abuela.

—¡¡¡No!!!

Clarisa estaba tan asustada que no pudo encontrar un hueco para huir y otro tipo la cogió por detrás, y como jamás pensé que vería más allá de en una película de terror, le cortó de manera literal el cuello. Los ojos me sangraron por el dolor de ver a mi abuela caer al suelo ante un Izan espantado. Cuando logró zafarse de los dos últimos tipos que no lo habían dejado avanzar, se hincó de rodillas junto al cuerpo inerte de Clarisa.

Me alcé como pude y disparé a la misma vez que Izan en dirección a aquel cabronazo que acababa de terminar con la vida de mi abuela. Le dimos los dos en el centro de la cabeza, cada uno con una bala. Mis manos lograron llegar hasta el rostro de mi abuela. Toda mi ropa se manchó. Los llantos y llantos que no pude controlar me delataron ante los pocos que quedaban, una vez casi despejada la plaza.

—¡No! —Tomé su cuerpo entre mis brazos—. ¡No! —Me la llevé al pecho y la abracé mientras se desangraba—. ¡No! ¡No! ¡No!

Los gritos nacieron de mi interior; un interior que aún desconocía. Sabía que, a partir de aquello, la oscuridad se apoderaría de mí.

Segundos después, la voz de Izan suplicó por nuestra vida:

—¡Tenemos que marcharnos, Nina!

Observó mi estado cuando lo miré con los ojos empapados de lágrimas incapaces de controlar.

—¡No!

Pude contemplar los ojos de mi madre en los suyos, allí, sin vida. Sus gestos, su voz y su olor era como tener a mi madre muriendo entre mis brazos. Izan se puso de cuclillas y peinó mi flequillo hacia atrás, despejando mi rostro lloroso y lleno de rabia. Me mordí los labios.

—Nina, mi amor...

Los brazos de Izan me sacaron de allí en pocos segundos, a pesar de que intenté resistirme a dejar el cuerpo de mi abuela allí, muriendo sola, sin poder hacer nada. No le quedó más remedio que alzarme en volandas para poder huir. Mientras, sentía cómo mi corazón volvía a romperse en mil pedazos. Rodeé su cuello y lloré hasta que no me quedaron fuerzas.

Izan

El sol se ocultó entre las nubes y, en pocos minutos, empezó a llover. El agua cayó en el rostro dormido de Nina, apoyado sobre mi hombro, y encharcó el suelo que estaba pisando mientras intentaba alejarme del centro para protegernos. Tuve que detenerme en cuanto su cuerpo empezó a resbalarse de mis manos mojadas. Opté por cobijarnos en un edificio abandonado. La dejé en el suelo lentamente, a mi lado. Estábamos solos por aquellos callejones que llevaban al puerto.

Contemplé cómo su cabello dorado se oscurecía ante la tristeza que todo mi ser padecía. Sus lágrimas, que tanto me dolía ver en su rostro, pasaban desapercibidas entre las gotas de lluvia. Me quité la americana y la puse por encima de sus hombros. Sin necesidad de palabras, su piel me transmitió que tenía frío, así que la cubrí. Sus ojos se abrieron despacio cuando sintió el calor. Despertó asustada, pero detuve su miedo:

—Tranquila. Estoy aquí contigo.

Su rostro volvió a desencajarse cuando, probablemente, le volvió el dolor tan profundo al recordar aquella imagen de su abuela muriendo en sus manos.

—Izan... —Se abrazó a mi cuerpo, desesperada, deseando poder dejar de sentir tanto sufrimiento.

—Lo sé, niña. Lo sé. —La comprendía tanto que ni ella misma lo sabría nunca.

—Duele —me confesó.

—Lo sé. Duele mucho.

Con un dolor agudo en el pecho provocado por su sufrimiento, asentí; un sentimiento que para mí era totalmente nuevo. Nunca antes había sentido lástima por nadie. En cambio, con Nina era diferente. Si ella padecía, yo lo hacía el doble. Probablemente, estábamos llegando hasta tal punto de creer en una ley como aquella que luchábamos por exterminar. Sentía la cara machacada, los brazos dormidos y hasta la piel alterada, pero nada era peor que el sentimiento de perder a alguien a quien apreciabas. También había vivido aquello, por eso podía saber lo que Nina estaba padeciendo en aquel maldito momento. Sentí la culpa en mis manos, y me repetí miles de veces que podría haberlo hecho mejor.

Solos, allí sentados, abrazados y pasando frío por estar tan mojados, saqué el teléfono y marqué el número de Gregorio. No me lo cogió.

—Prueba a llamar a Fernando. Se fue con tu padre. Será el único que haya salido ileso. Mi padre puede que no haya salido vivo...

—No digas eso. Tu padre estará bien. Sabe cuidarse solo.

Se acomodó en mi regazo cuando no pudo aguantar más y cerró los ojos. Contemplé su precioso rostro mojado por las lágrimas y me morí de pena. No supe cómo apretarla entre mis brazos para ayudarla a que no sintiera todo ese dolor. No había otra opción que estar a su lado.

Fernando contestó mientras acariciaba el rostro de Nina y besaba su frente empapada. Sus dedos rozaban el pelo de mi flequillo, que ya tocaba mis ojos.

La voz de Fernando volvió a preocuparme:

—¿Dónde estás? ¡Pensaba que te había pasado algo! Carolina y yo estamos bien. —Me alegré incluso por Carolina—. No tengo mucho tiempo para hablar. Puede que Hans me llame o venga en cualquier momento.

—¡No digas nada de que estás con nosotros! ¡Invéntate algo! ¡Sabes fingir! ¡Te matarán si no lo haces, y no podría soportarlo! ¡Por favor, Fernando!

—Tranquilo, tranquilo. A Carolina y a mí nos metieron en el coche oficial y estamos en casa. Hans me llamó para preguntar por mi estado. Todo está bien por aquí. Sé fingir muy bien unos cuernos y una traición por culpa de mi querida mujer.

Cerré los ojos, dándole gracias al puñetero universo por haber protegido al hombre que era más un padre para mí que el verdadero.

—Ha sido una locura. Lo siento mucho.

—No lo sientas, solo dime que al menos mi mujer está bien.

—Logramos subirla a la furgoneta que Gregorio y Noel tenían preparada. Ella está viva.

—Eso es lo que quería oír.

—Me alegro de que estés bien.

—Ni se te ocurra volver por aquí. Tienes que huir lo más lejos que puedas. Dime que estás con mi sobrina y que os iréis allí adonde tendríais que haberos ido hace tiempo.

—La tengo aquí. No me despegaré de ella. Pero ya sabes que para ir a ese destino solo es posible una vez al mes. Lo tenemos complicado.

—De acuerdo. Buscad a Gregorio. Él os ayudará. Dadle besos a mi esposa. Ahora tengo que dejarte, chico. Cuidaos.

—Claro, cuídate.

Un tiempo después de la llamada, llegó la tormenta y un rayo cayó cerca, haciendo que Nina

despertara de golpe y se incorporara, abandonando mi regazo. Hombro con hombro, sentados en un suelo sucio y con los rayos iluminando el lugar, nuestras manos se unieron y nuestros ojos se cerraron a la vez. Reposamos la cabeza en el cemento de aquel derribado hogar y suspiramos.

—Tú decides si quieres marcharte, Nina. —Acaricié su mano mojada—. Solo tienes que decírmelo e intentaré conseguir que Noel prepare un barco para ti. Lo que sea por sacarte de aquí. Lo entenderé, Nina. Haré lo que sea.

Deseaba que dijera un sí desesperado. Quería protegerla a toda costa.

—No voy a ningún lado sin ti, Izan. Esta vez no.

Miré sus ojos, completamente azules debido a que las lágrimas habían aclarado el tono. Sus labios se acercaron, húmedos, y nos dedicamos unos minutos a mirarnos desde aquella distancia tan corta, con un cariño especial.

—Una parte de mí esperaba que dijeras que sí te marcharías.

—¿Y la otra parte?

—Acabaría suplicándote de rodillas que te quedaras conmigo. —Su triste sonrisa en esa boca me hizo besarla para mitigar el dolor—. Siento mucho lo de tu abuela... Tendría que haber... Joder... —Sentí culpa de nuevo.

—Sé que ha sido Hans. Sé que esos tipos eran de la seguridad de tu padre.

—Lo eran, pero estoy seguro de que habían sido enviados por la Junta. Lo escuché en una conversación que mantenían antes de verme a mí. Probablemente, querían vengarse de Juliet.

La batería de aquel teléfono marcaba un diez por ciento en el momento en que unas luces de policía iluminaron la calle de atrás. Nos quedamos muy quietos, tensos ante el ruido cercano del motor. Nina observó cómo yo miraba con disimulo la calle. El coche se había detenido justo en medio.

—Teléfono. —Nina balbuceó esa palabra. Al principio no capté el mensaje, pero cuando vi a un policía seguir algo en su terminal de telefonía, supe a qué se refería—. ¡El teléfono! —gritó, ahora sí, alto y claro.

Tiré el móvil al suelo y lo chafé con una pierda ante la mirada perdida de Nina, que no estaba segura de qué hacer ante la presión de aquellos policías, los cuales sabían que estábamos por la zona gracias al rastreo del GPS que había instalado Hans en mi teléfono. Totalmente incomunicados una vez más y con solo dos balas, nos encontrábamos en otra encrucijada, por no añadir el problema de que Nina no podía andar con el tobillo en aquel estado. No tenía otra opción que pelearme con aquellos dos tipos hasta conseguir sacármelos de encima.

—Coge la pistola. Debes saber que quedan dos balas. —Se la dejé en las manos—. Dispara sin pensar si no vuelvo, ¿de acuerdo?

—Pero...

—Luego buscaremos una solución.

En silencio, asintió sin protestar, algo muy raro en ella, pero intuía que era más bien por el dolor que sentía en el tobillo.

—Volveré en un momento.

Nina

De nuevo, me vi con la pistola en la mano y con la única intención de protegerme, pero me recordó a Jon y volvió a afectarme. Cerré los ojos mientras Izan dejaba mi cuerpo allí solo, con el

dolor horrible de un tobillo en mal estado y el corazón destrozado.

Se levantó y lo perdí de vista, aunque no me conformé con solo cubrirme a mí misma, sino que me arrastré un poco hacia atrás, sufriendo por el dolor, y levanté un poco el trasero para ver por encima de una ventana de aquel edificio abandonado. Logré divisar a Izan pasar por detrás del coche de policía de forma sigilosa. Como si de un juego de acción se tratase, con el antebrazo, rodeó el cuello de uno de los policías por la espalda sin que este se lo esperara y apretó hasta dejarlo inconsciente. Pero con el otro tipo sí que le tocó pelear, quien se llevó un golpe en el estómago y un puñetazo que solo lo rozó. Cuando se agachó por el dolor, Izan terminó por romperle la nariz con la rodilla. No podía creer lo bien que sabía pelear.

Volvió con una sonrisa.

—¿Dónde aprendiste a pelear así? —quise saber.

Agitado, Izan me miró. Elevó una sola ceja tras desviar su mirada hasta donde estaba subida.

—¿Y dónde aprendiste tú a trepar así con un tobillo torcido?

Le sonreí, agradeciendo que siempre tuviera una sonrisa para regalarme. Llegó hasta mí, me puso el brazo por detrás de su nuca y volvió a cargar conmigo. Era hora de marcharnos.

—Si no puedes caminar, te llevaré en brazos de nuevo.

—Puedo hacerlo.

—Niña...

—Puedo.

Haciendo caso omiso de mi negativa, pasó un brazo por debajo de mis piernas y alzó mi cuerpo para llevarme en brazos.

—No vas a poder cargar conmigo tanto tiempo, Izan.

—Te llevaré el tiempo que haga falta, niña.

Caminamos por los callejones de River para no llamar la atención y conseguir llegar a algún punto donde descansar. Noté que Izan ya no podía más conmigo y le pedí que me sentara en el suelo tras unos cubos de basura que nos ocultaban bastante bien. Miré mi aspecto una vez que estuve en el suelo, sentada y con la espalda pegada a la pared de ladrillos. Llevaba las piernas arañadas y ensangrentadas, así como el vestido, desgarrado por un lateral y manchado de sangre.

Izan se sentó a mi lado, cansado, y cerró los ojos con el fin de relajarse durante un momento, pero los abrió cuando tiré de una parte del vestido para terminar de romperlo y hacerlo más corto.

—Si me hubieras hecho eso el día que te conocí en este callejón, apuesto a que habría caído a tus pies desde el minuto uno.

Se levantó y sacó un pañuelo del bolsillo de su americana. Lo mojó con ayuda de la lluvia, se agachó delante de mí y lo utilizó para limpiar mi rostro de las manchas de sangre que aún quedaban. Se me saltaron las lágrimas.

—Mentiroso.

Se mordió el labio mientras pasaba el pañuelo por los míos.

—¿Por qué crees que miento?

—Caíste igualmente.

Sonrió.

Lo atraje hacia mí. Dejó el pañuelo en mi mano y empecé a hacer lo mismo en su rostro. Tenía el labio partido y algunas heridas en la cara, pero aun así era tan seductor que no pude evitar sentir que necesitaba un beso suyo para olvidar el resto de mi vida.

—Bésame.

—Pensé que no me lo pedirías nunca.

—Exagerado.

—Es demasiado tiempo el que dejas entre beso y beso, niña. —Despejó mi rostro de mechones mojados, los echó hacia atrás y, con cuidado de no abrirse más el labio, me besó despacio—. Pero ¿sabes qué?... Mejor. —Se separó de mí y volvió a levantarse. Jadeó y se llevó las dos manos a cada lado de la cintura—. No puedo contigo. Te haría de todo en cualquier sitio.

—Este beso ha sido corto, no te quejes.

—No sé qué es peor: si corto o largo.

Su sonrisa me dio las fuerzas necesarias para volver a levantarme con su ayuda y seguir adelante. No me gustó tener que estar cerca de casa, pero era el único lugar al que podíamos acudir, aunque fuera claramente un riesgo. Sin embargo, podíamos tener la esperanza de que Hans no creyera que seríamos tan tontos como para ir a casa de Nina.

—No te preocupes por Merinda. Ella ya está avisada.

—¿Qué?

—Fui a hablar con ella.

—¿Cuándo?

—Cuando Hans confió en que le conseguiría votantes.

—Mi padre te consiguió votantes para lograr tiempo.

—Tiempo que después no sirvió para nada porque la Junta tenía a Juliet, así que me tomé la libertad de hablar con Merinda sobre mi padre. Quería saber si lo que habíamos descubierto era verdad.

—¿Crees que nos dejará entrar?

—Ya lo creo.

Estar allí de vuelta con más de una batalla perdida me produjo agonía. Estaba harta de Hans, cansada de que siempre tuviese el movimiento perfecto y la estrategia adecuada. No obstante, uno de los movimientos que no controlaba era el corazón de Merinda, el cual, al parecer, aún estaba dañado por su culpa; un hombre que pasó de ser un ángel a ser el mismísimo diablo.

Conmigo en brazos, mirando la calle de lado a lado y desesperado por que la puerta se abriese para que dejáramos de estar expuestos, llamamos. Una Merinda con ojos más despiertos, cabello bien peinado y rostro mejor cuidado nos abrió de golpe.

—Pasad. —No dudó ni un segundo en aceptar nuestra llegada—. Aquí estaréis a salvo hasta tener noticias de tu padre. Hans nunca vendría donde estoy yo; no me pondría en peligro. Bueno, ni a mí ni a él, claro.

—Gracias.

Y allí estaba, dejándome caer en el sofá desastroso de mi casa ayudada por los brazos de Izan, donde todo seguía igual excepto el aspecto de mi tía, una mujer que durante veinte años había fingido ser mi madre y que, por supuesto, tenía mucho que explicarme.

Según parecía, la confianza entre Izan y Merinda había crecido tanto como para ayudarnos sin rechistar. Era tal su confianza que la llamaba diferente a como yo lo había hecho toda mi vida.

—Meri, ¿tienes algo así como un botiquín? Lo que sea.

—Sí, lo traigo ahora.

Lo miré directamente a los ojos para que me dijera qué estaba ocurriendo allí; no entendía de qué iba todo aquello. Sus ojos verdes me miraron, pidiéndome confianza.

—Toma, Izan.

—Gracias.

Izan se apresuró a limpiarme las heridas y a desinfectarlas mientras el dolor del tobillo no

dejaba producirme mareos. Merinda me miraba preocupada, como nunca lo había hecho, allí de pie, ante mis ojos, que siempre la habían visto en ese mismo sofá con la botella o en la mesa de la cocina con la cabeza agachada.

—¿Se sabe algo de Gregorio?

—Consiguió salir del altercado. Afortunadamente, está con Juliet. La ha llevado al nuevo punto de encuentro de la organización para protegerla.

Tras un movimiento de cabeza de ambos, no pude evitar la pregunta que pasó por mi mente:

—¿Por qué nunca me dijiste que la abuela seguía viva? ¿Por qué nunca me contaste la verdad?

Izan se retiró cuando acabó con todas mis nuevas heridas. Se lavó las manos bajo un silencio incómodo. Caminó hasta nosotras y se quitó la americana. Pasó por detrás del sofá y masajé mis hombros para decirme con ese gesto que iba a dejarnos solas para que aclaráramos lo que teníamos que aclarar mientras esperábamos a que algún miembro de la organización llegase.

La mujer, a la que no conocía por su aspecto y por todas las mentiras que me había ocultado durante tantos años, se sentó despacio en la mesita de café que había justo delante de mí, donde Izan me había dejado mi pie herido apoyado en un cojín. Juntó los dedos de sus manos y me miró, esperando que yo también lo hiciera, pero hui de esos ojos tan extraños para mí en aquel momento.

—La abuela estuvo acusada durante un largo tiempo y no queríamos que tuvieses problemas con la Junta, Nina. Ella misma nos pidió que te alejáramos. En aquel tiempo, una vez eras acusado, te amenazaban y te coaccionaban con la vida de tus seres queridos. Ella se alejó para protegernos. Todas las decisiones sobre ti siempre las tomaba Juliet. Yo nunca quise mentirte. Te dejaron en mis brazos porque para mi hermana era ilegal tener un hijo de un hombre al que no la habían unido. Naciste justo unos meses antes de la boda con Fernando, que era de su misma clase. La ley ya estaba en marcha y era peligroso. Tus padres te protegieron. No sabes lo que les hacían a los niños nacidos fuera de un compromiso legal, Nina. Te lo quitaban de las manos y no volvías a verlos nunca más. Fue horrible para nuestra clase social. Salimos muy perjudicados.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—No estabas preparada para saber en qué mundo tan cruel nos encontrábamos.

—Es cierto, nadie está preparado.

—Y ahora, mi madre ha muerto...

Se tapó la cara con las manos. Su llanto hizo que volviera a preocuparme. Toda la vida había estado cabreada con ella, con una mujer que, en cierta manera, no pudo aceptar aquel cambio de política, como muchos otros.

Se levantó y puso sus labios en mi frente.

—Nunca quise hacerte daño, hija. Todos estos años han sido muy crueles para mí. No podía soportar la traición del hombre que me juró amor eterno. Jamás podré aceptarlo. Lo amaba.

—Al parecer, él no lo hacía.

—Al parecer, no.

La cogí de la mano antes de que se fuera pensando que no la perdonaba. Claro que lo hacía. Era mi madre, y eso no cambiaría nunca para las dos.

—No dejes que tus demonios te arrastren a ese lado oscuro, mamá. —Lágrimas cayeron por sus mejillas cuando la palabra «mamá» llegó a sus oídos—. Nunca dejarás de ser mi madre. Estoy orgullosa de ti, Meri.

—Y yo de ti, hija. ¿Podrás perdonarme todo por lo que te hice pasar?

—Ojalá todo fuera tan sencillo como cuidar de una niña pequeña con tan solo trece años. Ahora

todo es mucho más complicado.

—¿Complicado como estar enamorada del hijo del hombre más maligno de este país?

—Exacto.

Se sentó a mi lado y puso la pierna en la mesita. No recordé cuándo había sido la última vez que Merinda y yo habíamos estado tan cerca. Me atreví a apoyar la cara en su hombro. Al principio, fue frío y extraño, pero cuando su mano se posó sobre mi cabello húmedo, supe que no todo estaba perdido entre nosotras.

—Él es maravilloso. Me recordó a su padre cuando era joven. Era tan guapo como él, pero con los ojos de Celia. Eso me destrozaba. Mirar las noticias y ver al hijo que podría haber tenido yo con Hans, la vida que podría haber llevado junto a él...

—Pero, por suerte, se llevó una parte del carácter de Celia, que es una gran mujer.

—No dejes que te ocurra lo mismo. Debes luchar por lo que muchos no hemos sido capaces.

—No soy capaz. No puedo. No sé cómo debo hacerlo.

—Utiliza mi secreto, Nina.

Cuando pensé que podría derribar la imagen de Hans con su mayor secreto, no pensaba en las consecuencias; no de la misma manera que lo veía entonces.

—Te matarán, lo he visto. He visto cómo mataban sin miramientos a mi abuela...

Ambas volvimos a llorar por ella.

—Lo sé, pero debes hacerlo por tu bien y por el de la gente. No dejarán de asesinar a personas con tal de que la ley siga su curso. Tienes que contárselo a tu padre, Nina.

—No.

—Debes hacerlo.

—Lo destrozaré.

—Sí, y me odiará, pero debes hacerlo.

Pasó un tiempo, durante el que hablamos mucho más de todo lo sucedido. Ella quiso saber cómo había muerto su madre. Saber que había fallecido en mis manos hizo que se sintiera mal, tanto que vi cómo su pecho se encogió. Por un momento, pensé que volvería a perderla y la tendría con una botella de alcohol, pero, afortunadamente, no pasó.

Mientras estábamos escondidas allí, a la espera de que mi padre, como siempre, viniera a por mí y pudiera curarme el maldito tobillo, Izan bajó las escaleras con un aspecto bastante renovado.

—Nina o Meri, ¿tenéis algo que dejarme?

Llevaba el pelo mojado. Vestía solo la parte de abajo porque se había quitado la camisa manchada de sangre. Había dejado su torso desnudo, esperando que le ofreciésemos una camisa. En su rostro se dibujó una sonrisa traviesa cuando lo miramos de arriba abajo, contemplando su figura.

—Cómo me gusta veros así de bien, chicas.

—Y a nosotras, y a nosotras...

Nos quedamos calladas, observando aquel cuerpo tan maravilloso. Las cicatrices lo hacían aún más atractivo.

Merinda habló muy seria:

—Pues retiro lo de antes. Hans no tenía el cuerpo de este niño.

—¡Mamá!

—¡Sí, sí! ¡Una camisa!

Entre las risas de los tres, se levantó fingiendo tener prisa en ir a buscar una camisa que ponerle a aquel hombre tan seductor, quien, con su naturalidad, nos había dejado traspuestas. Se secaba el

pelo mientras yo seguía contemplando esos labios, esos ojos verdes... Estaba claro que tenía un problema como para pensar en eso en aquel momento.

—¿Cómo te encuentras?

Él sabía que me sentía atraída por él, por eso se sentó a mi lado y puso una mano entre mis piernas. Subió las suyas a la mesa y me miró con una sonrisa poco inocente.

—Bien. —Me tembló la voz cuando sus dedos llegaron muy cerca de mis partes más íntimas—: Deja de hacer eso.

—Y tú deja de mirarme así si no quieres sacar la fiera que llevo dentro.

Capítulo 9

Consecuencias

Nina

Merinda llegó con una camisa negra. Izan se levantó de golpe por respeto y la cogió de su mano. Se la puso y se fue hacia la ventana al escuchar el ruido de un motor. Yo no me levanté porque no podía.

—Ya están aquí.

—¿Mi padre?

—No. Hans.

—¿Cómo?

Empezamos a ponernos nerviosos.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Escondámonos. Quizá viene a preguntar.

—Vamos.

Me cogió en brazos y fuimos a la planta de arriba. La puerta sonó y el corazón se me encogió al pensar que podrían hacerle algo a Merinda. Intenté confiar en que no fuera así.

Desde allí, la conversación se escucharía. Merinda abrió la puerta con firmeza sin que se le notase que algo estaba ocultando. Hans entró en la casa cuando ella se lo permitió.

—Hola, Meri.

Hubo algo en la mirada de Hans que me conmovió. Tanto Izan como yo tuvimos la misma sensación.

—Hola, Hans.

—Cuánto tiempo sin vernos tan de cerca. —Se rascó la nuca, nervioso. Mostró un lado humano que, al parecer, solo sacaba en presencia de Merinda.

—Así es. —Hizo una pausa y prosiguió—: ¿Qué te trae por aquí, Hans?

—Estoy buscando a tu sobrina y a mi hijo. La última vez se los vio por los alrededores. ¿Han pasado por aquí?

—Por aquí no. Hace mucho que no veo a mi sobrina, Hans.

—Si sabes dónde pueden haber ido, es tu obligación comunicárselo a la policía.

—De acuerdo.

Se hizo una pausa incómoda entre ellos.

—¿Vino mi hijo a verte ayer?

—Así es.

—Y le contaste la verdad.

—Por supuesto. Por suerte, tu hijo no es como tú.

—Él es como yo.

—¿Hasta cuándo vas a estar atormentando a tu hijo y a mi sobrina?

—Hasta que se arrodillen y dejen de darme problemas, Meri.

—Estás haciéndoles lo mismo que me hiciste a mí.

—No me hagas recordarlo, por favor.

—Ha sido una mala idea que hayas venido.

Quiso cerrarle la puerta en las narices, pero Hans la detuvo.

—Si dices o haces algo para que toda la verdad se sepa y así vengarte de mí, serás sentenciada a muerte por traición y no podré salvarte. Las normas son las normas, Meri.

—Pues que así sea.

—Meri...

—Adiós, Hans.

—¡Meri!

Ahora sí, le cerró la puerta en las narices, pero Hans continuó gritándole detrás de ella, en la entrada:

—¡Si lo haces, juro seguir matando a todos tus seres queridos! ¡Uno a uno! ¡Empezando por la más pequeña!

Noté la rabia de ese hombre desde lo alto de las escaleras, donde estábamos sentados. Golpeó la puerta. Merinda se puso como una fiera y abrió de nuevo para enfrentarse al anterior amor de su vida.

—¿Incluso si esa más pequeña es tu propia hija?!

Se me heló la sangre. Lo había dicho antes de tiempo. Eso iba a complicar las cosas. Hans tendría tiempo para prepararse.

—¿Cómo dices?

Se hizo un silencio muy largo, en el que ambos se miraron con los ojos bien abiertos y enfurecidos. Los rescoldos que probablemente quedaban de su antiguo amor se vieron alterados en aquel momento. De nuevo, un impulso nos costaría una consecuencia.

—Lo que oyes.

Hans tuvo que apoyarse en el marco de la puerta.

—¿Cómo...?

—La noche que me violaste.

—No... No puede ser.

—Sí, Hans. ¿Acaso no viste los ojos de la niña cuando la tuviste en tus manos para amenazar a Gregorio? ¡Lo amenazaste con tu hija!

—¿Y Gregorio no lo sabe?

—Por supuesto que no.

—También le mentiste a él.

—No quise darle más motivos para matarte.

Se quedó helado. Pensativo. Ordenando las ideas muy rápido.

—Y aparte de nuestra relación..., ¿esto también se lo dijiste a Izan?

—Sí, por supuesto.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? ¡Has hecho que mi hijo me odie y tenga que hacer cosas que no puedo permitirme!

Ella le plantó cara:

—Por venganza. He decidido jugar a tu mismo juego.

—Tendrías que haber abortado. Ahora puedo hacer que te maten y que la maten a ella.

—¿Estás seguro? Luego te matarán a ti.

—Entonces no me dejas otra opción, Meri. Es cierto. —Se giró y caminó hacia el coche en el que había venido.

Izan bajó las escaleras con rapidez para ver adónde se dirigía tan deprisa.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Merinda.

—¡No me has dejado otra opción! ¡Voy a acabar con el problema! —Salió a la calle y le gritó a su padre—: ¡Hans! ¡Espera! —Pero el coche salió derrapando y se alejó rápidamente.

Meri se quedó en la puerta, pensativa.

—¿Adónde va?

Izan enloqueció:

—¡Gregorio tiene que venir ya!

Merinda volvió dentro de la casa y cogió una mochila para llenársela de cosas. Llamó a Gregorio una vez más, pero este no contestó. Acababa de deducir adónde se dirigía el alcalde.

—¡Va a por mi hija! —No podía ni respirar—. ¡Va a por mi hija!

Cojeando, bajé aquellas horribles escaleras.

—Va a por Yina, seguro.

—Joder! ¡Siempre tiene salida para todo!

Por suerte, el teléfono de Merinda sonó en ese instante, en el que nuestros corazones estaban perdidos con Yina en la isla.

—¿Dónde cojones estabas, Greg? ¡Llevo horas llamándote! —Enfadada, bufó—. Que sí, que sí. —La relación entre ellos no había cambiado en absoluto—. Están aquí conmigo, pero Hans ha venido en su búsqueda, y para distraerlo, he tenido que hablar con él de otras cosas. —Tragó saliva. Estaba nerviosa—. No puedo contártelo por aquí, Greg. Necesito tiempo. Solo puedo decirte que va a por Yina. Estamos seguros. —Puso los ojos en blanco—. ¡No puedo decirte ahora el motivo! Ven a buscarnos. ¡Ya! —Colgó el teléfono muy enfadada.

Me apoyé en el sofá de nuevo mientras Izan cerraba las cortinas después de echarle un vistazo a la calle. Merinda empezó a tener un ataque de nervios.

—Eh, Meri. —Se acercó a ella—. Todo irá bien. Él aún no sabe dónde está Yina, así que tenemos algo de tiempo hasta que lo averigüe.

—¿El mismo tiempo que tuvimos para que casi matara a mi hermana y a mi madre? ¡No tiene escrúpulos, Izan!

—Es cierto, pero esto es diferente. Él no conoce la isla.

No quise aportar negatividad, pero la historia de Rafael con su mujer me hizo recordar que no tendríamos tanto tiempo. Hans era ágil en atar cabos sueltos. De Noel, podrían pasar a la isla en cuestión de horas por pura lógica.

—No estoy del todo segura. Solo es cuestión de tiempo que lo averigüe. Todo está demasiado unido.

—¿Lo ves? ¡Le dije a Greg que era el mejor lugar para protegerla! ¡Y ahora van a por ella!

—¡Eh, eh!

Los brazos de Izan abrazaron a una Merinda fuera de sí.

—Lo mato... Como toque a mi hija, lo mato.

Izan negó con la cabeza y le aseguró:

—Antes lo mataré yo por tocar a mi hermana.

La organización se encargaba de seguir los pasos de Hans sin más, sin acercarse o arriesgarse a que este supiera que lo seguían. Gregorio había puesto vigilancia para saber si alguien se aproximaba al puerto o si algún avión privado acudía a la isla. Mantuvo contacto con Rafael para averiguar si había algo extraño, pero nada ocurrió entonces.

Me dio tiempo a recuperarme de, finalmente, una simple torcedura de tobillo. Dormimos durante días, nos curaron y nos alimentaron en el nuevo recinto de mi padre, lejos de la capital.

Recordar los momentos en la clínica no me fue muy bien, pero necesitaba recuperarme. El tiempo pasó y me sentí mejor.

—¿Se sabe algo de Noel o de Rafael?

Mi padre estaba sentado en su nuevo despacho, organizando algún tipo de plan. No me miró a la cara.

—Todo está bien. No hay nada extraño.

—¿Yina está bien?

—Sí.

—Papá...

—No, Nina. No te quedaste con tu hermana, y mira todo lo que ha pasado. ¡Tu abuela ha muerto y Juliet está destrozada! ¡Y, para colmo, la mujer a la que he cuidado durante veinte años me engañó diciéndome que estaba embarazada de mí!

—¿Qué esperabas que hiciera ella?

—¡Podría habérmelo contado! ¡Ni siquiera nos acostamos aquella noche cuando estábamos borrachos! ¡He estado años sufriendo los reproches de Juliet por algo que no hice! ¡Fue el hijo de puta de Hans quien la violó! ¡Estoy tan cabreado que quiero matar a alguien!

—Sobrevivimos, papá. Todo el mundo sobrevive como puede.

Lo vi tan agobiado que necesité salir a tomar aire y dejarle su espacio. Todo estaba tan reciente que ninguno de nosotros se había parado a hablar para poder encajar nuestras míseras vidas. Ni siquiera Izan y yo habíamos podido besarnos, y sabía que volvería a echarme en cara que había pasado mucho tiempo entre un beso y otro.

Bajé y salí de aquel recinto en cuanto pude apoyar algo más el pie. Hacía calor y la zona era muy seca. Miré atrás y vi la supuesta fábrica, que tan solo era una tapadera más para tener un sitio donde hacer más numerosa la organización. Por mucho que perdiéramos una vez tras otra ante Hans, ese lugar seguía haciéndose más grande.

Busqué a Izan por todos lados, pero no lo encontré. En el camino me topé con Jane, que venía algo cabreada. Tiró sus guantes de entrenamiento al suelo.

—¿Qué ocurre?

—Es imposible ganarle a ese tío.

La voz de Noel, quien se incorporó a la conversación, fue como una bomba de alegría:

—¿Ganar a un Blake? Imposible. Llevo años intentándolo. Tendrías que haber probado cuando estaba débil.

Mi compañera se fue frustrada pero riéndose por el comentario de Noel, que había llegado con mucho ánimo al recinto.

—¿Cómo va ese tobillo?

—Mucho mejor.

Logré localizar a Izan en la sala de entrenamiento, golpeando un saco que estaba colgado. El sudor hacía brillar su piel, lo que provocó que tuviera que dejar de mirarlo para evitar que vinieran pensamientos lujuriosos a mi cabeza.

Se retiró los guantes en cuanto nos vio a los dos ir hacia él.

—Me alegro de que estés mucho mejor, porque no tardaremos en ponernos en marcha. Tengo que darte algunas clases.

Noel irrumpió en nuestra conversación para bromear de nuevo:

—¿Tú a mí?

—No, idiota. A Nina. A ti ni enseñándote.

Solté varias carcajadas.

—¡Ja! ¡Te reto!

—¿Tú a mí? ¡Venga!

Los dos amigos se pusieron a pelear. Ambos eran buenos, pero Izan tenía un don especial. Sabía prever los movimientos de su adversario como si le leyese la mente. Daba respeto incluso intentarlo.

Una voz fina ensanchó mi sonrisa:

—Vaya dos.

Wen se encontraba a mi espalda, con una bonita sonrisa carmesí.

—¡Mira quién está aquí!

—¡Izan!

Ella corrió como una niña hasta él y se lanzó a sus brazos; él levantó su cuerpo y le dio vueltas en el aire; dos amigos de sexo opuesto que llevaban su relación de amistad en secreto para el resto de la sociedad.

—¡Estás guapísimo!

—¡Tú estás preciosa! ¡Ya eres la futura esposa de Noel!

—Sí, gracias a Nina. —Cambió su cara de golpe—. Pero mi padre ha venido para pedir protección para mí. Voy a quedarme un tiempo. Hans está muy cabreado, según dice mi padre. Está buscando a Yina por todas partes.

—Lo sabemos.

—Es cuestión de poco tiempo que la encuentre, por eso mi padre me trajo aquí, por si intentaba por segunda vez amenazarnos. Gregorio aceptó sin dudar que me quedara con vosotros.

La rubia vino hacia mí cuando se alejó de los brazos de Izan. De forma automática, buscó los míos. Izan nos habló a todos con sinceridad:

—Ahora mismo, todos estamos en peligro.

Noel recalcó:

—Todos.

Izan

Todos sabíamos que estábamos en peligro porque habíamos atacado al Gobierno, lo cual tendría consecuencias. Sin embargo, en los medios de comunicación no hubo noticias al respecto, excepto un nuevo atentado terrorista por parte de la organización. Otra vez, Hans estaba tapándolo todo.

Dentro de aquella fábrica, un día más entramos los cuatro en la gran sala donde solíamos comer en grupo. Allí, la gente miraba la pantalla de la televisión esperando que nuestros nombres salieran por alguna parte, pero las noticias solo hablaban de que la organización estaba siendo perseguida por sus crímenes. Nada de Nina o de mí. Y eso era lo peor: no saber qué esperar de Hans.

A pesar de que teníamos la mejor manera de destrozar su reputación por varios puntos infligidos de la Ley OSDE, eso también conllevaba acabar con la vida de Merinda y de Yina. Por no hablar de la gente que había matado por dinero o la lista que había encontrado en su despacho. Lo más grave fue ver en esa lista el nombre del presidente. En ese momento, volví a pensar en mi hermana Gisela, que había sentido el dolor de que un padre la excluyera de nuestras vidas para salvaguardar su reputación. La echaba de menos.

Opté por interrumpir la comida de Gregorio y ponerme delante de él cuando un día más vi que

aquello no avanzaba. Cada vez me fiaba menos del silencio de Hans, sobre todo después de lo furioso que se puso al saber que Yina era su hija. Me senté enfrente de él. Él se molestó. Tan solo mi presencia lo incomodaba, pero por mucho que me quisiera fuera de allí, su hija me quería tanto como yo a ella, así que le tocaba soportarme.

La sonrisa de Nina iluminó aquella sala en cuanto entró. Llevaba un vestido que acababa a la altura de sus muslos, y su aspecto lucía mucho mejor. Las heridas habían casi sanado y podía apoyar mejor el pie. Intenté que no se me notara las ganas locas de acostarme con ella; más que nada porque tenía a su padre justo delante mirándome con cara de pitbull.

Empecé la conversación:

—Analizando todo lo ocurrido, he pensado que tenemos que ir a por Yina y a por toda esa gente de la isla. Sacarlos de allí, Gregorio.

El gesto de su cara fue de desaprobación.

—¿Quieres que los llevemos directos a Yina?

—Lo descubrirán igualmente, y entonces ya será tarde. Tenemos que adelantarnos a sus movimientos. Sé cómo trabaja mi padre, Gregorio.

Negó con la cabeza.

—No.

Puse mala cara.

—Parece que no lo entiendes. Lo averiguará de todos modos, y para cuando lo sepa, la tendrá.

Elevó las cejas.

—¿Qué propones?

—Propongo vaciar la isla.

—¿Y qué hacemos con toda esa gente? ¿Crees que tengo un hotel para hospedar a todos los que Rafael tiene allí?

Nina se sentó a mi lado y se unió a la conversación:

—No hace falta vaciarla. Rafael me enseñó que bajo tierra tienen un lugar donde poder pasar bastante tiempo; el suficiente para que Hans no pueda encontrarlos.

Gregorio hizo un gesto de aprobación tras haberlo pensado durante unos segundos.

—Es bueno saberlo.

Nina y yo se lo planteamos juntos una vez más:

—Cogemos a Yina y ellos se esconden.

Asintió.

—Es una buena propuesta. Al parecer, está desesperado por encontrarla, por lo que removerá cielo y tierra hasta eliminar su fallo de tener una hija ilegal.

Nina me dejó hablar antes de que su padre se dirigiese a ella:

—Iremos los dos solos.

—¿Estás loco?

Supe que reaccionaría de aquella manera.

—Si vamos todos, destacaremos y no nos dará tiempo a pillarlo por sorpresa.

Renegó. Yo asentí por él.

—Bien, pues ese es el plan, y esta vez tenemos que estar preparados.

—Siempre tan cabezón, Blake.

Admití ante él que era cierto, que era un cabezón. Miré a Nina de arriba abajo con un cariño especial. Al final, resultábamos ser un buen equipo.

Una noticia de última hora fue retransmitida: «La Junta Directiva decide aplazar las elecciones

hasta recuperarse de la pérdida de cinco miembros por el atentado reivindicado por la organización terrorista en la plaza central. La próxima fecha será anunciada en la menor brevedad posible».

Gregorio enfureció de nuevo.

—No hemos reivindicado nada.

Nina le contestó:

—Nos utilizarán siempre si seguimos actuando de malas maneras.

—Teníamos que salvar a Juliet. Fue algo que no pudimos prever. Mientras buscábamos un lugar donde poder decirle a toda la población la verdad, resulta que la Junta estaba adelantándose a nuestros planes. Y ahora que Hans lo sabe, ya no tenemos nada.

—Tenemos la verdad, papá.

—La verdad me ha destrozado, hija.

Tuve que intervenir para echarle una mano a la imagen de Merinda:

—Merinda lo dijo para protegernos.

—Lo sé, pero eso no hace que me sienta mejor. Ahora mismo me siento engañado, y no puedo hacer nada para cambiar eso.

Los ojos de Gregorio estaban llorosos. Nina no fue capaz de darle un abrazo. Solo pudo ponerle su mano sobre la suya y regalarle una sonrisa. La realidad era que en aquella familia todos se habían ocultado algo, por muy poco que fuera.

En la sala de entrenamiento no podía tener mejor compañía que la de aquella preciosidad, que en ese momento se agachaba con aquellos *leggings* y se le marcaba todo el contorno del trasero tan bonito que tenía.

Me puse los guantes y suspiré, sabiendo que darle clases a la mujer que me volvía loco no era una gran idea. Sobre todo, cuando tenía a Gregorio en la nuca todo el tiempo sin dejar siquiera que pudiera dormir con ella. Incluso cuando la miraba estando él delante, lo tenía encima como un perro rabioso. Pero por fin estábamos solos, y juré que enloquecería en cuanto sacara provecho de la situación.

—¿Preparada?

—Ya lo he hecho antes.

—Pero no conmigo. —Me quedé callado, analizando la frase—. Espera, ¿estamos hablando del entrenamiento o de...?

—¡Del entrenamiento!

Con un rubor precioso en sus mejillas, golpeó mi antebrazo. Se quitó el cabello de la cara y se hizo una coleta alta, despejando así su cuello y su pecho. En ese momento, ya empezaba a calentarme, y ni siquiera había tenido que tocarla.

—Venga, hagámoslo.

Me quedé de pie, quieto, mirando sus pechos.

—¿El qué?

Volvió a darme en el hombro.

—¡Entrenar, Izan, entrenar! —Sus mejillas se pusieron más rojas.

—¡Ah, vale! ¡Pensaba que veníamos a otra cosa! —Sonrió con timidez. Me acerqué a sus labios y le puse una mano en la cintura—. ¿Qué pasaría si cogiéramos estas dos horas para hacer otro tipo de entrenamiento?

—Que me mataría en la isla.

Los dos nos reímos, sabiendo que era cierto lo que decía.

—Bien, pues empezemos entonces.

Lo hice con ella tal y como me habían enseñado desde niño, aunque sabiendo que eran técnicas bastante mías que compartía por primera vez con alguien; todo desde el principio, desde la concentración hasta saber identificar qué movimiento iba hacer tu contrincante. La hice golpear el saco mientras le miraba los brazos y los pechos. Cerraba los ojos de vez en cuando para evitar lanzarme sobre ella y comérselo todo.

Una gota de sudor le bajó por el escote. Opté por pasar al cuerpo a cuerpo. Necesitaba tocarla de una vez.

—Venga, golpea como lo harías normalmente.

—¿Estás seguro?

—Claro, venga.

Su mirada se fue a mis partes bajas y me perdí. Olvidé que era yo el que estaba enseñándole a ella. Logró golpearme en la cara.

—¡Deberías estar concentrado!

Me froté la zona golpeada. Sonreí como un idiota mientras movía la mandíbula. Ninguna mujer me había pegado con tanta sensualidad. Me entró de todo en el cuerpo al verla allí delante de mí, vacilándome, con esos labios carnosos y esas tetas que me volvían loco.

—¡Y tú deberías dejar de distraerme!

—Pues deja de mirarme las tetas y concéntrate.

—No puedo, de verdad que no puedo.

Nuestras miradas volvieron a encontrarse de esa manera tan seductora que teníamos los dos. Estaba seguro de que yo le creaba el mismo sentimiento que ella a mí. Fue el bulto de mi pantalón el que, precisamente, se lo comunicó. Nina se quitó un mechón de la cara y se mordió los labios con una descarada sensualidad que hizo que tuviera que tocarme. Estaba nervioso. Deseé besarla.

—Otra vez ha vuelto a pasar mucho tiempo de un beso a otro.

—Es cierto.

Caminó hasta mí, logrando que perdiera la cabeza. Acarició mi pecho y me temblaron las piernas. Noté que volvía a sentir cómo mi cuerpo estaba siendo impulsivo, sobre todo cuando me puso sus labios tan cerca para que los besara. No lo dudé ni un segundo. Rodeé con mis brazos su cintura y la atraje para besarla.

Nina

Sus brazos atraparon mi cintura y me acercó a él para besar sus labios inquietos. Sentí calor en todo el cuerpo, humedad en mis partes bajas y sudor en mi nuca. La piel se me erizó cuando nuestras lenguas volvieron a encontrarse. La fuerza de nuestros besos nos hizo movernos de un lado a otro mientras delineaba el contorno de mi cuerpo hasta bajar a mi culo, desnudarlo y tocarlo sin ropa. Enloqueció y me besó el cuello con deseo, para acabar mordiendo mi clavícula. Entretanto, yo aproveché para posar mis labios en la zona baja de su barbilla.

—¿Así es como entrenáis?

La voz de mi padre cortó de golpe la intensidad de nuestro momento de pasión. Ni él ni yo pudimos contestar. Jadeábamos y estábamos sudando por la gran excitación que acabábamos de vivir. Casi nos costó dejar de besarnos después de aquella interrupción.

Izan se limpió los labios con disimulo y le dio la espalda para evitar que le viese el calentón que llevaba. Afortunadamente, yo me recuperé más rápido y pude contestar tras varios segundos:

—¿Qué pasa?

—Tenemos noticias. Ya no hay tiempo. Tenéis que marcharos a la isla, hoy mismo.

Izan se recuperó y logró hablar:

—¿Qué ha pasado?

—Alexander me ha dicho que Hans tiene un contacto que le ha contado dónde has estado todo este tiempo con tu hermana. No sé si han vuelto a traicionarnos, pero el caso es que hay que ir para allá porque Hans está preparando un avión privado. En cuanto lo tenga, irá hasta la isla.

Izan empezó a recoger la bolsa de entrenamiento.

—¡Ya tendríamos que haber salido! ¡Lo dije!

—Llegaremos antes, tranquilo. Noel está haciendo que el aeródromo pequeño de la capital esté parado debido a una incidencia técnica. Nosotros tenemos el nuestro aquí y podemos salir enseguida. Por eso escogí este lugar.

—Pues vamos entonces, no esperemos más.

Recogimos las cosas en la mayor brevedad posible para viajar a la isla. Llevábamos provisiones para el viaje, y mi padre nos dio las armas suficientes para protegernos. Nos despedimos de los compañeros y amigos, quienes querían acompañarnos, sin embargo, aquello era mejor hacerlo discretamente. Pondríamos un pie en la isla, meteríamos a toda esa gente en el búnker de Rafael y nos llevaríamos a Yina. Ese era el plan. Aún teníamos tiempo para enmendar nuestro error y salvar a mi hermana.

Meri y Juliet salieron fuera para despedirse también de nosotros de manera privada. Verlas juntas era un gran logro. No se hablaban, pero por lo menos no se deseaban la muerte mutuamente.

Sonreí al tenerlas delante.

—Jamás pensé que os vería juntas de nuevo.

Los dos me miraron, siendo conscientes de que su relación no iba a cambiar de la noche a la mañana pero que, sin duda, podría tener alguna solución. Juliet, que seguía conmocionaba por la muerte de su madre, habló pausadamente cogiéndome de las manos:

—Ahora lo importante es Yina. Tenemos que estar toda la familia unida. —Se le cayeron las lágrimas—. Vuelve, por favor.

Izan abrazaba como despedida a Merinda. Al ver esa imagen, le di vueltas a si hacer el mismo gesto con mi madre biológica.

—Claro.

Y lo hice, aunque estuviese tan enfadada con ella como con Merinda. Pero en el fondo supe que solo sería cuestión de tiempo; tiempo que, por el momento, no tenía. No obstante, nunca sabría si volvería a verlas para poder perdonarlas a ambas.

Al abrazarnos, me recordó todo lo que había vivido de niña a su lado. Era cierto que quien me había hecho muy feliz había sido en aquel entonces mi tía Juliet, que ejercía como madre sin que yo lo supiera. También le di otro abrazo a mi otra madre.

Izan me ayudó a despedirme de ellas para ir hacia el avión privado, donde mi padre nos esperaba con dos compañeros más de la organización. El aire que azotaban las hélices me puso frenética. Tuve miedo de subir, pero lo hice con la ayuda de Izan, que impulsó con sus manos mi trasero para que me elevara y me sentara. Me pusieron el casco, cerraron la puerta y el helicóptero se preparó para ponerse en marcha. Sabíamos que era una locura ir hasta allí, que llamaríamos la atención de la seguridad marítima y todo lo que vendría después, pero por una

hermana y una hija se hacía lo que fuera.

Izan puso su mano encima de la mía.

—Tenemos que estar preparados para todo. Hans no nos dejará llevarnos a Yina tan fácilmente. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Estaré detrás de ti todo el tiempo. No te dejaré ni un minuto. Te lo prometo, niña.

—Lo sé.

Estaba segura de que aquel hombre no me dejaría ni un segundo sola. Intentar protegerme era su mayor objetivo desde que me conoció, y yo sabía que desde el día que lo vi por primera vez, él también se volvió mi prioridad.

—Bien, el plan es que bajéis a la isla y que, sin que Rafael se ponga muy histérico, le comentéis que tienen que desalojarla.

Izan aportó información:

—Se pondrá histérico, ya te lo digo yo.

—Y yo te lo confirmo.

—Intentad coger a Yina con la mayor rapidez posible y largaos. Estaremos por el aire hasta la señal.

—¿Qué señal?

—Dibuja en la arena un círculo para que podamos verlo desde arriba. Es lo más discreto. En cuanto os veamos, bajaremos y nos marcharemos.

Los dos estuvimos de acuerdo con esa locura de plan, pero según iba avanzando aquel helicóptero, nos poníamos más nerviosos.

Capítulo 10

Giro inesperado

Nina

Tras varias horas de vuelo, logramos visualizar la Gran Rebel desde arriba, pequeña y casi pareciendo un dibujo pintado en medio del mar. Estaba tranquila y no se veía a gente desde allí. Miré el reloj para comprobar si esa era la hora de estar cada uno en su cabaña, y lo era. Se lo expliqué inmediatamente a Izan. Lo puse al día de cómo era la isla y qué normas tenía. Sabía que, en cuanto bajáramos, toda esa gente se habría metido en el búnker, menos los vigilantes, que estarían en cada punto de las montañas esperando saber quiénes éramos.

El ruido del helicóptero hizo que mi padre gritara para que escucháramos su señal:

—¡Es hora de bajar!

Fue descendiendo poco a poco, azotando la arena con el aire que producían los motores y las hélices. Nos lanzaron una cuerda y el primero en bajar fue Izan. Me cogió para que no me hiciera más daño en el tobillo, que aún estaba un poco débil. Su cabello ondulaba por el viento y su camisa negra planeaba mientras sus brazos me sostenían en el aire, hasta que me dejó en el suelo muy despacio. Nuestros zapatos se hundieron en la arena. Tomé la mano de Izan y seguimos adelante en cuanto Gregorio volvió a elevar su vehículo privado. A los pocos segundos, se vio deslumbrado por un pequeño reflejo.

—Están observándonos desde cada acantilado —lo informé.

—De acuerdo.

—Puede que me hayan reconocido. Tienen prismáticos. No es normal que no disparen.

Entre las palmeras, el rostro de Rafael apareció, curioso. Nos miró a ambos desde la distancia que nos separaba. Nos reconoció gracias al último rayo de sol que se escondía para dejar paso a la luna. Avanzó, apresurando el paso para llegar hasta nosotros y saber qué estábamos haciendo allí los dos sin permiso. No se me olvidaba que había sido como su hermana durante un tiempo.

—¡Larson!

—¡Rafael!

Me lancé a sus brazos, los cuales extendió con entusiasmo. Me abracé con fuerza a su cuerpo y él me apretó con sus gigantes bíceps. Sabía que estaba asustado por nuestra llegada, pero no me negó el abrazo. No quiso evitarlo.

—¡Rafael!

—¡Blake!

Se apretaron la mano en un principio, pero pasaron de formalidades y, con una sonrisa, se abrazaron como si se conocieran de toda la vida.

—Llevo años queriendo verte, pero ya sabes que estamos muy limitados.

—Lo sé. Lo mismo digo.

Se puso serio mientras nos hacía avanzar para traspasar la seguridad de la valla.

—Imagino que el motivo de que estéis aquí no es nada bueno. Hemos leído los periódicos sobre el atentado. Aplazan las elecciones.

Rafael era un hombre que resultaba un poco desconfiado con la gente al principio. Entendía el porqué. Y no era para menos, después del fallecimiento de su mujer. Así que hablé por Izan, que

no supo muy bien qué decir por la falta de confianza:

—No es nada bueno. Tienes que escucharnos, porque es grave. Prométeme que me harás caso y harás lo que te diga.

—Te dije que era mala idea, Larson.

—No iba a dejar morir a Izan, y tampoco a mi madre, Rafael.

Pensó durante un segundo. Él tampoco habría dejado que eso pasara.

—Lo sé.

Caminamos hasta la seguridad, pero nos detuvimos porque no habíamos ido hasta allí para pasar un control y entrar a la fiesta que, seguramente, estarían montando allí dentro. Los conocía. Cada día había alguna para entretenerse.

—Bien, pues cuenta lo que tengas que contarnos a todos en el punto de encuentro.

—No quiero que la gente se asuste.

Continuamos avanzando. Nos detuvieron en la puerta mientras Rafael conversaba con los de seguridad, que no aceptaban que pasáramos con armas a partir de aquel punto.

—No voy a dejar mi arma —dejó claro Izan—. Ahora mismo, no es momento de quitarnos las armas. Te lo aseguro.

—Déjenlo pasar —les ordenó Rafael.

Las puertas se abrieron para nosotros tres. Fuimos detrás de nuestro anfitrión, sabiendo que perdíamos mucho tiempo a cada paso que dábamos. Pero lo que no podíamos perder eran los nervios, así que le pedí a Izan que se relajara. En ese momento, sentí que alguien me miraba de arriba abajo. Me sentí inspeccionada, desnuda por un segundo, tras el cual me giré para averiguar quién me observaba, pero no logré localizar a nadie.

Izan notó mi incomodidad.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, noto algo extraño.

—Relájate, niña. Son los nervios por el poco tiempo del que disponemos.

Cogió mi mano y seguimos avanzando entre la gente. Todos supieron quiénes éramos justo cuando pasamos por delante de ellos. Nos miraban con ojos curiosos y oídos despiertos con el fin de lograr escuchar algo de nuestra conversación. Entonces, ver los pequeños ojos verdes de Yina le restó importancia a sentirme observada. Centré mi atención en ellos, y cuando la pequeña me vio llegar con Izan, su rostro infantil mostró sorpresa. Corrió como una liebre entre la gente. Se chocó contra Rafael, que avanzaba más rápido que nosotros, y este le tocó la cabeza de refilón con un gesto de cariño.

—¡Izan!

Sonreí cuando su verdadero hermano de sangre se preparaba para recibir a su nueva hermana. Siempre habían tenido esa conexión especial, esos ojos tan verdes y especiales. No entendí cómo no pude darme cuenta antes; aunque eso significara ser consciente de que Yina era una Blake, que no era algo que me gustara demasiado.

—¡La pequeña Yina!

Sus brazos la cogieron y la alzaron.

—¡Sabía que lo conseguiría! ¡Que te traería! ¡Lo sabía, Tata!

—Aquí estoy contigo. Y voy a llevarte a casa.

—¡Sí!

Se abrazó al cuello de Izan y suspiró. Los ojos de él derrocharon lágrimas de ilusión por tenerla en brazos. Habíamos logrado llegar antes que Hans. Podríamos protegerla. Luego se lanzó a mis

brazos y la sostuve entre ellos mientras besuqueaba toda su cara e Izan empezaba el discurso que teníamos preparado para toda esa gente:

—Buenas tardes. Soy Izan Blake. Estoy seguro de que me conocéis por Larson. Hemos venido a traeros un mensaje y una advertencia para salvaros. —Me miró—. Será mejor que te lleves a la niña de aquí. No quiero que lo oiga, no está preparada.

—De acuerdo.

Los ojos rasgados de Felina aparecieron entre el gentío. Fui directa a abrazarla. Me habló al oído mientras mantenía a Yina en brazos pero distraída con mi pelo:

—¿Vienen a por ella?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Es su hija.

—Oh, Dios mío.

Esa mujer tenía la capacidad para relacionarlo todo de tal manera que no hacía falta que le contara realmente nada. Su sabiduría hacía que comprendiera las cosas con mucha facilidad.

De nuevo, volví a sentir la misma sensación de ser observada, así que intenté sacar información:

—Veo caras nuevas.

—Sí, hay gente nueva. No muchos. Te los presentaré.

La seguí hasta un lateral, desde donde pude oír cómo el discurso de Izan —llevado con astucia y de una manera nada escandalosa— convencía a las personas de que tenían que esconderse para ganar una guerra y librarse así de ser asesinados por Hans. La gente no se alteró por las palabras de Izan. Era bueno jugando a ser la parte parecida de su padre.

—¿Es cuestión de horas?

—Así es.

Cuando Felina y yo tuvimos esa corta conversación, nunca habría pensado que en vez de horas teníamos segundos. Los ojos de Izan se agitaron y se agrandaron cuando vio cómo una bala rebotaba en un bidón en el que había una pequeña hoguera. El bidón cayó al suelo, y no nos dio tiempo a reaccionar cuando empezó a quemarse todo a su paso en décimas de segundo.

—Pero ¿qué cojones...?

Nos buscamos entre los gritos de la gente. Cuando nos encontramos, estuvimos de acuerdo en que cogiera a Yina. Me fui corriendo para ocultarnos detrás de una de las cabañas con la intención de protegernos a ambas. La voz de Izan se escuchó por toda la zona:

—¡Sigan a Rafael! ¡Vamos, vamos, vamos!

Rafael empezó a guiar a todos los presentes mientras los balazos llegaban desde todas direcciones. Parecían venir de los puntos más altos de las montañas, disparados con armas bastante potentes como para llegar a provocar todo ese terror. Los dos le indicaban a la gente la dirección hacia la cabaña de Rafa, donde se escondía la entrada al búnker que tanto mantenían en secreto. Alterados por la posibilidad de no conseguir meter a todos los huéspedes de la isla, insistieron en que la evacuación debía ser más rápida:

—¡Vamos, vamos!

Izan empujaba a la gente con tal de encontrarme, pero no me veía, hecho que lo puso histérico. Se desgarraba la voz gritando mi nombre. Yo lo escuchaba, pero el pánico había hecho que me fuera más difícil llegar hasta él.

—¡Estamos aquí!

Las manos de Izan tocaron mi rostro para cerciorarse de que todo en mí estaba funcionando correctamente. Entretanto, las pequeñas manos de Yina se agarraban a mi cuello y temblaban de miedo. Los miembros de la seguridad del recinto cayeron muertos en sus puestos de vigilancia, lo que ocasionó que aún hubiera más nervios. Bufé, apreté el cuerpo de Yina a mi cuerpo y le besé la frente. Izan se agachó para cogerla en brazos.

—Están aquí —nos anunció—. ¡Tenemos que salir de aquí ya!

Otra bala casi atravesó el corazón de Rafael, que intentaba sacar a los suyos. Lo vi coger la mano de Sel y avanzar hacia una cabaña para ocultarse de los tiroteos que en ese momento iban en su dirección. Varias niñas pequeñas los siguieron.

Las llamas empezaron a quemar los troncos de las palmeras. La potencia del fuego ya era imparable con los pocos métodos que teníamos al alcance, así que tomé una decisión:

—¡Izan, lleva a Yina al helicóptero! ¡Correrás más y serás más rápido!

—¡No, no nos separaremos, Nina!

—¡Tienes que hacerlo! ¡Su vida está en juego!

—La tuya también.

Lo miré muy seria.

—Corre, por favor.

Nos contemplamos con esa mirada a la que ya estábamos acostumbrados: mostrando tristeza por una nueva separación pero sabiendo que teníamos que hacerlo por el bien de Yina.

—¡Tú puedes correr más! ¡Yo no llegaría con el tobillo!

Cogió mi barbilla, aproximó sus labios y me besó. Acarició mi rostro y tomó a su pequeña hermana en sus brazos.

—Volveré a por ti, niña.

—Lo sé.

—Esperaré la señal en la playa.

—De acuerdo.

Izan

La dejé allí entre las llamas y los acechadores que disparaban sin ser vistos, parapetados tras los acantilados. Maldije por no tener un plan definido, pero eso ya lo habíamos pensando. Sostuve a la pequeña con fuerza en mis brazos. Corrí hacia el punto más alto de la isla con la intención de que recogieran a Yina justo donde nos habían dejado a nosotros. Esperé la señal de Nina al otro lado de la playa.

—Vamos.

Allí, con los pies hundidos en la arena y los llantos de Yina en mi hombro, me volví loco. Peiné su cabello para tranquilizarla. Los minutos pasaban. El corazón se me resentía cada vez más al no tener noticias de ella.

—Tranquila, cielo. Te sacaremos de aquí.

Seguía esperando la señal de Nina desde el otro extremo de la playa. Pero la isla comenzaba a volverse naranja por llamas, que empezaban a quemar todo lo que el viento les dictaba. Fue escandaloso, triste y agónico.

—Vamos, niña.

El sonido del helicóptero se escuchó aproximarse. Los ojos de Gregorio buscaron a Yina,

acurrucada en mis brazos, y luego a Nina. A pesar de no ver a su hija, continuó con el plan previsto y subió a Yina. Lo primero era sacar a la niña de allí.

—¿Dónde está mi hija?! —me preguntó, alzando la voz a causa del ruido que hacían las hélices.

—¡Las cosas no han salido como esperábamos! ¡Parece que Hans estaba esperándonos desde hacía tiempo!

—¡Imposible! ¡Hans está de camino! ¡Tiene a alguien en la isla, Izan!

—¡Tengo que ir a buscar a Nina!

—¡No podremos esperar mucho tiempo más! ¡Me dicen que están llegando refuerzos de Hans por el aire! ¡Si estos llegan, tendremos que irnos para evitar quedarnos todos en tierra!

—¡Lo sé! ¡Volved a por nosotros después! ¡Lleva a Yina a casa!

Los ojos de Yina me miraron asustados. Después, su rostro se hundió en el pecho de Gregorio mientras este daba la orden de subir. Me preparé para lo peor cuando vi gran parte de la isla quemándose. Visualicé la silueta de Nina correr en dirección contraria a mí mientras se escuchaban más disparos. Una vez que el helicóptero alzo el vuelo, cargué la pistola y corrí hacia la última pista que tenía de ella: el centro de la isla.

—¡Blake! —La voz de Rafael se escuchó a la altura de mis pies. Estaba tirado en el suelo, sangrando.

—¡Rafael!

—¡Se fue por allí! ¡Corre a por ella!

Las manos se me mancharon de su sangre cuando intenté incorporarlo para cargarlo sobre mí. No podía dejarlo allí. Se lo debía a Noel. Era la única familia que le quedaba, y se llevaran bien o no, no quería que mi amigo sufriera por ello. Al fin y al cabo, todo lo que ocurría era por nuestra culpa. Por amar a Nina.

—Deja que te lleve al búnker.

—No, Blake. Nina está en peligro. ¡Un hombre está persiguiéndola!

—Volveré a por ti. Tú presiona la herida.

—Corre, Blake. Si le pasara algo a Nina, no me lo perdonaría.

—¿Por qué dices eso? No es tu culpa.

—Yo avisé a Gregorio de que la dejaba en la capital de nuevo. Le mentí. Mentí a Nina.

—O sea, que no tenía ningún chip expiatorio.

—Quise protegerla, no la vi capacitada para enfrentarse a Hans.

—Eso no es mentir. Y tenías razón, no estábamos capacitados.

Masajeé su hombro.

—Volveré a por ti, te lo prometo. Aguanta.

—¡Corre!

Lo dejé allí, sintiendo que era la primera promesa que no sabía si podría cumplir. Su cara estaba pálida y la herida era profunda, pero mi prioridad volvía a ser ella y solo ella.

Aparté las hojas de las palmeras quemadas que se interponían en mi camino. Pasé el punto de encuentro, que estaba vacío, y más en el interior. Volví a escuchar disparos. Preparé la pistola mientras corría como un loco buscando a Nina. Un disparo pasó por mi izquierda casi tocando mi cadera. Lo evité girando a mi derecha y cayendo al suelo. Entré en el interior de la cabaña con el fin de encontrar alguna pista del paradero de Nina. Ya dentro, los ojos de la madre de Noel me trajeron buenos recuerdos.

—Señora, Sel...

—¡Tienes que ir a buscar a Nina! ¡Empezó a seguirla un tipo que estaba en la isla, Blake!

—Dime hacia dónde ha ido.

—En esa dirección, hacia el acantilado.

—Quedaos aquí escondidas. Toma esto. —Le entregué la otra pistola que tenía. Ya solo me quedaba una—. Si entran, dispara sin pensar.

—De acuerdo. Ve. No puedes salvar a todo el mundo, querido.

—Lo sé.

Escudriñando todos los puntos altos y con el corazón en un puño, salí de la cabaña. Por un segundo, vi una cabeza asomarse. Disparé sin miramientos y un cuerpo cayó al suelo. En el camino en busca de Nina, mi corazón se encogió al ver los cadáveres de personas inocentes a mis pies. Maldije, sabiendo que Hans había vuelto a pasarnos, y no pararía hasta acabar con nosotros allí abajo. Era su trampa. Estaba seguro.

Los pies se me hundían en la arena y mis zapatos se teñían de la sangre que corría en dirección al mar. Una masacre sin límites quedaba tras de mí. La desesperación por encontrarla me dejó casi sin respiración.

Nina

La poca belleza que empezaba a quedar de aquel maravilloso lugar me provocaba una profunda desolación. Agotada, necesité coger impulso para saltar los cuerpos que yacían muertos sobre la arena. Las plantas de mis pies manchados de sangre se hundían, haciendo que cada vez fuese más difícil correr.

Avancé con pasos acelerados, apartando con fuerza las hojas de las palmeras que se interponían en mi frenética huida; esas hojas que seguían cayendo por las agresivas y abrasadoras llamas del fuego que rodeaba todo aquel paraíso en el que, probablemente, pocos seguirían vivos. De repente, paré y me miré las piernas durante los únicos segundos de los que disponía para cerciorarme de dónde pisaba. Pude ver que las anteriores heridas seguían infectadas por culpa de los granos de arena de la playa y que la piel de mis rodillas estaba en carne viva, además de que la sangre no se detenía.

Tuve suerte de no tropezar, pues en una ocasión, mientras corría entre gritos y el color anaranjado intenso de las llamas, uno de mis pies se sumergió en la arena y se hundió en un baño de sangre. Ese mismo hecho fue el que me provocó un grito ahogado. Inmediatamente, apoyé mi mano derecha en un árbol que me quedaba cerca. Reposé allí unos segundos, en los que mi pecho le reclamó al resto de mi cuerpo que se detuviese, pero era evidente que no podía hacerlo. No en ese momento.

Decidí que seguiría, que avanzaría con rapidez y cargaría la pistola en nombre de todos los que habían caído en aquella playa por mi culpa. Tomé el valor de continuar, de quitarme el cabello manchado y mojado de la cara y de intentar salvar mi casi derrotado cuerpo mientras buscaba un refugio. Seguí corriendo pese a sentirme cansada, ahogada y muerta de frío por la brisa del mar que arrastraba el humo negro consigo. Los pasos de aquel desconocido continuaban persiguiéndome y acechándome con más rapidez.

Distinguí una pequeña cueva en el acantilado que tenía frente a mí. Me dije entonces que aquel era el mejor lugar para ocultarme durante un rato. Casi desnuda, herida y con un hambre odiosa en

mi estómago, agaché la cabeza y me adentré en la gruta descubierta por mis fatigados ojos. El lugar era pequeño, oscuro y frío, pero podía servir para refugiarme de aquella catástrofe que, al final, había sido inevitable: la isla ardía ante los pocos supervivientes y lloraba en medio del océano.

Me senté en un gran tronco que encontré frente a lo que parecía una fogata apagada recientemente. Pude por fin esconder la cara entre mis rodillas y llorar durante un instante, tras el que acabé desgarrándome la voz. Sin embargo, no pude descansar por mucho tiempo. No podía pensar en los que había perdido. Por suerte o por desgracia, mi lucha aún no había acabado. Tuve los segundos justos para colocar la última bala en el revólver instantes después de entrar en pánico debido a un crujido cercano de hojas. Elevé la mirada y me quedé atónita contemplando al acosador desconocido.

En el silencio, las palabras me salieron solas:

—¿Cómo he podido ser tan estúpida?...

Y aunque su aspecto luciera mucho más espantoso que el mío —con sus brazos totalmente ensangrentados a causa de varias escalofrantes heridas en las que la piel estaba salida y podía apreciarse el hueso—, algo me dijo que podría conmigo. Por fin supe quién había estado acosándome todo el tiempo. Su rostro era inconfundible.

Automáticamente, temblé de pavor. Vi cómo sujetaba con fuerza la pistola en su mano derecha.

—Hola, Nina. —Se limpió el labio partido con el dorso de la mano y sonrió, con los dientes manchados de su propia sangre—. Volvemos a vernos, princesa.

En ese instante, supe que unos meses atrás había sido una ilusa.

—Selina me dijo que había un chico nuevo en la isla que se llamaba Elliott, y ese eras tú... Tu apellido.

—Así es, princesa.

—Todo ha sido un engaño.

—¿Qué esperabas?

—¿Cuánto tiempo llevas en la isla?

—El mismo que tú. He estado observándote todo el tiempo. Me quedé aquí hasta que la información de que Yina se hallaba aquí me sirvió de nuevo con Hans. No eres la única que tiene contactos.

—Pero te maté... Yo lo vi...

—Viste una actuación. Tendrías que haberle hecho caso a tu amante. Rematarme era la mejor opción, pero no aprendes, princesa.

—¿Vas a matarme? —Me levanté, y no dudó en apuntarme con el arma.

—¿Aún crees que mi intención es matarte? ¿No crees que me habría sido muy fácil hacerlo? Mi intención era matar a Izan, pero Hans no me dejó por una suma importante de dinero. Solo tenía que hacer una buena escena. Luego me tocaría esperar un tiempo y acabaría teniendo lo que siempre he querido.

—¿El qué? ¿Qué estás diciendo?

—A ti. Renovada y enamorada de mí.

—¿Cómo crees que vas a conseguir eso, Jon? —Me enfurecí, pero no me moví ni un milímetro—. Jamás te querré, asúmelo ya.

—Ya lo sé, por eso lo asumí y busqué un plan B. El plan de Hans me pareció bien. Me pagó mucho dinero.

—Eres un traidor.

—Y tú eres preciosa.

—No te acerques.

Deseé que Izan hubiera hecho lo que tenía que hacer y se hubiera largado de allí; aunque, sabiendo cómo era él, era absurdo pensarlo. Eso hizo que me fortaleciera en aquel momento ante alguien que me daba tanto asco.

—¡No te acerques a mí!

—Tranquila, no voy a hacerte nada.

Me quedaban pocos pasos que dar hacia atrás. Ya podía tocar el relieve de la montaña con la palma de mi mano. Alcé la pistola, que solo contenía una bala, pero actuó rápido en cuanto me vio. Me golpeó en la mano, se me cayó el arma y la pateó. La voz de Izan gritando mi nombre lo alertó.

—Ya está aquí tu amante. Nunca me falla. Siempre cae en todas mis trampas. Eso es lo que tiene el amor. Por esa misma razón se creó la Ley OSDE. ¿Ahora lo entiendes? —Puso sus labios manchados de sangre y con la piel levantada sobre mi cuello. Un escalofrío recorrió toda mi piel. Me dieron ganas de vomitar—. Somos impulsivos cuando amamos con el corazón, y cometemos errores que pueden evitarse con el orden y la disciplina. Serás mi esposa te guste o no, princesa.

Era una trampa, y yo, como siempre, era el cebo. Sentí que iba a cometer una locura cuando la voz de Izan se escuchó más cercana. Tenía a Jon pegado a mi espalda, abrazándome y con la pistola en una de mis sienes, preparado para amenazar a Izan. Levanté el codo con fuerza para golpearlo en la nariz y logré librarme de sus brazos. Caí al suelo debido al empujón que me pegó, pero seguí con fuerzas para arrastrarme hasta donde había caído la pistola. La empuñé tras dejarme la piel de las rodillas ensangrentadas de nuevo.

—No te resistas, querida.

Su pistola me apuntaba al mismo tiempo que lo hacía la mía. Sin esperarlo, me dio una patada en la cara que me desvió el rostro. Rugí por el dolor en el mentón. Acabé tirada en el suelo, sin poder defenderme y con su cuerpo encima. Cogió la pistola y acarició la piel de mis brazos con sus dedos llenos de callos. Me ató deprisa las manos con una cuerda que quemó la piel de las muñecas. La boca se me llenó de sangre. Escupí en su cara justo cuando Izan apareció en mi escaso ratio de visión. La cabeza me daba vueltas y me sentía débil. Me cogió del pelo con su mano izquierda y levantó todo mi cuerpo. Apuntó a mi cabeza con la pistola ante la llegada de Izan.

—Volvemos a vernos, Blake.

El cuerpo de Izan rebotó fuego por la ira cuando vio la cara de Jon delante de él, vivo y amenazándolo con lo que más quería. Sentí culpa por ello. Si le hubiera hecho caso a Izan en su momento, no habríamos llegado hasta allí.

—Sabía que tendría que haberte matado ese día. —La rabia nubló la vista de Izan.

—Era una buena decisión. Todo hay que decirlo.

—Pero también me has dado una alegría.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

Preparó la pistola.

—Poder matarte con mis propias manos.

Tiró de mi melena para forzarme a avanzar más cerca de Izan. Uno enfrente del otro, se retaron con la mirada. Si Izan disparara, yo moriría a la vez que Jon.

—Me la quitaste.

—No era propiedad de nadie.

—Sabes que sí. La ley dictamina que así es. Será mi esposa te guste o no.

—Ella nunca será tu esposa porque siempre será mi amante. Es absurdo lo que intentas.

—No si tengo un poco de ayuda. Falta poco para que el plan se haya cerrado del todo.

—¿De qué hablas?

—Tu padre aún no ha acabado, Izan. El plan aún tiene una parte que no sabéis ninguno de los dos.

Izan dio un paso hacia mí mientras el dolor en mi cabeza se incrementaba.

—Suelta a Nina y pelea contra mí.

—No, eso no entra dentro del plan.

—Cobarde.

Al parecer, la intención de Jon era salir de esa cueva. Tenía algo más que hacer o adónde llegar.

—He dicho que la sueltas.

La pistola de Jon apuntaba a mi cabeza mientras pasábamos por al lado de Izan para irnos de la cueva. Jon tenía prisa, pero Izan vio una oportunidad ahí que no pudo desaprovechar. Me miró con ojos confiados. Su mirada verde me dijo que saldríamos juntos de allí. Sin que Jon esperara que se arriesgara de tal manera y a una velocidad tan impresionante, Izan cogió con su mano la cabeza del malnacido y la estampó como si fuera un muñeco contra el relieve de la montaña, justo a la salida de la cueva. La frente de Jon empezó a sangrar y los ojos se le pusieron en blanco. Las pistolas cayeron al suelo por el ajeteo de la pelea.

—¡Corre, niña! ¡Ve a buscar a tu padre! ¡Encontraré la manera de volver, te lo prometo!

—¡No! —Me negué en banda—. No pienso perderte de nuevo.

—Hazlo.

—No.

—Mira que eres cabezota.

Jon se recuperó, agarró todo el cuerpo a Izan y lo llevó hasta el final de la cueva, donde le golpeó la cara. Sin embargo, eso no fue nada para un gran luchador como él. Se recuperó al instante y optó por golpearlo con la rodilla en el pecho. Seguidamente, otro puñetazo fue a parar su barbilla, pero en cuanto lo recibió, le devolvió también otro golpe en la mejilla.

—¡Corre!

En vez de hacerle caso, luché junto a él. Dos contra uno. Agarré el cuello de Jon por detrás mientras recibía ese último puñetazo tan fuerte de la mano de Izan. Se quedó traspuesto. Forcé su cuello y lo hice arrodillarse, presionando con fuerza mi rodilla en la zona baja de su espalda. Jon cayó de rodillas al suelo. El puño de Izan fue a parar a su cara una y otra vez. Lo golpeó con fuerza, como había querido hacer desde el principio.

—¡La maltrataste! —Le propinó otro puñetazo—. Traicionaste a tu gente. —Otro en la otra mejilla. La sangre de Jon manchaba la piel de los brazos de Izan—. ¡Te dije que te mataría por ello!

Ya no pude aguantar más. Con mucha confianza en mi mirada, le pedí que lo hiciera:

—Mátalo. Hazlo ya, Izan.

—A sus órdenes, Larson.

Cogió una de las pistolas que estaban en el suelo. Lo miré con ganas de hacerlo yo misma, pero sabía que era su momento. Se merecía vengarse por la vez que no lo dejé hacerlo. Era lo justo. Le di el consentimiento que necesitaba:

—Hazlo.

El olor a quemado llegó hasta la cueva. Los motores de varios helicópteros nos alertaron.

Probablemente, Hans ya habría llegado, así que era el momento de acabar con todo aquello y huir de alguna forma. Si nos cazaban, estaríamos acabados. Habría ganado la batalla de una manera u otra. Su objetivo era, o bien coger a Yina para amenazarnos, o bien matarnos a los dos. Estaba segura.

Los múltiples pasos que se oyeron nos hicieron mirarnos entre nosotros. Tuvimos segundos para huir cuando vimos a toda la gente que había bajado con armas a la playa.

—¡Seguid avanzando! ¡Están cerca!

Si disparábamos, sabrían dónde nos encontrábamos; si hacíamos ruido, también. Estaban muy cerca. Por eso las manos de Izan actuaron y desataron la cuerda de mis muñecas para utilizarla con Jon. Le rodeó la boca con ella para que no pudiera gritar. La apretó con firmeza y fuerza, hasta conseguir que se atragantara y no pudiera articular palabra.

Yo seguía manteniéndolo allí, de rodillas, presionando su columna. Izan me pidió silencio con un gesto de su dedo índice. Se aproximó al borde del hueco para mirar más allá. Estaba oscuro. Con suerte, no verían la cueva durante un tiempo. Podíamos esperar, pero nos encontrarían. Sabrían que estábamos allí en cuanto Jon no apareciera con el paquete a entregar. No éramos tontos.

Sus manos mostraron un número: seis hombres de Hans pululaban por allí con armas. Se rascó la nuca, rabioso, mientras ingeniaba cómo salir de allí sin ser vistos. Tomó una piedra que encontró detrás de su tobillo y golpeó a Jon en una de las sienes. En cuanto dejó caer despacio la piedra al suelo, este quedó totalmente inconsciente. Sabía que matarlo en ese momento habría sido un escándalo.

Dirigió la mirada verde hacia la mía azul, que se tornaba borrosa por las lágrimas. En silencio, fui directa a sus brazos, que me pedían a gritos que me fundiera con ellos de inmediato. Presionó las palmas de sus manos por toda mi espalda, tocando cada centímetro de ella. Ambos cerramos los ojos al sentir lo mucho que deseábamos hacer eso. Abrazarnos fue como un trofeo. Sus labios atraparon mis labios sensibles y heridos. Me besó despacio, apretando mis mejillas con sus palmas gigantes y manchadas. Los dos temblábamos por el miedo que habíamos pasado ante la posibilidad de perdernos de nuevo.

Rozando mis labios con los suyos, susurró:

—Te prometí que estaría detrás de ti siempre.

—Y yo lo sabía.

—Algún día serás mía y yo seré tuyo, y cuando eso ocurra, será cuando habremos ganado nuestra guerra. —Besó mis labios despacio, haciendo que mi cuerpo volviera a llenarse de esperanza y que las mariposas en mi estómago me recordaran que estaba viva y enamorada de él —. Quiero que lo repitas conmigo, niña.

Asentí mientras sus pulgares retiraban mis lágrimas junto con las gotas de sangre seca que pintaban mis mejillas, ardientes e hinchadas.

—Algún día serás mío, y yo seré tuya, y cuando eso ocurra, será cuando habremos ganado nuestra guerra.

—Estoy enamorado de ti, niña.

—Y yo de ti.

Le mostré una sonrisa antes de que sus labios volvieran a los míos. Luego pasaron por uno de mis pómulos y, finalmente, acabó el recorrido en mi clavícula. Durante todo ese tiempo, sus manos no dejaron de tocar todo mi cuerpo de forma especial, como si fuese su mejor logro.

Lo miré y sonreí, aunque me costase hacerlo debido a mis labios heridos. Mis dedos acariciaron su rostro masculino hinchado por los golpes que había recibido, únicamente porque yo

era su debilidad. Jamás habría dicho que un hombre podría seguir siendo tan atractivo con el labio partido, un corte en el pómulo y la nariz ensangrentada, pero lo era. Él era pura belleza, estuviera en el estado que estuviera. Me habría acostado con él en cualquier circunstancia, incluso allí mismo, y sabía que él también sentía lo mismo hacia mí. Ambos estábamos constantemente atraídos por algo inexplicable.

—Tenemos que irnos antes de que este gilipollas despierte. Tenemos que intentar encontrar una manera de salir de esta isla o, de lo contrario, quedarnos en ella.

—¿Cuántos han entrado en el búnker?

—No muchos, pero Rafael está herido.

—¿Cómo? Tenemos que ir a por él.

—Lo sé. Vamos.

Izan

La cogí de la mano para llevarla conmigo por lugares donde la luna no iluminaba y evitar así también estar cerca de las llamas y del humo. Nos fue difícil escondernos. Cuando llegamos al lugar donde había dejado sentado a Rafael, él ya no estaba. Podría ser una buena señal o una mala. No podíamos detenernos, teníamos que continuar en busca de Selina, pero nos fue imposible, ya que las cabañas estaban todas ardiendo y no podíamos pasar para acceder a ellas. Las llamas eran muy altas y peligrosas.

Los cuerpos que quedaron muertos en la arena empezaban a quemarse. La mano de Nina puesta en mi brazo me hizo girarme hacia ella.

—Están todos muertos...

—Lo sé.

—Somos los únicos contra esta gente. Ni siquiera está el helicóptero de mi padre.

—Le entregué a Yina y me dijo que teníamos el tiempo contado.

—Eso era lo importante.

Nos quedamos en silencio, mirando cómo se quemaba la isla, sin poder hacer nada por ese lugar que había sido tan magnífico para aquella gente y para Nina y mi hermana.

Nuestro momento de paz se acabó cuando escuché ruidos.

—Mierda —maldije. Agarré la mano de Nina de nuevo.

—Son ellos.

Un grupo de seis personas paseaba con armas por allí, disparando a la gente que aún estaba viva. Me enfurecí al verlo, pero no podíamos ponernos a luchar contra seis tíos con pistolas, sobre todo cuando a nosotros solo nos quedaba una y, encima, con una bala. Es decir, nada.

—Recuérdame que la siguiente clase contigo me la tome más en serio.

—No puedo ser buen profesor contigo, niña. Ya deberías saberlo.

Empujé suavemente su espalda para que girase hacia el interior en vez de ir por la playa. Nos metimos entre las palmeras que aún no estaban quemadas y corrimos montaña arriba en busca de una posibilidad de encontrar el helicóptero de la organización, pero no fue el caso. Le indiqué que acelerara el paso al escuchar las voces más cerca:

—¡Corre!

Nos vieron y empezaron a hablarnos desde lejos, a gritos:

—¡No tenéis escapatoria, deteneos!

Cogí a Nina cuando no pudo saltar ella sola un tronco quemado. La ayudé empujándola hacia arriba para que se elevara con más fuerza porque el tobillo aún lo tenía dañado. Seguimos corriendo por la oscuridad ante las únicas luces que nos iluminaban, que eran las de la luna y las de los destellos de las armas de aquellos tipos. Sabíamos dónde estaban, pero era muy difícil huir de ellos. Ya no nos quedaba terreno porque habíamos escogido una mala ruta.

—¡¡Nina!!!

El aire fuerte por la altura en la que nos encontrábamos y el olor a mar me hicieron saber que estábamos cerca de un precipicio. Intenté detener a Nina, pero solo llegué a evitar que no cayera al vacío de golpe cogiendo su mano mientras con la izquierda agarraba una roca que me quedaba cerca. Imposible. Era pura física y lógica que no lograría levantar su cuerpo por la postura y los pocos recursos de los que disponía, y eso estaba haciéndome añicos la cabeza. No podía ser que acabara así.

Asustado, volví a ver cómo las piernas de Nina quedaban colgando hacia la caída. La luna iluminaba nuestra horrible situación. Acto seguido, el grito de Nina me hirió el maldito corazón:

—¡Izan!

Si miraba abajo, solo veía rocas y más rocas en el agua a la altitud de una muerte segura. El cabello de Nina bailó con el viento generado por las olas que golpeaban las rocas bajo sus pies a metros y metros de altura.

—¡No sueltes mi mano, Nina! ¡Por lo que más quieras! ¡Aguanta!

—¡No podré resistir mucho más! —El miedo de Nina le hizo perder fuerza en el agarre a mi mano—. ¡No me dejes caer, Izan! ¡Por favor!

—¡Mi amor, mírame! ¡No mires abajo, mírame a mí! —Conseguí que se fijara en mí con aquellos ojos azules que tanto me gustaba contemplar—. ¡Te amo! ¿Me oyes? Es lo único que importa.

El pánico entró en nuestros cuerpos, pero si algo tenía seguro era que la quería y que jamás me perdonaría haber soltado su mano por salvarme a mí.

—Suéltame, Izan. ¡No lo hagas! —Se dio cuenta de mis intenciones—. ¡No lo hagas! ¡Yo no tengo valor de soltarte para protegerte! ¡No quiero morir!

—¡Yo tampoco tengo el valor de hacerlo, niña!

—¡Izan, no! ¡Estás loco!

—¡Estoy loco por ti, niña! ¡Te prometí que haría cualquier cosa por ti y que estaría detrás de ti siempre!

—¡No lo hagas!

Las luces de quienes nos acechaban aparecieron a nuestra espalda. Nos alcanzarían en cuestión de segundos. Era el momento. Solo tenía fuerzas para un impulso. Debía tomar una decisión, y tenía un solo estímulo al que hacer caso: soltar su mano e irme o subir su cuerpo para poder caer los dos abrazados al vacío. Solo una de las dos opciones valía, y era una decisión que volvería a cambiar mi vida.

Como siempre desde que la había conocido, la escogí a ella porque mi corazón así lo decidió; me gritó que saltara al vacío con la mujer a la que amaba. Me dejé arrastrar cuando solté mi mano izquierda, con la que me sostenía en el borde del acantilado, y me quedé en el aire, cayendo junto a ella. La impulsé cogiéndola de la cintura y así tenerla a la altura de mis labios. El peso de su cuerpo acabó por llevarse al mío también.

—Juntos. Siempre.

Besó mis labios por última vez con sus ojos bañados de lágrimas.

—Siempre.

Descendimos al vacío acompañados del viento feroz, pero no la solté en todo ese tiempo. Caímos unidos, hasta que las rocas nos golpearon. Recibí un impacto en la cabeza, otro en el estómago y otro en la cadera. Casi perdí la conciencia cuando sentí el agua en mi piel. Segundos después, mi alrededor comenzó a teñirse de rojo. Lo último que vieron mis ojos antes de desfallecer completamente fue a Nina hundida en el agua, con los ojos cerrados, como si fuera una niña durmiendo. Aunque el universo ya no me quisiera con vida en ese mundo, probablemente nunca olvidaría ese rostro del que me enamoré como un loco. Y no me arrepentía ni un maldito día de ello.

Capítulo 11

De vuelta al punto de partida

Nina

Sentía que me ahogaba, que el pecho me presionaba el corazón, y notaba mis pulmones encharcados. En mi cabeza veía sus ojos una y otra vez, cayendo a mi lado.

No tenía la capacidad de abrir los párpados. Con los ojos cerrados, escuché voces a mi alrededor mientras me arrastraban por la arena. Golpearon mi cuerpo hasta que acabé escupiendo agua exageradamente. Entonces, me incorporaron de lado. Totalmente ida, solo pude abrir los ojos unos segundos. Intenté hacer que mi cuerpo llegase al de Izan, que estaba siendo sacado del agua arrastrado por aquellos hombres. Unos segundos más con la visión más nítida me bastaron para ver la cara de uno de ellos. Jon observaba la escena con los brazos cruzados. Una gran sonrisa se dibujó en sus labios al verme en el suelo, derrotada.

Unos zapatos negros se quedaron a la altura de mi cintura. Miré hacia arriba y puse los ojos en blanco. Hans estaba allí para observar cómo moría.

—No tenemos mucho tiempo. Hazlo ya. Eres el experto. Hazlo bien, o acabaré con tu carrera.

Cuando intenté moverme para matarlo con las únicas fuerzas —aunque, en realidad, nulas— que me quedaban, sentí algo muy extraño en el cuello, pero no pude llegar a interpretar bien el qué debido a la poca energía que tenía.

—Él está listo, señor. El efecto será cuestión de unos días.

—Ella estará muerta en unas horas.

Capté la voz de Jon más cerca de mí:

—¿Cómo? ¡Dijiste que me la entregarías, igual que él! ¡Con los mismos efectos!

—He preferido matarla. Era inviable lo que tú deseabas, Jon. Gracias por tus servicios, pero ya no son necesarios. La chica ya no me dará problemas. Lárgate si no quieres acabar igual.

Intenté arrastrarme, hacer algo, pero no pude. La voz de Hans volvió a tomar protagonismo:

—Bien. Llama a Gregorio. Va a encantarle la noticia de que su hija está muerta. Esto no tendría que haberlo hecho si hubieras recuperado a Yina, Jon. —Pateó mis costillas. Ni siquiera grité—. Cuántos problemas me has dado...

—La quiero entera.

Pasos corriendo asustaron a mi cuerpo casi muerto.

—¡Hans, la organización ha vuelto antes de tiempo a por su hija!

—¡Coged a mi hijo! ¡Nos largamos!

Escuché disparos cuando intentaba arrastrarme por la arena hasta Izan. Logré desviar mi mirada hacia la playa. Casi todos los hombres de Hans cayeron.

—¡No hay tiempo! ¡Nos retiramos! ¡Vamos! ¡No podemos con ellos!

—¡Coged a mi hijo!

—¡No hay tiempo, señor! ¡No podré cubrirle!

—¡Mierda! —lo escuché maldecir.

—¡Lo arreglaremos!

Hans empezó a correr mientras disparaba y se subía a su helicóptero acompañado de Jon, que lo cubría. Tosí, sintiendo las costillas rotas y el pecho obstruido. Algo hizo efecto en mi cuerpo

cuando sentí la pesadez en mi interior.

—Nina...

—Izan...

La mano de Izan intentaba llegar hasta la mía, pero solo nuestros ojos se encontraron en ese momento, en el que nos fue imposible tocarnos. Los dos estábamos derrotados y ensangrentados. Su piel se veía blanca y sus párpados se le caían sin permiso. Sus dedos se hundieron en la arena y se quedó allí, mirándome, hasta que no pude sostener mi cabeza.

Izan

Al despertar me sentí vacío, completamente hueco. Algo dolía en el fondo de mi corazón que no supe interpretar. «¿Qué he hecho para estar atado a la pared?», pensé.

Intenté zafarme de las cadenas, pero me dejaban poco margen para moverme; un movimiento realmente imposible. Miré mi pecho lleno de cicatrices y heridas. Entre ellas había una que estaba sangrando e intentando curarse por sí sola. Era reciente.

No entendía nada. Por mucho que intentara abrir los ojos, no dejaba de escuchar en mi cabeza una voz femenina, una voz que me susurraba. ¿Qué cojones era eso? Por fin los abrí y la vi. ¿Qué hacía una chica atada de la misma manera que yo delante de mí? Por sus ojos hinchados y las lágrimas resacas en sus mejillas, daba la sensación de que había estado llorando durante bastante tiempo. Me produjo tristeza. Sin embargo, que estuviera hablando en aquel momento me provocó cierta irritación. Sobre todo, por el dolor que tenía en la muñetera frente.

—Recuerda... Recuerda... —Intentó liberarse de las cadenas, muy furiosa. También tenía una herida en la frente—. Tienes que ser capaz de recordar... Recuerda... Vamos...

Me mordí los labios para aguantarme las ganas de decirle cuatro cosas. No obstante, al final nació de mi interior una carcajada que no pude parar, perdido en mi mente como estaba.

—¿Qué estás mirando? —me enfrentó, escudriñándome.

Observé cómo una gota de sudor frío le bajaba entre los pechos apretujados por una camisa negra. El estado de la prenda era un desastre. Estaba rota, igual que su ropa interior, del mismo color que la camisa. Cuando sus ojos azules e intensos se dirigieron a mí, me dejaron sin respiración. Eran seductores y sensuales. Me sentí atraído por ella enseguida. Y, cómo no, fui un estúpido.

—¿A ti qué te parece? —le dije, soltando una carcajada—. ¿Te han dejado así para que te mire el cuerpo tan *sexy* que tienes? ¿Esto es una cámara oculta?

—¡Imbécil! —Molesta, se puso más guapa aún, sin duda—. ¿Tú quién eres?

Observé el lugar en el que nos encontramos esa preciosidad y yo. Todo estaba oscuro, lleno de humedad y con olores varios. Se escuchaban máquinas en el exterior. Seguía sin entender qué hacía allí esa mujer tan atractiva. Entretuve un tiempo a mis ojos recorriendo todo ese cuerpo femenino. Su cabello era dorado y lo llevaba despeinado. Tenía el cuello largo, las orejas pequeñas y los labios carnosos y rosados, muy rosados; unos labios que volverían loco a cualquier hombre.

—Oye, guapa, ¿tú sabes quién nos ha metido aquí?

—Menuda pregunta, payaso. Si lo supiera, ¿¿crees que estaría aquí?!

—Está bien, está bien. —Hice muecas de molestia cuando intenté sentarme mejor en el frío suelo—. Y deja de moverte, que no va a servirte de nada. Además, estás haciéndome perder la

cabeza con esas pedazo de...

En el momento en el que la chica quiso rechistar, la puerta de hierro se abrió. Apareció un hombre de pelo canoso pero con un rostro joven. Las facciones eran muy parecidas a las de la chica, pero no me dio mucho tiempo más para poder interpretarlo. ¿Quién cojones era ese? La chica me miró. Por el gesto de incertidumbre en su rostro, sabía lo mismo que yo. ¿Qué estábamos haciendo allí?

—¿Quiénes sois? ¿Por qué no sé quién soy yo? ¿Qué hago aquí? —interpeló rauda la muchacha al hombre, como si temiera que se fuera antes de obtener sus respuestas. Sin embargo, justo un segundo después, algo en su semblante cambió. Frunció el ceño, extrañada, y le preguntó, mostrando una duda palpable—. ¿Papá?...

—¿Es tu padre? —me asombré.

El hombre se acercó a ella con una sonrisa pintada en su cara.

Nina

El cuello me dolía y mi piel bullía. La cabeza me bombeaba con fuerza mientras intentaba quitarme las cadenas una y otra vez. El olor a humedad entró por mis fosas nasales, y aunque me dieron ganas de estornudar, no pude hacerlo. Me noté los pechos mojados por mi propio sudor. El cabello me pesaba y se me humedeció la nuca.

Con las manos atadas, sentí unos ojos puestos en mí. Intenté pasar de eso y volví a hablar conmigo misma. ¿Por qué hablaba como una loca? ¿Era algo que solía hacer? Realmente, no me acordaba. No me acordaba ni tan siquiera de mi nombre. Por eso intentaba una y otra vez volver en mí.

Fue tan intensa la mirada que seguía todos mis movimientos que decidí posar la mía sobre el chico atado frente a mí, quien, al parecer, se aguantaba una especie de sonrisa que estaba por salir de sus labios. Tenía el pecho desnudo y lleno de cicatrices. Detuve mis pensamientos unos pocos segundos para observarlo. Daba igual cómo lo mirara; tenía un cuerpo espectacular a pesar de las heridas.

Me puse a la defensiva:

—¿Qué estás mirando?

—¿A ti qué te parece? —Esbozó una sonrisa burlona—. ¿Te han dejado así para que te mire el cuerpo tan *sexy* que tienes? ¿Esto es una cámara oculta?

—¡Imbécil! ¿Tú quién eres?

Molesta por el comentario de ese mindundi a quien no conocía de nada, traté de nuevo de salir de allí, pero era inútil. Para colmo, ese chico estaba poniéndome realmente nerviosa.

—Oye, guapa —parecía que se divertía, que le hacía gracia—, ¿tú sabes quién nos ha metido aquí?

—Menuda pregunta, payaso. Si lo supiera, ¿crees que estaría aquí?!

—Está bien, está bien. —Mostró un leve atisbo de fastidio mientras intentaba acomodarse en el suelo—. Y deja de moverte, que no va a servirte de nada. Además, estás haciéndome perder la cabeza con esas pedazo de...

Cuando hice acopio de todas mis fuerzas para poder rechistarle, la puerta del fondo se abrió para dar la bienvenida a un hombre alto, mayor y de pelo canoso. Sonrió a modo de triunfo y, de inmediato, la piel se me erizó. El muchacho y yo nos miramos buscando respuestas, pero sus ojos

solo mostraron curiosidad. Los míos, podría ser que miedo.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué no sé quién soy yo? ¿Qué hago aquí? —lo avasallé a preguntas, ya que tuve la sensación de que se marcharía rápido. Pero luego lo miré y me vino un recuerdo perfecto de su rostro. Había envejecido, sin embargo, esos ojos no los había olvidado—. ¿Papá?...

—¿Es tu padre? —me preguntó el chico, asombrado.

El hombre se acercó a mí.

—Veo que ya estáis preparados —dijo a modo de saludo. Parecía tenerlo todo bajo control.

—Menuda bienvenida... —soltó de pronto el muchacho de ojos verdes, sin importarle lo que pudieran hacerle.

—Te vienes conmigo —me ordenó.

Desató las cadenas que me unían a la pared, me cogió de la nuca y me levantó con tacto. El chico, asustado porque me llevaban sin saber adónde, gritó:

—¿Qué pasa conmigo?! ¿Adónde se la llevan?! —Forzó las cadenas para intentar liberarse. La piel de sus muñecas rozó contra el hierro, creándole una herida dolorosa—. ¡Eh!

—Tranquilo, vendrán a por ti.

Miré por última vez hacia el muchacho, que se quedó allí viendo cómo me sacaban de allí. Había algo en él, algo familiar. ¿Lo conocía? Lo dudaba. Debía ser alguien que habría hecho algo tan malo como yo. Pero... ¿qué había hecho yo de malo?

Enseguida iba a descubrirlo.

—Pasa por aquí... —Dejó de sujetar mi brazo en cuanto entramos en una habitación iluminada solo por una lámpara, con una mesa y dos sillas una enfrente de la otra—. Espérame aquí un segundo.

¿Cómo no iba a esperarme allí? Era lo único que podía hacer.

Transcurrió algún tiempo. Toqueteé mis dedos y le di vueltas a un anillo de oro que tenía alrededor del dedo anular. No me explicaba qué hacía allí un anillo. ¿Estaba prometida?

—Hola, hija. Ya estamos solos.

Levanté la cabeza poco a poco, observando a mi padre, que entró con un rostro ensombrecido. Cuando la luz lo alumbró, me percaté de que no todo lo había olvidado. Sabía quiénes eran mis padres. Me abrazó muy fuerte, y aquel gesto me hizo recordar mi infancia. Recordé mi pasado, a mis padres, a mi madre alcohólica... ¡¡¡Yina!!! ¿Cómo estaría mi hermana si yo estaba allí? ¿Por qué no recordaba nada de un periodo de tiempo a otro? No lo entendía. Estaba perdida.

Mi padre acarició mis mejillas

—Me alegro de que estés mejor. —Se sentó en la silla y nos miramos. Me observó asombrado. Daba la sensación de que había pasado una eternidad para él, pero a mí me pareció que lo había visto el día anterior—. ¿Cómo lo llevas?

—¿Llevar el qué, papá? —Suspiré—. ¿Esto es una especie de cárcel o algo así? ¿He hecho algo malo?

—No del todo. Pero Hans quería matarte. He conseguido que no lo hiciera y ahora estás aquí con nosotros de nuevo. Será mucha información para ti ahora mismo.

—¿Qué poder tienes tú para conseguir algo así? —Me invadieron más preguntas.

—Me ha costado mucho conseguirte, pero ahora ya estás aquí; con los tuyos, con tu familia. Sé que lo entenderás más adelante.

—¿Y cómo he llegado hasta aquí?

—Te lo explicaré cuando te recuperes. Ahora, ven, acompáñame.

Terminó de quitarme las esposas, que aún rodean mis muñecas, y aproveché para hacer gestos rotatorios para poder sentir las. Agarré el brazo de mi padre y lo seguí. A pocos metros, abrió una habitación. El pasillo parecía estar lleno de ellas. Era un edificio grandioso. Cuando miré por la ventana, me di cuenta de que estaba a muchos metros de altura.

—Esta será tu habitación. Tienes ducha, ropa nueva y todo lo que necesites. Llama a ese timbre cuando acabes. No te muevas de aquí antes de que yo venga a por ti. Allí abajo hay alguien que no puede verte. Te lo explicaré más adelante. —Besó mi frente—. Te quiero, cariño.

—¿Y nuestra casa?

—Nos cambiamos en su día de lugar. Ya te lo explicaré. —Con una sonrisa amable en su rostro, cerró la puerta.

Hice todo lo que él me había propuesto: me quité la camisa negra desastrosa, froté mis ojos cansados y disfruté de una ducha que mi cuerpo parecía añorar. Durante esos instantes, hubo muchas cosas que mi mente pareció echar en falta. Quizá demasiadas, no lo sabía. Solo tenía constancia de que había algo que anhelaba más que todo.

Capítulo 12

Recuerdos perdidos

Izan

Pasé horas eternas allí amarrado. Vi cómo la luna desaparecía y volvía el sol en un amanecer con un color intenso anaranjado. Lo contemplé a través de una pequeña ventana de barrotes. Agotado, terminé cerrando los ojos. Ya no podía con mi cuerpo, que parecía haber soportado una guerra cuando ni siquiera lo recordaba. Hacía tiempo que había dejado de reclamar mi libertad; era inútil. Moví mis piernas ligeramente hacia otro lado e intenté acomodarme en el frío suelo. ¿Qué habría hecho para merecerme algo así?

—Hola, querido.

Unos tacones retumbaron en el suelo de cemento. A paso lento, una chica rubia, alta y con un rostro demasiado perfecto caminó hasta mí. Unos hombres le impusieron una serie de directrices:

—Llevarás al rehén con su padre en las mismas condiciones que has llegado hasta aquí. Tendrás que decirle que aceptamos el trato de entregárselo en contraprestación a la condición que pedimos. Tienes diez minutos. Luego, debes abandonar este lugar de la misma manera que has venido.

—De acuerdo.

Parecía asustada. La chica rubia se quedó a mi lado y se agachó, intentando que mis ojos se detuvieran en sus pechos. Pero no lo hice, pasé. Algo me dijo que nadie estaba transmitiéndome algo de transparencia.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Quién eres?

—Hola, cielo. Soy Carolina, tu esposa. —Me mostró una sonrisa forzada—. ¿Recuerdas?

—No. —Solté una carcajada—. ¿Estás segura de que eres mi esposa?

—Compruébalo tú mismo.

Me ofreció un pequeño espejo. Con reparo, lo sostuve para mirarme. «¿Cómo seré? ¿Seré atractivo?», me pregunté a mí mismo.

Carolina me entregó una fotografía sin abandonar esa una sonrisa amplia en su rostro. Me habló mientras yo miraba la imagen:

—Nos han dado un tiempo para sacarte de aquí. Vámonos ya. Estamos bajo condiciones.

Me observé otra vez en el espejo. Tenía una barba de dos días por lo menos. ¿Qué estaba haciendo para no poder afeitarme? Si era el marido de aquella chica... La miré de reojo. En la fotografía iba ataviado con un esmoquin. Ella estaba a mi lado, vestida de blanco. ¿Estaba realmente casado?

—Estamos casados, querido.

—¿Casados?

Volví a inspeccionar la fotografía una vez más. En ella no se me veía muy feliz, no tenía una sonrisa de oreja a oreja como debería ser. ¿Qué cojones estaba pasando?

—No puede ser.

—Es.

Carolina, sonriente, agarró mi brazo. Luego, unos cuantos hombres desataron mis cadenas y me levantaron a la fuerza, ya que mis pies no lograban sostener mi cuerpo. Carolina les indicó que me

llevaran a una habitación donde poder asearme antes de sacarme de allí. Cuando la puerta se cerró, ella no se movió; se quedó a mi lado, sonriendo como una niña feliz. Al pensar en la palabra «niña», algo se revolvió en mi estómago. «Niña...», me repetí.

—¿Qué me ha pasado, Carolina?

—Solías llamarme Carol... —remarcó, algo sonrojada—. Me querías tanto...

—Lo siento mucho. Sé que debe ser duro, pero no te recuerdo, Carolina. Perdón, Carol.

—¿Recuerdas algo aunque sea?

Busqué en mi memoria. En las pocas secuencias que había en mi mente, estaban mis padres, Hans Blake y Celia Stone, mi hermana, que se llamaba Gisel, y... ¿Qué más? No me vino nada más, solo tenía débiles recuerdos de mi infancia. Recordé a gente que me cuidaba cuando era pequeño. Recordaba ciertos momentos, pero me era imposible acordarme de dónde había estado hacía unos días. El pasado más próximo lo tenía totalmente borrado.

—Solo recuerdo la niñez. ¿Qué me ha pasado?

—Digamos que te metiste en una pelea de la cual saliste mal parado. Digamos que hay dos bandos que quizá no recuerdas y... que caíste en el bando equivocado. Él podrá explicártelo todo.

Carolina estaba contándome una historia de la cual yo no tenía constancia. Tenía que haber un motivo grande. Debía haberlo. Sin embargo, Carolina me explicó que fue por desacuerdos con la sociedad. Pero, si estábamos casados y éramos felices, ¿por quéirme al otro bando, por qué fugarme? Era un tanto estúpido hacer eso. Entonces, ¿qué motivo me llevó a ello?

Eso era en lo que estaba pensando cuando, de improviso, Carolina besó mis labios. En alguna zona de mi cerebro se escuchó: «¡Detente, joder!». No obstante, no sabía por qué me lo pedía tan agresivamente. Aparté a mi supuesta esposa con suavidad y le dije con buenas palabras que mi cabeza estaba hecha un lío y que me diera algo de tiempo para asimilarlo.

—Alguien quiere verte. Te echa de menos.

—¿Quién?

—Ven conmigo, es hora de marcharnos de aquí.

Se levantó de la cama en la que estaba sentada a mi lado e hizo un movimiento para que la observase; un movimiento exagerado. Eso no logró conseguir mi atención. En cierto modo, me sentí desconsiderado, pero no podía hacer otra cosa.

Salimos a los pasillos, que estaban a rebosar de gente que caminaba por allí observando cómo Carolina me llevaba. Ella consiguió que me aseara, que me afeitara y me duchara, como mi cuerpo ansiaba. Una vez adecentado, bajé las escaleras mientras me abrochaba la camisa y las mangas. Caminamos hacia unos coches aparcados en el parquin, donde vimos una sala en la que la gente estaba utilizando máquinas, pesas y golpeando unos sacos de boxeo. De la mano de Carolina, de pronto, mi corazón me dio una punzada dolorosa. Fue justo cuando los ojos azules que había observado hacía unas horas se encontraron con los míos.

Carolina se percató de que miraba en dirección a la chica de cabello dorado y ojos azules, con un abdomen increíblemente plano y unos pechos perfectos embutidos en un top de deporte. Ella se puso seria y golpeó el saco mientras me miraba con profundidad. Una sonrisa juguetona nació en mis labios, de la cual hice uso para saludarla. Mi interior estuvo riendo a la par que mi exterior sonreía a causa de esa pedazo de mujer que dejaba atrás.

—Vamos, están esperándonos... No tenemos tiempo.

—¿Quiénes?

—Ahora lo verás. —Se echó la melena rubia platino hacia atrás en un intento de ser elegante—. Vamos, mi amor.

Subí al coche que aquellos hombres nos proporcionaron. Nos taparon los ojos a ambos durante el viaje, hasta que el vehículo se detuvo en una especie de solar abandonado después de un camino muy largo, como pude comprobar una vez que nos quitaron las vendas. Eso me produjo inseguridad, pero se esfumó en cuanto vi a alguien familiar dentro de otro coche que paró delante de nosotros. De él se bajaron varios hombres que acompañan a otro.

—Padre...

En cuanto bajamos, el vehículo se largó rápidamente.

El hombre aceleró el paso, igual que yo, y nos fundimos en un abrazo que no recordaba. No recordaba el tacto de mi padre, y lo echaba de menos.

—Hijo... —Agarró mis hombros y me brindó una sonrisa—. Bienvenido a casa.

—Tienes que ponerme al día, padre. No recuerdo nada en absoluto.

—Claro que sí, hijo. Vamos, nos pondremos al día tú y yo.

Nina

Por la falta de recuerdos, no recordaba haber trabajado para mi padre ni para aquella organización. Resultó que perdí la memoria tras meterme en un lío muy gordo del cual él mismo tuvo que sacarme. Me encontraba encerrada.

Cuando intenté desviar mis ojos, se toparon con el chico de ojos verdes. La intensidad del color de sus iris era tan grande que llegó hasta mí incluso estando lejos. Su cabello castaño tirando a rubio conjuntaba mágicamente con su mirada, con su cuerpo y con sus andares chulescos.

Una chica rubia iba delante de él. Cuando se quedó más de unos segundos mirándome, ella cogió su brazo a la fuerza. ¿Sería su chica? Me dijo adiós con un ladeo de cabeza y una gran sonrisa.

—¿Ves a ese chico? —me comentó mi padre, que estaba al lado del entrenador. Le pidió que dejase de aguantar el saco de boxeo para que yo parase y mirase de nuevo al muchacho, que se iba por la puerta con la chica rubia y extravagante.

—Sí. ¿Qué sucede con él?

—Ese, querida hija... —Se detuvo un momento para escoger las palabras adecuadas, o eso creí. Daba la sensación de que no le agradaba tener que decirme aquello—. Ese es tu mayor enemigo.

Impresionada por las palabras de mi padre, me retiré los guantes y se los entregué al entrenador. Desaté mi cola alta y me coloqué bien el top, que se me había subido hacia arriba por golpear con tanta fuerza.

—¿Por qué es mi enemigo? —me atreví a preguntar, con una ceja alzada—. ¿Quién es?

—Es el hijo del presidente, Nina. Intenta evitar el contacto con él.

—¿Qué tiene que ver eso contigo?

—Aunque esto no me guste hacerlo, es hora de ponerte al día, hija mía.

Cerré los ojos, intentando descubrirme a mí misma. Me daba coraje no poder saber qué había hecho días antes. Mi padre necesitaba mi ayuda, o eso parecía ser lo que estaba pidiéndome.

—Siéntate. Tomemos café y hablemos, mi niña.

Acaba de decir la palabra «niña». ¿Por qué noté el corazón resentido cuando lo escuché? Me froté la frente, como si eso pudiera hacerme recordar algo de lo que había perdido. Me dio la sensación de que sí que había perdido, y mucho.

Nos sirvieron los cafés mientras mi padre sacaba una carpeta, una agenda y unas notas de su

maletín. Eché un vistazo disimuladamente y vi una pistola escondida en el interior.

—Tranquila, solo es para emergencias. —Presionó con suavidad mi mano—. Mira, voy a enseñarte todo esto.

—¿Qué se supone que estás haciendo con todos esos planes que tienes?

—Posiblemente, no te acuerdes de lo que descubriste. Posiblemente, no sepas a qué me dedico.

—No recuerdo nada, papá.

—Empezaremos por cuál es mi objetivo. —Carraspeó y tomó mis manos con cariño—. Hans Blake ha sido escogido para ser presidente tras la muerte accidental de Brian Roc. No hubo urnas; así lo decidió la Junta. Pero no puede estar en un cargo como ese. Está acabando con la sociedad. Hay que detenerlo.

—¿Qué estás diciendo? Recuerdo que Hans Blake era bueno.

—No lo es. Es un dictador que ha matado a gente. Ha hecho daño a nuestra familia, te ha hecho daño a ti. Y, sobre todo, está haciéndoles daño a los ciudadanos.

—¿Cómo está el estado del país ahora mismo?

—Desastroso. Es una dictadura. Espero que recuerdes las normas principales de la Ley OSDE. Tendrás que cumplirlas a rajatabla para sobrevivir, que es lo único que quiero para ti. Quiero que vivas, hija.

Sentí que llevaba una culpa encima, y me sorprendió ver a mi padre lidiando con algo tan gordo como una rebelión. Él mismo, sin que yo se lo pidiera, empezó a explicarme con detalle los pasos que habían ido dando como organización terrorista. Sin embargo, se detuvo cuando comenzó a hablar sobre nuestra familia:

—Descubriste que Juliet es tu madre verdadera.

—¿Cómo?

Los iris se me dilataron, y al pegarle un sorbo al café, me quemé la lengua. Mosqueada, limpié el desastre que provoqué al recibir la noticia. ¿Mi madre biológica era Juliet? ¿Mi tía?

Eso fue lo que le dije casi gritando. Tendrían que habérmelo contado. Tendrían que haberme dicho que ella era mi madre, y así, nada de lo que habíamos sufrido mi hermana y yo sería real. Pero, por supuesto, ahí no solo entraban los sentimientos, sino también las normas dictadas por la sociedad; es decir, las decisiones de Hans Blake.

A pesar de mi cabreo, mi padre siguió contándome la historia de Juliet y él; básicamente, dos personas enamoradas que no pudieron estar juntas. En el fondo de mi mente, esa historia me pareció haberla escuchado, la reconocí de algún modo.

—Y, entonces, ¿cuál es el plan? —Remarqué lo importante, dejando lo demás atrás—. ¿Qué papel me toca llevar? —Me llevé de nuevo el café a los labios y pude saborearlo más tranquilamente—. ¿Qué quieres de mí, papá?

—Solo quiero que te unas a mí para luchar contra él por nuestra familia y por toda la gente que conoces. —Esbozó una sonrisa—. Estoy seguro de que recuerdas a Wen, ¿verdad?

—¿Mi amiga de la infancia? Claro, cómo iba a olvidarla... ¿Por qué solo recuerdo la niñez?

—En la última misión, te golpeaste fuerte en la cabeza. Caíste de un acantilado.

—¿Por qué?

—Peleando con Blake, el hijo del presidente.

—¿Cómo es posible? Entonces, ¿él tampoco recuerda nada?

—Él... Él es tu enemigo, hija. Os cogimos a los dos en el mar.

—No puede ser. ¿Por qué lo dejaste marchar? —Me enfurecí por su decisión de no retenerlo—. ¿Por qué se fue sin recibir su merecido?

—Entra dentro del plan, querida hija. —Respiró profundamente—. Si yo le devolvía a su hijo sano y salvo, él te perdonaría la vida. Condiciones y condiciones. Y para mi plan, yo necesitaba acabar con esta guerra de sangre.

—No lo entiendo... ¿Cómo hemos llegado a todo esto?

—Algún día podré contártelo.

Si debía resumir: mi padre tenía planeado acabar con el presidente del Gobierno, imposible de derribar, y, por si fuera poco, Juliet, mi madre biológica, estaba metida en el ajo, junto con él; algo de lo que no saldrían bien parados, o eso pensé. Luego estaba yo, allí, sin recuerdos, sin apenas corazón y sin futuro asignado; una chica que luchaba por el futuro de muchos y que ya no sabía ni quién era.

Bien, menudo plan.

—¿Cómo puedo joder a ese gilipollas? —le pregunté mientras caminábamos de nuevo hacia aquella fábrica abandonada, que era donde se ubicaban las oficinas.

—¿A quién? —quiso saber, buscando con la mirada a alguien.

—Al hijo del presidente —le dije, bufando y mostrando dureza.

—No, ni siquiera te acerques a él. Es demasiado peligroso, Nina. Evítalo.

—De acuerdo.

Acepté su orden con resignación, pero en cuanto dejé a mi padre en el pasillo, me metí en la habitación en busca de más respuestas; aunque, a decir verdad, tenía pocos métodos para obtener nueva información del exterior.

Izan

Subido al coche junto a mi padre, me sentí como en casa. Recordaba que cuando era niño, él me enseñó a disparar, a ser duro como un roble. Golpeaba mi pecho con mis pequeños puños y me decía a mí mismo que algún día sería único, el mejor, un luchador inigualable.

El chófer de mi padre se detuvo frente a la mansión, esa casa donde había vivido desde que era muy pequeño, una gran herencia que nos dejaron los abuelos.

—Bienvenido a casa, hijo.

—Gracias, padre.

Caminamos hacia la valla hasta llegar a una puerta inteligente, donde debía poner una clave para que se abriera. No recordaba que mi padre tuviera tanta seguridad en su propiedad, aunque yo era un simple crío entonces. No pensé más en eso y me adentré en el gran *hall* de la entrada, donde debía recibirnos Yanira, la empleada más fiel de mi familia, quien me había cuidado desde que era un niño. Sin embargo, ella no estaba allí.

—Bienvenido, señorito Izan.

La nueva empleada miró a mi padre y él le dedicó una mirada por compromiso.

—Gracias. —Me dirigí a mi padre—: ¿Dónde está Yanira?

—Claro, tú no estabas. Resulta que tuvo un accidente y murió. Pobre mujer.

Recordaba que, desde muy pequeño, aquella mujer había llenado mis días solitarios. Estuvo conmigo en los mejores y en los peores momentos, más incluso que mi madre.

—¿Dónde está mamá? Quiero verla.

—Hijo... —Puso su mano gigantesca en mi espalda y me empujó con tacto hacia su despacho.

La empleada del hogar cerró la puerta tras haber servido dos copas de coñac. El olor fuerte del

alcohol me llamó lo suficiente como para despejarme. Necesitaba despertar de aquella mierda de no recordar ni una maldita cosa.

—Hijo... —comenzó. Se sentó en el sillón de su despacho y dio un trago—. Tu madre ha muerto. Murió antes de que te encontráramos.

—¿Qué?!

Me levanté con agresividad, sintiendo mi corazón golpear contra mis costillas, y me sentí de nuevo una mierda; una mierda sin un puto recuerdo de mi madre reciente, sin poder hacer nada por ella.

—No me digas eso, padre... —Me llevé las manos a los ojos y lloré—. No puedo, no puedo más. ¡No recuerdo una mierda! ¿Qué cojones ha pasado?! —Lancé con fuerza el vaso contra la pared, que se rompió en pedazos. La empleada del hogar entró y empezó a recoger, tal y como le ordenó mi padre, quien, con paciencia, me escuchaba—. ¡No, padre, no!

—Sí, hijo, sí. —Se encendió un puro y, apenado, agachó la cabeza.

—¿Por qué acabé en aquella especie de fábrica amarrado como un perro? —le pregunté entre llantos—. ¿Qué le pasó a mi madre?

—Acabaste allí porque peleabas con una de nuestros enemigos y caíste por un acantilado. Gregorio, que es el líder de la organización que va en contra de mí, te recogió del mar cuando ibas a morir. Te recogió para extorsionarme. Mataron a casi todos los nuestros y solo nos quedamos Gregorio y yo, uno frente al otro. Tuvimos que pactar por nuestros hijos, y aquí estás. En cuanto a tu madre, murió en un atentado en la plaza central.

—¿En un atentado? —Me pasé las manos por el cabello—. ¿Estuve con ella hasta el final? Dime que al menos lo hice. —Me mordí el labio, aún con el sabor de mis lágrimas—. Dime que lo hice.

—Lo hiciste, hijo mío. Todos estuvimos allí.

—¿Dónde está Fernando? ¿Qué pasa con él?

—Fernando está de viaje de negocios. Tenemos mucho trabajo, ahora que soy presidente.

Asentí como un loco, sin saber qué más decir.

—¿Quiénes son tus enemigos, padre?

—Ya no tengo enemigos; no ya lo suficientemente fuertes como para derribarme. —Esbozó una sonrisa mientras daba tragos pequeños—. Los tenía, pero ya me los he quitado de encima. Estrategias y estrategias. Me lo han puesto difícil, hasta el punto de perderlo todo, pero no lo he permitido.

Manipuló pruebas: cogió una fotografía de una chica rubia y la rompió con rabia. Por un momento pensé que la conocía, pero no supe a ciencia cierta si mi mente me engañaba. Mi padre sonrió al quemar los trozos de la instantánea.

—¿Quién era?

—Alguien que ya no existe. —El último trozo terminó de quemarse—. ¡Puf! Desapareció, por fin. Era una gran enemiga, hijo mío, pero ahora ya no tenemos por qué temer. Ahora, estamos tú y yo, mano a mano para terminar con los cabos sueltos de esta sociedad. Tenemos mucho trabajo por delante. —Hizo gestos con la mano, quitándole importancia—. Nada preocupante. Ahora quiero que vuelvas a entrenar, a formarte y a gobernar conmigo. Los ciudadanos ya desean verte en el partido. Al parecer, eres querido por las tres clases sociales que existen en este país. Mi imagen fue corrompida por la organización, pero la tuya... La tuya es muy beneficiosa para el partido.

—De acuerdo, solo que necesito algo de tiempo para recuperarme.

—Tómate el tiempo que quieras. Y, por supuesto, puedes traerte a tu esposa a casa. Es mejor

que permanezcas aquí hasta que te recuperes. Ya sabes, es mejor estar en un ambiente familiar cuando no se recuerda nada.

—Gracias.

Me levanté y lo dejé sentado, con su puro prendido, las últimas gotas de coñac en el vaso, las dos piernas cruzadas encima de la mesa y el portátil encendido. Caminé hacia mi habitación; me acordaba de que era la primera planta y la segunda puerta. Cuando pasé por delante de la cocina, escuché la radio emitiendo una última noticia: «Tras mucho tiempo con el caso famoso del almacén, se dice que los responsables han sido capturados y están cumpliendo condena. El incidente que llevó a once muertos y un herido en los almacenes de las montañas ya se ha cerrado para siempre, con un resultado positivo».

Fruncí el ceño. Curioso, subí a mi habitación y cogí un portátil, que estaba escondido bajo la cama. Eso también me pareció extraño, muy extraño. Encendí el ordenador, pero no encontré nada dentro que me sirviese como método de ayuda para mi memoria. Me mordí la lengua, como si eso fuera a calmarme. Tecleé «Organización terrorista» en el buscador, por inercia, pero no salió nada. Agotado, me tumbé en la cama.

El portátil seguía encendido. De repente, saltó una información del propio sistema: «Tiene archivos ocultos. ¿Desea seguir manteniéndolos en oculto?». Era como si alguien hubiese manipulado aquel ordenador. Cada vez me olía más raro todo aquello. Rápidamente, entré en esos archivos. Se abrió una nueva ventana con un archivo oculto. Al abrirlo, me pidió una contraseña. ¡Maldita sea! ¡Maldita memoria! Me quité la camisa, rabioso por no saber, por no tener ni idea de qué narices ocultaba ese archivo. Con el pecho desnudo, volví a observar mis cicatrices, preguntándome cómo había llegado a tener tantas.

Tecleé por inercia una combinación. Lo importante era probar, ¿no? Probé muchas, pero ninguna sirvió. Seguí investigando por los archivos, que iban suprimiéndose mágicamente cada vez que intentaba entrar en alguno de ellos. Un instante tuve para ver una fotografía de aquella chica de cabello dorado que había estado conmigo en aquella habitación. El cursor se movió sin que yo lo hiciera y en la pantalla saltó un mensaje: «Archivo dañado».

Grité con rabia.

Capítulo 13

Un débil recuerdo

Nina

Mi padre había decidido cambiarme el nombre y había pagado mucho dinero para que figurase en todos lados. Habían hecho que mi aspecto se transformara un poco para que no me reconociesen, pues, según me habían contado, había cometido varios delitos. Mi nombre, entonces, era Nicole.

La nueva chica que era en ese momento había superado a mi compañera Jane en la precisión de un tiro. «¿Quién me había enseñado a disparar así?». Al menos, era magnífico saber que mis habilidades no se habían tirado a la basura tras perder la memoria; una memoria a la que seguía echando de menos.

—Has vuelto a ganarme. Eres muy buena. —Sorprendida, metió las pistolas en la mochila y me dirigió al coche deportivo—. Vamos, tenemos que hacer algo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tu padre nos ha enviado a espiar a un tipo que, supuestamente, murió en un ataque que hubo hace unas semanas en la plaza. Quiere saber si está muerto de verdad.

—¿Estamos en peligro, Jane?

—Hace varios días que lo estamos, pero el presidente no mueve ficha por ahora.

—Pero si lo tiene todo para acabar con nosotros, ¿por qué no lo hace ya?

Jane dudó por un segundo y no se atrevió a mirarme.

—Tenían otra cosa de la que ocuparse. Además, hubo una rebelión en las calles, y es un follón que tiene que solucionar.

—¿Quién empezó la guerra?

—El barrio de River. Pero eso ya ha pasado, Nina. Está controlado y no volverá a suceder. Perdón, Nicole. Aún no me acostumbro. —Noté cierta pena en sus palabras—. Sube al coche.

Me lanzó un impermeable negro con capucha. Miré al cielo y observé cómo las nubes comenzaban a tornarse completamente negras. Me metí en el vehículo, sin preguntarme siquiera por qué hacía aquello.

La tormenta hacía más pesada la misión. Caía tanta lluvia que inundaba por fuera nuestro coche. La radio retransmitió algunas noticias: «Tras mucho tiempo con el caso famoso del almacén, se dice que los responsables han sido capturados y están cumpliendo condena. El incidente que llevó a once muertos y un herido en los almacenes de las montañas ya se ha cerrado para siempre, con un resultado positivo».

—¿Qué caso es ese? —Alcé una ceja.

—Uno de la policía. —Intranquila, carraspeó—. Eran rebeldes. Mataron a once personas. Ahora ya están encerrados.

Apagó la radio y bostezó para disimular. ¿Por qué me sentí en aquel momento engañada? Abrió la guantera del coche y sacó dos pistolas de la mochila para dejarlas en mis manos.

—Son tuyas. Llévalas siempre encima. No estamos jugando, necesitas llevarlas, ¿entendido?

—¿Tan peligrosos son?

—Es una lástima que no te acuerdes.

Por mucho que le pregunté de qué iba aquella frase, ella no me respondió. Se aferró al volante y

siguió la ruta asignada por el GPS integrado.

Tras continuar durante una hora y media, paró frente a una casa. A través de la ventana, se veía a una familia en el salón. Cerré los ojos para dejar de sentir. No quería sentimientos. No quería que me doliese lo que fuéramos a hacer allí.

—Vamos —me indicó Jane una vez que hubo salido del coche—. Entraremos cuando los niños duerman. No te preocupes por eso, pero vamos.

—Está bien.

Salí del coche, con el impermeable ocultando mi vestimenta y la capucha cubriendo mi cabello. Jane me entregó un pasamontañas y me pidió que me lo colocase para que solo se vieran mis ojos. Avanzamos con la lluvia cayendo sobre nuestros cuerpos intranquilos. Ella se adelantó y me indicó que me quedara pegada a la pared mientras verificaba que no hubiese nadie más.

—Listo, no hay nadie. Los niños están acostados en la planta de arriba. En cuanto bajen los dos, quiero que te armes de valor y entremos ahí dentro para amenazarlo a punta de pistola. —Sostuvo mis hombros y me pidió que la mirase—. ¿Estás preparada?

—Sí... —logré decir mientras intentaba tragar saliva—. Pero ¿no veníamos a ver si simplemente estaba vivo?

Hizo caso omiso de mi pregunta.

—Vamos allá. —Me señaló sus dedos para que los mirase. Esperé su señal—. Tres, dos... —volvió a mirar hacia el interior—, uno.

Cuando la voz de Jane cantó ese último número, terminó de abrir la puerta con una herramienta e intentamos ser lo más silenciosas posible. Anduvimos hasta el salón, donde la pareja sonreía y se besaba. Probablemente, él si podía tener a la mujer que realmente amaba, ya que era alguien del círculo privilegiado, alguien que podía hacer lo que quisiera por estar al lado del presidente; algo que nosotros no podíamos tener, algo por lo que luchábamos. Porque, en aquel momento, no había nada más por lo que pelear.

—¡Las manos sobre la cabeza! —gritó Jane, apuntando a la pareja—. ¡Sobre la cabeza! —repitió.

El hombre intentó alcanzar a su mujer, pero allí estaba yo para cogerla del cuello y apuntarle a una de las sienes. Él se echó hacia atrás, pidiendo clemencia:

—No le hagáis daño, joder.

—Dinos lo que queremos saber y nadie saldrá herido.

—No tenéis huevos.

—Ah, ¿no?

Jane enloqueció por el reto que le propuso su adversario. Disparó sin miramientos a la pierna de este y sonrió. Él gritó y rabió, insultándonos a ambas.

—¡Venga! —Se acercó y se colocó de cuclillas para susurrarle al oído—: ¿Cuándo irán a por nosotros? ¡¿Cuándo?! ¡¿Cómo es que estás vivo?!

—¡No te lo diré, zorra!

Un golpe nos alertó y nos distrajo de nuestro objetivo. Mi compañera, alarmada, se levantó y miró hacia todos lados, como yo. De repente, el hijo del presidente entró en la estancia con dos armas apuntándonos.

—Blake... —murmuró Jane con mucha confianza, como si lo conociera—. Sigues vivo...

—Sí. ¿Quién dijo que iba a morir? ¿Me conoces?

—Yo... pensé que...

—Apártate de él. ¡Ahora!

En esa conversación, admití que me perdí. ¿Qué hacía Jane conociendo a nuestro enemigo? Ella se comportó extraña desde entonces, como nerviosa. Por un momento, pensé que no tenía la cabeza en su sitio, así que decidí tomar las riendas. Até con rapidez a la mujer a la pata de la mesa sin dejar de apuntarle y después dirigí el cañón de mi pistola a Blake.

—Ezequiel, ¿te encuentras bien?

—Voy a matarte... —le advertí, acercándome a él con la pistola en alto—. Juro que te mataré.

Las manos me temblaron por un segundo al ver sus ojos volviéndose hacia mi persona. Sentí cómo el corazón se me encogía. ¿Qué estaba pasándome? Me habían entrenado para esto. Mi padre me dijo que cuando lo viera, huyera de él.

«¡Basta, Nina!», me criticó mi propia mente. Debía avanzar, olvidar la mirada intensa y verde como la hierba recién cortada.

—¿Qué he hecho para que quieras matarme? —Se puso en guardia y me apuntó.

—Tú me golpeaste... ¡Por tu maldita culpa, no tengo memoria! Y juro que pagarás por ello.

Jane se quedó tanto tiempo observando nuestra escena que el tal Ezequiel golpeó la pistola con su brazo y la hizo volver en sí. Empezaron a esquivarse, buscando el punto débil de cada uno. Nosotros dos seguimos caminando uno frente al otro, apuntándonos firmemente y con los entrecejos fruncidos, hasta que Blake golpeó mi pistola y logró agarrar mi cuello. Intenté huir de él dándole un codazo en el estómago y en el cuello. Se quedó anonadado por mi atrevimiento. Tras levantarse y dejar de quejarse, se mordió el labio.

Maldita sea. Tenía demasiado cuerpo y era demasiado atractivo para poder pegarle con más ganas. Intenté huir, como bien me había dicho mi padre.

—¡No huyas! ¡Da la cara! ¿Quién cojones eres?

Logré salir corriendo por el pasillo estrecho, pero en mi huida, golpeé un jarrón de cerámica con mi brazo y se rompió. Blake saltó los pedazos esparcidos por el suelo y me persiguió sin contemplaciones. No iba a permitirme huir tan fácilmente.

—¡Deja de seguirme! —le ordené—. ¡Vete al infierno!

—¡Basta! ¡Para ahora mismo!

Me detuve al ver que no había salida. Logré abrir una última puerta, la cual daba a un pequeño patio interior, pero ya no había nada más, solo un muro que saltar. No sabía si llegaría sana y a salvo abajo cuando cayera. Vi su pistola brillar entre la luz que proyectaban los farolillos. Iba a matarme. Iba a hacerlo. Si no lo terminó la última vez, lo haría en ese momento.

—¡No tienes escapatoria! ¿Qué cojones haces? —Levantó una ceja a modo de diversión.

Bien, a mí no me hacía gracia. Sabía que llevaba un vestido corto con el que podría verme hasta el alma al intentar subir la valla, pero era lo único que me quedaba por hacer antes de que me matara.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loca?

—¡Sobrevivir!

Conseguí llegar arriba. Escuché la tela de mi vestido romperse. Blake empezó a reír como un tonto. Se llevó la mano al estómago y continuó riendo. Dejó de apuntarme, ya que, al parecer, no le importaba que escapase. No entendía nada.

—Vamos, baja —me propuso, ya más serio. Cogió mi cintura a la fuerza. Yo me resistí pegándole un puñetazo en la cara—. ¡Para! ¡Quieta!

Intenté salir de sus brazos grandes y musculosos. Lo mordí en el brazo mientras él me llevaba al suelo como a una niña pequeña. Sin ningún miramiento y todavía intentando quitarme sus manos de encima, agarró mi pasamontañas desde abajo y tiró hacia arriba, descubriéndome. Mierda. Estaba

perdida.

—Tú... —murmuró, mirándome a los ojos. Mi cabello desastroso se coló entre mis ojos, pero aun así pude ver sus iris verdes—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Ahora no te acuerdas?!

—No me acuerdo de ti, solo cuando te vi agarrada igual que yo en aquella mierda de habitación.

Descendió sus ojos desde mi rostro hacia mis piernas, descubiertas por la tela rota del vestido. Si no era lo bastante corto antes, en ese momento, ya lo era extremadamente; tanto que podía verse mi ropa interior de encaje negro.

—Créeme que me acordaría de ti —ronroneó—. ¿Cómo te llamas?

—Acabo de amenazar a tu compañero con un arma. ¿En serio solo te preocupa mi nombre?

—Pues sí. —Chasqueó la lengua y sonrió, radiante—. Tu nombre —me exigió.

—No voy a decirte mi puto nombre, Blake. ¡Déjame marcharme!

—Tu nombre y te dejo irte.

Presionó sus dedos en mi nuca. Su piel radiaba calor, igual que la mía. Estaba tan nerviosa que me quedé en blanco. No supe qué hacer, no supe adónde debía ir o cuál era el camino adecuado.

—No voy a decírtelo.

Levanté mi pierna rápidamente y lo golpeé en sus partes íntimas. Gritó, se quejó y maldijo, agarrándose la entrepierna. Aproveché para salir corriendo en busca de mi compañera mientras seguía escuchando sus gritos. Al llegar al salón, Jane, con unas cuantas heridas en su rostro y su brazo, caminaba hacia la salida cuando se percató de mi presencia. Volví a ponerme el pasamontañas y le exigí información mientras caminábamos hacia el coche y nos llenábamos de barro los zapatos:

—¿A qué ha venido eso? —Jane abrió la puerta del coche y se sentó en el interior sin contestar a mi pregunta—. ¿Conoces a Blake? —Me hice un nudo con mi cabello mojado y Jane arrancó con rabia—. ¿Lo conocías? —volví a intentarlo.

—Algo.

—¿Cuánto es «algo»?

—Solo lo conocí por alguien, ¿de acuerdo? —Se aclaró la garganta y giró con brusquedad el volante—. Es solo que pensé que estaría muerto en cuanto lo entregáramos. Eso es todo.

—¿Quieres saber una cosa? —Alzó las cejas, a la espera—. No te creo. No te creo una mierda.

Capítulo 14

La fuerza del destino

Izan

No fue hasta el momento en el que le quité el pasamontañas que ocultaba su rostro cuando me di cuenta de que era la misma chica que estuvo en la misma situación que yo, atada en aquella habitación. ¿Qué habían hecho con ella? No se la veía de esa clase de persona que quería llevar un arma, pero realmente la hacía tremendamente atractiva.

Mi mente volvió a recordar ese vestido roto y sus piernas desnudas. O su ropa interior, la cual detecté al instante. No es que la buscara. Bueno, puede que algo estuviera ingeniando en mi cabeza, pero la verdad era que la chica tenía algo que había conseguido atraparme desde el primer momento. No me interesaba lidiar con mi propia enemiga; porque, al parecer, eso era lo que era. Pero sí que tenía interés en otra parte de ella: esa que hacía que despertara sentimientos en mi entrepierna.

Sus ojos azules como las olas del mar me llevaron a otro lugar. Era un recuerdo entre los más profundos que tenía, uno tan lejano en mi memoria que no llegaba a alcanzarlo. No obstante, al final llegó, y pude comprobar que era una playa; una playa desierta. Las olas estaban altas y la brisa del mar silbaba entre el silencio de dos personas cayendo de un acantilado. Una melena dorada se azotaba por el viento. Me aferré al cuerpo de la chica como si fuera la última vez y la presión nos hizo caer. Fue entonces cuando casi pude contemplar el rostro que ocultaba esa melena rubia.

—¡Joder! —Un golpe en mi entrepierna me quitó de mi recuerdo y maldije salvajemente. Grité por el dolor, pero también por haber perdido la ocasión de escarbar en un recuerdo guardado en las profundidades de mi mente.

La chica de pelo dorado acababa de salir corriendo sin que hubiese logrado averiguar su nombre. Y, para colmo, me había dejado con un dolor casi insoportable en toda la zona de mis partes bajas. Corrí detrás de ella, pero casi cojeaba debido al ardor en mi entrepierna. No la alcancé, solo vi cómo se subía a un coche junto con la otra mujer y salían cagando leches.

—¿Quiénes eran esas?! —quise saber cuando regresé a la casa.

Ezequiel, el hombre al que tenía que proteger por orden de mi padre, se agachó y abrazó a su mujer, inconsciente. Me miró como si fuera un puto monstruo, un diablo que había vuelto a cobrar vida.

—¿Por qué no te mueres ya? —Me miró con rabia y odio—. ¿Volveremos a las mismas otra vez ahora con otra tía o qué pasa?

—¿Qué mierda estás diciendo? —Agarré su cuello y lo estampé contra la pared más próxima. Ese tío sabía algo, y juré por mis cojones que iba a cantar—. ¡Habla! ¡Ya! —le grité con desesperación en el oído—. ¡Que lo sueltes, joder!

—No he dicho nada. —Sonrió con malicia—. Vete para tu puta casa. Tu padre debe estar preguntándose dónde narices estás. Yo estoy bien. Ahora, quítame las putas manos de encima.

—¡He dicho que contestes! —Mis ojos se abrieron exageradamente—. ¡Habla!

—No tengo nada que decir.

—¡Entonces deberías haberte mordido la lengua! —Golpeé su cara—. ¡Vamos, habla de una

puta vez!

—Te he dicho que me quites las manos de encima. A tu padre no va a gustarle esto.

—Vete a la mierda.

—Lárgate.

Nina

No me lo creía. No lo había hecho desde un principio, y menos iba a hacerlo ahora. Detrás de toda aquella información que todos me proporcionaban y que parecía encajar, había algo más escondido. Pensé en sacar algo como fuera, pensé en ver a mi madre y forzarla a hablar. Estaba segura de que tenía que saber algo de lo sucedido en mi cabeza.

—¿Adónde vas? —Empujé a Jane y la obligué a salir del coche—. ¡¿Qué estás haciendo?!

—¡Sal ahora, vamos! —Se subió al asiento del copiloto—. ¡No tengo todo el tiempo del mundo!

—Pero ¿adónde quieres ir?

—A descubrir la puta verdad. ¿Te parece bien?

—Creo que no tendrás tiempo para eso. —Miró hacia atrás y yo la imité. Vimos varios coches negros que nos seguían—. ¡Acelera!

—¿Quiénes son? —le pregunté. Di un volantazo para colarme por unos callejones—. ¡¿Quiénes son?! —repetí.

—¡Son ellos! ¡Son ellos! —Jane me ordenó que corriera más—: ¡Vamos, vamos! —Sacó la pistola, apuntó por la ventana y disparó varias veces. Los coches nos alcanzaron y se situaron a nuestro lado—. ¡Agacha la cabeza!

Hice lo que me dijo y una bala rebotó en el salpicadero. Maldije e intenté incorporarme. Giré bruscamente hacia el lado del morro del otro coche, el cual perdió la dirección por un momento, pero volvió a la carga al instante, golpeándose contra el mío. Mi compañera me pidió que cambiara de ruta. No podíamos volver a nuestro refugio, ya que no podían saber nuestro paradero ni que éramos de la banda de mi padre. Así que me dirigí hacia el barrio de River. Cuando pasé por las calles buscando mi casa, me percaté de que solo quedaban escombros.

—¡Mierda, tenemos otro más!

—¡Joder!

Jane empezó a pedir refuerzos por su teléfono móvil. Tardarían en llegar, y ya era demasiado tarde para huir de tres coches. Sin embargo, no nos rendimos. Me apresuré a buscar los callejones más oscuros del barrio. En un giro brusco, uno de los coches acabó estampándose contra un muro.

Estábamos alejándonos de la ciudad. Justo cuando iba a traspasar el letrero que indicaba que finalizaba el barrio de River, llamaron a Jane y le dijeron que habían enviado refuerzos. Por el retrovisor, pude discernir un coche plateado siguiéndonos. No podía creérmelo. No, otra vez él no...

Entramos en un túnel alumbrado y las luces cegaron nuestros ojos. Aceleré con rabia e intenté desahogarme. Procuré desestabilizar el coche plateado, a milímetros del nuestro. Otro coche negro se unió, también muy pegado, aunque no tanto, ya que mi compañera se encargó de dispararle continuamente.

Durante el instante en el que Jane cargaba la pistola y yo observaba de reojo cómo lo hacía, el coche negro se colocó delante de nosotros y se quedó cruzado en medio de la carretera. No fui

capaz de girar a tanta velocidad y con tan poco margen.

—¡Nina! —Jane se echó las manos a la cabeza y esperó a que el choque se produjera—. ¡Frena!

En ese momento no pude hacerlo, ya que, durante una milésima de segundo, contemplé un recuerdo; un leve recuerdo en mi mente perdida. Era una playa desierta, donde las olas del mar mojaban mis pies descalzos.

—¡Nina!

Jane zarandeó mi cuerpo cuando vio que no fui capaz de reaccionar. Cogió el volante y lo giró con violencia. El coche plateado frenó de golpe en cuanto nosotras giramos. Nos estrellamos contra una valla que nos hizo dar vueltas de campana en el aire, igual que mi cabeza. Jane gritó mientras intentaba agarrarse a algo. Era nuestro final.

El ruido que produjo el coche al detenerse fue horroroso para mi corazón. La luna delantera estalló en pedazos y me golpeé una de las sienes con el volante. Sentí el cinturón apretarme el abdomen y el pecho. Mi cabeza acabó contra el airbag, que saltó al estamparse el coche contra el suelo. Fuimos arrastradas por el impacto y noté cómo mi frente se impregnaba de sangre. Tuve miedo de no poder respirar en esa milésima de segundo en la que todo pareció desaparecer. Aún seguía viva, bocabajo y sin sentir mi cuerpo, pero seguía viva.

Los jadeos de Jane fueron apagados por alguien que se metió en el vehículo y le retiró el cinturón. Yo me quedé allí, esperando a que otra alma caritativa hiciera lo mismo conmigo. Escuché un forcejeo y, segundos después, Jane ya no estaba a mi lado. Un dolor acentuado en la parte baja de mi abdomen hizo que me dieran ganas de vomitar. Noté algo extraño dentro de mí. Cuando logré mover mis manos y levantar una para sentir que aún las tenía, vi que estaban llenas de sangre. «Tranquila, Nina. Tienes que estar tranquila», me calmé a mí misma.

Cerré los ojos en cuanto varias lágrimas salieron por sí solas. No entendía nada en absoluto, nada de nada. Una mano grande entró en el vehículo y se posó en mi hombro. Al girarme, volví a contemplar esos ojos verdes. Me asusté porque sabía que no debían cogerme, que no podían llevarme al hospital ni tampoco ante la policía. Y lo más complicado era que tenía a mi enemigo salvándome la vida. Pero yo estaba muerta para la sociedad; mi padre me lo había explicado.

—Estás sangrando mucho. Es mejor que no te saque. Voy a llamar a una ambulancia. Tranquila.

—¡No! No llores... No... —Hundí el rostro en el airbag—. Por favor, sácame de aquí.

—Pero... —Le supliqué con la mirada—. Estás sangrando. Tiene que verte un médico.

—Por favor, Blake. ¡Sácame de aquí! No pueden verme. Por favor.

Con miedo en sus ojos, Blake asintió. Sabía que estaba grave y que no podía controlar ni saber qué era lo que tenía. Necesitaba salir de allí en ese momento, justo cuando mi enemigo estaba consiguiendo quitarme el cinturón lleno de sangre pegado a mi ropa. Los refuerzos de mi padre estaban a punto de llegar. Tampoco podían ver a Blake allí conmigo.

¿Por qué me salvaba la vida?

—Vamos, niña, agárrate a mi cuello. Contaremos hasta tres y te levantaré, ¿entendido?

Sentí cómo mi pecho volvía a contraerse al escuchar la palabra «niña» de su atractiva boca. ¿Qué estaba ocurriéndome? No lo entendía. Aun así, asentí con la cabeza para darle permiso.

—Está bien, vamos allá. —Pasó su brazo por detrás de mi espalda y el otro por debajo de mis piernas—. Uno, dos y... —se preparó para cogerme en peso y respiró profundamente— tres.

Levantó mi cuerpo dolorido y me subió a su coche. A consecuencia de aquel movimiento, le manché toda la tapicería de piel, pero me daba exactamente igual, que se aguantase. Era lo mínimo que podía hacer si ya había intentado matarme una vez y no se aclaraba.

Presioné mi brazo en la zona baja de mi estómago.

—¡Joder, maldito dolor! —Hice gestos de agonía, muecas que no pude evitar. Tenía ganas de vomitar.

Blake empezó a limpiar el coche en el que Jane y yo habíamos huido para asegurarse de que no cogieran muestras. ¿Por qué lo hacía? Vi varios cuerpos en el suelo, y supuse que se trataría de su gente, pero no encontraba a Jane por ningún lado.

—¿Dónde está mi compañera?

—Se la llevaron los hombres de mi padre. —En cuanto terminó de hablar, se escucharon las sirenas de la policía.

Lo observé recoger las pistolas y traerlas hacia mí. Las guardó en la guantera y se subió al coche, con paños mojados de mi sangre. Por descontado, estaba claro que, debido a la habilidad con la que llevó a cabo todos aquellos movimientos, habría hecho aquello más de una vez.

Aceleró con rapidez. Me quedé alucinada por cómo su brazo fuerte y varonil cambiaba las marchas. Las venas de sus bíceps se forzaron tanto que pareció que fueran a salirse.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has salvado? —lo interpele, aún con el dolor en mis partes íntimas—. ¿Por qué me ayudas?

—¿Eres una fugitiva o algo así? ¿Por eso no pueden verte?

—Algo así... —Mentí; bueno, solo en parte—. Soy una fugitiva, sí —le confirmé para que me creyera.

El hijo del presidente no podía saber quién era y qué era lo que hacía. Si llegara a averiguarlo, mi familia y todos los que trabajábamos por un futuro mejor lo perderían todo. Aún necesitaba saber con claridad qué estaba pasando.

Condujo con un rumbo fijo. Subió las montañas y contempló las vistas en silencio. Seguí presionándome el abdomen. ¿Por qué me dolía tanto? No me había clavado nada allí abajo. Solo podía ver que en el brazo tenía sangre y varios cristales clavados que debía quitarme cuanto antes, pero nada más allá de eso, sin contar con un simple corte en la frente.

—Pues por eso te ayudo, porque no quiero que te pillen, simplemente por eso.

—Oh, vaya. Ahora el hijo del presidente se preocupa por una fugitiva.

—Puede que me preocupara por muchos, pero eso ya no lo recuerdo.

Apenado, continuó conduciendo en la oscuridad. Los focos del coche alumbraban las curvas oscuras. La ciudad iluminada se veía preciosa desde una altura como aquella; mágica. Era una lástima que sus habitantes no pudieran decir lo mismo por culpa de quien la administraba.

Llegamos a una casa abandonada, donde aparcó y apagó las luces. Volvió a cogerme en brazos, me sostuvo mientras cerraba la puerta del coche y golpeó la verja de la casa. Una vez dentro y después de unos pocos minutos, Blake iluminó la estancia con farolillos. Solo se veía abandonada por el polvo que cubría los muebles. Consiguió quitar la máxima suciedad posible del sofá y me sentó con delicadeza.

—¿Qué es este lugar? —Le eché un vistazo a mi alrededor, sucio y destartado—. ¿Es tuyo?

—Es de alguien. Aquí veníamos con mi amigo de la infancia cuando solíamos huir de otro alguien. Lo recordé, y fue lo mejor que se me ocurrió.

Yo también recordaba a mi amiga de la infancia, a la rubia de Wen, mi Wen... ¿Qué habría sido de ella después de tantos años? ¿La vería antes de haber perdido mi memoria? ¿Supe de ella? ¿Estaría casada con un millonario? Puede.

—Él siempre era previsor. Y si tenemos suerte... —Buscó entre los cajones y señaló algo—. ¡Premio! —Sacó un botiquín y se colocó a mi lado—. Ahora te tocará aguantar y ser fuerte, ¿de acuerdo, niña?

—Deja de llamarme niña, o a quién le tocará ser fuerte será a ti, Blake.

Le pareció gracioso.

—No creo que deje de llamarte así si no sé tu nombre. —Me sonrió con burla mientras sacaba lo necesario—. Levántate el vestido.

—Más te gustaría, Blake.

—Pues sí, no voy a negártelo. Pero te lo pido porque quiero utilizar estas cosas para curar tus heridas.

Me inundó un sentimiento lujurioso cuando sus dedos tocaron mi piel. Su mirada seria, que intentaba calmarme para decirme que todo iría bien, solo consiguió elevar el temblor en mi cuerpo debido a su tacto. Creí estar sudando mientras sentía dolor.

—Solo te curaré la herida de la pierna. El resto las sanarás tú misma. No sé cómo lo harás, pero tendrás que buscar un médico.

Hice caso a sus palabras por algo que no entendí: estaba confiando en mi enemigo. Me retiré el vestido, y mi ropa interior atrajo su lasciva mirada. No dejó de mirarme, ni siquiera intentó disimular. Mi brazo seguía sangrando y lo único que hacía era mirar mis tetas. ¿Iba a curarme de una vez?

Pareció haberme leído la mente, porque, cuando quise rechistar, volvió a ponerse serio y empezó a retirar los trozos de cristal incrustados en mi piel. Bramé de dolor, pero intenté presionar mis labios para evitar gritar de nuevo. Casi los había retirado todos, aunque uno me dolió más que otro. La herida estaba tan resentida que solo pasar los dedos por al lado me dolía. Se deshizo del último trozo y enfocó con el teléfono móvil mi pierna y mi brazo para verificar que no hubiera más. Sonrió cuando alzó la mirada, mostrando comprensión por mi dolor. Acarició mi cabello en cuanto dejó de estar agachado y fue en busca de algodón y de lo demás que necesitaba.

—Ahora te escocerá, pero es lo más rápido. —Levantó con demasiada confianza el tirante de mi sujetador, que estaba deslizándose por mi hombro—. ¿Estás bien? ¿Quieres que pare o que lo haga?

El caso es que el gesto que hizo con el tirante me devolvió otro recuerdo: una biblioteca, una maqueta, el olor a libros, unos dedos cogiendo ese mismo tirante...

—¿Niña?

De nuevo, tuve ese sentimiento de cómo mi corazón se encogía al dirigirse a mí de ese modo.

—Hazlo... Hazlo ya... —Cansada, suspiré—. ¿Tu amigo tiene alcohol del bueno?

—Sí... —Me miró impresionado y se levantó para alcanzar una botella escondida en un cajón—. Recuerdo breves imágenes de cuando lo tomábamos aquí los dos para desahogarnos. Esta casa era de su hermano Rafael. Al parecer, no hace mucho que dejó provisiones. Probablemente, algo iba mal.

—¿Y cómo se llama tu amigo?

—Noel, pero supongo que hace muchos años que no lo veo, por eso de la pérdida de memoria.

Me entregó la botella para que le diese un trago.

—Gracias. —Di un buche—. Hazlo ya.

Cogió la botella con alcohol puro e impregnó toda la herida. Rabiando, grité y me agarré a su pecho. Él me abrazó y acarició mi espalda con la yema de sus dedos. Aunque no quise llorar delante de él, terminé haciéndolo en su hombro. Me dolía a rabiar, y no dejaba de pensar por qué sentía dolor en la parte de mis ovarios y ganas de vomitar. Seguía sin entenderlo, y eso hacía que sintiese impotencia, ira y descontrol emocional, sentimientos que debía eliminar de mi cuerpo para poder continuar con mi mísera vida.

Blake deslizó la palma de su mano por toda mi espalda, ayudando a estabilizar mis emociones y mis penas.

—¿Estás mejor? —Acarició mi cabello y mi rostro, que aún reposaba sobre su hombro—. ¿Quieres que te la tape? —Suspiré y asentí—. Tranquila, niña... Lo haré con cuidado. —Presionó la gasa en la herida. En ese momento, apreté mi pecho contra el suyo y terminó de ponerme el esparadrapo—. Ya está, ya pasó... —De forma delicada, pasó sus dedos por encima de mi piel.

A los pocos segundos, empecé a sentir el alcohol en mi cabeza. Llevábamos media botella ingerida.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—¿Por qué...? ¿Por qué me ayudas?

—¿Cómo no iba ayudar a alguien que necesita ayuda? Eres tú la que piensa que quiero matarte.

—Me golpeaste en el acantilado. Es lógico que piense que querías matarme.

—¿Yo? —Fruunció el ceño—. ¿Que yo quería matarte? ¿A una chica tan atractiva como tú? Lo dudo... —Tragó saliva al mirarme de arriba abajo—. Y si lo he hecho, no lo recuerdo, niña. He perdido la memoria. No recuerdo nada de lo que hice, nada más que la niñez.

Noté sus manos, que se acercaban con parsimonia a mis pechos, y en vez de pararlo, me dejé llevar por sus brazos, que me rodeaban, y por su aliento cálido cerca de mis labios. Aproximé mi rostro al suyo, hasta que nos quedamos a milímetros el uno del otro. Noté como si sus labios fueran míos; solo míos, por alguna razón. Me peinó el cabello con sus delicados dedos y deslizó su pulgar por mi mejilla, sonrojada por la vergüenza.

Estaba tan nerviosa que algo no dejaba de revolotear en mi estómago. Él no se detuvo frente a mis labios, sino que terminó de acercarse y los presionó contra los míos, que temblaban ante su cercanía. Su aproximación volvió loco a mi cuerpo. Sentí demasiada confianza en un primer beso. Era como si me perteneciera... ¿De verdad estaba dejándome besar por mi enemigo? ¿En serio?

En el momento en el que sentí mi cuerpo arder, Blake se detuvo y pareció sentirse arrepentido.

—Lo siento, lo siento de verdad. Me he dejado llevar. No tendría que haberlo hecho... —Se llevó las manos a los ojos—. Estoy casado. —Apenado, se los frotó—. Lo siento, lo siento de verdad —repitió—. Eres preciosa, y hay algo en ti que me vuelve loco. Tus labios, tus gestos, tu rostro..., me han hecho que me pierda en ti, aunque ni siquiera sepa tu nombre, y lo siento. No tengo una buena época.

—Yo tampoco tengo una época fácil... —Me coloqué de nuevo el vestido mientras sentía el dolor de las heridas—. Lo siento por meterme donde no me llaman. Debo irme.

—Te llevaré adonde quieras.

—¿Podrías acercarme a un lugar del que no puedes hablarle a nadie y me prometes que quedará entre nosotros?

—Por supuesto.

Izan

Sentí el dulzor de los labios de esa chica en los míos. Me había dejado llevar por una atracción hacia una mujer tan bella. Evidentemente, me había gustado. Le habría hecho el amor allí mismo si no fuera porque la situación no me lo permitió, o porque tenía en mi cabeza las leyes y el recuerdo de que Carolina era mi esposa.

También recordé el comentario de Ezequiel cuando me dijo que esa chica con la que engañé a

Carolina no era lo suficiente para mis padres y por eso la ocultaba. Puede que esa mujer hubiese sido mi escapatoria. Y ahora, para colmo, la muchacha de pelo dorado también estaba en mis pensamientos insanos.

—No le digas a nadie que has estado conmigo. Ya sabes que yo...

—No te preocupes, niña. —Paré el coche—. No diré nada, te lo juro. Suerte con tu época mala, ya sabes... —Le guiñé el ojo y ella me mostró una sonrisa radiante—. Me alegro de haber podido ayudarte. Ahora ya estamos en paz.

—Sí. Supongo que estamos en paz.

La chica sin nombre se acercó a mi mejilla y la besó con cariño. Fue una manera de darme las gracias por curarla y sacarla de allí antes de que los míos la encontraran. Eso lo sabía y lo entendía. Lo que no comprendía era cómo volví a caer en sus labios de nuevo. Los besé como un loco. La atraje hacia mí con ansias. Y ella también lo hizo, sin miramiento alguno. Se dejó llevar como si fuera mía, como si la poseyera. La noche oscura ocultó nuestros besos deseosos de sexo, de contacto humano. ¿Cuánto tiempo llevaba sin sexo? Ciertamente, supuse que bastante, porque mi cuerpo anhelaba obtenerlo.

—Dime tu nombre, por favor —le pedí muy cerca de su boca—. No se lo diré a nadie.

—Nicole. —Se retiró de mis labios, nerviosa—. Ese es el único nombre que puedo darte. —Cerró la puerta del coche y pasó por delante para rodearlo y ponerse frente a mi ventanilla—. Gracias de nuevo, Blake. Y perdóname por los besos, ya sabes... —Se retiró el pelo de la cara—. Pactemos una tregua. Ninguno de los dos, pase lo que pase, nos mataremos. —Dejó su mano en el aire—. ¿Estás de acuerdo?

—Más que nunca, niña. —Tomé su mano y besé el dorso—. Un placer, señorita Nicole. —Sonreí y encendí el motor—. Hasta pronto.

—Dirás hasta nunca. —Fue retirándose poco a poco.

—He dicho hasta pronto, niña.

Aceleré el coche y me puse a cien por hora, como hacía escasos minutos me había puesto el cuerpo de Nicole. ¿Por qué siempre me olvidaba de Carolina? ¿Qué cojones hacía con ella?

Llegué a casa y subí las escaleras de dos en dos. Cuando abrí la puerta de mi habitación, allí estaba Carolina, esperándome. ¿Por qué no me creía nada de lo que decía? Bueno, no lo sabía.

—¿Dónde has estado? —quiso saber, con las piernas cruzadas y un libro en sus manos.

—Defendiendo a Ezequiel. Lo han atacado esta noche. Hacía tanto tiempo que no disparaba que debía tomarme un respiro. He estado pensando en el coche. Ya sabes...

—Ya. Así has sido siempre tú —dijo sin mucho entusiasmo—. ¿Vamos a la cama?

—Ve tú, yo debo hablar con mi padre. —Quería quitármela de encima—. Descansa. Ahora volveré a subir.

A regañadientes, se metió bajo las sábanas.

Bajé las escaleras en busca de mi padre. Lo encontré solo y bebido en su despacho. Estaba dormido en el sillón, con la pantalla de su ordenador encendida, donde se proyectaba un vídeo de unas cámaras de seguridad. Despacio, agaché la cabeza para observar qué estaba visionando en ese momento. Entonces, vi a aquella chica, en mi casa —probablemente, de la que Ezequiel hablaba—, en una grabación de hacía tan solo un mes, y por la noche. Llevaba una pistola en su mano. Su vestido era oscuro, con brillantes, y su cuerpo de escándalo se deslizaba delante de mí como una diosa. El caso es que me recordaba a alguien, pero no conseguía unir las piezas en mi cabeza. Junto a nosotros, estaban Fernando y otro hombre, al que, según parecía, amenazábamos. Sin embargo, a pesar de todo aquello, yo solo la miraba a ella y sonreía. No pude escuchar el

audio, pero sí ver a quién pertenecía el vídeo. La carpeta tenía el nombre de Nina Larson.

Capítulo 15

Emociones incontrolables

Nina

Cerca de la entrada de la fábrica donde había pedido que me dejase Blake, un coche me recogió. Hasta llegar a la factoría, mis pensamientos volvían a cada momento a él, a cuando sus ojos me mostraron cariño sin siquiera conocernos. El verde intenso se coló por todo mi cuerpo y me hizo ver que, de alguna manera, él no era tan malo como me habían asegurado.

Los aliados de mi padre me llevaron hasta el salón en el que todos estaban comiendo. Llegaba sola y herida. Sin Jane. Eso fue lo que alertó a mi padre, que vino corriendo hasta mí.

—¿Dónde has estado? El coche ha quedado destrozado, pero... ¿Tú estás bien? —Mi padre analizó mi estado. En cuanto me echó un rápido vistazo, enloqueció por el miedo—. ¡Llamad a enfermería!

Pasó un brazo por mi espalda y me subió en brazos hacia la camilla que le proporcionaron a la vez que yo sentía un leve mareo. Me puse de lado y vomité.

—Tranquila, hija...—Me limpió la cara—. Tranquila.

Era muy tarde. En teoría, todos deberían estar durmiendo, pero estaban alertados de mi desaparición.

—Tuve que huir, papá. No podía arriesgarme a que me vieran. —Me acomodé en la camilla, bastante dura—. ¡Se llevaron a Jane! —Me vino a la memoria que la habían cogido—. ¿Dónde está?

—Se la han llevado los hombres de Hans. Tenemos un problema grave. No pararán hasta sacarle toda la información. Al parecer, el trato no era un tratado de paz, sino un trato temporal. Como siempre, Hans manipulándome con mi familia. Lo que no sabe es que mi plan original ha estado en marcha todo el tiempo. No importa esto. Saldremos adelante.

—Joder... —Quise levantarme, pero no me lo permitió.

—Tengo que examinarte. Estamos intento localizarla. No te preocupes, todo irá bien. —Acarició mi frente y, aliviado, suspiró—. Te quiero, cariño.

Diana se plantó frente a nosotros tras unos minutos de palabras cariñosas por parte de mi padre. Él se quedó mirando todo lo que me hacía Diana. Primero retiró mi ropa sucia y manchada de sangre. Fue entonces cuando mi padre entendió que debía irse hasta que estuviera preparada para examinarme.

No podía ver bien lo que hacía Diana conmigo. Además, los ojos se me caían debido al sueño. Pero cuando los cerré, al final solo vi aquellos ojos verdes. ¿Cómo tenía tanto poder sobre mí alguien a quien no conocía? Pensando en ello, me quedé completamente dormida.

—Buenos días, cielo.

No era mi padre el que me hablaba. No se trataba de una voz grave, sino de una femenina. Muy femenina. Su cabello pelirrojo estaba recogido en un moño enroscado a la perfección. Su aroma azotaba mi nariz adormilada, y su mano encima de la mía me devolvió un leve recuerdo de cuando era niña. Juliet siempre había sido mi madre. Quisiera o no, siempre lo había sido, siempre había

estado para mí. Por ello, saber que realmente lo era, romper mi relación con ella era impensable. La quería, y pese a mi cuerpo dormido, tenía ganas de abrazarla y decirle que la quería muchísimo.

—Mamá.

—Hija.

Parpadeé durante unos segundos. La luz que entraba por la ventana obligó a mis ojos a cerrarse de nuevo, pero los controlé y terminé de abrirlos por completo. Apreté la mano de mi madre. Ella besó mi frente y acarició mi cabello. Al momento, mi padre entró y se colocó detrás de Juliet para abrazarla por la espalda mientras ponía su mano en mi frente.

—¿Qué me ha pasado?

—Cariño, ¿podemos hablar un segundo? —le pidió mi padre a Juliet. Ella lo miró extrañada.

—Hablemos. —Besó mi frente—. Descansa, hija. Ahora venimos.

No tuve fuerzas para recriminar nada ni para impedir que se llevase a Juliet con la intención de hablar con ella, aun sabiendo que me ocultaban algo.

Tras la puerta, escuché un grito de horror:

—¿Cómo que no se acuerda de nada?!

Mi padre habló flojo y se llevó a Juliet lejos del pasillo. Tomé fuerzas como pude y bajé de la camilla sin hacer ruido. Abrí la puerta un poco y escuché la conversación:

—Pero ¿no recuerda a...? —Suspiró—. Oh, Dios mío... Dios mío... —Se escucharon sus tacones retumbar al caminar. Estaba nerviosa y cabreada—. ¿Lo habéis hecho vosotros?

—¡No! ¿Estás loca? Jamás querría eso para nuestra hija —se alarmó mi padre, y la alejó aún más de la puerta.

—¡Pareces muy contento con ello!

—No. Escúchame. Esto solo durará un tiempo, Juliet. ¡El tiempo necesario para derribarlo! ¡Tú sabes las complicaciones que hemos tenido con ellos!

Hubo un silencio entre medio de la conversación. Mi padre prosiguió ante el mutismo de su amada:

—Hans hizo esto con el único fin de conseguir tiempo para convertirse en el presidente. Destruiremos su carrera desde el pico más alto, Juliet. Ahora que es feliz, quiero vengarme. ¡Por Dios, quería matar a su esposa! ¡Joder!

—¡Ya lo sé! ¿Crees que no lo sé?

—Tengo que arreglar demasiados errores que ellos cometieron: la isla, la ciudadanía, las muertes... ¡Todo!

—Recuerda que nosotros también cometimos errores, Greg. Muchos errores.

—Por eso no quiero que a nuestra hija le pase lo mismo. No quiero que se repita. Seguiremos como antes de que lo conociera. Con el plan inicial.

—Pero está... —Suspiró—. Ella está... —no capté las siguientes palabras porque las susurró muy bajo— de él —terminó—. Van a tener un... ¡Joder! ¡Es algo de los dos! ¡No puedes hacerle eso a ese chico! ¡Es un gran chico! ¡Se aman!

—Por eso debía pararlo. Lo que ha hecho Hans no nos viene tan mal, Juliet. Será temporal. Cuando todo acabe, ella será libre de decírselo. Tenemos unos meses por delante; suficientes para acabar con esto. Y aunque me joda, luego tendré que entregársela para que sean felices y coman perdices, como le prometí. ¡Aunque no me guste y me joda! Contactaré con él. Te lo prometo. Llegaré de alguna manera hasta él, como ella querría.

—Mira, Greg, Fernando ha sido trasladado a otro país mágicamente. ¡Y no descansará hasta ver

bajo tierra a ese hijo de la gran puta! ¿Me has entendido? Voy a darte un tiempo límite, porque todos sabemos que podríamos morir y podrían matar a mi hija. ¡Pero que te quede claro una cosa! ¡Lo hago para proteger a nuestra hija! ¿Entendido, Greg?

—Queda claro, cariño.

Volví tras mis pasos y me tumbé de nuevo en la camilla a la espera de la llegada de mi madre. Al instante, Juliet entró y volvió a cogerme de la mano. Aunque estuviera mintiéndome, sabía que había un motivo grave para ello. Solo quería protegerme. Pero ¿de qué? ¿De qué exactamente?

—¿Qué me ha pasado, mamá?

—Cariño, no te preocupes por nada más. —Lo dijo seria y con un hilo de preocupación—. Tu padre me ha dicho que no recuerdas nada, pero quiero saberlo. ¿Recuerdas algo, aunque sea mínimo?

—La niñez. Tranquila, que a ti te recuerdo. —Sonreí—. Van viniéndome algunos recuerdos leves, pero no sé muy bien qué son. No logro encajarlos.

—Bien, cariño. Pues escúchame, porque esto va a ser nuestro secreto, ¿vale? No le cuentes a nadie acerca de todos los recuerdos que recuperes.

—¿Por qué motivo? ¿No es una alegría que recupere la memoria?

—Para mí sí sería una alegría muy grande, en cambio, para muchos otros no. Eres una fugitiva muy buscada en el país. Hans Blake piensa que estás muerta, y así debe seguir siendo, o te matarán. ¿Me has entendido ahora?

—Mamá, ¿qué hice para ser una fugitiva?

—Te rebelaste contra el Gobierno en una manifestación, mataste a agentes del Gobierno, y digamos que ahora ya no eres Nina Larson. Aun así, no te dejes coger nunca, ¿de acuerdo?

—Ayer no me cogieron porque me ayudó alguien...

—¿Quién te ayudó? —Curiosa, se sentó en el sillón de al lado.

—¿No se lo dirás a nadie? —Negó con la cabeza—. Lo... Lo hizo el hijo del presente. Me ayudó Blake.

Se quedó blanca.

—¿Izan Blake sigue vivo?

—Sí.

—Eso está bien, cariño. Es una persona de confianza. —Sonrió, satisfecha por alguna razón—. Tengo que irme. Vendré en unas horas. ¡Hasta ahora!

—Mamá, pero si es mi enemigo...

—Puedes fiarte de él, te lo aseguro. Luego hablaremos, cariño.

Izan

El cierre de una puerta me alertó y guardé el portátil para disimular. Nadie debía saber que estaba encubriendo a una fugitiva. Y no debería estar haciéndolo, pero esa chica me gustaba... y me atraía peligrosamente. Tenía algo mágico, algo magnético que me hacía sentirme único cuando estaba a mi lado. Era una puñetera locura decirlo cuando no la conocía de nada. Pero ella era... Era algo extraño que no podía quitarme de la cabeza.

—Buenas noches, hijo.

Mi padre caminó hacia mí con una gran sonrisa y masajeó mis hombros con cariño. Me preguntó por mi estado y yo le contesté que estaba genial. No era raro que supiera tanto mentir. Él me

enseñó a hacerlo para guardarme de cualquiera que me acechara.

—Gracias por cubrir a Ezequiel. Eso es un buen gesto. ¿Pudiste ver a los que intentaban extorsionarlo? Últimamente, estamos teniendo problemas con la clase baja. No dejan de meterse en problemas entrando en las casas de los...

Se calló en cuanto lo interrumpí:

—Eran dos chicas, pero estaban tapadas. —La cara de mi padre cambió drásticamente y una curiosidad malsana se encendió en su mirada oscura—. ¿Qué ocurre?

—La vez que estuvimos en el prostíbulo, cuando quería saber quién intentó matarme...

—¿Intentaron matarte? —Analice su rostro de sorpresa, el cual no recordaba. Por un momento, creí que se había olvidado de que ya no me acordaba de él—. ¿La organización?

Sonrió con algo de malicia.

—El día que te nombré mi mano derecha, un francotirador nos disparó. Lo llaman el Destructor, o lo llamaban. Ya no saben nada de ese sicario, ya no trabaja para nadie. Nosotros queríamos saber quién era y por qué lo hizo. Entonces fuimos a por la persona que lo sabía, un viejo putero que se pasaba todas las noches en el prostíbulo Yin. Allí, una chica morena que se ocultaba bajo una máscara, como todas las presentes en una fiesta que estaba teniendo lugar, y otra muchacha de pelo corto y con aires roqueros casi me pegaron un tiro en la cabeza. Tú te peleaste con ellas. No lo recordarás. Pero creo que son las mismas.

Intenté disimular mi desconcierto. Si yo había visto a Nicole ese día y la golpeé, podría haber sido verdad que le hice daño. ¿De verdad le habría pegado? Horas antes, le había dicho que sería incapaz. Pero ella había perdido parte de su memoria, igual que yo. ¿Fue en ese momento cuando caímos por el acantilado por el que perdimos los dos la memoria? ¿Nos conocíamos? ¿De verdad ella formaba parte de la banda?

Mierda. Ese dato era algo que no podía preguntar a cualquiera para no poner en peligro a nadie. Pero había algo que me decía que confiara en ella.

—Tenemos que ir a por esas zorras. Debemos aniquilar a la banda. Los de arriba están presionándome para que acabe con ellos y que no haya así más rebeliones. Maldita sea.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nunca quise cargarme a toda esa gente. Se lo prometí a Meri.

—¿Quién es Meri?

No me hizo caso.

—Pero ya no puedo seguir con los acuerdos. Mi carrera y todo lo que tenemos está en juego. Tenemos que actuar. No podemos bajar el listón ante la Junta. Tenemos que ser mejores que Brian Roc.

«Deja que lo piense», me dijo mi padre la noche anterior.

Abrí los ojos al recordar esa frase. Desperté al lado de una melena rubia, de unos ojos que se acercaron a los míos y de una boca que buscó mis labios cansados. Cuando aplastó los suyos contra los míos, no sentí nada. Solo frío. Ella notó mi distancia aunque no me moviera. Sabía que no me gustaba. Debía saberlo por todo lo que no conseguía transmitirle. Algo me decía que yo no quería a Carolina, que solo estaba con ella para aparentar, por ser el hijo del presidente y porque tenía que hacer lo que la Junta me decía.

Necesitaba aire, caminar y sentir que estaba vivo. Sentía una presión en el pecho que hacía que me encontrara ausente. Era como si me faltara algo; algo por lo que mi cuerpo estaba apenado al

no poseer. Estaba ocurriéndome algo, y no paraba de pensar en Nicole.

Un olor maravilloso entró por mi nariz y acabé recordando que era adicto al café de calidad. El aroma me llevó a un lugar en mi recuerdo, una cafetería muy cercana a mí. Me vestí, bajé, cogí el coche y conduje sin rumbo fijo. Aparqué y salí para caminar. Mis propios pasos me llevaron casi al principio del barrio de River. Estaba en la frontera entre el barrio pobre y el barrio rico. En River, todo era ceniza y árboles quemados. Algunos hombres estaban reconstruyendo sus casas bajo el fuerte sol del verano. Era increíble cómo nadie ayudaba a que todo aquello se reconstruyera más rápido.

Vi la cafetería de mi recuerdo y entré.

—Buenos días. ¿Qué desea? —escuché cómo la dependienta me saludaba; recta y con la mirada fija, sin un sentimiento, intentando ser solo una máquina—. ¿Quiere lo de siempre?

Ella continuó con su voz amable, pero sus gestos parecían nerviosos. Desconcertado por el ofrecimiento, observé el lugar con más detenimiento. Me recordaba a algo, pero ¿a qué?

«Vamos, Izan, joder, recuérdalo...».

De golpe, una niña de poca edad invadió mi mente. Miré para la puerta. La recordé entrando. Tenía los ojos verdes. Era rubia y daba saltos en esa misma calle. Repitió mi nombre muchas veces mientras saltaba con alegría. A su lado había una persona de mi edad, pero no logré ver bien su rostro. Sabía que era el cuerpo femenino de una chica. No tenía nada definido, solo podía apreciar a la niña.

—¿Se encuentra bien?

Volví en mí cuando la dependienta insistió por segunda vez. Asentí con la cabeza. Los presentes seguían cada uno con su café, sin levantar la mirada. Sentí una presión enorme. Quería recordar a la muchacha que estaba al lado de la niña, pero no lo logré. Deseaba saber de ella, sin embargo, no me llegaban más recuerdos.

—Disculpe, ¿qué es lo que yo tomaba siempre?

—Un café con leche y canela. ¿No se acuerda?

—Canela, canela... —¿Por qué todo aquello me sonaba de algo?—. ¿Solía venir con alguien por aquí?

La dependienta miró a su jefa, que estaba al otro lado de la barra, se encogió de hombros y me dijo que no lo sabía. Sabía detectar una mentira. ¿Por qué parecía que todo el mundo estaba asustado?

—Pues póngame eso.

Apenado, salí de la cafetería por no haber podido averiguar algo más mientras me tomaba el café.

El sol cegó mis ojos. Me coloqué mis gafas de sol y me senté en el banco más próximo. Me pareció surrealista que, siendo una persona rica que podría estar en un yacusi remojándose con cien mujeres, estuviera allí plantado como un idiota. No dejaba de pensar en la muchacha de mi recuerdo en la cafetería, de buscar como un loco respuestas. Sabía que se trataba de mi amante; de eso estaba seguro. Pero... ¿cuánto tiempo llevábamos juntos? ¿Cómo me enamoré de ella? Cada vez me daba más rabia no poder recordar.

Un hombre medio escondido para que no se le viera me brindó la información que necesitaba:

—Usted solía venir con una chica de cabello dorado. La conocíamos. Era delgada, de un metro sesenta y algo, ojos azules...

—Le escucho.

—Bueno, lo cierto es que no venían juntos. Solo se echaban miradas, y posiblemente por eso

venía usted aquí. Había rumores de que estaban juntos, pero solo River sabía su historia; una que se contaba por las calles. Eran la esperanza, pero se volvió una leyenda cuando algo salió mal. — Se escondió detrás del banco—. Es lo único que puedo decirle. Se lo debo por salvar a mi hija. Siempre estaré en deuda con usted.

—Es de agradecer. Ojalá pudiese recordarlo.

—Lo que le han hecho es horrible.

—¿Lo que me han hecho?

El hombre empezó a ponerse nervioso cuando varios agentes de policía pasaron por las calles.

—Debo irme.

—Espere. ¿No sabe el nombre de la chica? Dígamelo, por favor.

—Nina Larson. Era preciosa...

—¿Era? —Fruncí el ceño—. ¿Está muerta?

—Se rumorea que la sacrificaron por orden del presidente para quitarle problemas a la familia.

—Se despidió antes de que los policías pasaran por nuestro lado.

Era el nombre de la chica que salía en el vídeo de mi padre. No podía creer que hubiera sido ejecutada. Debía seguir al hombre y averiguar dónde estaba. Me negaba a pensar que estuviera muerta. Debía encontrarla. Tenía que conocerla.

La sombra de un cuerpo femenino me tapó el sol.

—Por fin te encuentro... —dijo una mujer. Su pecho se agitó y respiró profundamente para coger aire—. Tenemos que buscar un lugar para poder hablar.

La mujer se ocultaba en pleno verano tras un pañuelo, unas enormes gafas de sol y un gorro. Solo podía vérselo un mechón de pelo cobrizo. Tenía rasgos que me resultaron familiares. Me detuvo, pero me solté de su brazo, que intentaba impedir que me fuera. Sus ojos me mostraron ternura. Algo me dijo que la conocía y que ella también a mí. Miró de un lado al otro para ver si estábamos solos. Pero ¿quién era ella?

No dijo nada, se quedó callada. Me miró a los ojos y de ellos surgieron lágrimas.

—Se trata de Nina Larson.

Capítulo 16

Infiltrada

Izan

Era evidente que aquella mujer sabía que esa tal Nina Larson y yo habíamos estado juntos antes de que perdiéramos la memoria. También estaba segura de que, gracias a esa artimaña, yo no le diría que no a seguirla adonde quisiera.

Miró a su alrededor con miedo de que alguien la viera y yo comencé a interpellarla, frenético:

—¿Qué pasa con ella? ¿Está muerta?! ¿Dónde está?

—¿La recuerdas? ¿Tú recuerdas algo?

—No. Solo encontré algo, y he recibido algún rumor de que ella era mi amante. Necesito respuestas, por favor, dame respuestas...

—Te las daré. Pero no aquí. Ahora ya no me queda tiempo. Mañana se celebrará una reunión con toda la Junta Directiva para zanjar la nueva incorporación de tu padre en el Gobierno. Es una celebración de la clase alta. Lo sabrás mañana. Nos veremos allí, así no levantaremos sospechas, ¿está bien? No tengo más tiempo. —Tocó mi brazo y se aferró a él con cariño—. Me alegro muchísimo de que estés bien. Tú no lo recuerdas, pero os quiero muchísimo a los dos y no me importa otra cosa ahora mismo. Mi deber es proteger vuestra memoria.

Con esas palabras inyectadas directamente en mi corazón, la mujer acababa de dejar claro que cuidaba de nosotros, que éramos importantes para ella. No terminó de contarme si Nina estaba muerta, encerrada o desaparecida, pero, por el intenso brillo que mostraban sus ojos, supe que me pedía que me tranquilizase y que no debía alterarme, perseguirla ni pedirle más explicaciones, ya que tanto ella como yo podríamos vernos en serios problemas.

El país estaba en una absoluta dictadura liderada por la Junta y, muy recientemente, por mi padre. No podía cometerse ningún delito que estuviera tipificado dentro de la Ley OSDE o sería ejecutado, y entre esos delitos también estaba hablar con una mujer en público o algún roce salido de lo normal. La gente solo tenía derecho a tocarse o hablarse cuando había unos papeles que así unían a esas dos personas.

Tenía la sensación de que, antes, la gente tomaba riesgos. Sin embargo, en aquel momento, en el que miraba la calle y veía a la gente con la cabeza agachada yendo a sus trabajos, a recoger a sus hijos o simplemente a tomar algo en una cafetería, sabía que ya nadie se arriesgaba ni una pizca. Algo les había dejado claro que podrían morir si lo hacían, y me temía que ese algo o alguien formaba parte del entorno de mi padre, desgraciadamente.

A Hans siempre le había gustado el poder, siempre lo había perseguido como el gato al ratón. Nunca tendría suficiente, siempre había querido más. Y si antes era un alcalde, ahora, por supuesto, podía ser mucho más pero con un cargo superior. Y en las calles se notaba. Y dentro de mi familia también. Por eso volví a pensar en mi madre, en cuánto la echaba de menos. Siempre habíamos compartido los desacuerdos de mi padre. Ella siempre me había apoyado.

Las palabras y las voces de la gente que había ido proporcionándome información inundaron mis pensamientos. Si antes ya pensaba que había otra mujer —Nina, según me habían confirmado tanto el hombre del banco como aquella mujer que ocultaba su rostro—, ahora lo sabía a ciencia cierta. Quería averiguar por qué me enamoré de esa joven. Mis ganas de encontrarla aumentaron, y

solo me quedaba esperar para recibir más detalles de mi vida.

Nina

Cada mañana, ya casi no pensaba en recuperar mis recuerdos. Era como si mi vida actual no me dejara hacerlo. Tenía personas por las que preocuparme: Jane, Juliet, mi padre o Izan Blake. Todos ellos me tenían inquieta, sin embargo, no me dedicaba a cuidar de mí misma.

Un día más, Juliet apareció en la habitación de la enfermería, se acercó y presionó mi mano con cariño. Se sentó a mi lado y empezó a enseñarme fotografías en las que también salía mi madre ficticia: mi tía Merinda. Juliet me contó que Merinda se encontraba fuera del país en aquel momento.

—Hola, chicas. ¿Puedo pasar?

Las dos nos tensamos en la camilla. Juliet dejó de acariciarme la frente y se colocó recta como un palo. Nos quedamos de piedra al escuchar la voz de Merinda en la entrada de la habitación. Vestida, peinada y maquillada como una persona normal, se quedó apoyada en el marco de la puerta. Sus ojos eran de un verde intenso cuando siempre habían sido apagados. Las dos asentimos y nos colocamos bien para recibirla. Al principio, una tensión desmedida dominó la habitación, pero cuando Merinda dio un paso, se acercó y me llevó a sus brazos, todo pareció volver a un cauce tranquilo.

—Lo siento tanto... Lo siento muchísimo... —Noté cómo sus lágrimas mojaban mi hombro desnudo. Juliet sonrió sin poder aguantarse. Estaba orgullosa de su hermana—. Si te hubiera pasado algo, yo...

—Todo está bien. Todo va bien. —Besé su mejilla. Tragué saliva mientras las dos hermanas se miraban—. ¿Podéis hacer las paces delante de mí? —Sonreí esperanzada.

Ambas se abrazaron y se sonrieron con lágrimas en los ojos. Se dijeron algo al oído, me pidieron un tiempo a solas para hablar y se fueron cogidas de la mano por la puerta. Posiblemente, Juliet podría ayudarla, ahora que parecía estar mejor a pesar de su mirada perdida debido a la historia que me había contado Juliet aquella tarde sobre Hans Blake y Merinda. Debía admitir que me impresionó. Pero, lógicamente, me ayudó a poder encajar muchas piezas del puzle que nunca acababa.

Pasaron muchas horas durante las cuales pude descansar, cerrar los ojos y soñar. No supe cuánto tiempo hacía que no soñaba, pero sentía que mucho. La puerta se abrió. Era mi padre, que vestía de gala y abría las ventanas con rapidez. Parecía estar nervioso y quería levantarme enseguida. Acarició mi frente cuando yo aún seguía un poco dormida. Ya no me dolía nada, solo me encontraba cansada de estar en una camilla. Creí que habían pasado muchas horas, y a juzgar por el aspecto de mi padre, no iba precisamente a sacarme de allí para llevarme a desayunar.

—¿Cómo te encuentras, hija? —Balbuceé un simple «Bien» acompañándolo con un gesto de mi cabeza, pegada a la almohada—. Tenemos algo que hacer, y es importante. Sabemos dónde está Jane, y tienes que venir. No tengo muchos hombres conmigo para esta misión. ¿Te ves capacitada?

—¿De qué se trata? ¿Es complicada?

—Algo. Bueno, puede que mucho. —Por un momento, pareció divertirme mi comentario—. Vamos, levántate. No te hagas la remolona. Siempre solías hacerlo cuando no querías ir al colegio. —Levanté las mantas mientras me quejaba—. Has dormido quince horas, señorita Nina Larson, o Nicole Lans, como tú quieras. —Me guiñó un ojo y enderezó mi espalda para que me

incorporase—. Vamos, tengo que informar a los demás de cada paso. Venga, levanta.

—Ya voy, ya voy... —me quejé, como hacía de pequeña. Mi padre no dejó de sonreír hasta que salió por la puerta.

Merinda y Juliet entraron justo después.

—¿Has hecho de camarera alguna vez? —me preguntó mi madre.

Merinda se rio.

—Sí, sí que ha hecho, y era un desastre.

Las dos se miraron entre sí, afirmando que así era.

—Menos mal que eso no lo recuerdo. —Se echaron unas risas a mi costa y comenzaron con mi cambio de imagen—. ¿Tú también estás metida en todo esto, Merinda? —quise saber mientras retocaba mi rostro.

—Desde que tú lo estás —besó mi mejilla—, sí.

Después de media hora, dieron por terminada la sesión de belleza. Me miré al espejo y me vi estupenda con esa peluca morena. También consiguieron tapar el corte de la frente con el maquillaje y la herida del brazo con una tela dorada del vestido.

—Mamá... —la detuve antes de bajar las escaleras—, ¿estará Blake en la fiesta? ¿No será un problema?

Negó con la cabeza y agarró mi brazo. Nos dirigimos al salón de reuniones, donde las personas que trabajaban para mi padre estudiaban y preparaban los movimientos a seguir. Serían más de veinte personas las que trabajarían a mi lado. Mi padre nos enseñó la localización de Jane. Los hombres de Hans Blake se la habían facilitado para que fuéramos a buscarla. Todos sabían que era una trampa, pero aun así iban a continuar.

—¿Por qué vais si sabéis que es un engaño? —No me aguanté para preguntarlo—. No... No lo entiendo...

—Porque sabemos que solo tenemos una oportunidad, o la matarán. Y con Hans, visto lo visto, más vale que sepamos que es una trampa a encontrarnos sorpresas.

—Pero saben que es un cebo. No la matarán aunque no vayamos.

—Lo harán —dijeron todos a la vez.

—Hans Blake tiene una manera de hacer las cosas muy drástica —me informó mi padre—. Si aún sigue teniendo ese localizador, es porque quieren que vayamos. Por supuesto, solo tenemos una oportunidad. Hans Blake no da segundas oportunidades. Eso es algo que muchos hemos tenido que aprender —se quejó—. Ahora, tú también tienes que saberlo. Hans no tiene piedad, y todos somos conscientes de eso, ¿verdad, equipo? —Los presentes asintieron—. Vamos allá. ¡Que nos acusen de otro ataque estando él como presidente! ¡Vamos a tocar los cojones!

—Hija, tú te vienes conmigo.

Fruncí el ceño y caminé detrás de él.

—Pero ¿que haré yo? Nadie debe verme. ¿Qué pasaría si...?

—Nadie te verá —me interrumpió—. Serás una simple camarera que controlará los movimientos de Hans Blake. Eso es todo. ¿Estás preparada? —Me entregó un pequeño micrófono que debía ponerme en la oreja—. Deberás informar de cada movimiento que él haga mientras los demás camareros infiltrados intentarán sacar a Jane lo mas rápido posible.

—Bueno..., no tengo mucho más donde elegir... —Suspiré y terminé de colocarme el micrófono—. Vamos.

Vestida con un vestido corto y de color dorado, como la empresa de cáterin había pedido, me planté muy cerca de la familia Blake. El jefe del cáterin nos indicó las mesas que nos pertenecían a

cada uno y la zona por las que debíamos pasar las bandejas. Minutos después, en el baño, suspiré antes de iniciar la jornada laboral. Volví a hacerlo cuando los nervios por volver a ver esos ojos verdes me invadieron, y mi cuerpo se tensó en cuanto pensé en él más de un segundo. ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? Según decían mis padres, yo también tenía un prometido.

Dejé mi espalda reposar en la pared. Debía empezar a contar para salir allí fuera y hacer el papel de mi vida, olvidando todo lo que había descubierto y que no me encajaba. Inicié un paso tras otro y salí a la fiesta, inmensa y llena de gente. La música clásica parecía reducir el gentío, pero realmente había muchos peces gordos rodeándome. Levanté la barbilla y caminé elegante, con la bandeja en la mano. Me dio un poco de vergüenza cuando los chicos jóvenes y ricachones me miraron de arriba abajo. Las dos pistolas en mi ligero pesaban, pero a la vez me dieron seguridad. Estaba tan maquillada que difícilmente podrían reconocerme.

Por el auricular, escuché ciertas indicaciones que me enviaban más cerca de la sonrisa maliciosa de Hans Blake, que estaba allí, a milímetros de mí. Debía disimular y ofrecerle una copa de champán. Hans, sonriente, alcanzó una de mi bandeja, con el poder rezumando por cada uno de sus poros. Al alejarme, intuí que recorrió mis piernas desnudas.

Mi deber era quedarme por aquella zona si no quería perder de vista al presidente. Fue entonces cuando me detuve. Mis iris se dilataron tanto que pareció que mis ojos se volvieron completamente negros. Y es que no había nada como ver a Izan Blake con un traje tan elegante bajando las escaleras con unos insinuantes andares que me provocaron una atracción inmensa. ¿Por qué él? ¿Por qué tenía que ser él? Noté que el corazón me latía demasiado fuerte.

Estuve demasiado tiempo detenida, tenía que moverme, pero verlo era como contemplar a un actor de cine. Evidentemente, el actor tenía una arpía de mujer a su lado. Su esposa iba agarrada de su brazo, sonriente.

Giré la cabeza para disimular e intenté esconder mi cara detrás de la bandeja alzada, pero me fue imposible hacerlo sutilmente, así que suspiré y pasé por su lado cuando él se acercó para hablar con su padre. Ambos se dieron la mano mientras yo me quedaba a sus espaldas, ofreciéndoles copas a los demás invitados.

—Hay mucha gente por aquí, padre. ¿Cómo estás?

—Excelentemente, hijo. ¿Te acuerdas de la organización terrorista de la que te hablé?

Su hijo asintió, mirando con miedo de lado a lado.

—Hoy nos toca rencontrarnos con ellos. Tenemos a alguien de los suyos. Conseguimos a una de las mujeres tras tener un accidente. Voy a acabar con ellos.

—¿Dónde está ella? —le preguntó. Noté un poco de curiosidad nerviosa en su voz—. ¿Le habéis hecho algo?

—Está atada y amordazada en la planta de abajo. La tienen mis hombres. Es una buena trampa para ellos. Estoy ansioso por ver a mi gran amigo Gregorio. —Sonrió falsamente cuando un conocido lo saludó—. Esto ya está hecho, hijo. Cuando vengán e intenten sacar a la chica, una bala silenciosa para cada uno y se acabó.

Su hijo no dijo nada más. A mi parecer, sonrió taimadamente y pasó de las palabras de su mujer, quien, según pude escuchar, se llamaba Carolina. Ella intentó arrimarse a él para ofrecerle una copa, pero él se negó. Sentí algo de alivio al ver esa escena detrás de mí. No había nada para una arpía como ser rechazada para que la rabia la recomiese por dentro.

La fiesta continuó sin sorpresas, hasta que vi cómo otro de mis compañeros se movía al escuchar mis indicaciones del paradero de Jane. Manteniendo la calma, seguí entregando entretenimiento a los invitados. Me moví tranquilamente por los alrededores de Hans, que estaba

observando todo su entorno en busca de nuevas señales nuestras. Entonces, algo empezó a salir mal según el plan: Izan se coló entre la gente y se fue en dirección al fondo de la sala.

Capítulo 17

Odiosa atracción

Izan

Con una sonrisa en sus labios, Carolina hizo el nudo de mi corbata. Entre miradas que intentaron ser cariñosas por mi parte, ella siguió hablando de sus aficiones. Cuando terminó, me miré en el espejo y solo vi a un tío que estaba agotado, cansado de no saber bien quién era. Lo único que veía era conformidad. Parecía resignarme con la vida que me había tocado llevar, o a lo mejor eso era lo que me sucedía antes de que perdiera la memoria. Por las fotografías que había ido encontrando, había observado lo fiestero y lo ligón que fui hasta que me casaron con Carolina, cometiendo ilegalidades constantemente solo permitidas para la clase alta.

River sabía que yo mantenía una relación demasiado estrecha con una ciudadana de barrio bajo. Debía haber un motivo para amarla, para cometer esa locura. Tenía que tener sentido. Alguien que lo tiene todo no echa a perder su vida así como así.

—¿Me quieres? —me preguntó Carolina mientras se ponía de puntillas—. ¿Podrás quererme alguna vez? —finalizó con una débil sonrisa, tanto que me dio pena—. Quererme como lo hacías antes...

—Puede, Carolina. —Retiré la mirada de sus ojos y simulé un suspiro—. La verdad es que me encantaría acordarme, pero no lo recuerdo. —Toqué su hombro—. Puedo intentarlo. No quiero que te vengas abajo... Ni siquiera sé quién soy. Cuando me centre, puede que consiga hacerlo. Lo siento —le dije sin mucha convicción.

Sin embargo, a ella pareció valerle. Era una mujer fácil de convencer; es decir, que en nada podría tenerla comiendo de mi mano, y era probable que eso no me satisficiera tanto entonces. Simplemente, verla así no me gustaba. No me agradaba que una mujer llorara por mi culpa. Sabía que, a lo mejor, a mi yo de antes quizá le habría dado igual. Sin embargo, de alguna manera, yo ya no era ese Izan Blake.

Vestidos de gala, con Carolina destacando a mi lado vestida de rojo pasión, bajamos los escalones y recibimos aplausos de los invitados. Mi padre decía que siempre solía hacer las reuniones en su casa, algo que para todos resultaba más familiar, pero en esa ocasión había contratado a mucha gente para que trabajasen en la celebración: camareros, cocineros, músicos e iluminación. Contemplé cómo los trabajadores iban colocándose para desfilar por cada zona, pasando las bandejas con aperitivos que acompañaban al champán. Carolina se aferró a mi brazo. Las mujeres la envidiaban cuando caminaban por su lado. Ella lo sabía y disfrutaba con ello.

Mis ojos se desviaron a una camarera que se paseaba por delante de mi padre con un vestido corto y dorado, como todas las demás. Era un color que combinaba perfectamente con las mesas y la decoración. No pude verla bien por la bandeja que levantaba y casi cubría su rostro, pero fijé mi mirada en sus preciosas piernas, que acabaron hipnotizándome y dejándome claro que era con la única que me acostaría de toda aquella maldita reunión de ricachones. ¿Yo siempre iba a por lo más difícil? ¿Eso me venía de serie? Podría ser.

Unas cuantas amigas de mi esposa me la quitaron de encima durante un rato. Busqué desesperadamente a la mujer pelirroja que me paró el día anterior. Habíamos quedado allí y aún no había llegado, o quizá no la veía. Miré el reloj de mi muñeca y lo giré varias veces, nervioso.

Unos minutos después de tomarme la primera copa la vi en el fondo de la sala, con el cabello recogido en un moño y un vestido de gala azul cielo. Me hizo señas desde el otro lado del salón. Parecía estar escondiéndose de mi padre. Caminé saludando a todos, para aparentar. Mi padre no me había visto todavía, lo que era un punto a mi favor. Disimuladamente, fui hasta ella. Me indicó que me metiera en el despacho más próximo e hice lo que me dijo. A la espera de su llegada, pasé mis dedos por una estantería llena de libros. Tuve otro recuerdo muy corto, tanto que no logré visualizarlo en mi cabeza.

—Hola, Izan. —La mujer cerró lentamente la puerta para no llamar la atención de los invitados, giró la llave y nos encerró a los dos—. Bonita velada.

—A mí me parece espantosa. —Recurrí al vicio porque estaba nervioso, así que saqué un cigarro y lo encendí. Me senté en el sillón y esperé a las palabras de mi acompañante—. Tú conoces mi nombre, pero yo el tuyo no. ¿Quién eres? ¿Por qué me has citado aquí?

Sus zapatos de tacón rompieron el silencio. Con una sonrisa amable, se acercó, se sentó en el borde de la mesa y cruzó los dedos de ambas manos, nerviosa. Parecía no saber por dónde empezar, por lo que fuimos víctimas del silencio unos minutos más. Di una calada tras otra, hasta que por fin se decidió a arrancar:

—Mi nombre es Juliet. —Me ofreció su mano y se la estreché—. Soy la mejor amiga de tu madre y la madre biológica de Nina Larson. —El corazón se me encogió y dejé de fumar. Impactado, tosí ante la noticia—. Sí, Nina Larson es mi hija. No puedo decirte dónde está, Izan, solo que está viva.

—Espera, por partes, por favor. —Apagué el cigarro en el cenicero—. ¿Eres la mejor amiga de mi madre y no sabes que está muerta?

Sus pupilas se dilataron rápidamente, sorprendida. Se acercó más a mí, como si fuera a decirme algo malo. Pasó de hablar normal a susurrar:

—¿Quién te ha dicho semejante estupidez? —Se llevó las manos a la cabeza—. Dime que no ha sido tu dichoso padre...

—Sí, él fue. Me dijo que mi madre murió en un atentado en la plaza.

Cogió mi mano. Una lágrima resbaló por su mejilla y su sonrisa la acompañó. Parecía estar orgullosa de llevarme una buena noticia.

—Izan, tienes muchas cosas que volver a recordar sobre tu padre. —Acarició mi mano y la apretó—. Por ahora, solo puedo decirte que tu madre está viva. Está viva, cielo.

Sentir sus dedos apretando los míos era una manera de recordar a mi madre cuando solía hacer el mismo gesto cuando era pequeño. Sorprendido, sonreí como un tonto. Me llevé las manos al pecho y después me cubrí la boca para no gritar. Luego, evidentemente, mis manos se convirtieron en puños cuando sentí la traición de mi padre. Juliet me abrazó y yo le agradecí el gesto. Estaba claro que esa mujer me quería. Al parecer, me tenía un cariño especial.

—Mira... —Sacó su teléfono móvil y me enseñó un vídeo—. Es en la actualidad.

Mi madre aparecía sonriente, en algún país nórdico. Su aspecto había cambiado mucho desde los recuerdos que yo tenía de cuando era niño, pero estaba igual de estupenda para su edad. Siempre había sido una mujer llena de vida a pesar de lo que tenía que soportar con mi padre. En el vídeo iba acompañada de una niña. ¡Era esa niña! ¡Habría puesto la mano en el fuego por que era la de mi recuerdo!

—¿Quién es esa niña? —Parpadeé unos segundos por la impresión de verla tan real—. ¿Quién es? La he visto en mis recuerdos varias veces. ¿Quién es? —insistí.

—Es la hermana de Nina. Era como una hija para ti. —Aliviada, suspiró—. Hay tanto que debo

contarte, Izan, tanto que debes saber... No me queda tiempo para todo, cielo. Solo puedo decirte que Nina Larson está viva, pero no puedo llevarte hasta ella, no por ahora, ¿me has entendido? Tu padre tiene mucho que ver en esto, Izan. No confíes en él.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho mi padre de malo? Dime qué debo hacer, Juliet. Dame una salida.

—Izan... —Agarró de nuevo mi mano—, Hans Blake es un asesino. Ha matado a miles de personas solo por poder. Casi lo consiguió con Nina porque tú y ella no debíais estar juntos, y casi te mató a ti, cielo. —Se mordió los labios, nerviosa—. Sé que cometo el peor error de mi vida contándote esto, pero... —Miró al techo, cerró los ojos e inspiró profundamente— tu padre ha sido quien ha acabado con tus recuerdos.

—¿Cómo? —Me llevé las manos al pecho. Eso dolía—. ¡¿Cómo...?! ¿Que ha hecho qué? —Me pidió asustada que bajara la voz, pero yo solo quería romper algo—. ¿Cómo lo ha hecho? ¡Dímelo! —La zarandé sin tacto alguno y ella me sostuvo de los hombros—. Por favor, Juliet. —Comencé a derramar lágrimas—. Ayúdame... Ayúdame, por favor... —Me arrodillé frente a ella y le supliqué. Supliqué saber el cien por cien de las cosas.

—Aún no lo sabemos, cielo. —Me hizo levantarme y volver a sentarme—. Verás, Izan, tu padre ha querido parar la rebelión de esta manera porque vosotros fuisteis el motivo de que el pueblo se rebelaba. Los ha hecho callar a todos amenazando a sus familias, matando a ciudadanos delante de sus propios ojos... —Tragó saliva—. Lo ha borrado todo sobre vosotros. Nina Larson no existe para la sociedad. Nina Larson ha sido ejecutada por él. —Cogió mi rostro para que la mirase—. Escúchame, Izan, Nina debe seguir estando muerta para todos aunque no sea así, ¿me has entendido? Danos el tiempo suficiente para acabar con tu padre. Entonces, Gregorio volverá a juntaros, tal y como te lo prometió en su día. Él te lo promete. Por favor, ¿lo harás?

—Por supuesto. —Agaché la cabeza con el corazón en un puño, pero ella no dejó que me derrumbase—. ¿Qué puedo hacer yo hasta entonces? Dime.

—Seguir con tu vida sin decirle nada a nadie. Sé quien Hans Blake quiere que seas. Hazlo y todo saldrá bien. Tu padre no va a darnos segundas oportunidades. Es ahora o nunca, ¿lo comprendes? —Asentí—. Y una cosa más. —Se levantó y anduvo hacia la puerta, luego se giró y sonrió—. Quiero que recuerdes algo y que te quede claro: amar será suficiente para luchar. —Sonrió orgullosa y abrió la puerta—. Suerte, mi querido Izan. —Me guiñó un ojo y desapareció.

Mi corazón bombeaba tan fuerte contra mis costillas que me faltó el aire. No recordarla era otra de mis penas, y que estuviera gustándome otra persona como Nicole me producía dolor. Si amaba a Nina, ¿por qué ahora me interesaba Nicole? ¿Qué debía hacer si no recordaba esos sentimientos? ¿Y si algún día los recordaba y tenía que dejar a Nicole atrás? Por otro lado, quería reventarle la puta cabeza a mi padre. Si él no hubiera metido las narices en mi relación porque a él no lo beneficiaba, mi vida habría sido jodidamente más fácil.

Me levanté de la silla y saqué otro cigarrillo, lo encendí y le di una calada que me supo a gloria. Solo pensaba en que debía salir allí fuera y hacer el papel de mi vida jodiendo a mi padre; con falsedad, como él había hecho siempre, y permitiendo que otros acabasen con él. Solo necesitaba tiempo para asimilar.

Pasaron unos minutos; minutos que fueron necesarios para mi mente perdida. Me fumé el cigarrillo tranquilamente sentado en el sillón, sonriendo al recordar a mi madre en el vídeo. ¿Qué me habrían hecho para que perdiera la memoria? Eso era algo que quería saber e iba a averiguar. ¿Quiénes irían contra mi padre? ¿Sería esa banda?

—¿Señorito Izan? —Me sobresalté cuando uno de los hombres de mi padre dijo mi nombre—. Su padre le busca.

—Estaba relajándome. Ya voy.

Chafé la colilla en el cenicero, me froté el rostro con las manos y caminé hacia mi destino. Recibí miradas de mujeres y palmadas de orgullo de hombres en mi hombro. Llegué al salón y, al ver a mi padre, por un momento creí que no evitaría las ganas de partirle la cara, pero la versión que había creado en mi memoria de Nina se plantó en la pantalla imaginaria de mi mente y me dijo: «Para, Izan, contrólate».

—Hola, padre, ¿qué tal todo por aquí?

Con cara de triunfo, volvió a comentarme que tenía a la banda agarrada por los huevos. Lástima que ese maldito hipócrita no supiera que yo también quería estrujarle las bolas. ¿Cómo habría hecho para que perdiera la memoria? Era algo que no dejaba de preguntarme.

Entre suspiros, me vino un pensamiento: «¡Nicole!». Si por algún casual, Nicole era parte de la banda, si era verdad lo que mi padre decía, entonces..., ¿podría ser ella la que estuviera allí abajo? ¿De verdad Nicole estaba mintiéndome? ¿Y por qué me sentiría tan defraudado si así fuera? No la conocía, no sabía nada de ella. ¿Por qué tenía que pasarme a mí esto?

«¡Nicole, sal de mi maldita cabeza!», me regañé. La rabia se acumuló en mi interior y, disimuladamente, tuve que bajar a la planta de abajo para evitar que mi padre viera el estado en el que me encontraba. Saqué la pistola en la oscuridad, pensando que si Nicole era la que estaba allí amarrada la salvaría, pero la echaría fuera de mi vida en cuanto eso pasase. No sería capaz de abarcar más problemas si era otra mujer la que me pusiera en contra de mi padre.

Nina

Algo me decía que estaba evitando que su padre lo viera bajar, así que caminé con disimulo detrás de él. Bajó las escaleras inseguro, observando todas las habitaciones, mientras yo le seguía los pasos. Estaba buscando a Jane, o quizá iba pensando que era yo, lo cual habría tenido más lógica.

Alarmado, se detuvo. Se agachó y tocó el cuello de los dos secuaces que yacían muertos en el suelo. Los nuestros habían acabado con ellos y ya estaban llevándose a Jane por la otra salida. Por el pinganillo, escuché: «La tenemos. Todos fuera». De nuevo, estaba metida en un buen lío. Como camarera, debería estar arriba y salir detrás de ellos. Sin embargo, estaba allí como una estúpida, siguiendo los pasos de Blake. ¿Por qué siempre estaba metiéndome en todo tipo de embrollos?

Era imposible salir de allí sin llamar la atención de Izan. Todo estaba silencioso en el pasillo, y un paso mío conllevaría un ruido de tacón. Izan se dio la vuelta, y al ver una sombra en el oscuro pasillo, empuñó el arma y vino hacia donde me encontraba.

—¿Quién eres?! —Se detuvo delante de mí y las luces se encendieron al detectar nuestro movimiento. Se quedó completamente parado y perplejo—. ¿Eres tú? ¿Nicole? ¿Qué estás haciendo aquí? —Siguió empuñando el arma en mi dirección—. Tú eres una de ellos... —Se sintió traicionado—. Me mentiste. —Parpadeó, y pareció que bajaba sus defensas—. No eres una simple fugitiva. Eres de la organización terrorista. ¿Tengo razón, Nicole?!

—La tienes. —Levanté las manos tras dejar la bandeja en el suelo—. Lo siento, Izan, ellos son mi familia. Puedo explicártelo, de verdad, puedo explicártelo todo.

—¡Estaba preocupado por ti! ¡Me gustas, Nicole! ¡Tú no tienes ni idea de todo lo que tengo en mi cabeza!

—Por favor, pactamos una tregua, ¿recuerdas? Nada de apuntarnos. —Me temblaron las piernas

y una lágrima recorrió mi rostro—. Por favor, déjame explicártelo...

Blake cogió mi cuerpo y lo estampó contra la pared, agarró mi cuello y lo forzó con sus dedos. Sentí que me faltaba el aire, y puede que acabase muriendo mirando esos ojos verdes rabiosos fulminándome. Lo había traicionado, así que, en gran parte, merecía su rabia.

Continué pidiéndole clemencia. Me agarré a sus hombros e intenté apartarlo de mí. Levanté la pierna para golpearle la entrepierna de nuevo, pero esa vez intuyó mis intenciones y me empujó. Tenía el rostro desenchajado, estaba perdido. Acabamos agarrándonos con ferocidad y rodando por todo el pasillo. Me coloqué encima de él y le di una torta. Entonces, la voz de mi padre vino a mí: «Es tu enemigo, hija».

Izan se quejó e intentó cogerme, pero le clavé el tacón en el pecho. Me levanté corriendo, lista para huir, sin embargo, me alcanzó el tobillo y caí de nuevo. Fui arrastrada por el suelo sin tela que cubriese mi trasero. Casi desnuda por los movimientos feroces de Izan, arañé con mis uñas su pecho mientras él sujetaba mi cuello. De repente, su semblante cambió drásticamente cuando observó mi rostro con esos ojos verdes, que se tornaron llorosos. Dejó de presionar mi cuello y se sentó en el suelo, agotado. Su pecho quedó oculto cuando bajó la cabeza. Maldiciendo, golpeó el suelo.

—No puedo hacerlo, no puedo... —Se repetía a sí mismo—. ¡Vete! —me exigió, con el rostro hinchado por los golpes y un claro dolor interior—. ¡Vete, joder! No quiero saber nada de ti. ¡He dicho que te vayas de una puta vez! —me suplicó con una mirada feroz.

—Blake, yo... —comencé, aclarándome la garganta y retirándome lágrimas que empezaron a caer de nuevo—. Yo no quería engañarte. Es lo único que podía hacer, Izan. ¡Por favor, escúchame! —Presioné su pecho, que empezaba a encogerse debido a su dolor—. Tú también me gustas, Izan, pero no podía decirte la verdad porque me matarían. De hecho, me matarán ahora que tú lo sabes. ¿Te das cuenta de la gravedad? Dime, ¿lo entiendes? Estoy muerta para la sociedad.

—¿Qué has dicho? —Se quedó traspuesto.

Me agaché para quedar a su altura. Estaba agotado, sentado con una pierna doblada y la otra estirada, con uno de sus brazos apoyado en su rodilla y la cabeza oculta tras el otro. Su otra mano no supo qué hacer hasta que escuchó mis últimas palabras de súplica. La levantó sin mirarme, buscando mi rostro lloroso, y entonces volvió a conectar sus ojos con los míos. En ese instante, sentí de nuevo esa odiosa atracción.

No nos dijimos nada; simplemente, nos miramos y nos buscamos apasionadamente. No me detuve en desabrochar cada botón de su camisa; entre besos apasionados, la abrí con rapidez y elegancia, y él terminó de quitársela con un movimiento rápido. Sus dedos buscaron la cremallera para deshacerse por completo de mi vestido. Me quedé en ropa interior en el suelo. No nos importó que alguien nos viese, más bien nos dio exactamente igual. No reparamos en ese posible error. Era una pasión que ni él ni yo podíamos controlar. Deseaba su cuerpo tanto como él el mío.

Como un loco por alcanzar ese deseo, retiró mi ropa interior. Bajo su risa maliciosa, yo hice lo mismo con su cinturón. Con sus dos manos, cogió mis nalgas completamente desnudas y me apretó contra su miembro. No hubo ninguna pregunta al respecto de si queríamos que aquello pasara. Simplemente, lo hizo.

Sus manos se detuvieron en mis pechos desnudos. Las yemas de sus pulgares dibujaron círculos en mis pezones, lo que hizo que se pusieran duros antes de que sus labios ocuparan el lugar de sus dedos. Los lamió y jugó de manera prohibida con ellos. Luego inició un recorrido descendente que finalizó en mi entrepierna. Enloquecida, atraje su rostro hasta mí y le mordí el lóbulo de la oreja. Él no se lo pensó dos veces y me colocó de nuevo encima de él, posición en la que me penetró sin

complicaciones. A pesar de la oscuridad y el frío del suelo, no notábamos nada. Él estaba dentro de mí y yo alrededor de él, y eso era lo único que nos interesaba.

Deslizó las palmas por mi trasero y las apretó para que su miembro entrase más profundo. Me agarré a su cuello mientras él continuaba con ese movimiento que me volvía tan loca. Nos levantamos del suelo sin que él dejase en ningún momento de embestirme. Buscó mis labios y los mordió con dulzura. Jugué con su lengua y eso lo enloqueció más, sin duda. No deseó que abandonara su boca, así que colocó su mano libre en mi nuca para atraerme y seguir saboreando mis labios húmedos.

Dejó de sujetarme por las nalgas y me bajó. No obstante, su intención no era parar, ya que, al momento, me giró con brusquedad para colocarme contra la pared y volver a penetrarme con fuerza. Noté su sudor en mi nuca. Blake no dejó de hacerme el amor y buscar un lugar más cómodo para continuar.

—Ven conmigo, niña —susurró en mi oído.

Excitados y desnudos, entramos en un despacho cercano, donde se sentó en un sillón. Me colocó a horcajadas sobre él y volvió a meter su miembro dentro de mí. La palabra «niña» hizo que me sintiese especial en sus brazos. Esa manera de decirlo era poderosamente sensual, y no podía evitar excitarme el doble. Sentí que estaba en el cielo, que estaba volando, que un gran placer se apoderaba de mí. Mis gemidos se juntaron con sus labios y sus jadeos con mi orgasmo. Bufó en cuanto se perdió por completo y alcanzó el clímax. Un mechón de mi pelo voló hacia atrás cuando suspiré en el momento del éxtasis. Sentí mucho calor.

—Estás loco...

No me moví, me quedé en sus brazos mientras él acariciaba lánguidamente mi espalda.

—¿Te ha gustado? —Se mordió los labios—. No me digas que no, porque sé que sí.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un chulo y un descarado?

Recogimos la ropa tirada por todo el pasillo. Él se vistió y volvió a estar tan atractivo como antes. ¿De verdad acababa de acostarme con el hijo del presidente? ¿Aprendería a no meterme en más líos? Todo eso me lo decía a mí misma durante el tiempo que tardé en ponerme el vestido dorado. Sentí las manos de Izan rodearme la cintura.

—¿Y ahora qué? —murmuró en mi oído mientras besaba mi cuello—. ¿Qué hago contigo?

—¿Y yo contigo? —Me giré. Él alzó una ceja, rechistando—. ¡Mierda! —Volví en mí e Izan se asustó por mi cambio repentino—. ¡Tengo que irme!

—No, otra vez no... —Rodeó de nuevo mi cintura y besó mis labios—. Dime dónde puedo encontrarte.

—No puedes, soy una fugitiva, ¿recuerdas? —Puso los ojos en blanco—. Yo te buscaré a ti.

Empezó a bajar mi vestido de nuevo, a besar mis hombros y mi pecho descubierto. Atrajo mi rostro hacia el suyo y yo no fui capaz de negarme. Su cuerpo me excitaba como el infierno y sus ojos me enamoraban como nunca pensé que alguna vez lo harían algunos. En un santiamén, mi vestido cayó al suelo por sus hábiles manos. Me quedé alucinada por cómo podía estar listo para empezar de nuevo. Desnuda ante él, siendo avasallada por su boca y con sus manos rodando mis senos, las luces se encendieron de golpe. Quienquiera que estuviera mirando, nos vio besándonos apasionadamente.

Blake miró hacia atrás y, raudo, me ocultó detrás de su espalda. Se escuchó un ajeteo en la planta de arriba y varios disparos.

—Carolina...

La rubia sacó una pistola y nos apuntó a ambos.

Izan

Nicole había complicado mi cabeza desde que apareció de la nada. ¡Se había acercado a mí solo por quien era! En ese momento, me daba igual que fuera en contra de mi padre. Solo sabía que ella me había ocultado la verdad, que me había buscado por conveniencia.

Ese simple hecho nubló mi juicio, tanto que agarré su cuello y la empujé contra la pared. Contemplé cómo su rostro se volvía rojo. Ella sujetó mis hombros y arañó mi piel. Intenté olvidar el escozor de los arañazos y la obligué a tumbarse en el suelo, pero puso el tacón en mi pecho y me echó hacia atrás. ¡Maldita mujer! Sus ojos suplicaron que parase, y cuando no lo hice porque estaba cegado por la ira, acabamos rodando por el pasillo. Se colocó encima de mí y me regaló un buen puñetazo, golpe que me provocó aún más. Intenté cogerla del cuello de nuevo, pero logró levantarse. Conseguí alcanzar su tobillo y cayó al suelo, oportunidad que aproveché para arrastrarla hacia mí. Pude contemplar su ropa interior negra al subírsele el vestido corto. Me quedé mirando como un tonto ese hermoso trasero y sus preciosos pechos.

La levanté. Volvía a tenerla cogida del cuello, a huevo para matarla. Casi lo hice, pero sus preciosos ojos azules volvieron a engatusarme. Cerré los míos y suspiré, me dejé caer en el suelo y, maldiciendo, me senté. ¡No podía hacerlo, joder! Culpaba a mi mente por la atracción que sentía hacia aquella mujer, y más culpaba a mi corazón por haberse sentido amado por ella en algún momento, hecho que no terminaba de comprender, ya que apenas hacía unos días que nos habíamos conocido, por lo que ella no podría haberme amado en ningún momento. ¡Mierda! Eso me hizo recordar a Nina y las palabras de Juliet. ¿Estaba volviéndome loco? Sin embargo, lo cierto era que, por mucho que yo hubiera tenido una relación con Nina Larson, no podía evitar sentirme atraído poderosamente por Nicole, y eso me atormentaba. Me ponía nervioso pensar que estaba traicionando a Nina. Maldita sea, pero no podía hacer nada. Esa mirada azul siempre acababa haciendo que me perdiese en ella.

Sus manos, su cuerpo, sus labios y sus ojos me pedían que me acercase, que la tocase y que me apoderase de ella. Supe que, posiblemente, lo llevaría en mi conciencia. Pero ¿qué hacía si no podía evitarlo, cuando era rehén de un maldito imán que estaba llevándome directo al cuerpo sinuoso de Nicole? ¿Qué debía hacer? ¿Parar? ¿En serio? Lo habría hecho si no fuera porque Nicole comenzó a utilizar su lengua como arma secreta para terminar de llevarme a su terreno.

Cuando empecé a penetrarla, no recordé ni una milésima de todo lo que tenía diariamente encima, me olvidé por completo y me sentí un hombre emocionado. Me gustaba Nicole, y ver su cuerpo contorneándose por la presión de mi miembro en su vagina no tenía precio. Era algo que había querido desde el principio con ella, algo que estuvo pidiéndome a gritos mi cuerpo.

Disfrutamos hasta que sus gemidos y mis jadeos se juntaron para darle la bienvenida al orgasmo. Nos quedamos en silencio; un silencio cómodo, nada de incomodidades. Nuestra complicidad me sorprendió. Fue como si ya lo hubiéramos hecho, como si nos conociéramos ya de otra vida.

Verla desnuda cuando intentaba vestirse me dieron ganas de volver a empezar, de hacerlo muchísimas veces más. Total, ya había pecado, ¿no? ¿Qué más daba una que dos o tres si, en parte, ya me sentía mal? No podía creer que me hubiera acostado con una fugitiva. ¿Es que no tenía bastante ya con la desaparecida amante? No, se veía que no, que quería complicarme más. No me eché la culpa a mí mismo; era mi cuerpo el que me pedía más dosis de Nicole.

Cuando volví a besarla con pasión con la intención de estar nuevamente dentro de ella, las luces se encendieron y la cabellera rubia de Carolina destacó en el pasillo. Empuñaba una pistola y nos apuntaba a ambos. ¡Mierda! ¿Por qué siempre me olvidaba de Carolina? Comenzaba a sentirse una mujer despechada, y eso era muy peligroso, algo complicado de solucionar.

—Carolina... —Escondí a Nicole detrás de mi espalda—. Carolina, puedo explicártelo... — En realidad, no, no podía—. Carolina, puedo explicártelo... —repetí para convencerla y convencerme a mí mismo.

—¿Estás engañándome con una camarera?! ¿En serio? ¿No te soy suficiente?! —Caminó hacia nosotros con el arma temblando en su mano—. ¡Putade mierda! ¡Sácale las manos de encima! — Movié la pistola en dirección a Nicole. La escondí aún más para protegerla mientras ella intentaba colocarse el vestido rápidamente—. ¡Hijo de puta!

Capítulo 18

Rencuentro

Izan

De pronto, varios disparos se escucharon en la planta de arriba. Carolina, por inercia, miró un momento hacia el techo, pero no le importó lo más mínimo lo que estuviera pasando arriba, ya que su despecho era más fuerte. Al parecer, era una mujer con mucha rabia acumulada y muy poco cerebro. Al menos, eso me había demostrado en contadas ocasiones después de haber vuelto con la memoria borrada.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi un rostro conocido bajando las escaleras silenciosamente y llevando una pistola en su mano. Esperó el momento concreto para parar a Carolina. Ella no debía tener mucha práctica con las armas; lo supe cuando vi temblar sus manos mientras nos amenazaba. El chico que apareció tras ella me llevó directo a la niñez. ¡Claro, cómo no iba a recordarlo! ¡Cómo había cambiado! Bueno, a decir verdad, seguía teniendo la misma cara de niño malo de siempre, porque, si no, no lo habría reconocido.

—¡Eh, tú, bruja!

Noel agarró el cuello de Carolina y zarandó su brazo hasta que la pistola cayó al suelo. La amenazó con el arma, y estaba dispuesto a matarla. Eso me sorprendió. ¿Qué más habría hecho para desearla muerta? Agarré la mano de Nicole y la llevé hacia las escaleras. Le pedí a Noel que no le hiciera nada, que solo la atara fuerte y saliéramos todos corriendo.

—¡Hola, hermano! —me saludó alegre mientras corría detrás de nosotros—. ¡Vamos! ¡No tenemos tiempo! ¡Hay que salir cagando leches!

—¿Qué está pasando allí arriba? —quise saber, mirando de reojo cómo seguía nuestros pasos.

—¡Hans nos ha pillado justo cuando salíamos con Jane! —Volvieron a escucharse disparos—. ¡Agachaos! ¡Están pegando tiros por todos lados! —Empujándonos al suelo, nos cubrió—. ¡Vamos, hermano! ¡Toma! —Me lanzó mi pistola, la cual había conseguido recoger del pasillo—. ¡Como los viejos tiempos! ¡Vamos allá!

—¡Lástima que no lo recuerde!

Noel se quedó mirándome desde el otro lado, tras la barra de bar. Nicole corrió para cubrirse con los suyos detrás de la mesa de canapés.

—¿Qué? ¿No lo recuerdas? —Cargó el arma después de varios tiros efectuados—. ¡No me jodas!

Dicho aquello, nos pusimos a la carga: dos bandos enfrentados en un salón donde la gente vestida de gala gritaba y salía por la puerta de emergencias.

Vi a mi padre agachado tras el estrado donde se había iniciado una reunión hacía escasos minutos. Nicole salió corriendo hacia otra barra de bar. Vi cómo cargaba el arma y comenzaba un tiroteo en solitario. En ese momento, mis ojos captaron al que supuse que era el famoso Gregorio, maldiciendo y teniendo una discusión con Juliet, quien, según me había confirmado ella, era la madre de mi amante. La chica con aires roqueros también estaba. Todos ellos me conocían. Fue entonces cuando comprendí que estaban todos en el mismo bando.

Noel siguió mis pasos rápidamente y me cubrió. Les disparamos a los secuaces de mi padre. La banda estaba ganando por goleada, hasta que la policía apareció poco después. Las sirenas

alertaron a la banda. Hans ya no estaba allí.

Estábamos casi en la salida tras haber derribado a bastante gente, cosa por la que no me sentía mal, sino todo lo contrario.

—¡Vamos, corre! —Noel me empujó para que avanzase y saliese por la puerta.

Nicole salió y se unió a su grupo, que también huía.

—¡Está bien, los dos juntos! ¡Vamos!

Unidos, avanzamos para evitar que nos disparasen. Corrimos todo lo rápido que pudimos mientras los aliados de mi padre y la policía nos perseguían muy de cerca.

—¡Sube al coche! —me ordenó Noel cuando llegamos a un vehículo que se iluminó en cuanto uno de sus dedos apretó el botón del mando. Observé como Nicole se subía a otro coche que conducía uno de su grupo. Me quedé más tranquilo y subí junto a mi amigo.

Noel empezó a acelerar y salimos derrapando con más de diez coches siguiéndonos a milímetros. Los vehículos de la policía intentaron parar tanto el coche de la banda como el nuestro. Sin habérselo propuesto, hicimos piña entre nosotros y nos juntamos para no permitirles el paso por las pequeñas calles. Uno de los coches de policía chocó contra la parte de atrás del nuestro y Noel comenzó a reírse. Tuve que sujetarme al techo del coche.

—Vale... ¿Esto lo has hecho más veces?

Disfruté con ello.

—¡Vamos, cabrones! —gritó mientras le daba vueltas agresivas al volante en cada curva para presionar al coche que se colocó a nuestro lado para impedir nuestra huida.

Busqué a Nicole. La vi disparar, sacando por la ventana la mitad de su cuerpo. ¿Cómo no iba a excitarme una mujer así?

—¿Quién cojones era esa?! —me preguntó a gritos a causa de los golpes—. ¡La morena de antes! ¡No me jodas que le has puesto los cuernos a Nina?! —Se quedó mirándome como si fuera el diablo cuando asentí—. ¿Estás loco?! ¿Qué pasa contigo? —Golpeó mi hombro a la vez que disparó a la rueda del coche de policía.

Me molestó el gesto y lo miré con rabia.

—¿Te importa?! —bramé, apuntando el arma hacia el vehículo—. ¡Intento dar en el blanco! —Me quité la corbata y me abrí la camisa para que no terminase por ahogarme—. ¡Además, no la recuerdo! ¡Ya te he dicho que no recuerdo nada!

—¡Tendría que haber ido contigo a esa puta isla! ¡Mira que te lo dije! ¡Mira que se lo dije a Gregorio! —me echó en cara, sin yo saber el motivo—. ¡No recuerdas que fuisteis a la isla a por Yina?! —me preguntó severo mientras cambiaba de marcha—. ¡En serio?! —insistió ante una respuesta negativa por mi parte—. ¡Nina era tu puta vida! ¡Os amabais como nunca jamás he visto que nadie amara a nadie, Izan! —Golpeó su frente contra el volante, maldiciendo—. ¿Quién cojones te ha hecho esto?! —Consiguió darle al morro del otro coche, el cual, automáticamente, cayó por un barranco—. ¡Jódete, cabronazo! —Levantó el puño en forma de triunfo.

—Según Juliet, me lo ha hecho Hans. ¡Me han dado algo o me han hecho algo para olvidarlo todo, joder! ¿Sabes lo mal que lo he pasado?! —Disparé al conductor del otro coche. A pesar de la velocidad, le di en toda la frente.

—Al menos sigues teniendo buena puntería —dijo con sarcasmo—. ¿Y dónde está Nina?!

—¡Joder, no lo sé, Noel! ¡Te digo que no la recuerdo!

Noel no pudo evitar el muro que teníamos a milímetros, y más cuando dos coches le dieron por detrás.

—¡Mierda! ¡Esto es imposible! ¡Agárrate!

El coche dio vueltas de campana mientras intentábamos sostenernos a cualquier cosa. Me coloqué el cinturón rápidamente; luego, esperamos lo peor. Golpe, golpe y otro golpe. Los coches nos rodearon y el sonido de las sirenas se incrementó al congregarse mucha más policía. Puse la mano en mi frente y me toqué una herida reciente.

—¡Salgan del vehículo ahora mismo! —nos ordenó la policía por un megáfono—. ¡Pongan las manos en la nuca y tiren las armas al suelo!

Mierda. Noel me hizo una seña para que huyera cuando consiguió salir del coche, con la cara ensangrentada y cojeando. Negué con la cabeza ante su petición.

—¡Tiren las armas al suelo!

Mi amigo miró hacia el edificio que había justo detrás y me exigió con la mirada que huyese hacia allí. Pero yo no iba a dejar que lo pillaran. Ni de broma. Pasé su brazo por detrás de mi nuca, la cual noté que estaba pringada de sangre, además de mi frente. Los brazos los tenía llenos de heridas, y sentí una de mis muñecas dolorida. Pero no me importó, no pensaba rendirme.

La policía empezaba acercarse al no haber aceptado sus órdenes. Lo animé a correr a mi lado para entrar en el edificio. Le sugerí que lo hiciese lo más rápido que pudiese en vista de que seguían nuestros pasos. Le di al botón del ascensor mientras Noel intentaba aguantar la puerta que los policías querían echar abajo a base de patadas. El ascensor llegó, se abrió y lo empujé para que entrase.

—¡Vamos, hermano! ¡Sigue disparando! —le pedí cuando me metí dentro. Me uní a sus disparos mientras las puertas del ascensor se cerraban, dejándonos solos ante la voz mecánica: «Azotea».

—Tranquilo. Todo saldrá bien.

—¿Crees que voy a creerme esa chorrada? —Se rio pese al dolor de sus costillas—. ¿Vamos a ir de azotea en azotea? ¿Hasta llegar adónde, querido hermano? ¿Hasta ver los helicópteros? —se mofó. Se carcajeó a la vez que hacía gestos de dolor—. Venga, intentémoslo con estas pintas. Todo lo que sea innovar... —Se apretó otra herida que tenía en el brazo—. Por cierto, ¿te acuerdas del aspecto de Nina?

—No, solo tengo algunos recuerdos que me vienen, como que es rubia. O eso me dicen mis recuerdos... —Maldije de nuevo en mi mente.

El ascensor pitó, anunciando la llegada a la azotea.

—Pues creo que...

—¿Qué crees?

No terminó de decirlo cuando las puertas se abrieron y dos policías que habían subido por las escaleras nos dispararon. Empujé a Noel hacia el suelo y apunté justo al corazón de ambos policías. Estos cayeron escaleras abajo en cuanto las balas los alcanzaron. Su caída evitó que sus compañeros subieran más rápido. Volví a coger a mi amigo y a cargar con él. Salimos a la azotea, donde las luces lejanas en el cielo anunciaban nuevas amenazas: varios helicópteros se preparaban para cargar contra nosotros. Seguimos andando y logramos saltar al otro edificio, que estaba relativamente pegado. Noel llamó por teléfono a alguien que no conseguí saber quién era.

—¡Te dije que estábamos perdidos! —Aunque estuviera en una situación tan mala como aquella, siguió riéndose—. ¡Hermano! —A pesar de vernos acorralados, me abrazó—. ¡Al menos hemos conseguido lo imposible, ¿no?! —Chocamos las palmas de nuestras manos y reímos por no llorar. Aun si tuviéramos que morir allí, seguiríamos siendo fuertes—. Quiero decirte algo, una cosa antes de morir aquí como gilipollas. —Masajeó mi hombro y sonrió radiante—. ¡Alguien me dijo una vez una frase muy importante para ti y para Nina!

—¿Qué te dijeron?

Dos hombres llegaron hasta nuestra posición. Disparamos los dos a la vez, allí, sentados en el suelo de aquella azotea, perdidos completamente. Hablábamos mientras esperábamos nuestro final; nuestra última conversación, sin escapatoria alguna:

—Me dijeron: «Nunca será suficiente». ¿Recuerdas? ¡Por Dios, recuérdalo, no me jodas! — Chasqueó los dedos.

—¿Quién te dijo eso? —Fruncí el ceño.

No sabía por qué motivo Noel quería que recordara esa frase. Le di vueltas en mi cabeza y me acordé de que algo parecido me dijo Juliet.

Los helicópteros se aproximaron, empezaron a descender y los hombres del interior se prepararon para capturarnos. Los policías terminaron subiendo las escaleras y abrieron la puerta. Pudimos verlos desde la azotea del otro edificio. A nosotros ya no nos quedaba ni una sola bala. Las habíamos gastado todas durante la persecución.

—¡Me lo dijo Nina! —Agarró mis hombros y me miró fijamente a los ojos, como un buen hermano y amigo—. ¡¿No te das cuenta?! ¡Tienes que recordar! ¡Vamos!

—Nunca será suficiente... —Lo miré con cara de no entender a qué se refería.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una fotografía. Me la tendió para que la cogiese mientras alguien de uno de los helicópteros, situado a nuestra espalda, gritaba nuestros nombres. Sin embargo, yo estaba absorto en la foto que Noel acababa de dejar caer en mi mano. Comprendí que ese papel me revelaría algo importante antes de morir.

Se rio sin control, alucinado por algo que había descubierto y que no era capaz de creer.

—¡Nunca imaginé algo así, hermano! —Lo miré de nuevo sin entender—. Amar será suficiente para luchar. —Señaló el helicóptero y me empujó hacia el lado contrario de los policías. Saludó a las personas que estaban dentro y sonrió—. ¡Vamos, sube! ¡Yo los distraeré!

Mientras intentaban alcanzarnos y Noel sacaba una navaja escondida en su pantorrilla, supe que no quería alejarme de mi hermano, que no estaba dispuesto a dejar allí a mi mejor amigo. No quería, no debía, no podía. Agarré sus hombros y él me abrazó. Me abrazó por última vez. Por última maldita vez... No quería eso, jamás deseé que se sacrificase por mí.

Miré la fotografía.

—Nina es... —Desvié mi mirada hacia el helicóptero, sorprendido por lo que acababan de ver mis ojos, y vi a Nicole allí arriba, contemplándome. Volví a la fotografía y comparé el rostro que aparecía en la instantánea con aquel que me observaba a varios metros de altura—. Nicole es Nina... Todo el tiempo... Todo el maldito tiempo... —Los policías empezaron a disparar—. ¡Noel!

Una marabunta de uniformados lo persiguieron corriendo por las azoteas a las que lograba saltar. Tomó él solo la decisión de protegerme. Entendí que era hora de desaparecer, aunque tenía escaso tiempo para correr. Lo escuché hablarme a gritos:

—¡El destino está contigo de nuevo! ¡Recuérdalo siempre! ¡Jamás te dejes coger! ¡Vete! ¡Tienes que cuidar de tu hijo!

—¿Qué hijo? ¿Qué dices?

Cuando comenzaron a ir a por mí, no me quedó otra opción que correr hacia el helicóptero. De reojo, volví a observar la fotografía, ondeada por el viento que provocaban las hélices, y allí estaba ella, con su rostro hermoso y su cabello rubio y brillante, junto a mí en una fiesta.

Salté rápido a la cuerda que me proporcionaron y empecé a subir. El aire golpeó mi cuerpo y mis heridas, pero no me importó; si no corría, recibiría un balazo de cualquiera de allí abajo. Pero lo que realmente me dolía era ver cómo perseguían a Noel y no saber si podría hacer algo por él.

Cuando me quedaba poco para alcanzar el helicóptero, vi una mano dispuesta a prestarme ayuda. Observé la alianza en su dedo: una alianza de prometida. Alcé la vista y vi sus pechos embutidos en aquel vestido dorado. Sus ojos azules me hicieron recordar, retomar mis recuerdos poco a poco, uno a uno.

—Nina... —Sentí su mano apretar la mía justo cuando el helicóptero alzaba el vuelo, una vez seguros de que ya me tenían—. Nina...

—Bienvenido a la organización, Blake.

Sonriente, terminó de ayudarme a subir. Cuando logré sentarme en suelo firme, sus brazos rodearon mi cuello y me fundí en ellos. ¡No podía creérmelo!

—Joder... —La abracé tan fuerte que creí que la asfixiaría—. Amar será suficiente, ¿cierto? —Atrapé su rostro entre mis manos. Quería contemplar esos malditos ojos.

—¿Qué? ¿Qué es lo que dices, Blake? —Me miró con ese océano azul, como yo siempre lo había identificado: un profundo mar—. No te entiendo.

—No importa, niña. Lo entenderás. Juro que te haré entender.

Apreté su cuerpo fuerte contra mis costillas. No me importó que me doliese. ¡Iba a acabar con Hans! ¡Lo juré!

Recibí un beso cariñoso de su parte. Le había exigido demasiado, sabiendo que no me recordaba. No sabía quién era yo para ella, solo que se había acostado con un hombre prohibido. La historia se repetía, y eso fastidiaba a Gregorio, quien, callado, respetaba nuestro momento sentado al lado del piloto.

Mi mente se aclaraba poco a poco mientras volábamos hacia algún destino. Sus labios me hicieron recordar esa isla... ¡La Gran Rebel! «¿Cómo...? ¿Cómo la conocí? ¡Lo recuerdo, joder! ¡Le apunté a la cabeza! ¡Nos conocimos por pura casualidad!».

Me aferré de nuevo a sus brazos sin que ella supiera el porqué de aquel arrebato. No podía creerlo. ¡Había vuelto a enamorarme de Nina! ¿Era eso posible? Quise gritarle que la amaba, pero sabía que solo conseguiría asustarla con aquellos intensos y rápidos sentimientos.

Gregorio apareció detrás de nosotros, asustándome, y me entregó unos cascos. Nina se fue hacia su compañera y la abrazó. ¡Era Jane, la chica que la ayudó en la rebelión! Pero ¿qué hacía prestándome ayuda Gregorio? ¿No se suponía que le habría encantado que su hija perdiera la memoria?

—¿Nicole? —le susurré muy cerca a Gregorio—. ¿Se puede ser más original? —Él me miró muy serio en respuesta a mi sutil ironía—. ¿En serio, Gregorio? ¿Qué cojones ha pasado con nosotros? —Le golpeé el hombro para que me respondiera—. ¡Contesta!

Al no hacerlo, empecé a eliminar las dudas que rondaban por mi cabeza cuando recordé cosas muy importantes para nuestro futuro. Reí al mirar a Nina a los ojos. Ella me regaló su preciosa sonrisa. Haría lo que fuera por esa mujer. De nuevo, el destino nos lo había demostrado.

Con un nudo en la garganta, reflexioné en alto, pero con el tono de voz justo para que solo él lo escuchase:

—Ahora ya sé por qué sigo vivo. —Lo miré sonriente—. Por ser padre. Jamás pensé que me salvaría por algo semejante.

—Exacto. Ahora, cállate. Nos queda mucho viaje por delante y no quiero tener que escucharte.

—Al parecer, a ti también te queda mucho por soportarme.

—No me toques los cojones, Blake. Acabo de salvarte la puñetera vida una vez más, así que ¿por qué no te callas hasta que lleguemos a tierra firme para que podamos pelearnos a gusto? —Volví a sentarse—. ¡Ni una palabra! —me exigió con una mirada muy seria cuando tuve la

intención de replicarle—. Vas a tener un hijo al que alimentar. Mas te vale que te quedes callado si no quieres que te mate por haberle hecho un retoño a mi hija en medio del inicio de la rebelión.

—Tampoco es que haya costado mucho hacerlo.

La cara de Gregorio fue para grabarla.

—Está bien, Blake. Quieres que te mate.

—No, quiero que me cuentes qué cojones ha pasado con Nina y conmigo.

—¿Crees que estás preparado para lo que voy a pedirte a cambio de salvarte la vida?

—Ya nada me sorprende. Suéltalo. —Lo miré con rostro severo.

—¿Serás capaz de controlarte en la boda de Nina y Jon para que pueda contártelo todo después de eso?

—¿Cómo?

—Es largo de contar, pero tienes que saber que todo lo hago por un motivo.

—Pues ya puedes estar contando, porque ahora mismo solo quiero arrancarte la cabeza por lo que acabas de proponerme, querido suegro.

—No me llames así.

—Acéptalo.

Intentó echar al olvido mis palabras, que solo lo ponían más rabioso.

—¿Estás dispuesto a hacer lo que haga falta para destruir a tu padre a mi manera? Eso que llevo intentando todo este tiempo a pesar de vuestros impulsos amorosos...

—Está claro que nuestros planes no han salido como esperábamos. Te toca mover ficha.

—Maldito iluso. Llevo moviendo ficha desde hace tiempo.

—Pues juguemos a tu juego entonces.

Sonrió, disfrutando del momento. Por fin tenía nuestras vidas en sus manos.

—Hace tiempo que ya estáis jugando a mi juego, Blake. Solo hace falta que lo veas de la misma manera que yo, aunque aún no estés preparado.

—¿Qué quieres decir?

Sentí cómo los ojos me pesaban. Fui cayendo al lado de Nina, quien, inocente, ni siquiera se percató de que su padre me había drogado.

Capítulo 19

Amar en silencio

Izan

Cuando me desperté y sentí aquel malestar en el cuerpo, sabía que ese maldito hombre me había incapacitado para no poder contradecirlo una vez más en sus decisiones con respecto a su hija. En aquel momento, quise acabar con él igual que con mi padre. No sabía cuánto tiempo había pasado una vez que me desperté en aquella camilla, pero tenía la sensación de que mucho.

Cuando abrí las puertas para salir de la fábrica, me quedé asombrado por la decoración en medio de aquel lugar tan desierto. Todo estaba preparado para una ceremonia nupcial. En el centro estaba Jon, con una cara de excitación por tener lo que había querido desde el principio.

Gregorio volvía a traicionarnos a su hija y a mí. ¿Qué hacía allí ese tipo que tanto daño le había hecho a su hija? ¿Cómo se atrevía a hacernos eso a los dos? ¿Es que iba a seguir con todo aquello aprovechando la falta de memoria de Nina? Si aquello iba a ser así, puede que Gregorio no estuviera tan lejos de ser también un diablo.

Justo cuando iba a lanzarme a pegar tiros a diestro y siniestro, la mano de mi amigo Noel me detuvo.

—¡Para!

Me sorprendí al verlo allí tan campante.

—Lograste... Lograste librarte de ellos...

—¿Pensabas que te habría dejado subir solo a ese helicóptero si no supiera que yo tenía una salida?

—Eres lo peor.

Mi amigo echó mi cuerpo hacia atrás a la fuerza ante los presentes para evitar que me viesan en ese estado. Con una sonrisa en su cara por mi comentario, nos colamos entre la gente y nos quedamos en una esquina. Parejas con un brazalete dorado se sentaban en los asientos para observar la llegada de la novia. Cada minuto que pasaba me ponía más nervioso.

—Estate tranquilo. Solo es teatro.

—Ya lo sé, pero no sé qué pretende Gregorio con esto.

—Entonces, deja de estar celoso.

—Acabas de recordarme a tu hermano.

Se sintió confuso.

—Lo mismo me dijo Nina una vez.

Me crucé de brazos ante la cara furiosa de mi amigo, que esperaba junto a mí para verla caminar hacia el altar. Aquello acabaría destruyendo mi corazón, que ya estaba recuperado. Por fin la recordaba con tanto detalle que me hacía hasta daño.

—Pues la función acaba de empezar.

—¿De qué hablas?

Apareció vestida de blanco cuando las puertas se abrieron. Todos los familiares y amigos estaban sentados. Entre ellos se encontraban Juliet, Merinda y el resto de personas que jamás pensé que querrían contemplar algo así. Cerré los ojos con dolor por verla cogida del brazo de su padre para ser entregada a Jon. Los celos me comieron por dentro hasta un límite que nunca pensé

que llegaría alcanzar. Su cabello dorado estaba recogido en un moño adornado con pedrería, y el vestido acentuaba sus curvas, haciendo que recordara cuánto deseaba tenerla en mis brazos.

Gregorio pronunció unas palabras:

—Entrego a mi hija Nina Larson mediante el dictamen de la Junta Directiva en manos de Jon Elliott.

Hinché mis pulmones. Me mordí literalmente los nudillos ante mi amigo, que sonreía. Sin saber por qué lo hacía, lo miré, esperando que me dijese que aquello solo estaba siendo una pesadilla.

Tras mucha palabrería, el juez dictaminó lo que más temía de aquella ceremonia:

—Puede besar a la novia.

Rechiné los dientes, rabioso.

—Aguanta tus celos, que ahora viene lo mejor.

—Cállate.

—Espera y verás.

Gregorio se alejó, dejando a Nina sola en el altar con su ya marido. Caminó por el pasillo de flores hasta llegar a nuestra altura. Me miró desde lejos, sabiendo de sobra que su droga no habría evitado que estuviese allí intentando impedir aquella locura.

Jon se acercó a los labios de Nina, deseando saborearlos tanto como a mí me gustaba hacerlo, lo que me hizo enfurecer. Si le ponía una mano encima, sería capaz de todo. Ya sentía que no podía controlar mi ira.

—Hola, príncipe.

Entonces lo supe.

Caminé lentamente por un lateral hasta el altar para observar de frente sus ojos azules. Lo supe por cómo me miró en ese instante, en el que nos dijimos tanto en tan poco tiempo.

Nina había vuelto conmigo a aquel almacén para terminar lo que no acabamos aquella vez: matar a Jon.

CONTINUARÁ...